LA CHICA *del* FARO DE ROCHE

María Luisa Sancho



EDITORIAL RUNARIS

LA CHICA DEL FARO DE ROCHE

María Luisa Sancho

© 2025, Editorial Runaris
© 2025, María Luisa Sancho

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es ISBN:

9791399114157
Depósito legal: SE 3679-2025 Sello:
Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

A Pepe.
Mi amigo.
Porque cuando todas las puertas se cerraron,
tú me abriste una ventana.

PREÁMBULO

Miércoles 5 de marzo de 2025.
Faro de Roche (Conil de la Frontera).

El reloj digital en la muñeca de Andrea marcaba las 15.08. Había salido del instituto junto a Carolina hacía casi una hora, después de que les avisasen de que se podían marchar antes a casa: el profesor de Literatura no acudiría a la última cla-se por motivos personales. Habían dejado, con candado, en un rincón del patio de recreo el patinete eléctrico; ese nuevo vehículo que, como para muchos adolescentes y jóvenes, se había convertido en su medio de transporte habitual.

Ambas amigas llevaban esperando tener una importante conversación desde el lunes, cuando Andrea llamó a Carolina llorando desconsoladamente. Le pedía ayuda para localizar a Fede, de quien no sabía nada desde hacía días. Había llamado a sus padres, pero ningu-no le atendió las llamadas.

—¿Te parece si vamos al faro? —preguntó risueña Carolina a su amiga para tratar de sacarle una sonrisa. En unos 20 minutos estare-mos allí. Es más, si te apetece, podemos comprar algo de comer y al-morzamos juntas frente al mar.

—Tía, ¿tú has visto cómo está el cielo?

Las amigas alzaron la mirada al mismo tiempo hacia el cielo en-capotado. Las nubes oscuras amenazaban con volver a descargar agua como el día anterior.

—¡Venga ya, tonta! Necesitas que el aire te dé en la cara, y yo necesito que vuelvas a sonreír. Siempre hemos estado juntas. Quiero recuperar el tiempo contigo, y no te pienso dejar sola nunca más.

Carolina se inclinó hacia Andrea regalándole una caricia en la cara. Ella asintió en silencio, haciendo una mueca con sus labios, y dejó que su mejor amiga eligiera dónde comprar la comida para llevar

al faro de Roche.

Al llegar allí, comprobaron que no había nadie y que estaban solas en lo que parecía el medio de la nada. Sin embargo, a ellas no les importó porque aquel lugar era el sitio más seguro para ambas. An-drea y Carolina solían escaparse allí cada vez que lo necesitaban antes de haber estado distanciadas. Y desde ese miércoles, sus vidas vol-verían a estar más unidas que nunca.

Carolina:
Mamá, no me esperes para almorzar. Salimos una hora antes.
Estoy con Andrea en el Faro.
Hemos comprado algo de picotear y hemos venido a charlar un rato.
Ya sabes, Andrea me necesita ahora más que nunca.

Mamá: Vale, cielo.
Gracias por avisar.

No te retrases mucho, quiero que vayamos todos a la misa de imposición de las cenizas. Hoy comienza la Cuaresma.
Te quiero.

Carolina guardó el móvil en el bolsillo derecho de su chaquetón azul marino, algo raído en los bordes. Se quedó unos segundos mirán-dola, y luego le tocó el hombro con una suavidad casi triste.

—¿Vamos? —preguntó al fin.

Andrea asintió cabizbaja. Caminaron hasta el mirador.

—¿Le has dicho a tu madre que estás conmigo? No se vaya a preocupar.

—Mi madre está en un plan tremendo. Se pasa el día con mi hermana. Mi padre es el único que me apoya, además está intentando localizar a Fede a través de la última conexión de su móvil antes de que lo apagara.

—Tu padre siempre jugándosela por ti. En verdad, tienes mucha suerte de que sea guardia civil.

—Tiene sus cosas buenas… y su parte mala —murmuró Andrea,

con una mueca que no terminó en sonrisa.

—¿Y los padres de Fede? ¿Siguen sin querer hablarte?

—No quieren verme ni en pintura. —No contestan mis llamadas

—respondió Andrea soltando la bolsa con dos bocadillos de queso y chicharrones de Cádiz, junto con dos latas de Coca-Cola.

—Andrea, yo pienso que ellos saben de sobra que, con esa tía, que además es mayor que él, no va a estar toda la vida.

—Ya. A Gracia solo le importa el dinero. Se arrima a las perso-nas por conveniencias —recalcó Andrea.

Se sentaron en el mismo banco de siempre. Donde hacía mucho tiempo que no lo hacían y comprobaron que, en aquella madera can-sada del paso del tiempo, seguían aquellos trazos que hicieron cuando eran más pequeñas.

Andrea cerró los ojos y solo escuchó el romper de las olas y el graznido de las gaviotas que volteaban por encima de ellas.

Carolina desenvolvió los bocadillos con las manos frías, arru-gando el papel de aluminio con ese crujido metálico que rompía el si-lencio como una alarma. Se los ofreció a Andrea sin desenvolverlo del todo. Pero Andrea apartó la cara con un gesto brusco, se tapó la boca y tragó saliva.

—¿Qué tienes, fatiga? —preguntó Carolina, con la voz más baja de lo habitual.

Andrea negó, pero sus ojos verde agua ya estaban brillando.

—Es que todo ya me está sobrepasando —murmuró.

Y entonces, como si se le rompiera algo por dentro, comenzó a

llorar.

—No dejo de pensar que se han ido juntos.

Carolina la observó unos segundos en silencio. Luego se sentó

más cerca, con cautela, como si cada palabra que fuera a decir se con-virtiera en una herida.

—Andrea no quiero hacerte daño, de verdad, pero hay algo que me gustaría que supieras. Hoy en clase, he escuchado a Guille decir que Paola tiene el teléfono apagado desde la noche del sábado.

Que ella y Fede habían reservado un hotel para dormir juntos

cuando terminaran los carnavales. Y que puede ser que se hayan mar-chado juntos. Por eso ambos están desaparecidos.

Andrea levantó la cabeza de golpe, con sus ojos desbordados en lágrimas.

—Amiga, hay algo que tú no sabes. Algo que solo saben mis pa-dres, Fede y los suyos… Tramé un plan, y creo que soy la culpable de que se hayan marchado…

—¿Qué me estás contando? —Carolina se incorporó, inquieta, con su cuerpo en tensión. La miró como si tratara de leerle en la cara una respuesta que no quería oír.

—También, el sábado le mandé un WhatsApp a Paola… necesi-taba contárselo —susurró Andrea.

—¿Contarle el qué? ¿Qué es eso que tramaste?

Carolina dio un paso atrás, helada. Andrea se levantó y caminó hacia el borde del paseo, con el viento agitándole el pelo y las lágrimas cayéndole sin pausa. La siguió en silencio; el corazón le golpeaba el pecho. No entendía qué quería decir su amiga.

—Yo amo a Fede, Caro. Le amo con todas mis fuerzas. Todo era perfecto hasta que esa maldita hija de puta apareció en nuestras vi-das…

Carolina se acercó a Andrea para tranquilizarla. La abrazó re-tirándola de la orilla del acantilado. Pero entonces enmudeció al com-probar lo que sus ojos marrones no esperaban ver.

—Andrea…

La voz de Carolina tembló, pero Andrea no la escuchaba. Su pe-cho subía y bajaba con sollozos ahogados, y sus palabras salían con ra-bia contenida.

—¿Me estás escuchando, Carol? —gritó Andrea, apretando los ojos—. ¡Esa hija de puta es la culpable de todo!

Carolina trató de apartarla suavemente, como si pudiera abrirle los ojos. Hacerla mirar frente al mar para que viera lo que ella ya había visto.

—¡Andrea, mira, joder!

Carolina señaló el mar.

Allí, encajado entre las rocas, un cuerpo inmóvil era golpeado sin piedad por la furia de las olas, que rompían una y otra vez con un estruendo sordo y cruel.

—¡Dios mío, Carol! —jadeó Andrea, con la voz rota. ¡Es ella! Carolina tragó saliva con dificultad. Tenía el pulso acelerado.

—Tienes que llamar a tu padre…

Poco después, varios coches patrulla de la Guardia Civil, los bomberos y una ambulancia irrumpieron en el mirador con luces y si-renas que rompían la calma. Carolina y Andrea tuvieron que ser aten-didas por los servicios sanitarios. Estaban en shock.

De un Hyundai Tucson blanco, bajó una mujer vestida con una larga gabardina gris. Caminó con rostro serio y pasos decididos.

—Teniente —saludó el juez.

—¿Qué tenemos? —preguntó con la mirada fija en la escena.

—El levantamiento ya está hecho. Pronto tendremos la autop-sia, pero por la fractura que presenta, seguramente nos estamos en-contrando con una caída. Iba con la misma ropa que la noche en que desapareció, el sábado de carnaval.

La teniente Robles, cabizbaja y con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina gris, asintió. Miró el cadáver de aquella chica de dieciocho años que ya estaba tapado con unas sábanas blancas.

Aquello no había sido un accidente. Lo sabía por el frío de la brisa que le rozaba el cuello. Como siempre, intuía que algo más oscu-ro se escondía bajo la superficie.

Un relámpago sacudió el cielo y comenzó a chispear. Como si este también avisara de todo lo que estaba a punto de suceder.

En medio del caos, un grito desgarrador rompió el aire. Un bombero, sollozando, gritaba al vacío.

El sargento José Manuel Salcedo se acercó a la teniente.

—Mi teniente, ese hombre es Carlos Maldonado, el padre de la joven. Entró de servicio anoche y fue llamado al rescate sin saber

que

encontraría a su hija muerta.

Robles trató de acercarse, pero se topó de bruces con Andrea, ahora más calmada, abrazándose el vientre como si quisiera proteger algo invisible. Andrea lanzó una mueca rápida mirando su móvil y se alejó hacia un sargento de la Guardia Civil.

Carolina, la otra chica que había descubierto el cuerpo de Paola, también estaba absorta en la pantalla de su móvil.

Mamá:
Hija, ¿dónde estás?
Te recuerdo que tenemos que ir a la iglesia…

Carolina: Mamá, ha pasado algo terrible.

Ha aparecido muerta Paola en el faro.

La teniente la observó, notando cómo el peso del silencio comenzaba a hacerse insoportable. Levantó la cabeza hacia el cielo gris, donde las nubes parecían oscurecer hasta la esperanza.

Era solo el comienzo.

CAPÍTULO I

Paola Maldonado.
Septiembre 2023.

Carlos le había dado a su hija la mejor noticia de su vida: se mudaban. Y lo hacían al sur de España. Paola siempre había sentido especial curiosidad por conocer Andalucía, y si además era un lugar donde el mar tenía protagonismo, aquello era la guinda del pastel.

Acababa de cumplir los diecisiete años y nunca había sido bue-na estudiante. Desde hacía dos años, se dedicaba a crear contenido en redes sociales. Contaba con más de 200.000 seguidores en Instagram y ganaba un buen dinero extra cada mes colaborando con marcas que le pagaban bastante bien por promocionarlas.

No es que necesitara el dinero.

Nunca lo había necesitado. Sus padres siempre habían tenido buenos trabajos y la habían complacido en todo.

Menos en darle un hermano pequeño. La verdad es que le habría gustado conocer lo que se sentía, pero ellos nunca estuvieron por la labor. Siempre pensaron que seguía siendo esa niña pequeña que no se daba cuenta de nada. Lo que no sabían era que, tanto enton-ces como desde que tuvo uso de razón, Paola sabía perfectamente que dejaron de ser un matrimonio. Todos fingían ser una familia perfecta, bonita y respetada, pero esa imagen que proyectaban frente a los demás estaba muy lejos de la realidad.

Necesitaba irse de

Salamanca. No le daba pena.

Aunque había nacido allí y podría haber forjado amistades sa-nas, duraderas y bonitas… no fue así. Creció como hija única y sus pa-dres la consintieron en todo cuanto pidió. Si quiso tener una mochila

diferente para cada día de la semana, la tuvo. Si no quiso repetir con-juntos, el armario siempre rebosó ropa. Ninguna prenda le duró más de una temporada y su madre siempre se ocupó de donarla a quien la necesitara más. Desde bien pequeña había utilizado el móvil. Nació en plena era de la tecnología y, además, siempre había ostentado el mejor *smartphone*. Algunas veces sus caprichos eran el resultado de aprobar la asignatura raspando el cinco. Otras, la manera en que encontraron sus padres de pedirle perdón cada vez que discutían delante de ella.

Ana y Carlos tampoco lo supieron, pero le estaban causando un daño difícil de sanar.

Paola estudió en un colegio británico y, desde que la escolariza-ron, hablaba a nivel nativo inglés, francés e italiano. Las que fueron sus amigas eran hijas de futbolistas, cantantes y personas conocidas del mundo del espectáculo. Pero en medio de toda aquella farándula, ella solo era una niña disfrazada de alguien que nunca quiso ser.

Pero tuvo que serlo.

Sus padres la obligaron.

Paola, en realidad, solo era la hija de uno de los bomberos más admirados del cuerpo y de una organizadora de eventos glamurosos e importantes.

Carlos y Ana siempre habían salido y entrado de casa a sus an-chas. De niña, Paola estaba al cuidado de Remedios, su tata. Ella fue su madre, su primera amiga y, con el tiempo, la abuela que nunca tu-vo. Hasta que Ana, una de esas noches en las que ella salía sin dar ex-plicaciones, y olvidándose una vez más de que tenía marido e hija, llevó el Covid-19 a casa. Aún no estaban vacunados; fue en la primera ola, justo cuando el presidente del gobierno, Pedro Sánchez, anuncia-ba el estado de alarma.

Remedios enfermó, al tener algunas patologías previas, y ante la falta de información y medidas adecuadas, falleció sola en una cama de hospital. A la familia Maldonado no le permitieron despedirse de Remedios. Tampoco a la familia de ella, quienes les

culparon de la muerte de quien, para Paola, fue la mejor persona que había conocido

en su vida. Porque solo le faltó llamarla mamá. Sus padres intentaron silenciar la culpa a la humilde familia de Remedios con dinero, pero estos tenían algo que Carlos y Ana no poseían: dignidad.

Cuando levantaron las restricciones y volvieron las clases, comenzaron a mirarla como un bicho raro. Durante el confinamiento, Paola se dedicó a crear contenido en Instagram, contando su vida jun-to a Carlos, que era el único que mantenía una rutina más o menos normal, pues su profesión fue considerada de primera necesidad. Su padre, a veces, hacía directos en Instagram con ella explicando en qué consistía su trabajo y cómo había llegado a ser un buen bombero.

Ana, en cambio, siguió en sus trece. Paola creyó que quizás, en ese tiempo en el que compartieron más hogar que nunca, su madre iba a hacer por construir una relación madre e hija.

Pero no.

Siguió manteniendo relaciones con otras personas. Más concre-tamente, con todos esos hombres con quienes le era infiel a su padre.

Carlos lo supo durante años.

Por eso, un día puso punto final a aquella situación. Lo que no supo fue que, en cambio, estuvo maquillando la verdad.

Una tarde, al volver del instituto, sus padres la esperaban en el salón, como nunca antes lo habían hecho.

—¿Qué te está pasando, Paola? —preguntó Carlos con semblan-te serio, invitándola a sentarse en el sofá frente a él. Nos ha llamado la directora del instituto. Has agredido a Cayetana y a Martina. ¿Cuándo te hemos enseñado nosotros esos modales?

Ana la miraba de soslayo.

—Además, llevas semanas suspendiendo los exámenes. Estás a punto de pasar a primero de bachillerato, y ya has repetido una vez.

¡Joder, Paola! ¿Qué te pasa?

Carlos alzó la voz esperando una respuesta contundente por su

parte.

—Te damos todo lo que nos pides, nunca te hemos dicho que no

a nada… ¿Y así nos lo pagas?

—Pao, te está hablando tu padre. Por favor, ¿puedes contestar a lo que te está preguntando?

Paola se quitó los AirPods de los oídos y, tirando el chicle de re-galiz que masticaba desde que arrojó el cigarro en la puerta de su casa, intentó darles una respuesta clara, contundente y precisa. Sin embar-go, solo fue capaz de mirarlos de reojo y darles la espalda para mar-charse a su habitación.

—¡Paola! —gritó su padre, enfadado.

—¡Carlos! —intervino Ana—. ¡Qué vergüenza, los vecinos! ¿Qué pueden pensar de nosotros? Baja la voz.

En ese momento, Paola se dio la vuelta. Caminó hacia ellos con pasos firmes, calmados. Decidida. Y entonces, se atrevió a decirles lo que nunca antes fue capaz de expresar:

—Eso es lo único que te importa a ti, mamá; que te escuchen los vecinos. El qué dirán. Nunca te has parado a pensar lo que yo pudiera sentir —dijo, intentando quitarse el nudo que se le había formado en la garganta—. Siempre me has tenido en la sombra. ¿Acaso sabes cuándo tengo exámenes? ¿Sabes si necesito refuerzo en alguna mate-ria? ¡Pero si ni siquiera sabes lo que es leerme un cuento cuando era pequeña! Por eso, cuando murió Remedios, murió una parte de mí. Porque ella sí me conocía. Sabía de mis miedos, de mis inquietudes, de mis alegrías, de mis victorias… Sin ella tener ni idea de inglés, o de italiano, hacía lo posible por aprender para ayudarme…

Se secó las lágrimas que corrían incesantes por sus coloradas mejillas.

—Paola… —murmuró Carlos, apenado.

—¿Y tú, papá? ¿Crees que, porque un día a la semana me lleva-ras a jugar o al búrguer, ya lo sabías todo de mí? Vives en una puta mentira. ¿De verdad pensáis que no sé que mamá te engaña, y que tú también la engañas a ella? Por favor. Miraos.

Ambos padres quedaron petrificados. Ninguno de los dos espe-raba que aquella conversación que habían preparado se volviera en su

contra. Paola los miró. Muy mal. Con ira. Tal vez con odio.

Se marchó de aquel salón minimalista de noventa metros cuadrados para hacer un directo en Instagram, en el que les haría creer a las personas que la seguían que su vida era envidiable.

Los dejó allí. Solos. Porque, aunque estaban sentados unos al lado del otro, en realidad estaban más solos que Paola.

Esa misma noche, a pesar de tener los AirPods puestos y estar escuchando algo de Aitana, Paola escuchó a sus padres discutir más fuerte que nunca. Se echaban cosas en cara, se culpaban mutuamente por la rebeldía de su hija y por el dolor de sus palabras. Discutieron durante dos largas horas, hasta que Ana rompió a llorar, con un llanto desgarrador, culpándose a sí misma por el carácter de Paola.

Entonces —o eso pensó Paola—, su madre se dio cuenta de que se había perdido diecisiete años de su vida. Que, si no hubiera engaña-do a Carlos y hubiese dejado un poco el trabajo para atender a su hija, quizás todo hubiese sido más bonito. Y, además, no hubiesen tenido que fingir una relación perfecta cada vez que se reunían con personas que consideraban de su nivel social.

También escuchó cómo Carlos intentaba calmarla, llorando. Le pedía que dejaran atrás todo lo vivido, que tenían que mirar por su hi-ja. Se prometieron que todo iba a cambiar y que irían a terapia de pa-reja para poner fin a sus infidelidades. Carlos optó por pedir una permuta para comenzar una nueva vida fuera de Salamanca. Donde nadie los conociera ni los señalaran. Sabían que ese trámite iba a tar-dar, y a medida que fue pasando el tiempo, casi lo vieron como impo-sible.

Mientras tanto, después de esa noche de enero de 2022, la rela-ción entre Carlos, Ana y Paola cambió por completo. Y para bien. Ana comenzó a teletrabajar algunos días en casa. Se interesó por Paola, por sus estudios, y hasta le ayudaba a crear contenido, llevándola a hoteles lujosos donde se celebraban los eventos que ella organizaba.

Siempre conseguía que la fotografiaran junto a personas cono-cidas, lo que solo aumentaba más el odio de muchas de las

personas

que la rodeaban en el instituto.

Sus amigas de toda la vida, Alejandra y Daniela, ya ni siquiera la miraban. Se enfadaron porque esperaban que les regalara perfumes, ropa o material que recibía gracias a colaboraciones con marcas muy reconocidas. Poco a poco, Paola fue creciendo en redes sociales. Ahora era su madre quien le acompañaba en los directos. Algunas veces tam-bién salía su padre, rebosando amor hacia Ana como jamás en la vida lo había hecho.

Lo que sus padres no sabían es que Paola sí conocía que lo que había salvado el matrimonio eran los locales de intercambio. Nunca les dijo nada. Su intimidad no le incumbía, y además no interfería en la buena relación que los tres mantenían.

Mejoró tanto las notas que estuvo a punto de conseguir matrí-cula de honor en cuarto de ESO. Y esa vez, no hubo dinero de por me-dio.

Ese verano lo pasaron en Ibiza, en casa de la tía Eduarda, una hermana de Carlos. Con su prima Celia vivió el mejor verano de su vi-da. Paola ya había dejado de ser virgen hacía tres años. Tal vez de for-ma precoz, sí. Pero siempre consideró que su cuerpo era suyo, y solo ella decidía sobre él.

Le gustaba seducir. A menudo mentía sobre su edad a hombres mayores que ella, porque le gustaba el sexo. Sexo de verdad. Los pre-fería mayores porque creía que los hombres de su edad eran simples adolescentes que no duraban más de dos minutos. Ese verano, su pri-ma Celia y su madre la acompañaron a la clínica del doctor Valverde, donde se operó el pecho. Siempre había tenido complejo, y sus padres accedieron a regalarle la operación por sus buenas notas.

Además, aprovechó para rellenarse los labios con un poco de ácido hialurónico.

Ese verano fue la reina de Ibiza. Junto a su prima Celia, vivió aventuras que jamás olvidaría. Como aquella vez en la que se acosta-ron con dos hermanos dentro de un mismo coche: Migue y Felipe. Siempre los recordaba como dos cerdos, sobre todo a Migue,

al que se folló mientras miraba fijamente a Felipe, que hacía gemir de placer a

su prima. Ellos le pidieron el número de teléfono varias veces. Nunca se vieron en otra igual. Pero ni Celia ni Paola quisieron verlos más.

Otra noche, se colaron en una despedida de soltero a bordo de un barco. Paola terminó acostándose con el futuro novio. ¿Y qué? No era ella la que se iba a casar ni la que tenía que dar explicaciones a na-die.

Despedirse de su prima fue doloroso, pero le prometió volver en Navidades. Lo que ninguna de las dos supo es que ese reencuentro no sucedería. Sus vidas estaban a punto de cambiar. Y a lo grande.

La familia de Paola volvió a Salamanca justo cuando a Carlos le informaron que se había aceptado la permuta con otro bombero. Todo estaba organizado. En unas semanas tendrían que mudarse a Conil de la Frontera.

Así comenzó el principio del fin.
Pero nadie lo imaginó.

CAPÍTULO II

Carolina Azogue.
Puesto Principal de la Guardia Civil de Conil de la Frontera.
Jueves 6 de marzo de 2025.

Mamá:
No estés nerviosa.
No te va a pasar
nada. Dios está
contigo.
Tú cuenta la verdad.
Tenemos que ayudar a Paola a que
descanse en paz. Te quiero, hija.

—Buenas tardes, Carolina.

La teniente Dafne Robles entró con pasos tranquilos en aquella sala de entrevistas donde estaban solas.

Carolina, nerviosa, contemplaba aquella sala gris y fría. No había ventana. Solo una mesa metálica y dos sillas enfrentadas. En un rincón de la sala, una cámara negra apuntaba hacia ellas, con un pilo-to apagado que no dejaba claro si grababa o no.

Carolina se sentó en una de las sillas esperando que la teniente Robles se acomodara frente a ella.

Robles, con gesto sereno, pero sin dejar de reflejar la gravedad del asunto, sacó del bolsillo de su gabardina una pequeña libreta y la depositó sobre la mesa. Luego, se acomodó en la silla y le acercó una botella de agua junto con un vaso de plástico.

Se hizo un silencio espeso que enseguida rompió Robles.

—Me imagino que sabes la razón por la que estás aquí —dijo, con voz apaciguadora, mirándola a los ojos—. No quiero que estés incómoda, ni que tampoco tengas miedo —añadió alargando su mano y haciéndole una caricia—. Tu madre está ahí fuera esperándote y

también está algo nerviosa. Es normal. Lo que ha sucedido es algo te-rrible y es mi deber averiguar qué le pasó a Paola. Era tu amiga, ¿ver-dad?

Carolina asintió, secándose la nariz con un clínex.

—Muy bien, cariño. Quiero que cuando te encuentres prepara-da, hagamos cinco respiraciones profundas con los ojos cerrados. Des-pués, me contarás todo lo que sepas…todo lo que quieras contarme. Cuanto antes sepamos la verdad, antes podrá descansar Paola.

Robles se levantó de la silla con suavidad y se dirigió hacia la cámara para presionar el botón de grabación.

Carolina inspiró hondo y, apretando fuerte los ojos, su mente la llevó a aquel 18 de septiembre de 2023, cuando su vida —y tal vez la de todos— comenzó a cambiar.

Empezaron un nuevo ciclo, y para todos fue conocer una etapa distinta. Una etapa que nunca iban a olvidar, pues ese tramo de sus vi-das los llevaría a emprender un camino del que ya no podrían regre-sar.

—Tengo diecisiete años y soy la segunda hermana de una gran familia… demasiado peculiar. Siempre he sido la rarita en la clase, quizás porque mi madre no me ha dejado tener la mínima libertad pa-ra salir como salía y se divertía mi mejor amiga: Andrea. Ella lleva a mi lado desde que ambas tenemos tres años. Nuestros padres han si-do vecinos de toda la vida, y hemos crecido juntas siendo como her-manas. A pesar de que desde hace tres años, Andrea está megaenamorada de Fede —un chico que entró en nuestro instituto en tercero de la ESO—, nunca me dejó de lado y siempre intentó conven-cer a mi madre para que me dejara más tiempo en las quedadas. Pero nada: mi madre se negaba rotundamente a que me juntara con chicos. Estaba convencida de que me podrían echar algo en la bebida y violar-me. O que, si me enamoraba, rompería la promesa de respetar a Dios por encima de todas las cosas.

Carolina hizo una pausa para beber agua. Robles la miró con una pequeña sonrisa dibujada en el rostro.

—Mi madre, Claudia, siempre nos ha inculcado el catolicismo

practicante. Toda la familia acudimos a misa los domingos y en días especiales. Mi madre pertenece también a la junta de gobierno de la hermandad del pueblo, y los hermanos salimos en la cofradía cada Jueves Santo.

El único que lleva un tiempo escaqueándose de estos eventos cristianos es mi padre: Antonio. Desde que el negocio ha decaído un poco, no para de trabajar en el obrador, y para ello cuenta con la ayu-da de mi hermano Silvio. Él es el mayor de los siete hermanos y el oji-to derecho de mi padre. También el mío, porque es como yo. Está cansado de la dictadura que mi madre tiene implantada en nuestra ca-sa. A Silvio también le obliga a salir con Débora. Ella es la hija de una de las feligresas amigas de mi madre. Creíamos que no había conocido varón a sus veintiocho años. Mi hermano es uno de los mejores ami-gos de Débora. Nos conocemos desde pequeños, y nuestras madres se pensaban —hasta hace poco— que los dos eran novios.

La verdad salió a la luz estas pasadas Navidades. Silvio está enamorado de Nico: su gran amor. Llevaban escondiendo su historia desde hace más de cinco años y solo lo sabíamos mi padre, Débora y yo. Bueno… y Paola. Entre todos les ayudamos a estar juntos. Mi pa-dre contrató a Nicolás y a Débora en el obrador para que le echaran una mano con el reparto del pan, y así pudieran estar con Silvio. Para que mi madre no sospechara nada, yo decidí salir en pandilla con Dé-bora, Nico y mi hermano.

Paola comenzó también a salir con nosotros y en una de esas salidas de fiestas, Débora conoció a Alex. Y poco tiempo después, ella también empezó una relación a escondidas. Débora siempre ha sido una chica bastante peculiar. Pero desde las Navidades pasadas, dejó de vestir como mi madre quiere que vista yo: una falda que le cubría los tobillos, un jersey casi siempre de cuello vuelto, el pelo castaño re-cogido con un moño bajo que hace juego con unas cejas que no habían visto jamás una pinza de depilar…

¡Menos mal que tengo a mi amiga Andrea a mi lado! Siempre convenció a mi madre para que fuéramos juntas a comprar ropa y a la

peluquería. Aunque, obviamente, mi madre nos acompañaba.

De todas las hembras de mi casa, creo que yo he sido la que me-jor suerte ha corrido.

La teniente sonrió mientras escribía en su libreta con un lápiz.

—Aquel 18 de septiembre estábamos en la presentación de la clase de Matemáticas; el profesor Matías Ferrán nos escribía en la pizarra cuál sería el horario que íbamos a tener, porque, además, él sería nuestro tutor durante todo el curso, y también nos impartiría clases de una de las asignaturas alternativas. En esa hora, yo sería la única que abandonaría la clase para ir con Vicenta, la que siempre ha sido mi profesora de Religión desde que entrara con once años en ese insti-tuto. Pero esa vez no fui la única.

El destino me tenía preparado el peor regalo de toda mi vida. El mismo demonio iba a entrar en las clases de Religión. Y en mi vida. Y en la de toda mi familia. Para destruirla. Cómo ha destruido a todos.

Hizo otra pausa y aceptó el vaso de agua que le ofreció Robles, quien no dejaba de anotar cada detalle que argumentaba en su libreta.

—Cuando ya llevábamos más de media hora de clase empezada, llamaron a la puerta. Dos mujeres —no sé decirte cuál era más guapa de las dos—asomaron las cabezas por el umbral de la puerta. Eran Ana y Paola, madre e hija. Paola era la nueva incorporación, ya que venía de otra ciudad, y era su primer año en el instituto.

Matías, muy amable y un poco intimidado por la belleza de am-bas, se dirigió hasta la puerta invitándolas a pasar. Ana le dio un beso a su hija y le deseó suerte en el primer día de clases, y Matías le ofreció a Paola que se sentara donde quisiera que estuviera libre. Todos los chicos de la clase la miraban atónitos. Hasta a mí me gustaba. ¡Era guapísima! ¡Y tan diferente a mí…!

Alta, delgada, morena con el pelo castaño con unas mechas ba-layage chulísimas. Me encantaban sus largas pestañas que

resaltaban sus ojos verdes, sus perfectas cejas diseñadas, su fina nariz, el gloss que iluminaba aún más sus carnosos labios.

¿Y qué decir de la ropa? Vestía un vaquero de talle alto con una

camiseta básica blanca que dejaba ver el piercing de su ombligo y un tatuaje. Llevaba puestas unas Converse de edición limitada, en color negro, con purpurina. Paola era todo un espectáculo.

Al presentarse minutos después, nos enteramos de que era repetidora y que estaba a punto de cumplir los dieciocho. Era de Salamanca. Su padre había hecho una permuta con un bombero de Conil, uno de la estación de El Colorado, y su madre era organizadora de eventos y representante de marcas conocidas.

En los cambios de clase, todos se querían acercar a ella para co-nocerla más. Todos menos Andrea y yo, ni por supuesto Fede. Mi ami-ga se lo prohibió. Eso conllevó una pelea. Hacía mucho tiempo que no discutían, y ese día me tocó ser el pañuelo de lágrimas de Andrea. Era mi mejor amiga y tenía que estar a su lado; como siempre que yo lo necesitaba, estaba ella conmigo.

—Bien…—interrumpió—. Me ha quedado claro cómo conociste a Paola, pero no entiendo por qué has dicho antes que "el demonio" entró en vuestras vidas. ¿Te referías a Paola? Me has dicho antes que ella era tu amiga, ¿no?

Carolina volvió a beber agua. Miró fijamente a la teniente, y de reojo a su *smartwatch*. Su madre le había vuelto a mandar otro mensaje de WhatsApp.

Mamá:
¿Por qué estáis tardando tanto?
Tengo que hacer de comer para tus hermanas.

Continuó, ignorando aquel mensaje de su madre.

—A los pocos días, cuando ya teníamos establecido un horario fijo, me llevé la sorpresa de que ya no iba a acudir sola a clases de Re-ligión, sino que una nueva compañera vendría conmigo: Paola. A par-tir de ese día, nos hicimos grandes amigas.

Me confió que su vida había sido muy distinta a la que en ese momento era, y que necesitaba encontrar la paz consigo misma y sen-tirse perdonada por Dios. Con el pasar de los meses, fuimos cogiendo

confianza para que me contara toda su vida. Me dijo que sus padres ahora estaban muy enamorados, y que no quería por nada del mundo que entre ellos pasara nada. Que eran la familia que siempre quiso ser, y aunque pareciera una chica superficial, y que hacía lo que realmente quería, tenía buen corazón.

La llevé a casa y se la presenté a mis padres. Ese fue mi gran error. Mi madre siempre me lo dijo. Que allí no la quería. Que le parecía una fresca, que no me quería al lado de ella. Que estaba dejando de lado a mi amiga Andrea… Pero yo me cegué con Paola.

Sentía que mi amiga Andrea llevaba años que solo me llamaba cuando Fede se iba a jugar al futbol con los amigos o cuando salía de fiesta sin chicas. O cuando se peleaban.

Y desde entonces, la mayoría de las discusiones que tenían fue-ron porque seguía a Paola en las redes sociales y le daba likes a los vi-deos que ella subía. Paola se comportaba conmigo muy bien.

Yo a ella también le confié que me sentía mal conmigo misma. No me gustaba mi cuerpo ni mi forma de vestir. Ni cómo me maquillaba. Le reconocí que le tenía envidia.

Ella se rio. Y entonces me ayudó. Parecía incondicionalmente. Porque pensé que era una amiga. Y las amigas están para todo incon-dicionalmente, ¿no?

La teniente asintió.

Ella continuó visiblemente dolida.

—Para lo bueno y para lo malo deben estar las amigas. Sin em-bargo, ella se cobró cada favor que me hizo. ¡Y tanto que se lo cobró!

¡Desde luego que sí! Y comenzó por mi padre.

—No entiendo… ¿Cómo que con tu padre…?

Claudia abrió de repente la puerta del despacho de Robles, inte-rrumpiendo aquella conversación. Tenía un rostro serio y la mirada perdida. Vestía con una falda larga oscura y chaquetón tres cuartos en color negro. Su melena azabache no estaba peinada y parecía una mu-jer autoritaria.

—¡Señora! ¡No puede entrar usted aquí sin llamar! Estamos en

medio de una conversación.

—Mi hija es una menor con la que lleva más de una hora y me-dia, presionándola por algo que ella solo ha visto —contestó enfadada Claudia.

—Por eso mismo, doña Claudia, tengo que hacer mi trabajo. Es-to es un interrogatorio, y simplemente estamos conversando como dos amigas, ¿verdad que sí?

La teniente miró a Carolina buscando la aprobación, pero solo observó la mano de su madre que había colocado en su hombro.

Se hizo el silencio.

Un silencio abrumador. De esos que dan escalofríos.

Carolina comprobó que su madre no estaba bien aquel día.

Mucho menos para estar en el puesto. Tenía que sacarla de allí cuanto antes.

—¡Carolina, nos vamos!

Se levantó de la silla haciendo ademán de despedirse de la te-niente Robles, que ya se dirigía nuevamente a la cámara para detener aquella grabación que no sabía si serviría de algo.

—Nos vemos pronto, Carolina.

—¡Ya veremos! —respondió, cortante su madre, cerrando la puerta de un portazo.

—¿Tú eres tonta, niña?

—Mamá, no he dicho nada, solo le he contado cómo conocí a

Paola.

—En el pueblo, con el único guardia con el que se habla es con

Mario. Esa teniente acaba de llegar y no tiene ni idea de nada. Lo de Paola ha sido un simple accidente, seguro que se cayó del acantilado intentándose hacer las fotos esas que se hacía ella y están dando palos de ciego pensando que alguien le hizo algo —dijo Claudia caminando de prisa para salir del Puesto Principal de la Guardia Civil

—. Ahora te-nemos que estar más cerca de Andrea que nunca. Fede está desapare-cido.

—¿Cómo que Fede está desaparecido? —preguntó Carolina

parándose en seco frente a su madre.

—¿No te lo ha contado Andrea? Me ha llamado Adela cuando te esperaba ahí dentro.

—No veo a Andrea desde ayer en el faro cuando pasó todo esto. Hacía días que no se encontraba bien, y Fede no le contestaba las lla-madas. Me dijo que había algo que no sabía… ¡Mierda, mierda…!

—¿Qué pasa, Carolina? —preguntó seria Claudia agarrando a su hija del brazo. ¿Hay algo que no me has contado? ¿Crees que Fede tie-ne algo que ver?

—No lo sé, mamá. Pero siento que Andrea me oculta algo.

—No le digas a nadie que hemos estado aquí. Yo supuestamente no puedo salir de casa con esas pastillas. Mucho menos coger el coche.

—Entendido, mamá. Vamos para casa. Tengo que ver a Andrea e intentar localizar a Fede.

CAPÍTULO III

Andrea Antúnez.
Dos días antes de la muerte de Paola.

Andrea no entendía cómo Fede le había hecho eso.

A ella. A la única persona que le había apoyado siempre por en-cima de cualquier cosa.

A ella, que lo había antepuesto a sí misma.

A ella, que se había alejado de sus amigos y de su familia por él.

A ella, que se había quedado encerrada en casa viendo películas cuando él salía de fiesta con sus amigos.

A ella, que sabía lo que había pasado.

A ella, que guardaba el secreto que podía destruir su vida.

Un secreto que estaba a punto de desvelar, justo en ese momen-to en el que él le había partido el corazón en dos.

Andrea llevaba un mes callándose algo que pronto no podría ocultar.

Había pensado hablar con los padres de Fede, pero estaba con-vencida de que la obligarían a mantenerse en silencio. Mario y Adela tampoco sabían nada, y eso también la estaba destrozando.

Andrea presumía de tener una familia ejemplar. Tanto ella como su hermana

Salma, siempre habían sido muy buenas estudiantes, y sus padres es-taban muy orgullosos.

Mario la consentía en todo, y la apremiaba siempre que le pedía algún capricho por sus buenas notas.

¿Cómo le diría lo que había hecho?

Él, que era guardia civil. Que nunca toleraba ningún secreto.

¿Cómo iba a confesarle que había metido la pata hasta el fondo?

¿Y que después de eso, nada volvería a ser igual?

Faltaban dos días para que en el pueblo se celebraran los carna-vales. Todas sus amigas iban a disfrazarse. Entre ellas estaría Paola, paseándose ante la multitud orgullosa del premio que había consegui-do. Paola, la reina.

Paola, la "más".

Paola, que llegó a sus vidas para destruirlas una por una. Primero, haciéndose amiga de Carolina hasta que la dejó de la-
do. La cambió tanto, que Carolina —su Carol, la que para ella era co-mo su hermana— se volvió otra.

La alejó de su madre.

No es que Claudia fuera santa de su devoción, pero estaba con-vencida de que tampoco se merecía que le hicieran lo que ella y su ma-dre les hicieron.

Los Azogue eran esa familia humilde y trabajadora que, para sus padres y para ella, eran más que simples vecinos. Andrea creía que Paola se había pasado de lista con Carolina. Que la utilizó hasta conse-guir lo que quería, y luego se hizo superamiga de Abril, Olivia, Marta, Guille y Raúl. Estaba convencida de que a ellos les pasaría lo mismo que a Carolina. Porque Paola se creía que, por ser mayor que ellos, te-ner un coche, que sus padres le compraron por cumplir la mayoría de edad en una superfiesta que celebró, y por ser *influencer*, era más que ninguno.

Andrea no le deseaba nada bueno, y rezaba para que se fuera cuanto antes.

Ella… y toda su familia.

Andrea se encontraba sentada en uno de los bancos del parque donde había quedado con Fede para hablar.

Se cruzó con Antonio, el padre de Carolina. Le pareció que tenía prisa y lo notó algo nervioso, como si tratara de esconder algo.

—¿Qué tal, Andrea? ¿Qué haces aquí sola?

Antonio la saludó dándole dos besos.

—Estoy esperando a Fede.

—¿Estás bien? —preguntó al notar los ojos vidriosos de Andrea, traicionados por aquellos recuerdos.

—¿Quieres que me quede aquí contigo? —añadió echando un vistazo a su reloj.

—No. —Todo bien —respondió Andrea. Veo que tienes prisa… tendrás que abrir la tienda.

—¡Ah, no! —dijo, mirando el móvil y cubriendo disimuladamente el nombre del contacto que lo llamaba—. Estoy buscando a Claudia. Ha salido de casa y últimamente anda muy nerviosa. No quiero que le pase nada.

Antonio se despidió de ella cuando observó que a lo lejos se acercaba Fede.

Caminaba con pasos firmes y cabeza alta. Parecía haber estudiado cada movimiento, como si tuviera la lección aprendida. Su acti-tud era muy diferente a la del último encuentro. Ni que hablar de hace un año, cuando todo en sus vidas marchaba de ensueño: ambos querían terminar bachillerato e irse a estudiar al extranjero. Ahora yo no sabía qué iba a ser de su vida. Y él parecía tenerlo bastante claro.

—Dime, Andrea. ¿Qué tienes que hablar conmigo? Creo que to-do quedó claro el otro día. No pienso seguir con tus chantajes.

—Un "hola", por lo menos, ¿no? —intentó darle dos besos, pero él los esquivó.

—He quedado con esta gente para terminar el disfraz del sába-do. Ya sabes lo que opino. No pienso seguir adelante ni quiero que tú sigas con la misma cantinela.

—¡Tú solo quieres estar con ella! ¡Es eso! ¿A que sí?

—¡Pero si ya lo sabes, tía! ¿Tan difícil es dejarme en paz de una puta vez y seguir con tu vida?

Fede estaba alterado, y Andrea se comenzaba a poner nerviosa.

—Vamos a ver, Andrea, nos quedan tres putos meses para terminar el curso. No me vas a ver más el pelo. Ni yo a ti. ¿Podemos in-tentar llevarnos bien y ya?

—¡Qué fácil lo ves tú! ¡Pero para follar las veces que tú has que-rido, ahí sí que te importaba yo!

—Tía, que follábamos los dos, ¡eh! Que tú no decías que no cuando venías a mi casa y…

—Eso es lo que te dice tu madre, ¿no?

—¿Qué cojones tiene que ver mi madre aquí ahora?

—Tu madre nunca me ha podido ver. Pero claro, como ahora la puta esa tiene dinero… seguro que a ella sí la quiere, ¿verdad?

—Mira, Andrea, paso de ti. Estás como una puta cabra, en serio.

Míratelo…

—¿Qué me lo mire? A ver cómo te va a mirar tu madre cuando le cuente todo.

Fede se había dado media vuelta, pero se volvió. Apretó los puños. Se giró furioso y se colocó a escasos centímetros de ella.

—Andrea, deja de provocarme como haces siempre. Te dije que no podías hacer eso. Paso de tu chantaje. Aquella noche fue un puto error. Y yo seré consecuente. Pero tú tienes que parar con todo esto. Ninguno de los dos podemos. Y lo sabes. Porque como sigas así…

—¿Qué?

—Que ahí te quedas. Que hagas lo que te dé la gana. Pero yo… yo voy a ser feliz con Paola.

Fede se marchó. Andrea se quedó sola, en el mismo banco don-de un rato antes había estado recordando momentos felices. No lo re-conocía. No había nada del Fede del que se enamoró. Mientras

él se alejaba, ella observaba cómo golpeaba los troncos de los árboles como si pudiera pagar con ellos lo que sentía.

Paola le había quitado al amor de su vida.

Andrea estaba convencida de que no estaba enamorada de él. Que solo quería fastidiarla porque nunca mantuvieron una amistad. Fede, al lado de ella, era un auténtico crío. En cuanto terminara el curso y se fuera a Ibiza, se liaría con el primer tío que se le cruzara.

La noche de los carnavales, Andrea ya daba por hecho que Fede y Paola estarían juntos. Y no pensaba permitirlo. Fede la había dejado tirada. No había cumplido su palabra.

Así que puso su plan en marcha. Y para llevarlo a cabo, necesitó la ayuda del que siempre estaba: su padre. Sabía que iba a pasar por el trago más duro y jodido de su vida, pero también que esa era la única manera de hacer su justicia. Tenía un as bajo la manga. Y había llega-do el momento de jugarlo.

Se subió al patinete eléctrico y cruzó la avenida para atravesar una de las calles peatonales que desembocaban en su casa, justo por al lado del paseo marítimo de la playa de los Bateles. Allí la esperaban sus padres y su hermana. Les había mandado un audio por el grupo familiar que tenían en WhatsApp: tenía que contarles algo muy im-portante.

Cuando llegó, dejó el patinete donde siempre, en el recibidor. Caminó hasta el salón, donde la esperaban los tres. Carlos ya estaba uniformado. Entraba de guardia esa tarde y miraba de reojo el reloj de pared, que marcaba casi las seis.

—Venga, nena, ¿qué es eso tan importante que tienes que con-tarnos? —preguntó su madre dejando sobre la mesa blanca del salón una taza de café. Papá se tiene que ir y estamos expectantes.

—Eso mismo digo yo —añadió Carlos, cruzándose de brazos. Espero que sea algo bueno, porque llevas un tiempo bastante mal, y sé que tiene que ver con Fede.

—Sí…—asintió Andrea, cabizbaja—. Lo que os tengo que decir trata de Fede.

—Cariño, lo sabemos —dijo Adela.

—No lo sabéis.

—Claro que sí —intervino Salma sin apartar la vista de los apuntes que tenía sobre sus manos.

—Sabemos que Fede y tú ya no sois pareja —dijo Carlos, con suavidad, acercándose a su hija y poniéndole su mano sobre el hombro.

—No pasa nada, hija…

Adela también se acercó a ella para abrazarla.

—Tenéis diecisiete años. Os queda tanta vida que disfrutar, vivir, conocer… —¿Verdad, amor? —le dijo a Carlos con sonrisa cómplice.

—¡Ya ves! —rio Carlos—. ¿Sabes que tu madre, aunque llevamos veinte años juntos, no fue mi primera novia?

—Me lo imaginaba… —soltó Salma, seca.

—Algún día me contarás quién fue, que seguro que la conozco

—puntualizó Adela con ironía.

Carlos le guiñó un ojo, dibujando una sonrisa en su rostro. Tal vez, maquillando algo que Andrea y Salma no sabían.

—Mamá. Papá —suspiró Andrea, y respiró hondo para soltar la bomba—. Fede y yo no seguimos juntos, pero no es eso lo que os tengo que contar.

—¿Ya tienes otra pareja? —preguntó Carlos, aparentemente contento.

—¡Mario…! —exclamó Adela, escandalizada.

—Adela, que estos críos son así…

—¿Me dejáis contaros o no?

—Está embarazada —interrumpió Salma de pronto, sin quitar la vista de sus apuntes.

Los tres la miraron, perplejos. Adela volvió a reír, pero esta vez nerviosa, como intentando pedirle a una fuerza superior que lo que había dicho su hija mayor fuera broma.

Andrea se quedó atónita porque no entendía cómo Salma podía saber eso que solo ella sabía.

—Lleva semanas vomitando todas las mañanas. Ha dejado de

comer queso —enumeró Salma—, y se dejó olvidado el predictor en el cajón donde justo algunas veces le pillo alguna camiseta.

—Andrea… —dijo Adela, esta vez con lágrimas en los ojos y muy seria—. ¿Es eso cierto? Dime que no, por favor…

Andrea rompió a llorar desconsoladamente y buscó los brazos de su padre, que solo atinó a abrazarla fuerte contra su pecho y susu-rrarle en el oído que todo iría bien.

—¡Pero Mario, por Dios! ¡Tiene diecisiete años, joder! —gritó Adela fuera de sí.

—Ahora no, Adela. Ahora no… —murmuró él protegiendo a su hija contra su pecho.

Salma alzó por fin la mirada y miró la escena. Se incorporó.

—No me puedo creer que vayáis a apoyarla en algo así. ¡Tú siempre igual! —dijo Salma mirando a su padre—. ¿Qué vas a sacar ahora de esto? ¿Qué le vas a enseñar con este embarazo? ¿Y tú, mamá? ¿De verdad? ¡A esta niña hay que ayudarla, no hundirla más!

—¡Salma, vete a tu cuarto! ¡Por lista! Siempre la misma historia. ¿Quién te crees que eres? ¡Sácate esos estudios y ayuda a los locos, que para eso has quedado! Pero a tu hermana déjala tranquila.

Mario fue rotundo. Andrea seguía llorando, aferrada a él.

Salma lo miró con rabia, recogió sus apuntes y salió del salón sin decir ni una palabra más. Una vez más, había pagado en su hija mayor todo lo que no pudo pagar con Andrea. Su corazón, de nuevo, no lo dejó.

CAPÍTULO IV

La llegada de la teniente Robles. Miércoles 5 de marzo de 2025.

Como teniente de confianza del comandante Barrull —ac-tualmente de baja— y tras la pérdida del capitán Bermúdez en el mismo operativo que dejó al comandante convaleciente, la teniente Dafne Robles había sido enviada temporalmente al puesto de la Guardia Civil de Conil para reforzar la seguridad en el carnaval del municipio.

Lleva en el cuerpo desde hace más de veintitrés años y, cuando se unió a la Unidad de Homicidios de la Policía Judicial de la Guardia Civil, volvió a su ciudad natal, Jerez de la Frontera.

Aquel miércoles se encontraba en su día libre. Había decidido dedicar la tarde a poner algo de orden en varios informes atrasados, lejos del bullicio del puesto. No estaba allí cuando llegó el primer avi-so. No escuchó las radios encenderse de golpe ni vio a los

agentes salir en dirección al faro. Ni a Antúnez. Ni a Salcedo. Simplemente, no se enteró de nada.

Su teléfono sonó sobre las cuatro y veintisiete de la tarde. Cuando vio el nombre del comandante Barrull en la pantalla,

supo que algo grave acababa de suceder.

—Robles… —Su voz era baja, casi áspera, como si cada palabra le doliera—. Tenemos un cuerpo en las rocas del faro de Roche. Dos chicas lo acaban de encontrar.

Dafne se incorporó de inmediato.

—¿Se sabe de quién se trata?

—Al parecer coincide con la descripción de Paola Maldonado. La chica llevaba desaparecida desde el sábado. Pero nadie interpuso

denuncia de desaparición —hizo una pausa—. Antúnez y Salcedo van ya de camino, pero necesito que vayas tú también. Y escucha bien: desde este minuto te pongo al mando del caso. No puedo hacer nada desde aquí, y no pienso dejar que Antúnez meta las manos donde no debe. Madrid revisará la vacante del capitán Bermúdez pronto, y quie-ro que tu nombre esté el primero cuando lo hagan. Te lo has ganado.

—Mi comandante…

—No tenemos capitán, Robles —continuó, agotado y cortante —. Bermúdez debería estar ahí. Ya sabes lo que pasó. Y yo estoy atado a esta puta silla de ruedas con la "pata" escayolada. Pero tú no. Tú eres la única en la que confío para esto. La única que no se vende. Ni se asusta.

Dafne tragó saliva.

—¿Sigue pensando que lo del accidente…?

—Creo que ese hijo de puta tuvo más que ver de lo que admite

—dijo, sin rodeos—. Y no pienso decirlo oficialmente hasta tener prue-bas, pero no quiero que te fíes de él, ni media. Ve al faro. Y haz lo que haces siempre: sigue tu intuición. Esa nunca falla.

Colgó.

La teniente, al escuchar de qué se trataba, no dudó en poner rumbo al faro.

Cuando llegó a la escena donde estaba sucediendo todo, la llu-via caía con fuerza. Gruesa y helada. Envolviendo todo en un gris sala-do. Observó a dos chicas que lloraban nerviosas, siendo atendidas por los sanitarios. Una de ellas, la que parecía menos afectada, se abraza-ba el vientre en un gesto de protección que llamó la atención. La otra, más alterada, era la que había encontrado a Paola Maldonado ya falle-cida bajo el acantilado.

Los bomberos acababan de depositar con sumo cuidado el cuer-po de Paola sobre la arena rojiza de aquel lugar. Robles escuchó el gri-to desgarrador de uno de ellos al comprobar que se trataba de su hija, a quien no veía desde hacía días.

La primera intuición de Robles: aquello no se trataba de ningún accidente. Paola tenía toda una vida por delante, y ese hombre que

gritaba al vacío abrazado al cuerpo de su hija jamás se habría imagina-do el final que aguardaba. No era momento de interrogarlo. Tampoco de darle las condolencias. Pero sí de hacerle saber que estaba a su dis-posición para lo que él y su familia necesitaran.

Se acercó un poco más, clavando sus botas en la arena fría. La lluvia golpeaba fuerte, casi horizontal.

Fue entonces cuando el sargento Salcedo le informó y su mente empezó a trabajar.

A Dafne le resultaba especialmente extraño que la víctima fuese compañera de clase de las dos chicas que habían alertado a la policía. Que nadie hubiese denunciado su desaparición desde la noche de los carnavales. Que el Mercedes de Paola siguiera aparcado en la puerta de su casa de Roche, como si nunca hubiera salido de allí.

Y, sobre todo, que una chica de dieciocho años hubiese recorri-do a pie cuarenta y cinco kilómetros para acabar precipitada en un acantilado.

Nada de aquello encajaba.

Y ella lo sabía.

La lluvia espesa y salada no conseguía borrar el olor a verdad podrida que siempre acompañaba a los casos que se tuercen desde el principio.

El cuerpo sin vida de Paola Maldonado, tendido entre las rocas y la espuma sucia del temporal, despertó en ella una punzada conoci-da. Una herida que nunca había cerrado del todo.

Noelia.

Su mejor amiga. Desaparecida a los diecisiete años en el viaje de fin de curso. Una verbena, un instante, un vacío. Y veintisiete años de preguntas sin respuestas.

La causa por la que decidió ser policía.

La promesa que sigue latiendo en cada caso.

Y ahora, allí, frente a aquella chica que tampoco merecía ese fi-nal, la misma promesa volvía a respirar en su interior.

Tras unos minutos de silencio, observando aquel lugar y el sitio exacto donde habían rescatado el cuerpo, se despidió del

forense, que

le recordó que en poco tiempo tendría los resultados de la autopsia.

También lo hizo del sargento Salcedo.

Robles se dirigió a su Hyundai Tucson blanco cuando vio al sar-gento Antúnez apartado, hablando con Andrea. Desde el espejo retro-visor intentó descifrar su lenguaje corporal, pero le fue imposible. Así que, con su habitual método, sacó de su gabardina gris la libreta don-de anotaba todo lo que había visto, oído, sospechado e intuido.

Muy importante esto último, porque era lo que más funcionaba en ella.

Quería mantener informado al comandante Barrull. Sabía que el ascenso que tanto había esperado durante años podría llegar ahora que el capitán Bermúdez había fallecido y el comandante Barrull —por primera vez en su vida— estuviera convaleciente durante un tiempo. Aunque el propio Barrull quisiera creer que su vuelta era inminente.

La teniente Robles lo sabía todo.

Esa misma noche, después de darse una ducha caliente, puso al tanto al comandante de todo lo ocurrido aquel día.

No tardó en acostarse.

Llevaba toda la noche durmiendo sin ningún desvelo. Escu-chando la lluvia caer con fuerzas cuando su teléfono la despertó a pri-mera hora de la mañana.

—Dafne…

—¿Sí? —respondió medio dormida.

—Parece que se le han pegado a usted las sábanas…

Robles abrió los ojos de golpe, y de un brinco saltó de la cama. Se despegó el móvil de la oreja y comprobó que quien la llamaba era Barrull, viendo en la pantalla de su móvil también que eran las 08.06 y que se había quedado dormida porque se le olvidó poner la alarma.

—¡Perdón!

—El segundo día del caso, ¿y ya se ha quedado usted toda la noche despierta investigando?

Robles no respondió.
—En fin… Usted verá cómo organiza su tiempo. Imagino que no

ha mirado el correo que le he reenviado.

En ese mismo momento, Dafne activó el manos libres para entrar en la bandeja de entrada del correo. Efectivamente, le había man-dado un *e-mail*: el informe de la autopsia.

—¿Ya lo tienen?

—Tenemos un equipo excepcional. Me interesa mucho el caso.

—¿Por qué?

—Porque lo vas a llevar tú y hará que sientas que te va a estallar la cabeza.

Dafne leía detenidamente el informe de la autopsia con una pe-queña sonrisa, sabiendo que iba a sorprender, una vez más, al coman-dante.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Entiendes ahora por qué he querido ponerte al mando?

—¿Paola murió ahogada?

—Quien arrojó a Paola al acantilado pensó que estaba muerta. Pero solo estaba inconsciente. Su cerebro desconectó por el traumatis-mo craneoencefálico que le produjo el golpe que le dieron en la sien. No murió en el acto. Murió a las horas ahogada por el oleaje. El tem-poral desde la noche de los carnavales ha sido horrible. Una de las niñas que encontraron el cuerpo es Andrea Antúnez, hija del sargento.

¿Lo vas pillando?

Robles se secó las lágrimas que le resbalaban por sus mejillas con el dorso de su mano. Cada caso era diferente, pero algunos cala-ban hondo.

—¿Crees que esa cría ha podido hacerle algo así?

—No lo sé. Por eso decidí ponerte al frente de este caso. Sé que vas a dar con el hijo de puta —o hija de puta— que ha hecho esto. Y no lo tienes fácil porque ese cabrón de Antúnez va a meter sus narices en todo esto. Y más si su hija estuviera implicada en algo.

—Voy a necesitar tiempo para conocer un poco más al sargento Antúnez. Ya me han alertado sobre ciertas actividades de

él.

—El sargento Salcedo lleva investigándolo bajo mi autorización

desde antes del accidente que tuve.

—Sí… —suspiró Dafne, sin quitar vista del informe—. Algo me contaste. En fin… —No te preocupes, Currito —dijo, con tono cariñoso, Dafne—. Sé que llevas años tras él. Sinceramente, no creo que ten-ga nada que ver con esto.

—Su hija era compañera de clase de Paola…

—Bueno, empezaré a hacer los interrogatorios pertinentes. Ten-go que hablar con sus padres. Conocer si tenía pareja… Tú descansa. Y recupérate. Por favor…

—Seguramente mañana sea el entierro de la chica —añadió Ba-rrull—. En unas horas le entregarán el cuerpo a su familia y tendrán que despedirse de ella pronto. Pero han pedido que sea algo íntimo. El caso ha llegado a los medios de comunicación. Tienes que tirar de con-tactos en el tanatorio, tú ya me entiendes…

—Sí, déjame eso a mí. Intentaré tener oídos puestos en el tana-torio. De todas maneras, sabes que no me gusta estar presente en esos lugares. Me parece tan doloroso ver a esos padres…

—Trato de no imaginármelo, como siempre hago en estos casos

—contestó el comandante—. Antúnez irá como padre de Andrea, así que te lo repito: quiero que te informes de qué pasa en el tanatorio, y que estés pendiente de cada persona que allí acuda. Anota todo. Cada gesto, cada palabra o frase que te resulte sospechosa… Atenta a las mi-radas, a las caricias falsas, a las gafas de sol. ¡A todo! El asesino —o los asesinos—estará allí.

—¿Tú crees?

—¡Y tanto que lo creo! Por eso te digo que no te fíes de nadie y haz lo que haces siempre en todos tus casos: seguir tu intuición.

CAPÍTULO V

Antonio Azogue.
Primavera de 2024.



ntonio deseó varias veces que el día en el que su hija llegó a casa con su nueva amiga, Paola, nunca hubiese sucedi-do.

Carolina llevaba meses hablando de ella, y sentía curiosidad por saber quién era. Ya les había puesto al día de su vida y de qué hacía en Conil, pero ni en sus peores sueños imaginó, jamás, que esa cría de apenas dieciocho años causara los peores meses de su vida.

Su mujer, Claudia, hizo lo imposible para que su hija y Paola dejaran de verse, pero Carolina estaba fascinada, casi obsesionada

con esa amistad que habían construido, y no veía el mundo más que a través de los ojos de Paola.

Antonio, en cambio, era la única persona de toda la familia de Carolina que sabía que su hija se veía con un chico que conoció por mediación de Paola. Lo conoció en su fiesta de cumpleaños, pero solo duraron unos meses.

Todo lo contrario de lo que ocurrió con Antonio y Ana.

Caía una apetecible tarde de primavera, ya casi rozando el vera-no. Las máximas en Cádiz eran de treinta y dos grados, y los padres de Paola le habían preparado una puesta de largo por su mayoría de edad. Invitaron a todos los compañeros de clases, y también a sus pa-dres. Con la excusa de que ellos supervisaran el consumo de alcohol de sus hijos, aunque la mayoría de ellos sabían que los jóvenes bebían cada fin de semana.

Paola no sospechaba nada de la sorpresa. Su madre, junto con Carolina, le había llevado esa mañana de tiendas por el centro de la

ciudad de Cádiz, y tras una larga jornada de compras, almorzaron jun-tas en un exclusivo restaurante. Después se arregló en un hotel, donde le harían un reportaje de fotos luciendo el vestido a medida que le habían diseñado. Llegaría en una limusina a su chalé, y allí la estarían esperando todos los invitados para colmarla de aplausos, felicitacio-nes y de regalos.

Antonio acudió solo al cumpleaños.

Su única compañía fue una bandeja de rosquillas y un bizcocho de chocolate que le había preparado a Paola junto con Silvio —sabía que a ella le encantaba—. Claudia se negó a acompañarle. Prefirió quedarse en casa acompañada de sus hijas, y pidiéndole a Dios que ni su marido ni su hija mayor se retrasaran con la llegada a casa. No es-taba de acuerdo con que su hija se hubiese ido desde por la mañana con la cumpleañera. No entendía tanta hostilidad y le decía a su mari-do que esa amistad no iba a acabar bien. Pero Antonio trataba de ha-cerle ver a Claudia que Carolina se había llevado mucho tiempo a la sombra de Andrea. Ellas habían crecido juntas tratándose como her-manas, pero cuando Andrea empezó con Fede, Carolina se volvió invi-sible. Solo se acordaba de ella cuando a Fede le interesaba quedar con sus amigos. Y ahora, al fin, Carolina se sentía feliz, querida y escucha-da. Por eso Antonio no vio nada malo en que tuvieran ella y Paola esa bonita amistad.

Al llegar al chalé donde vivía Paola y se celebraba la fiesta, se unió al grupo de padres que esperaban la limusina.

Carolina —que acompañaba a Paola— ya le había avisado de que no tardarían. Mientras aguardaba, escuchaba cómo algunos de los demás padres criticaban a la familia de Paola. No la conocían de nada, pero les valía el opinar. Claudia en casa hacía lo mismo.

Desde que Paola llegó nueva al instituto, ella y su familia esta-ban en el punto de mira. Lo que no se imaginaba Antonio es que, des-de ese día, la suya también lo estaría.

Había coincidido dos o tres veces con Ana, pero nunca había te-nido ocasión de hablar con ella. Solo sabía lo que su mujer le

conta-ba… y, como era habitual, nada bueno. Que si era una prepotente. Que

si tenía más operaciones que un quirófano. Que si el dinero que mane-jaba. Que si seguro que no solo se dedicaba a organizar eventos…

En cambio, a él le parecía la mujer más hermosa que habían visto sus ojos y, además, hablaba con una dulzura que desarmaba.

Su hija, a la que jamás había visto tan radiante, interrumpió sus pensamientos.

—¡Papá! ¡Sabía que no me ibas a fallar! —exclamó Carolina, dándole un abrazo—. ¡Qué guapo estás con esa chaqueta!

—¡Tú sí que estás guapa! —respondió Antonio, dándole una vuelta sobre sí misma a su hija. ¿Ese es el vestido que te has compra-do? Es precioso.

—No, papá, al final no me lo he comprado. Me lo ha regalado

Ana.

—¡Paola, por Dios! A mí se me cae la cara de vergüenza.

¿Tam-

bién te han pagado el maquillaje, las uñas y ese peinado?

—Todo, papá… —contestó Carolina, agarrándolo de sus manos.

—¡Qué vergüenza! Tu madre lleva razón. Nosotros no somos aprovechados de nadie, y yo te he dado dinero para que te puedas cos-tear todo eso. Incluso te he dado más dinero de lo que tu madre sabe

—le susurró con firmeza, mirando discretamente a su alrededor—. Quiero que le devuelvas hasta el último céntimo a esa señora. Ya está bien de que te sigan comprando cosas. Te lo digo muy en serio.

Carolina lo miró seria, en silencio.

La voz de Ana los interrumpió con suavidad.

—¿Vamos, Carol? —preguntó con una sonrisa. Me imagino que eres su padre. Enseguida te la devuelvo, Antonio. Vamos a ayudar a Paola a bajarse de la limusina.

Antonio también le sonrió, cautivado. Se quedó atrapado en aquellos ojos verdes. En esos pómulos finos, que parecían pintados

con un pincel en su cara. En sus labios carnosos, perfectamente delineados de un carmín marrón. En su larga melena castaña y brillante, que al moverse dejó en el aire un rastro de perfume caro. En el vestido blanco que se ajustaba a su preciosa silueta con elegancia. En sus ta-cones que le hacían tener una estatura perfecta. Y en sus curvas, que

eran de infarto.

Entendió, entonces, lo que le pasaba a su mujer: envidia.

Claudia llevaba veintiocho años siendo la misma mujer. Como si la vida no hubiera pasado por ella ni tampoco por su mentalidad. A pesar de vivir en una constante evolución, ella seguía atrapada en el pasado. Fue la hija única de un matrimonio fascista que la obligaron a casarse con Antonio cuando él solo tenía veintiséis años y estudiaba para ser jefe de cocina. Desde entonces, maldice cada día haberse cru-zado en la vida de Claudia. No cambia por nada a sus hijos, en especial a Silvio y a Carolina, pero era consciente de que nunca había estado enamorado de la madre de sus hijos, a quien veía como una mujer descuidada. Que parecía doblar la edad que tenía.

Dejó todo cuando se enteró de que Claudia estaba embarazada, y tuvo que trabajar durante años como camarero, perdiéndose el cre-cimiento de sus hijos. Claudia nunca quiso trabajar porque pensaba que su único trabajo era cuidar de sus hijos, de su casa… y servir a Dios. No tuvieron más hijos porque Antonio se operó a escondidas con la ayuda de sus padres: sus pilares. Pero cuando estos fallecieron en plena pandemia, él también quedó a la deriva de Dios.

Nunca fue creyente a pesar de complacer a Claudia en ser una familia cristiana, católica, apostólica, romana. Pero empezó a creer en Dios cuando recibió la noticia de una herencia secreta que sus padres le dejaron al morir, junto con una carta que le entregó el notario. En ella, sus padres le pedían perdón por haberle ocultado aquello, pero no querían que su mujer metiera sus narices en algo que no era suyo. Sus padres compraron el local que había justo al lado de la casa de Antonio. Así que, con el dinero que también le dejaron a escondidas, tuvo claro que montaría el negocio que siempre soñó: un obrador, pastelería y confitería.

El comienzo fue muy duro, y aun en ese momento lo seguía siendo. Pero con la ayuda de Silvio y Nico, consiguió hacerse un hue-quito entre los pequeños negocios del pueblo. Su pan era muy conoci-do.

Claudia también colaboraba con ellos, haciendo algunos dulces

tradicionales. Pero no tenían éxito entre los clientes que no fueran fe-ligreses amigos de la familia.

Ana, esa noche, se coló por el resquicio de su corazón.

Paola se bajó del coche con una venda del mismo tono que su vestido rojo de cola. Tenía un escote palabra de honor y le realzaba una bonita figura.

Carolina preparó a todos los invitados para que, cuando Carlos le quitara la venda, lanzaran confeti. Paola, agarrada del brazo de sus padres, se puso frente a la alfombra roja que la conduciría al fondo de su enorme jardín, donde estaba dispuesto el catering.

A la cuenta atrás de cinco, todos corearon.

—¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno!

Carlos le quitó la venda y estalló la celebración. Confeti al aire, aplausos, música, vítores. Sus compañeros se acercaron a ella, llenán-dola de besos y abrazos. Carolina lo tenía todo controlado. Quería que todo saliera como su gran amiga se merecía. Quería enseñarle todo lo que ese día había preparado para ella.

Antonio miraba a su alrededor. Observaba cómo Andrea no se divertía, e incluso se encontraba incómoda cuando su madre se acercó a él.

—Antonio, ¿qué tal? —saludó Adela con dos besos. ¿No ha que-rido venir Claudia?

—¡Eh! —respondió él devolviéndole el saludo. Tú sabes mejor que nadie cómo es. Prefiere quedarse en casa. Además…

—Ya… Tampoco Paola es santa de mi devoción —interrumpió Adela, bajando el tono—. De hecho, creo que deberíamos hablar con las niñas. Hace mucho tiempo que no se ven juntas, con lo que ellas eran…

—A las niñas no les pasa nada, Adela. Solo que Andrea lleva mucho tiempo de noviazgo con Fede, y al final mi hija, pues también ha querido divertirse, aunque no tenga novio —intentó justificar la separación de su hija—. Pero vamos, conociendo a Carol, si Andrea la necesita, siempre estará a su lado.

—Sí, ya… —murmuró Adela sin demasiada convicción, mientras

observaba cómo Andrea hablaba acaloradamente con Fede, como venía ocurriendo últimamente.

—¿Antonio?

Ana apareció en escena interrumpiendo la conversación entre Antonio y Adela.

—Bueno, os dejo —dijo, cortante Adela, soltando su copa en una mesa alta que había a su lado.

—¡Ay, perdona! ¿He interrumpido algo? —preguntó Ana.

—No, no, para nada —respondió Antonio, nervioso.

—Quería disculparme porque antes me llevé a tu hija sin saludarte. Creo que ni siquiera nos hemos presentado —Ana le puso una mano en su hombro y le dio dos besos—. Me llamo Ana, soy la madre de Paola.

—Sssi… sí, lo sé. Mi mujer me ha hablado de usted.

—¡Vaya, eso sí que es una sorpresa! —rio con ironía—. Desde que la conozco, nunca se ha acercado a mí. Siempre me ha cerrado la puerta en la cara.

—Sí… Claudia es una mujer peculiar… y algo complicada.

—¿Peculiar? El día que la vi por primera vez, pensé que era la abuela de Carolina.

Ambos rieron. Antonio no pudo evitarlo.

—¡Joder! No quería meter la pata, perdona. De verdad, no quería ofenderla.

—Descuida, descuida —respondió Antonio, aspeando sus manos. No me lo tomo a mal.

—Mira, ahí viene mi marido.

Ana le presentó a Carlos.

Se veían muy enamorados. Sin embargo, cuando ella clavó sus ojos verdes en los de Antonio, supo que ese día era el principio de una historia que quebraría la vida de todos. Especialmente, la de Paola.

Después de esa noche, Antonio nunca volvió a ser el mismo.

Pasaron horas conversando. Ana lo felicitó por el pastel que le había hecho a Paola, y entre risas y copas de vino, llegó la primera

proposición seria: presentarle a los dueños de cafeterías y hoteles para

que llevara sus dulces y el pan. Incluso le sugirió hacer cursos de pas-telería para mejorar y estar al tanto de las últimas tendencias culina-rias.

Había pasado más de la medianoche. Claudia le mandaba WhatsApp preguntándole cuándo pensaba volver a casa. Pero Carolina estaba feliz con sus amigos, y él lo era también. Por eso, aceptó la siguiente propuesta de Ana: quedarse en su casa en una de las habita-ciones que habían preparado para los invitados.

Antonio:
Carolina se lo está
pasando bien. Ha venido
un DJ.
Yo me he bebido unas copas, y es
imprudente coger el coche. Nos vamos a
quedar aquí como otros invitados.
No nos
esperes. Que
descanses.

Antonio guardó su móvil en el bolsillo del pantalón, miró a su hija —que le devolvía la sonrisa— y se sirvió otra copa de vino junto a Ana. Ya había cometido su primer pecado. Se enamoró de otra mujer.

Pero, en realidad, se enamoró por primera vez.

Porque todo lo que sintió esa noche eran sensaciones nuevas, contradictorias, difíciles de contener. Sentimientos que no tardarían en florecer. Como tampoco tardaría en llegar la tormenta que desa-taría el caos.

Un caos que jamás olvidaría.

Ni tampoco lo que estaba a punto de vivir con
Ana. Nunca antes había amado así.

CAPÍTULO VI

Gracia Salas.
Viernes 7 de marzo de 2025.

La teniente Robles había seguido al dedillo todas las ins-trucciones que le había encomendado Barrull. Para ello, se había trasladado hasta el tanatorio donde sería velado el cuerpo de Paola.

No era momento para otra cosa que no fueran condolencias, pe-ro tampoco quiso darlas.

Decidió investigar a su manera: desde la sombra.

Contaba con una persona de su máxima confianza trabajando en la cafetería del tanatorio. Una chica muy importante para ella que terminó su turno cuando el cuerpo de Paola fue incinerado.

—Buenas tardes, muchacha —saludó Lourdes, montándose en el coche de Dafne.

—¿Has podido conseguir algo? —preguntó la teniente mientras se liaba un cigarro.

—No sé si te servirá de mucho. Por lo visto, Paola tenía bastan-tes frentes abiertos…

—Ajá… ¿Cuáles son esos frentes?

—La madre de la niña, por lo visto, le ponía los cuernos al mari-do con el padre de una de las amigas.

—Bien, creo que tengo al amante —interrumpió Dafne mientras leía su libreta—. ¿Y has podido escuchar si Paola tenía novio, algún ro-llete, o… folla-amigo?

—Hay un tal Fede desaparecido.

—¿Fede?

—Sí. Dos amigas de la chica lo comentaban en la mesa cuando les llevé la bebida. Una de ellas, la gordita, se enteró de la desaparición

cuando salió del interrogatorio el otro día.

—Carolina…

—¿La conoces?

—Sí —afirmó Robles bajando la ventanilla para tirar un papel de chicle—. Fue la primera a la que interrogué. Es quien encontró el cuerpo, junto a otra: Andrea. Ella va a ser la siguiente. Sé que su padre es el sargento Antúnez, y tengo la sensación de que ese detalle va a complicarme un poco las cosas. Hay algo que se me escapa, Lourdes.

—¿No te parece curioso que Fede esté desaparecido y los padres estén en el tanatorio como si nada y sin haber interpuesto denuncia? —dijo Dafne subiendo de nuevo la ventanilla.

—Sí que estaban tranquilos, sí…

—¿Le has puesto cara?

—Sí, mira. Esos son.

Lourdes señaló a una pareja que se montaba en un BMW X6 re-cién salido del concesionario. Ella tendría unos cuarenta y pocos años. Delgada. Llevaba unas grandes gafas de sol. Vestía con ropa cómoda. Y tanto ella como su marido andaban con paso firme. Él llevaba una gorra disimulando su alopecia. El pantalón vaquero ajustado a su cuerpo y la camisa de color claro le hacían parecer un hombre atracti-vo.

—Estuvieron en la misma barra de la cafetería hablando con los padres de Paola. Le decían que ellos no querían saber nada de Andrea. Y la madre del chico le preguntó a la madre de Paola que si había leído el mensaje que le había enviado. Pero no conseguí escuchar nada más. Los padres de la chica estaban ausentes y estaban ahí de pie por iner-cia más que por cumplimiento.

—O sea, tenemos, por un lado, a Fede, que dejó a Andrea por Paola…—dijo Dafne, arrugando la frente mientras soltaba una calada.

—Por lo que yo he escuchado, y he entendido, parece que sí. Que ese tal Fede era el novio de la que ha muerto —inquirió Lourdes.

—Pues sí que tiene frentes abiertos esta chica… Por otro lado, están los Azogue. La que era su íntima amiga Carolina ya no confiaba en ella. Y, además, su padre Antonio era el amante de la madre de

Paola. Casi nada…

Dafne pensaba en alto, enumerando todo lo que había recabado en esas primeras horas.

—Muy interesante el caso, sí —respondió Lourdes—. Pero ¿me llevas a casa? Quiero estudiar.

—¿Ya no tienes nada más que contarme?

—Si quieres que te cuente las veces que le han dicho a esos po-bres padres que si no se lo merecía, que si la vida es muy injusta, que si solo era una niña…

—¿Así quieres ser tú guardia civil? —le acarició la pierna, re-galándole una sonrisa. Anda, abróchate el cinturón.

Dafne condujo para llevar a Lourdes a casa. Era la hija de la mujer más importante de su vida: Sonia.

Hacía un par de meses que se habían distanciado. Dafne seguía sin ser capaz de separar su vida profesional de la personal. Tal vez, porque asumía que su vida era investigar casos.

—¿No esperas a mamá?

—Dile que estoy hasta arriba con este caso, pero que la llamo en cuanto pueda, ¿vale?

—Dafne… ¿En serio?

—¿Qué pasa ahora, Lourdes?

—¿Cómo que qué pasa? Hoy es el cumpleaños de mamá. Me di-jiste que te quedarías a comer para darle la sorpresa cuando ella llega-ra del trabajo.

Dafne quedó incrédula mirando fijamente hacia la carretera.

—Te has vuelto a olvidar…

—¡Joder, enana! No sé ni qué decirte —murmuró Dafne cabizbaja—. Voy a intentar llegar para la tarta.

—Sé que no vas a venir —respondió furiosa Lourdes abriendo la puerta del coche—. Estamos acostumbradas a ello.

—No me digas eso, Lourdes, por favor…

Dafne intentó frenar a Lourdes agarrándole del brazo, pero ella

tiró con brusquedad y se bajó del coche.

—¡Joder! Nos fallas de nuevo. Te avisé hace dos semanas.

—Vale —asintió—. Sí, si. Llevas razón, me lo dijiste. Es que la cabeza la tengo fatal, y este caso me está quitando el sueño. Me juego mucho aquí, Lourdes.

—Sabes que con mamá también te la juegas. No le vuelvas a fa-llar. Ni tampoco a Lu. Sabes que te adora. Y yo también.

Lourdes se dio la vuelta y caminó hacia su casa.

—¡Oye, enana! —gritó Dafne desde el coche—. Te quiero.

Dafne le regaló esas dos últimas palabras junto con una sonrisa, y se quedó mirando cómo Lourdes andaba hasta la cancela de su casa.

—¡Por cierto!

Lourdes se giró a lo lejos, dándose la vuelta sobre sí misma y volviendo hacia el coche de Dafne.

—¿Qué más vas a reprocharme?

—No te voy a reprochar nada más. Solo espero verte por aquí en unas horas. Es que me he acordado de ese hombre… —recordó, pensa-tiva, mordiéndose el labio.

—¿Qué hombre?

—Había un hombre hablando con la madre de Paola. Nombró a una tal Claudia y que si el diablo… ¡Joder, no me acuerdo!

—¿Qué dices, Lourdes?

—¡No sé! Hablaban muy bajito y ella no quería que la vieran con él.

Dafne miró su libreta. Carolina también nombró al diablo en su interrogatorio. El hombre al que refería Lourdes debía de ser Antonio. Pero antes, tenía que dar con el paradero de Fede. Y para eso, tendría que localizar a sus padres.

Se volvió a despedir de Lourdes dejándola con la esperanza de que en unas horas la vería en la fiesta sorpresa de su madre.

Eran las 16.07 cuando Dafne llegó al Puesto Principal de la Guardia Civil de Conil mientras hablaba con Barrull informándole de

todo lo que sabía hasta el momento.

Barrull no debía de estar al tanto del caso por estar de baja mé-dica, y ella no debía de informarle sobre el caso. Pero así funcionaban la teniente y el comandante Barrull.

Le comunicó que Lourdes había escuchado que Fede había de-saparecido. Pero estaba segura de que los padres sabían dónde esta-ban.

Su sorpresa fue toparse de bruces con Gracia Salas y Simón Montilla: Los padres de Fede, el chico que según Lourdes estaba desa-parecido.

Los reconoció de inmediato. Vestían con la misma ropa que ra-to antes llevaban puesta. La única diferencia es que en ese momento no se mostraban tranquilos. Si no, todo lo contrario.

Gracia lloraba y Simón la consolaba con su mano puesta en la cintura de su mujer. Dijeron casi al unísono que querían interponer una denuncia por la desaparición de su hijo.

Tal como había escuchado Lourdes.

—Después le llamo, Curro—dijo Robles, intentando colgar la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó Barrull al otro lado de la línea.

—Están aquí los padres de Federico, el novio de Paola —respon-dió ella casi susurrando—. Creo que quieren poner una denuncia por la desaparición de su hijo. Lo que intuía.

—Interroga a la madre. A ver qué podemos sacar.

La teniente colgó la llamada, acercándose a los padres de Fede.

—Yo me ocupo, sargento—le dijo a su compañero con el gesto serio.

La teniente dejó sus cosas sobre la mesa de su compañero y alargó la mano presentándose al matrimonio.

Detectó enseguida el nerviosismo y el miedo de la madre en sus ojos, aunque visiblemente parecían estar preocupados al no tener,—supuestamente—, noticias de su hijo Federico.

—Buenas tardes. Soy la teniente Dafne Robles, de la Unidad de

Homicidios de la Policía Judicial de la Guardia Civil. ¿En qué podemos ayudarles?

—Quieren interponer una denuncia por la desaparición de su hijo Federico —intervino el sargento Salcedo.

—Acompáñenme, por favor —ordenó Robles, seca y directa.

Sargento, estaré en el despacho del comandante.

—Pero… queremos poner una denuncia. —¿Qué pasa? —preguntó Gracia, inquieta.

—Pasa que ustedes son los padres de Fede, el novio de Paola Maldonado, ¿verdad? —respondió la teniente, tajante. ¿Desde cuándo está desaparecido su hijo? ¿Desde la misma noche en la que murió Paola? ¿Ahora vienen a denunciar la desaparición? Casi una semana después. ¿Cuándo ya han encontrado a Paola muerta? Su hijo, ahora mismo, podría ser uno de los sospechosos de la muerte de la chica. Así que, háganme el favor de acompañarme. Las preguntas las haré yo.

El sargento Salcedo se quedó paralizado, mirando a su compañera con asombro, impactado por toda la información que había conseguido en apenas unas horas.

—¿Cómo? ¿¡Qué cosas está diciendo usted!? —saltó Gracia, mientras caminaba al despacho.

—Gracia… —murmuró Simón, acariciándole la mano—. Vamos a hacer las cosas bien.

—Deberían…

La teniente se giró al abrir la puerta del despacho.

—¿Entran entonces?

El despacho del comandante Barrull estaba en la planta de arri-ba del Puesto Principal de la Guardia Civil, al final de un pasillo gris. En la puerta de madera pesada, se podía leer la placa dorada con el apellido del comandante Francisco Barrull.

En el interior del despacho, olía a café viejo y a tabaco, aunque hacía tiempo que se prohibía fumar ahí. Una gran mesa de roble tenía las esquinas vencidas por el paso del tiempo. En ella, una

montaña de expedientes sin clasificar convivía con una figura de la Virgen del Pilar

—la patrona de la Guardia Civil—.

Las paredes estaban cubiertas por cuadros en los que aparecían fotografiados jóvenes hombres. Entre ellos, se encontraba un apuesto Francisco Barrull. La bandera de España, algo descolorida, también lucía en la pared. Al igual que todas aquellas carpetas desordenadas en las estanterías.

Los padres de Fede cruzaron el umbral de la puerta.

—Justo era esto lo que no queríamos, teniente—dijo apenada Gracia, rompiendo el silencio—. Sabíamos que ese guardia iba a cum-plir su promesa.

—¿Qué guardia? ¿Qué promesa? ¿De qué habla? —preguntó Robles sentándose en el sillón de cuero que crujió bajo su peso. ¿Os parece si vamos por partes?

—Sí… —respondió Gracia, moviendo la cabeza.

—¿Dónde está Fede?

Ninguno de los padres habló, pero ambos se miraron.

—Es muy importante que me digan la verdad, señores —afirmó Robles clavando su mirada en Gracia—. Señora…

La teniente alargó su mano para acariciar, con un suave gesto de empatía la de la madre de Fede, que jugaba arrugando entre sus dedos un papel de clínex.

—No soy madre, pero pienso que no hay dolor más grande que un hijo. Mi vida es esto que ven. Vivo por y para encontrar a culpables e intentar que no vean la luz del sol. Pero también trato siempre de hacer justicia y que ningún inocente se coma la mierda de otros —ex-plicó la teniente con voz pausada y calmada—. Créame, si quiero ha-blar con Fede es solo para encajar otra pieza en este puzle. Hasta el momento, pienso que él no es el culpable. Que lo piense no significa que no lo sea. Por eso necesito hablar con él. Si ustedes lo encubren o presentan una denuncia falsa, estarían cometiendo un delito.

—Entendemos —dijo Simón.

—Bien. Hagámoslo más fácil. Explíquenme primero cómo cono-cieron a Paola.

Gracia tosió. La teniente Robles le ofreció agua, y tras beber,

comenzó a relatar:

—Conocimos a Paola y a su familia hace relativamente poco. Sabíamos que en la clase de Fede había una chica nueva desde el año pasado. En bachillerato ya no se hacen tutorías como en la ESO, y sa-bemos de nuestros niños por lo que vemos en casa. Fede llevaba me-ses que hablaba poco. Siempre ha sido un niño muy risueño, y aunque nosotros no aprobábamos la relación con Andrea —porque creemos que solo tienen edad para estudiar y conocer mundo—, lo veíamos fe-liz con ella. Pero desde que Paola entró en su clase, Fede y Andrea se pasaban la mayor parte del tiempo peleados. Andrea siempre ha sido muy celosa, nunca ha dejado que nuestro hijo saliera con sus amigos, y cada vez que lo hacía, ella le llamaba, le escribía mensajes… Siempre quería estar pegada a él y nunca toleraba que Fede tuviera otras ami-gas. Era demasiado tóxica.

Robles anotaba cada detalle con precisión.

—Hace más o menos un año que Fede dejó a Andrea —continuó Gracia—. Fue entonces cuando Paola comenzó a entrar en casa. Nos pareció una chica muy simpática y alegre. Al principio, venía para ha-cer tareas de clases juntos, pero cada vez que mi Fede reía junto a ella, yo sabía que esa chica le gustaba de verdad. No le engaño, teniente, supe también que Paola era demasiado para mi hijo. Que tenía mucho camino recorrido, y que Fede solo era un jueguecito para ella. Pero an-tes que siguiera cerca de Andrea y de su padre, prefería mil veces que se llevara un desengaño con Paola. Cuando conocimos a sus padres, nos parecieron personas muy amables.

—¿En algún momento vieron algo raro en los padres de Paola?

—En absoluto —intervino Simón, rápido—. Son una pareja muy agradable. Ambos se ven muy estables…

—No me refería a eso —aclaró la teniente—. Quería decir que sí entre Paola y sus padres había buena relación.

—Sí, claro que sí —respondieron al unísono.

Gracia volvió a beber agua, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. No quería que la teniente se diera cuenta de su

nerviosismo. Pero lo que no sabía Gracia es que, si en algo destacaba

Robles, era en la intuición.

Simón intervino, tratando de desviar el tema.

—Esta misma mañana decidimos mandarle un mensaje a Ana diciéndole que cuando quisiera podría hablar con nuestro hijo. No queremos que Carlos y Ana crean que nuestro hijo es sospechoso de la muerte de la niña —confesó Gracia.

—Tenemos mucho miedo de que culpen a Fede. —¡Nos han amenazado! —murmuró Simón con preocupación. Por eso decidimos que lo mejor sería ocultar el paradero de nuestro hijo.

—¿Quién os ha amenazado?

—Enséñaselo a la teniente—dijo Simón a su mujer. Tenemos que contar la verdad.

—¡Es nuestro hijo! No podemos ponerlo a punta de bala —con-testó sollozando Gracia.

—Si me contáis la verdad, os prometo que a vuestro hijo no le pasará nada.

Gracia sacó el móvil del bolso y le mostró una conversación de WhatsAppa a la teniente.

—Es de hoy mismo. Mientras estábamos en el tanatorio.

Mario:
Si Fede se entrega, Andrea aborta.
Si no, os prometo que Fede será el asesino de Paola.

Robles se pasó las manos por la cara y suspiró.

—Me tenéis que decir dónde está Fede. Es una orden.

CAPÍTULO VII

Ana Juncal. Verano 2024.

Ensimismada en una hamaca del hotel, Ana piensa en lo mucho que ha cambiado su vida justo un año atrás. Desde que Carlos y ella se instalaran en Conil de la Frontera, parecía que todo iba en orden. Habían dejado todo el pasado atrás. Y ya nadie, en apariencia, se podía interponer en su camino.

La relación con su hija era excelente. Tenían confianza, compartían secretos y volvieron a reír como antes. Aunque Carlos tenía turnos complicados en el trabajo, formaba junto con ellas, una familia sólida.

Todo era perfecto… hasta que, en la puesta de largo de Paola, apareció Antonio. Desde aquel día, nada volvió a ser igual.

Paola y Carlos no sospechaban nada.

Todo marchaba en orden: vivían en uno de los mejores residen-ciales de Conil, su empresa cada vez funcionaba mejor, su marido la adoraba y su hija estaba feliz.

Pero a pesar de todo eso, Antonio era la vitamina que necesita-ba diariamente para sonreír.

Se conocieron la misma tarde en la que Paola cumplió dieciocho años. Se habían cruzado varias veces, pero nunca entablaron conver-sación.

Fue en la fiesta de cumpleaños de Paola cuando, entre copas de vino, música, baile y risas, fluyeron conversaciones y propuestas. Pensó que Antonio se merecía mucho más que estar todo el día metido en un obrador haciendo pasteles, y que las obras de arte que elaboraba junto a su hijo debían tener cabida en otros negocios.

Así que pronto comenzaron las presentaciones con socios de

Ana, y Antonio comenzó a prosperar en un mundo distinto a donde estaba.

Eso no le sentó nada bien a su mujer, Claudia, que a los ojos de Ana, más que una beata, parecía una bruja.

En cambio, Carolina y Silvio estaban felices, Antonio también, pues parecía rejuvenecer por momentos. En esos casi cuatro meses de idilio secreto, él y Ana no habían dejado de verse.

Ana no sabía a dónde llegaría todo eso. Tenía un mal presentimiento. Pero cada vez que pensaba en cómo había empezado todo, unas mariposas volteaban su estómago.

A sus cuarenta y cinco años, se había convertido en una mujer deseada, viva y feliz. Y todo fue gracias a Antonio. Por muy locura que fuera.

Sabía que, si Paola se enteraba, le dejaría de hablar. Que, si Ca-rolina los descubría, pensaría que su padre habría fracasado como es-poso y como padre. Él que estaba casado con una mujer que no salía de su casa porque solo vivía para servirle a Dios, pero que nunca le dio cariño a Antonio. Sabía también que, si Carlos se enteraba de que le había vuelto a fallar, lo perdería para siempre… Pero se había dejado llevar. Y juraba, donde hiciera falta, que estaba completamente ena-morada de Antonio. Como él lo estaba de ella.

Todo empezó unas semanas después del cumpleaños.

Ana tenía un evento de trabajo en Málaga, y como Carlos tenía que doblar turnos, le propuso a Paola que invitara a Carolina a Torre del Mar, donde vivía una tía de ella. Así Paola no estaría ese fin de se-mana sola y aburrida.

Antonio y Ana se habían mandado varios mensajes, pero sin ninguna mala intención. Simplemente, le había invitado también a pa-sar ese fin de semana en Málaga con ella para poder presentarle a al-gunos de sus socios. Sin embargo, rechazó la propuesta por miedo a la reacción de su mujer.

Ana había pasado toda la tarde hablando con Antonio y conocía al detalle todos sus movimientos. Tanto fue así que justo cuando esta-ba recibiendo a los invitados del evento que organizaba en el Hotel

Miramar de Málaga, vio a un Antonio completamente desconocido, con una enorme sonrisa en su cara, saludándola.

—¿Aún estoy a tiempo de aceptar tu propuesta? —preguntó él acercándose lentamente.

La cara de Ana se iluminó. Antonio estaba impresionante y atractivo.

Llevaba un traje de chaqueta negro perfectamente entallado, camisa blanca, pajarita oscura y zapatos de charol que brillaban casi tanto como sus ojos. Se había recortado la barba, y su voz, al saludar-la, le provocó un temblor en el alma.

—¿Y esta sorpresa? —preguntó Ana, sin ocultar su alegría.

—Ha sido idea de Silvio y Nico.

—¡Menos mal que tienes buenos consejeros!

—¿Seguro que las niñas no están aquí?

—Te dije que están en Torre del Mar… bueno, se supone —respondió con una risa nerviosa—. De todas maneras, si te ven, ¿qué im-porta? Seguro que Carolina se alegraría de ver que su padre se va a convertir en un gran empresario.

—No es eso. Es que no quiero que se dé cuenta de la sonrisa que se me pone al verte.

Antonio acarició su mejilla.

Ana enmudeció, sintiendo como el rubor le subía hasta llegar a las orejas.

—Ana…

Él le alzó la barbilla. Sus ojos se encontraron.

—Desde aquella tarde no he podido dejar de pensar en ti. Esto puede sonarte una locura, pero me he enamorado. Nunca antes lo he estado. ¡Qué narices!

—Tienes una mujer y siete hijos. Y yo…

—Ana, tú no sabes de la misa la mitad.

—Nunca mejor dicho —rió Ana desprendiendo una carcajada mientras le sujetaba las manos.

—Eso es lo que me vuelve loco de ti. Esa forma de quitarle peso

a todo…

Ana le tomó la mano.

—Yo tampoco entiendo lo que me pasa contigo, Antonio. Pero sí sé que es algo igual de bonito como lo que te ocurre a ti. Así que no tiene que ser tanta locura. Ahora tenemos que entrar, pero… ¿Qué te parece si al acabar el evento hablamos? No quiero que mezclemos lo personal con lo profesional.

—Iré siempre donde tú me lleves.

Esa noche, Ana presentó a Antonio como un nuevo empresario de Conil que tenía un pequeño negocio de repostería y un obrador que hacía al día más de veinte tipos de panes. Muchos de los socios que allí había se interesaron por él y quedaron en contactarle para negociar.

Ana se sintió muy orgullosa de verle así.

Al acabar el evento, decidieron continuar los dos solos visitando varios pubs de la zona hasta que se les hizo tarde. Demasiado tarde.

—Entiendo que después de haber bebido copas no tendrás que coger el coche.

—Para nada —respondió Ana—. Me quedo en el mismo hotel donde se ha celebrado el evento.

—¿Sola en la habitación? —insinuó Antonio, acercándose a su cuello.

—Creo que esta noche me va a acompañar un nuevo empresario de Conil que hace unos dulces tremendos…

—¿Ah sí?

—¿Y te ha enseñado alguna vez ese empresario cuál es su mejor técnica para amasar?

Antonio comenzó a subir sus dedos por las piernas de Ana, jugando con el vestido. Ella se puso nerviosa.

—La verdad es que no —le susurró al cuello oliendo su perfume.

—Pues quiero que sepas que el empresario se muere por darte una clase magistral…

Pasó su mano por la espalda de Ana, y cuando llegó a su cuello, perdió la yema de sus dedos por el cabello, moviéndole la cabeza hacia

él. Un volcán de sentimientos encontrados eclosionó dentro de ella.

En poco más de media hora, estaban en la habitación 231. Antonio la dejó caer suavemente sobre la cama.

Se desvistió lentamente, quitándose primero la chaqueta. Ana se levantó para desabotonarle la camisa, mientras se besaban con pa-sión. Él le bajaba la cremallera del vestido, dejando al descubierto sus pechos. No dudó en atraparlos con sus labios y abrazarlos con sus de-dos.

Ana se arqueó, cerrando sus ojos, apretando sus manos contra la cabeza de Antonio.

Él la miró llevándose sus dedos a la boca. Se los introdujo poco a poco en su sexo, echando hacia un lado las braguitas blancas de en-caje. Ana comenzó a excitarse al notar como los dedos de Antonio en-traban y salían de su vagina.

Cuando pensó que ya no había un placer más rico, la lengua de Antonio hizo magia entre sus piernas. Ana se dejó vencer por el placer. Se aferró a las sábanas. Como si ese acto que estaba cometiendo fuera lo último que hiciera en la vida.

Antonio la tumbó boca abajo sobre la cama, y comenzó a pene-trarla pausadamente, acompasando el ritmo con su respiración entre-cortada, hasta que se dejó caer sobre ella.

Sus cuerpos fueron uno.

Sonrieron a la vez.

Ana había hecho el amor con muchos hombres en su vida, pero ninguno fue como Antonio. Ninguno lo hizo como él. Porque ninguno, jamás, la había mirado de aquella forma. Ni le había sonreído mien-tras le poseía. Ni había pedido permiso para entrar.

Porque ninguno la besó en la frente al terminar.

—¿En qué piensas?

Antonio interrumpió sus pensamientos ofreciéndole un mojito.

—En la primera vez que estuvimos en este hotel —dijo Ana con la mirada perdida en el horizonte.

—Te amo. ¿Lo sabes? —respondió Antonio sin apartar los ojos

de ella.

—Yo te amo más, te lo aseguro —respondió Ana, con una sonri-sa que le nacía desde el pecho. Por cierto, ¿qué quería Carol?

—¡Ah! Nada importante…

—Nada importante para ti. Te lo he dicho muchas veces: están en plena adolescencia, y lo que para nosotros no tiene importancia, para ellas puede ser un mundo.

—Pues por lo visto, como tu hija está en Ibiza con tu marido, Andrea ha ido a buscarla diciendo que Fede la ha dejado y está hecha polvo. Siempre la busca para lo mismo.

—¿Fede es el chiquillo ese de los pelitos rizados?

—Sí. Se las trae… —respondió Antonio sentándose en la hamaca al lado de Ana.

Ana se levantó de la hamaca y se inclinó hacia Antonio. Le quitó la cerveza de la mano y le dio un beso en el cuello.

—¿Sabes que me he puesto a recordar nuestra primera noche y… me he mojado un poco?

Antonio suspiró mirándola con las gafas de sol puestas. Giró la cabeza hacia ella y, disimuladamente, abrazó con cariño uno de sus pechos.

—¿Qué te parece si nos subimos a la habitación? —preguntó Ana con una sonrisa nerviosa.

—Vamos. —Voy a recordarte cómo te corriste a chorros en mi boca —respondió Antonio levantándose de la hamaca dando un trago a su cerveza.

Paola:
Mamá.
Necesito que me saques un
billete para Ibiza. A nombre de
Federico Montilla Salas.
Por favor.
Ya te contaré.
Pero no se puede
enterar nadie. No lo va a

saber ni Carol.
Espero que, a pesar del trabajo, estés disfrutando con la tía Marga. Te quiero.

El móvil seguía en silencio dentro del bolso playero de Ana. Ese bolso que había soltado en un rincón de la habitación cuando ella y Antonio subieron desde la zona de la piscina comiéndose a besos hasta la habitación.

CAPÍTULO VIII

Federico Montilla.
Sábado 8 de marzo de 2025.
18.00 horas.

El sargento Jose Manuel Salcedo llamó a la puerta del des-pacho donde estaba reunida la teniente con los padres de Federico Montilla.

—Mi teniente…

—Deme un segundo, sargento.

—Es importante —insistió el sargento, cruzando el umbral.

La teniente se levantó del sillón de cuero y caminó hacia la puerta, disculpándose ante Gracia y Simón, que se miraron inquietos.

—¿Qué pasa, sargento?

—No la interrumpiría si no fuera grave. Pero debe saberlo ya: el sargento Mario Antúnez ha recibido una orden judicial para

detener a Federico Montilla.

—¿Y por qué coño se ha metido donde no le llaman?— murmuró la teniente, cerrando la puerta para evitar oídos ajenos.

—Por lo que he podido saber, su hija le dijo que Federico está desaparecido desde la noche del asesinato de Paola Maldonado. Aque-lla noche, Paola y el chico habían reservado una habitación en el Hotel Las Torres. Y, mi teniente… esa misma tarde, en cuanto apareció el cuerpo, Antúnez se tomó el caso por su cuenta. Ha conseguido las gra-baciones del hotel y la orden judicial para arrestar a Federico.

—¡Joder… ¡Joder…joder!

La teniente se pasó las manos por la cara mientras tensaba la mandíbula.

—¿Quiere que haga algo?

—Sí, sargento —respondió ella, apoyándole una mano en el

hombro—. Esto no deberíamos hacerlo, pero informa a Curro de todo y dile que voy a salir con los padres de Federico a buscarlo. El coman-dante tenía razón: Antúnez tiene asuntos personales con Federico y quiere hundirlo. Y encima se ha saltado todos los protocolos. La solici-tud de las cámaras debería haber pasado por mí, y no me ha informa-do.

—Mi teniente, usted no tiene la orden judicial para detenerlo.

Ni siquiera hemos visto esas imágenes del hotel.

—Ya, ya lo sé… Necesito ganar tiempo. Voy a localizar al chico antes que él. Consígueme un móvil operativo; necesito que Fede esté localizable. Al desaparecer, se ha metido en la boca del lobo sin darse cuenta.

—Tampoco sabemos si el chaval es o no sospechoso.

—Créame, Salcedo, no ha sido —respondió Dafne sin dudar—. Vamos, tráeme un móvil operativo. Diré a los padres que avisen al chi-co para que desconecte el suyo y sepa que voy a ir a interrogarle. In-tentaré comunicarme con el sargento Antúnez. ¿Quién se cree que es…?

—¿Pasa algo, teniente? —preguntó Simón desde el despacho.

—Enseguida entro —respondió ella sin darse la vuelta.

—Necesito que me hagas un último favor —susurró Robles—. Averigua qué juez le ha firmado la orden a Antúnez e intenta conse-guir las putas imágenes de la cámara del hotel. Las necesito ya.

—A sus órdenes, mi teniente.

Dafne le guiñó un ojo al sargento Salcedo y respiró hondo antes de volver al despacho.

—Familia, tenemos una novedad de última hora —anunció con voz firme—. Federico puede estar en peligro. Necesito que me digan dónde se encuentra. Salimos ahora mismo.

Eran las 18.00 cuando la teniente Robles puso rumbo a Sevilla junto a Gracia y Simón. El comandante Barrull estaba al tanto de las novedades del caso y le había aconsejado a Dafne proteger al

menor ante las amenazas latentes de Mario, el padre de Andrea. Tanto Dafne

como Barrull sabían que Paola había tenido más de un enemigo y tenían que ir descartando sospechosos.

Sin embargo, estaban convencidos de que Fede no había tenido nada que ver con el asesinato de la joven. Por ello, fue el inspector quien aconsejó a Dafne que buscara a Fede en donde estuviera confi-nado del mundo y lo protegiera ante cualquier peligro. Era muy pro-bable que el sargento Antúnez hiciera todo lo posible por detener al ex de su hija por presunto asesinato, aprovechándose de aquellos contac-tos a los que pagaba y tenía a su merced desde hacía años.

Dafne conducía su coche en todo momento geolocalizada por la policía. Miró la hora en el reloj digital que se reflejaba en el navegador del coche.

No recordó llamar a Sonia, quien seguramente, una vez más, se habría quedado esperando esa llamada o quizás, una visita sin prisas. Nuevamente Dafne, había olvidado la fiesta sorpresa que Lourdes tan-to le recordó con entusiasmo e ilusión. Y de nuevo, el trabajo. Siempre el trabajo por encima de todo.

En una de las señales de la autopista, vio que a pocos metros había una vía de servicio, y decidió parar para hacer esa llamada que le urgía y le presionaba el corazón. Una llamada que quizás nadie atendiera.

—Tengo que hacer una parada aquí para algo personal —les dijo a los padres de Fede desabrochándose el cinturón—. Podéis bajaros mientras a comprar algo, si queréis.

Ambos asintieron. Dafne los dejó a solas en el coche con las ventanillas bajadas y se retiró un poco del lugar.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos.

—¡Dafne!

—¡Hola, mi vida!

—¿Vas a venir? —preguntó Lucía con entusiasmo—. Mi madre ya se ha dado cuenta de la sorpresa; mi hermana no podía esperarte más.

—Lo sé, mi reina —contestó apenada Dafne con lágrimas en los

ojos.

—Seguro que estás trabajando en un caso muy difícil, ¿no? Dafne no pudo ni supo responder a esa pregunta que ella mis-

ma había sembrado con sus interminables excusas.

—Dafne…

—Sí, sí. Es eso, pequeña —carraspeó—. Oye, ¿se puede poner mamá?

—Mmm…

Al otro lado del teléfono se escucharon susurros. Pero también silencio. Aquel silencio que en ocasiones se disfraza de palabras que no somos capaces de pronunciar por miedo, por desconfianza o tal vez porque ya nos hemos cansado de hacerlo.

Decepción.

Sí.

Eran susurros de decepción.

—Dile que la estoy escuchando respirar a tu lado—sonrió con la esperanza de que Sonia, su Sonia, tomara el teléfono y pudiera hablar con ella. Aunque simplemente fuera para felicitarla.

—Dafne, te tengo que colgar, ¿vale?

—¡Espera, Lu…!

No le dio lugar a terminar siquiera el nombre de la pequeña Lucía. Ella ya había colgado la llamada. Quizás porque su madre se lo había pedido.

De nuevo, la teniente perdía las fuerzas por recuperar algo que ella una y otra vez disipaba por su comportamiento y cobardía. Una cobardía que maquilló de fuerza para encontrar al asesino —o a la ase-sina— de Paola Maldonado. Miró la pantalla de su móvil esperando un WhatsApp en el que pusiera algo como "Déjalo ya, Dafne", pero Sonia ya se habría cansado hasta de esos últimos avisos. Guardó en su ga-bardina gris el móvil que comenzaba a mojarse con las primeras gotas de lluvia que empezaban a caer del cielo, y que la teniente interpretó como señales del universo.

Entró en la pequeña tienda de la gasolinera, secándose su cara también mojada con el dorso de su mano, donde se mezclaron las

lágrimas con la llovizna.

Compró una Coca-Cola y una botella de agua grande para ofrecérsela a los padres de Fede.

Salió de la tienda con gesto serio y pasos rápidos ante la tormenta que comenzaba a desatarse en aquella vía de servicio.

—¿Todo bien, teniente? —preguntó Simón.

—Todo bien —respondió cortante, mientras arrancaba el coche.

—¿Están abrochados? ¡Vaya temporal! Dicen que estamos en alerta naranja en las provincias de Cádiz y Sevilla —añadió, para que el dra-ma personal de su cara desapareciera.

—Usted tenga cuidado en la carretera. Prisa no tenemos, teniente.

En poco más de media hora llegaron al pueblo sevillano donde estaba Fede.

La casa estaba ubicada en una pequeña barriada humilde com-puesta sobre todo de personas mayores.

Era una vivienda pequeña, de fachada blanca llena de humedad y tejas marrones envejecidas. La cancela que abrió Gracia para entrar en el porche no tenía echada la llave y estaba un poco oxidada del tiempo. Dafne miró por la ventana que tenía la persiana bajada. Tam-bién estaba sucia y vieja.

—¿Seguro que Fede está aquí? —preguntó Simón a su mujer con duda.

—¡Claro! —respondió convencida mirando por los cristales opa-cos de las ventanas—. Fui yo quien lo trajo, te lo recuerdo.

—Podrías haber venido antes, pero a limpiar la casa. ¡Da asco!

—¡Yo qué sé si algún hermano mío viene aquí!

—¡No sabes quién viene, y por eso le dijiste a Fede que viniera!

¡Claro que sí! ¡Superinteligente por tu parte!

—¡Joder! —replicó Dafne haciendo ver su carácter oculto —.

¿Podéis dejar de discutir?

En ese instante la puerta se abrió.

—¿Mamá? ¿Papá?

—Sí, hijo, somos nosotros. Venimos con Dafne, tal y como te

hemos informado.

—¿Me van a detener?—preguntó asustado.

—Fede, cariño, entiendo tu preocupación. Pero solo estoy aquí para hablar contigo y protegerte —respondió, con un tono amable Dafne—. Soy la teniente Dafne Robles, de la Unidad de Homicidios de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Estoy al mando del asesinato de Paola Maldonado. Me consta que la conocías muy bien. Por eso quiero hablar contigo. Así que déjame pasar.

Fede se mantuvo unos segundos en silencio, sin terminar de abrir la puerta y dejar pasar a sus padres junto con Dafne. Simón y Gracia no apostaban mucho porque su hijo estuviera convencido, pero cedió y los dejó entrar.

Al entrar en aquella casa, Dafne observó con detalle cómo esta-ba decorado el salón. Era anticuado y tenía muchos cuadros con foto-grafías en blanco y negro. Todo apuntaba a que era la casa de algún familiar cercano a Gracia y que nadie la habitaba.

Fede era un chico alto. De piel pálida y pelo moreno y rizado. Tenía los ojos azules y unos labios carnosos que llamaban bastante la atención. Era bastante guapo. Además, tenía un cuerpo fibroso y vestía bien. Se sentó frente a la teniente, al lado de sus padres.

—Pues bien —dijo juntando las palmas de sus manos—. ¿Qué quieres saber, teniente?

—Fede, no voy a estar mucho tiempo aquí. Solo quiero que me cuentes todo lo que sepas de Paola y del día en que murió.

Fede dejó escapar un suspiro largo, buscó los ojos de sus padres y, con la cabeza hundida entre las manos, empezó a hablar.

—Empezaré por el principio de todo.

La teniente volvió a sacar del bolsillo de su gabardina gris su li-

breta.

—Conocí a Paola en septiembre de 2023. Ella entró en nuestra

clase porque se mudó a Conil. Desde aquel primer momento, yo ya me fijé en ella. Era imposible no hacerlo. Era… la niña más bonita que había visto en mi vida.

Esbozó una sonrisa apenada mirando a la nada.

—En ese momento y durante los meses posteriores, entre ella y yo no hubo ningún tipo de conversación ni intercambio de palabras. No más que hola y adiós. Mi pareja por aquel entonces era Andrea y siempre me estaba prohibiendo que hablara con otras chicas, pero desde que llegó Paola, esas prohibiciones eran más a menudo, sobre todo hacia ella. Me sentía oprimido. Si salía los fines de semana y me encontraba con algún grupo de mi clase en donde estaba Paola, tenía que quitarme del medio.

—¿Ve? —interrumpió Gracia—. Lo que yo le he dicho.

—Señora, no interrumpa, por favor. Ahora quiero escuchar a Fede —dijo la teniente con tono serio y autoritario—. Continúa, por fa-vor, Fede.

—Fue en el verano pasado cuando comenzó todo. Yo me vine con mis padres justo a esta casa. Los hermanos de mi madre querían ponerla en venta y habían decidido reunirse para la feria del pueblo. Veranos atrás, solíamos traernos a Andrea, pero mis padres llevaban unos meses viéndome mal y decidieron que esta vez vendría solo con ellos para poder disfrutar con mis primos de la feria.

Y eso hice. Andrea esos días no dejó de mandarme mensajes di-ciéndome que me echaba de menos, que necesitaba verme. Me pedía, por favor, que no me fuera con otra, que no le pusiera los cuernos… Era una obsesión por mí… brutal. Tanto fue así, que yo no pude más y terminé cortando con ella. Tuve que bloquear su número y su perfil de todas las redes sociales.

Carolina —que era amiga de ambos— intentaba hablar conmigo y me pedía que volviera con ella porque estaba muy mal, pero yo no sentía ya nada por Andrea. Fue así como empecé a hablar con Paola. Ambos nos intercambiábamos mensajes por Instagram hasta que nos pasamos nuestros números personales. Y entonces, no paramos de hablar. Una tarde me llamó porque ya sabía que lo había dejado con Andrea —me imagino que se lo contaría Carol—, y fue ella quien me ayudó a pasar el mejor verano

de mi vida. Yo no quería estar en Conil sabiendo que Andrea iba a estar todo el tiempo tras de mí; Paola me

invitó a Ibiza pagándome todo. Mis padres me dieron permiso y pasé el mejor verano de mi vida junto a ella. Me enamoré. Me enamoré co-mo nunca en la vida me he enamorado de nadie.

La voz del chico se rompió. Comenzó a llorar.

—Tranquilo, Fede.

—Teniente… —dijo tragando saliva y clavando sus ojos azules en los de Dafne. Quiero que encuentren al culpable de la muerte de Paola. Yo no pienso parar hasta que ese hijo de puta esté en la cárcel.

—¿Sospechas de alguien?

—Estoy seguro de que Mario tiene algo que ver ahí.

—A ver, Fede, es verdad que es compañero mío. Que tiene con-tactos y que los mensajes que le ha enviado a tu madre dan para du-dar, pero no tenemos pruebas, de momento, para acusarlo de algo tan grave.

—Ese hijo de puta me lleva haciendo la vida imposible desde que Andrea y yo estábamos juntos —explicó sollozando—. Me tenía rastreado el móvil para que su hija supiera en todo momento dónde estaba. La relación de ese padre con su hija no era una relación nor-mal, teniente. Yo solo le dije a Andrea que éramos muy jóvenes para ser padres y ese ser asqueroso me obligó a que me hiciera responsable de una criatura.

—Escuche bien eso, teniente —pidió Simón.

—Sí. Quiero que me cuentes sobre el embarazo de Andrea. ¿Tú eres el padre? Pero… ¿No eras pareja de Paola?

—A ver, teniente…—Fede cogió aire para continuar—. A la vuel-ta del verano, Paola me dijo que pusiéramos distancia y no le contára-mos a nadie lo que había pasado en esos meses. Eso a mí me jodió muchísimo porque estaba muy enamorado de ella. Sin embargo, me convenció porque íbamos a estar de nuevo junto a Andrea en clases y no queríamos tener problemas con ella. Así que yo le dije a Carolina que me había llevado el verano entero en Sevilla. Me di cuenta de que Carolina y Paola dejaron de tener la amistad que tenían y Andrea co-menzó a pasar la mayor parte del tiempo con Carol. Paola se volvió

inseparable de Marta, Olivia, Abril, Raúl y Guille.

—¿Ellos son también compañeros de clases? —interrumpió la teniente.

—Sí. Desde el pasado septiembre, Paola se había juntado en la misma pandilla con ellos. Nunca quiso decirme por qué había roto la amistad con Carolina. Simplemente me dijo un día que había preferi-do que pasara más tiempo con Andrea porque la necesitaba más que ella y, como estaba obsesionada conmigo, tenía miedo de que estuvie-ra sola y pudiera hacerse ella misma daño.

—Después de todo lo que he escuchado, estoy convencida de que, a nivel psicológico, Andrea no pasaba por un buen momento.

—Hombre, teniente, muy bien no estaba…

—Bueno, lo mismo es que no se le escuchó o nadie intentó ayu-darla para sanar su herida, ¿no crees?

Nadie contestó.

—Continúa, por favor —dijo la teniente, seria.

—Paola venía a mi casa casi todos los días y pasábamos mucho tiempo juntos. Estábamos muy unidos, pero cada vez sentía que me ocultaba más cosas. De hecho, me di cuenta de que la relación con sus padres comenzó a cambiar. Algo ya no iba bien, pero yo no sabía qué. Hasta que un día, después de preguntarle qué estaba pasando en su vida que nada era igual, se enfadó tanto conmigo que estuvimos varias semanas sin hablarnos.

—¿Cuándo fue eso?

—Eso fue antes de las Navidades.

—Ajá…

—Después de Navidad, no sé lo que le pasó, pero la noté cam-biada. Se había ido unos días con su padre a Salamanca y, al volver, me dijo que quería intentarlo conmigo y que le daba igual lo que dije-ran los demás, incluido Andrea. Que, aunque pareciera que pasaba de mí porque entraba y salía con tíos mayores que ella, sabía que seguía obsesionada.

—Entonces terminaste acostándote con ella y embarazándola,

¿no?

—Sí… —Fede asintió, cabizbajo. Una noche en la que Paola salió

de fiesta por el cumpleaños de Guille —al que yo no estaba invitado porque solo iban chicas y su novio—, Andrea se presentó en mi casa. Llevábamos tiempo sin hablarnos y me dijo que venía a enterrar el ha-cha de guerra. Comenzamos a hablar; yo estaba ese fin de semana solo en casa y creo que ella lo supo. Nos tomamos unas copas y se me fue la pinza. Lo reconozco.

—¿Y con dieciocho años que ya tienes, no sabías que si follabas sin condón la podrías dejar embarazada? —preguntó enfadado Simón.

—¡Es que eso no fue así, papá!

—Lo ha explicado el niño mil veces, Simón —dijo Gracia acariciando el pelo a su hijo.

—Yo me follé a Andrea esa noche, vale. Sí. Fui yo además quien la buscó. Ella me dijo varias veces que no quería suponer un problema con Paola, pero yo estaba despechado con ella porque me había dejado solo y se había ido de fiesta.

—Mira, al menos sentiste una vez lo mismo que Andrea sintió muchas veces cuando tú te ibas con tus amigos y ella se quedaba sola en su casa. Solo que ella no te ponía los cuernos.

—Teniente… ¡Por Dios! ¡Que es un crío! —replicó ofendida Gra-cia, defendiendo a su hijo.

—Señora, vamos a ver, que su hijo no es un bebé. Si sabe meter-la, sabe sacarla —contestó la teniente.

—Andrea me dijo que me corriera dentro —confesó Fede—. Que se estaba tomando las pastillas porque llevaba tiempo acostándose con otros tíos y que no me preocupara por nada. Que nadie se iba a enterar de lo que había pasado. Cuando nos volvimos a ver, todo esta-ba como antes, pero duró solo unos días. Comencé a recibir mensajes diciéndome que me echaba de menos, que no podía olvidar aquella noche, que no podía olvidar las cosas que le dije…

—¿Qué le dijiste, Fede? —preguntó su padre.

—¡No lo sé, papá! ¡Estaba borracho!

—¿Que qué le dijiste a esa cría? ¡Joder!

Simón se levantó de la silla y cogió a Fede por el cuello.

—¡Simón, por Dios! ¡Para!

La teniente también se levantó de la silla pidiendo calma, haciendo aspavientos con las manos.

—No sé, papá —contestó Fede rompiendo a llorar de nuevo—. Ojalá pudiera cambiar esa noche. Si yo no me hubiera acostado con Andrea, quizás Paola estaría viva. Yo solo le dije que siempre la iba a querer y que había veces en las que la echaba de menos. Era la verdad. Paola nunca iba a ser para mí. Era una fantasía. Yo sé que Andrea me ha querido de verdad, pero me encapriché con Paola y, aunque estoy enamorado de ella, soy consciente de que le ha podido hacer daño a mucha gente, pero también sé que no fue con la maldad con la que la retratan. Desde que ella llegó a nuestras vidas… cambiaron para siem-pre.

—¡Vaya! —¡En eso todos están de acuerdo! —murmuró la teniente—. ¿Qué pasó entonces la noche del carnaval?

—Andrea siguió pidiéndome que volviera con ella, y me amena-zaba con contarle a Paola que nos habíamos acostado, pero no tenía pruebas hasta que se hizo el test de embarazo y me pasó la foto por WhatsApp —se secó las lágrimas con el dorso de sus manos —. Queda-mos para hablar, y le hice prometerme que, si abortaba, volvía con ella, pero que no podíamos tener a ese bebé. No era por Paola, porque yo tengo diecisiete años y un futuro que vivir.

—En eso estamos de acuerdo —interrumpió la teniente.

—Y porque yo en ningún momento quise tenerlo. Fue ella quien me dijo que no me pusiera condón. Yo le eché cuenta. Por eso también fue responsabilidad mía.

—Sí, si llevas razón…

—Déjeme terminar, teniente —interrumpió Fede, dando un sus-piro hondo—. Andrea prometió que ni mis padres ni los suyos se ente-rarían de esto, y que hablaría con alguien de confianza que le dijera cómo abortar. Después de eso, nos daríamos una nueva oportunidad, y yo hablaría con Paola para decirle que me había dado cuenta de que

quería estar con Andrea, algo que no se iba a creer. Pasaron los días y el carnaval se acercaba. Andrea supo que Paola y yo íbamos juntos en el mismo grupo para disfrazarnos. De hecho, le dije que se disfrazara con nosotros, pero volvió a decirme que no quería que me disfrazara con Paola, que no saliera en carnavales… Era vuelta a empezar. Y en un arrebato, le dije que me dejara en paz. Que no quería volver con ella. Que hiciera lo que le diera la gana, pero que no me iba a hacer responsable de ese embarazo porque me había engañado. Comenza-ron las amenazas. Dos días antes de carnavales, la última vez que la vi, estábamos en el parque. Volvimos a discutir; me dijo que se lo iba a contar a mis padres.

—¿Qué pasó después?

—Paola y yo íbamos a pasar la noche de carnavales juntos en un hotel del pueblo. Ella había reservado la habitación. Esa noche le iba a confesar a Paola lo que pasó y le iba a contar toda la verdad. Repito, estaba —y estoy— completamente enamorado de ella.

—Pero Paola no llegó…

—No —sollozó mientras su madre lo consolaba.

—La misma tarde de los carnavales, Andrea llamó a nuestra puerta con sus padres. Vinieron a decirnos que venían del ginecólogo. Nos enseñaron la ecografía y preguntaron por Fede. Querían obligarle a que se hiciera cargo del bebé. Andrea le había contado a su padre que Fede abusó de ella esa noche porque ella no iba con intenciones de hacer nada, sino de hacer las paces.

Simón había hablado por primera vez.

—Eso que usted relata es muy grave, Simón —puntualizó la te-niente.

—Esas fueron las palabras de Mario —repitió el padre—. Que nuestro hijo tenía que hacerse responsable de ese bebé porque obligó a Andrea a mantener relaciones.

—¿Y si la obligó, por qué Andrea no lo denunció esa misma no-che, teniendo esa buena y especial relación con su padre?

—Porque sabe que es mentira —respondió Fede, con voz rota —. Que ambos quisimos acostarnos, y que yo jamás la obligaría a nada.

Yo fui quien empezó, sí, pero no hice nada que ella no quisiera. Jamás le haría algo así. Ni a ella ni a ninguna tía. Si yo llego a saber que me iba a caer esta ruina encima…

Robles entrelazó las manos sobre sus rodillas y lo observó en si-lencio antes de intervenir.

—Bueno —dijo finalmente—, lo que sabemos hasta ahora es que Mario Antúnez quiere culparte por el asesinato de Paola porque sabe que estuvisteis juntos en ese hotel. Va a intentar tirar de ahí. Y de he-cho… —Suspiró hondo—. He venido hasta aquí con urgencia porque nos consta que el sargento Antúnez ha solicitado una orden judicial para acceder a las imágenes de seguridad del hotel donde habías que-dado con Paola.

—¿Qué nos está contando, teniente?—gritó Simón, levantándo-se del sillón.

—¿Por qué no nos informó de esto cuando se lo dijeron en el Puesto? ¡Estábamos allí, joder! —añadió, con los ojos rojos de ira.

—Vamos a tranquilizarnos todos, por favor… —pidió Robles con firmeza—. No podía decíroslo en ese momento. Puede que, si lo hubie-se hecho, no me habríais traído hasta aquí.

—¡Pues claro que no, teniente! —estalló Gracia—. Hemos empu-jado a nuestro hijo a las manos de ese sinvergüenza que quiere hun-dirlo por culpa de la niñata de su hija.

Fede dio un paso adelante, con las manos enlazadas y tembloro-

sas.

—Teniente… por favor —imploró, mirándola directamente —.

¡Paola nunca llegó al hotel! ¡Yo no la vi! Tiene que creerme.

—Te creo, Fede —aseguró Robles, con la calma que solo mostra-ba cuando tenía una decisión tomada—. Y por eso voy a demostrarlo. Vamos a pedir una orden judicial formal para obtener las cámaras de seguridad del hotel. Confirmaremos que no coincidisteis. Antúnez no debería tener acceso a esas imágenes. Me encargaré de ello. Hablaré con el juez yo misma.

Fede asintió, aliviado por primera vez.

—Tienes que hablar con Marta, con Abril, con Oli… ¡Revise mis

mensajes! Paola me dijo que estaba esperándome en la habitación, pe-ro que el padre de Carolina la había llamado y que iba a hablar con él.

Dafne frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —preguntó, inclinándose hacia él —.

¿Paola vio a Antonio ese día?

Abrió su libreta, buscando una página concreta.

—¿Qué hora sería, Fede?

—Tome mi móvil, teniente. No tengo nada que esconder.

El joven encendió el teléfono y buscó la conversación con Paola.

—Aquí —dijo, señalando la pantalla—. Eran las seis y media. Me dijo que la esperara en la habitación, que iba a salir un momento a ha-blar con Antonio.

—¿Y por qué Antonio quería hablar con Paola?

Fede miró a sus padres. Ambos intercambiaron una mirada car-gada de peso.

—Teniente… —carraspeó Gracia, nerviosa—. La madre de Paola y ese hombre eran amantes desde hacía meses. Yo lo descubrí… y se lo conté a Paola.

Dafne entrecerró los ojos, conectando piezas.

—Entonces, ese podría ser el motivo por el que Paola y Carolina se distanciaron… —concluyó, apretando sus finos labios—. ¡Menos mal que por fin me estáis contando la verdad! Os ha costado, familia…

—Sí —admitió Fede, con voz apagada—. Antonio y Ana eran amantes desde hacía meses. Paola se lo contó a Carolina y la culpó a ella por haber descubierto todo. También culpaba a su padre por me-terse en la relación de Ana y Carlos.

—En este caso, quien se entrometió fue tu madre —respondió clara y cortante la teniente.

En ese momento el silencio fue más denso. Nadie se atrevía a respirar.

—Me da igual lo que haya pasado entre ellos. Teniente, usted tiene un caso muy serio entre manos. Y es salvar a mi hijo de esa ali-maña.

Robles cogió el móvil de Fede y lo introdujo en una bolsa de

plástico azul sellada.

Aquello iba a ser una de las pruebas fundamentales para demostrar su inocencia. Y lo sabía. Tras escuchar aquella declaración, no le quedaban dudas de que el sargento Mario Antúnez intentaría ir a por él.

Le recomendó a Fede que no saliera de esa casa hasta que ella obtuviera las grabaciones del hotel y regresara para llevarlo a declarar como investigado —que no era detenido— por la muerte de Paola.

Una vez que quedara demostrado que no había pruebas sólidas en su contra, saldría en libertad vigilada.

Mientras se marchaba, la teniente Robles no podía quitarse una idea de la cabeza: que Antonio Azogue hubiese aparecido en aquel in-terrogatorio, justo ahora que sabía mucho más sobre él, lo colocaba también en la lista de sospechosos de la muerte de Paola.

La teniente y los padres de Fede salieron de aquella casa pasa-das las ocho y media de la tarde bajo una gran tormenta.

Ninguno de los cuatro supo que alguien más había descubierto el escondite del chico.

Nadie imaginó que, apenas unos minutos después, la puerta de madera barnizada, pero desgastada por el paso de los años, volvería a sonar en mitad del temporal.

Fede abrió rápidamente, pensando que serían sus padres o la teniente, quizás porque habían olvidado algo.

No era ninguno de ellos.

—¡Hombre, Fede…! —dijo Mario Antúnez, apoyado en el marco como si llevara allí toda la vida. No me esperabas, ¿verdad?

Su sonrisa torcida se clavó en el rostro del chico, que comenzó a palidecer al instante.

—Todos creyendo que también habías desaparecido… como tu amorcito.

—¿Qué le hiciste? —¡Sé que fuiste tú! —gritó Fede, temblando de rabia y miedo.

—¿Yo? —Antúnez arqueó las cejas y se señaló el pecho con fin-gida sorpresa. Yo solo vengo a por ti para que se haga justicia

por esa

pobre chica… bueno, pobre… —murmuró, entre dientes, con despre-cio.

migo.

—¡Yo no tengo nada que ver, joder!

—Eso podrás explicárselo a un juez. De momento, vienes con-

Fede hizo ademán de cerrar la puerta, pero el sargento Mario

Antúnez ya había encajado la puntera de su bota en el quicio.

—Te conviene portarte bien, Fede —susurró Mario, empujando con calma, como quien no teme ser descubierto.

—Y a ti te conviene dejarme en paz. Y dejar en paz a mis padres

—respondió Fede, haciendo fuerza con los hombros.

Antúnez sonrió, una sonrisa desigual, como si disfrutara del miedo.

—Tienes dos opciones, Federico Montilla. Vienes conmigo y aclaramos lo que pasó con Paola… o te denuncio por haber abusado de Andrea. ¿Qué prefieres? Vamos a ser familia por ese bebé que tene-mos en común, ¿no? No nos interesa llevarnos mal.

Fede sintió un nudo en el estómago.

—Tengo una orden para detenerte —continuó Mario—. Y las imágenes del hotel ya están en mis manos. ¿Sabes que salías muy gua-po llegando a la puerta del hotel donde esperabas a la puta de tu no-via?

Fede quedó petrificado.

Dafne llevaba razón.

El sargento Antúnez se le había adelantado.

Y él sabía que, otra vez, lo había conseguido gracias a todos los hilos corruptos que movía en la Guardia Civil con una impunidad en-fermiza.

Fede se dejó caer por la puerta desgastada, como si las piernas ya no lo pertenecieran. Lloró con desesperación.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Me asusté!¡Por eso me vine aquí! La teniente Dafne Robles puede explicarlo todo, tienes que llamarla.

—Sí…ya. Esa teniente que siempre mete sus narices en todos los casos. Ella y el viejo ese de Barrull, que no hay quien lo entierre —bufó

Mario.

—¡Llámala!¡Es verdad! ¡Se acaba de ir con mis padres! Mario soltó una carcajada seca.

—Vamos a ver, Federico —dijo, poniéndose en cuclillas frente al chico y sacando las esposas plateadas del bolsillo trasero de su pan-talón—. Estás detenido por el presunto asesinato de Paola Maldonado Juncal, el sábado uno de marzo de dos mil veinticinco. Y tenemos pruebas de que estuviste con ella en el hotel Las Torres.

—¡Yo llegué y ella no estaba! ¡La estuve llamando y no atendió mis llamadas! Lo puedo demostrar. Usted me tiene hackeado el móvil… lo sabe todo… ¡La mató y quiere culparme para que Andrea se vengue!

Mario ladeó la cabeza, divertido.

—Mmm…no vas tan desencaminado, pequeño. Pero eso no te va a salvar de venirte conmigo.

—Se va a arrepentir de todo el daño que me está haciendo. —Se lo juro —gruñó Fede, con los ojos llenos de ira, antes de escupirle en la cara.

Mario cerró los ojos un segundo, limpiándose la mejilla con el dorso de la mano. Sus mandíbulas se tensaron.

Después lo agarró del brazo con fuerza, lo levantó como si fuera un peso muerto y lo arrastró hacia la salida, golpeando la puerta enve-jecida al cerrarla de un portazo.

Fede no pudo recoger nada. Solo el móvil que la teniente le había dejado para que se comunicara con sus padres y con ella.

Y nadie alrededor sabría que, mientras sus padres viajaban tranquilos en el coche de la teniente Robles creyendo que su hijo esta-ba a salvo, Fede acababa de entrar en el infierno de la mano del mismísimo demonio.

CAPÍTULO IX

Dafne Robles.
Madrugada de 10 de marzo de 2025.
Puesto Principal de la Guardia Civil de Conil de la Frontera.

En la madrugada del 10 de marzo de 2025 estaba previsto que la borrasca "Jana" entrara por Andalucía, y su avance obligó a que la autopista AP-4 fuera cortada por las autoridades ante las rápidas crecidas y desbordamientos en los arroyos cercanos. La circulación quedó prácticamente colapsada. Durante más de dos horas de retenciones, la teniente Robles permaneció en el co-che junto a los padres de Fede, que seguían por la radio las noticias sobre el temporal y los incidentes en los distintos puestos policiales de la provincia.

Dafne trató de mantener la calma.

Le aseguraba a Gracia que, en cuanto llegaran a Conil, coordinarían con la Comandancia de Sevilla para que una patrulla

verificara que Fede seguía bajo control.

Pero mientras ellos seguían atrapados en la carretera, en una amplia vivienda de El Puerto de Santa María, el viejo comandante Francisco Barrull se removía nervioso en su silla de ruedas.

Vestía una bata de cuadros rojos y verdes, y su mujer llevaba un buen rato pidiéndole que se calmara y tomara la medicación que el médico le había prescrito. Aún tenía un brazo vendado y avanzaba con torpeza hacia la ventana para observar la tormenta que sacudía el pa-tio: las ramas caían sobre la piscina, totalmente desbordada.

—Alcánzame el móvil, Mari. Tengo que llamar a Dafne.

—Curro, ella te dijo que te avisaría en cuanto llegaran a Conil. Con las carreteras cortadas, es normal que tarde tanto. Quizás ya sepa lo que ha pasado…

—No —gruñó Barrull—. Estoy seguro de que no lo sabe. Tengo

que llamarla.

Mari suspiró con una mezcla de resignación y cansancio y le acercó el móvil.

—Gracias, mi vida.

—Ojalá ese caso se cierre pronto —murmuró ella.

—Ven aquí.

Mari se acercó a su marido e inclinó su cabeza para que el comandante pudiera darle un beso en su frente.

—Te dejo solo. —Por favor, no quiero que te alteres —imploró Mari apenada y cansada—. Cualquier cosa, me llamas. Estás de baja médica y es como si no lo estuvieras. No quiero que te pase nada.

—Te prometo que no tardo.

Francisco Barrull —"Curro" para todas aquellas personas que lo apreciaban desde hacía décadas—, lanzó un beso al aire a su compañe-ra de vida durante más de cuarenta y cinco años, y sabiendo que lleva-ba razón, buscó en llamadas recientes el número de la teniente Robles.

—Dígame, mi comandante… —respondió Dafne con un tono se-co y tenso—. Deme un segundo, por favor.

—No tengo tiempo que esperar, Robles. Tenemos un problema gordo. Fede está en el puesto de la Guardia Civil. Lo tienen detenido como principal sospechoso del asesinato de Paola Maldonado. El hijo de puta de Antúnez ha conseguido que el juez le firme la orden. Les va a caer un puro a los dos…

Dafne no logró advertirle a tiempo que tenía el manos libres ac-tivado. Seguía aún en el coche con los padres de Fede, convencidos hasta ese momento de que a su hijo no podían hacerle daño. Al oírlo, Dafne los miró por el retrovisor y soltó un largo suspiro. Justo llega-ban al domicilio de Gracia y Simón mientras seguía lloviendo con in-tensidad.

—¿Cómo? —saltó Gracia, desabrochándose el cinturón para intentar bajar del coche.

—¿Nuestro hijo detenido? ¿En Conil? ¿Pero cómo? —balbuceó

Simón, volviendo a entrar en el coche de Robles.

—Por eso le pedía un momento, mi comandante —dijo Dafne, intentando recuperar el control—. Estaba dejando a los padres del chi-co en su casa. Nos ha pillado el corte de la carretera durante horas; por eso no he podido llamarle antes.

—¡Joder…! —resopló Barrull—. Vale, vamos a tranquilizarnos todos —añadió al escuchar cómo Gracia rompía a llorar—. El sargento Mario Antúnez los siguió, y a pesar de las retenciones, ha conseguido llegar antes que ustedes al Puesto Principal con Fede. Está allí, espo-sado. Pero quiero que se tranquilicen: todo va a salir bien.

—¿Cómo puede pedirnos que nos tranquilicemos, comandante?

¡Es nuestro hijo! ¡Y le están culpando de algo que no ha hecho! —gritó Gracia, incapaz de contenerse.

Robles decidió devolverle la llamada al comandante Barrull en cuanto logró calmar a los padres de Fede. Antes, les pidió que aguar-daran en casa hasta que ella los avisara desde el Puesto Principal de la Guardia Civil. Necesitaban actuar con extrema cautela. Les explicó, esta vez con absoluta claridad, que el comandante Barrull no podía fi-gurar en ningún movimiento operativo: estaba de baja médica, apar-tado de servicio, y cualquier intervención suya —aunque fuera una simple llamada— podía interpretarse como una intromisión en un procedimiento en curso, algo que podría acarrearle un expediente dis-ciplinario o incluso responsabilidad penal si se consideraba interfe-rencia en la función judicial.

Aun así, admitió que Barrull estaba intentando ayudar desde fuera, aprovechando contactos personales que ella no podía activar sin levantar sospechas. Pero esas llamadas, de saberse, pondrían en riesgo al propio comandante y debilitarían cualquier impugnación futura contra la actuación de Antúnez y del juez.

Gracia y Simón asintieron, comprendiendo por primera vez la magnitud de todo aquello. Entraron en su casa corriendo bajo una

tormenta que, aun rugiendo sobre sus cabezas, no era tan devastadora como la que les estaba partiendo el corazón.

Dafne volvió al coche con el pelo mojado y parte de su cuerpo

también. Cerró la puerta del coche, dejó escapar un suspiro y devolvió la llamada al comandante.

—Dafne…, es de las pocas veces que me siento realmente mal. No sé si será la edad…—confesó el comandante apenado—, o las medi-cinas.

—Eres de lo que no hay. Yo creo que estás chocheando —bromeó intentando restar tensión con una sonrisa aliviada—. Le dije que cuando llegara a Conil le informaba de todo.

—Vamos a centrarnos, Robles —rezongó Barrull tras una respiración profunda—. Hace media hora que Mario apareció con Fede en el puesto principal de la Guardia Civil. Como sabes, consiguió la orden judicial, seguramente coaccionando al juez.

—Fede asegura que, a pesar de tener la reserva del hotel en con-junto, nunca llegaron a verse Paola y él.

—Necesito que me pases el acta completa de la declaración del muchacho —pidió Barrull, esta vez con un tono más firme. Y cuanto antes.

—Me pongo con ello en cuanto llegue al puesto, Curro— respon-dió Robles, observando cómo la lluvia azotaba sobre los cristales de su coche.

—No tardes en llegar. El cabrón de Mario debe de estar a punto de cerrar la diligencia. Y esta noche está de guardia el cabo Cubero, ya sabes: de los que deben favores.

Dafne se pasó la mano por la frente, agotada.

—Ese hijo de puta de Mario quiere salvarle el culo a su hija.

—¿Qué has podido averiguar de su hija? —preguntó Barrull con cautela, consciente de que él no debería estar haciendo dudas operati-vas estando oficialmente apartado.

—Se lo contaré todo cuando tenga el informe completo. Prefiero no hablar más por teléfono —zanjó la teniente Robles con seriedad—. No quiero dejar cabos sueltos.

—Gracias, Robles —dijo Barrull—. Está haciendo usted un gran trabajo.

—Gracias a usted, viejo. Cuídese y tómese la baja médica en

condiciones. Descanse. Tienes mucho aún que enseñar, pero no así.

La teniente colgó la llamada y, al hacerlo, en la pantalla del mó-vil encontró el mensaje que tanto esperaba.

Sonia:
El cumpleaños ha
terminado. Las niñas
se han ido con Lucas.
Me ha sobrado una
botella de vino. Me
gustaría terminarla
contigo;
aún quedan cuarenta minutos para que termine mi día.

Dafne —porque en ese momento era Dafne—, sonrió como hacía mucho tiempo que no hacía. Su corazón comenzó a palpitar fuerte. No podía fallarle. Otra vez no. Pero tampoco podía fallarle a Fede, que la necesitaba más que nadie. Ni a sus padres. Ni mucho me-nos a Barrull.

Suspiró para coger fuerzas.
23:23 marcaba el reloj digital.
El universo le estaba
hablando.

Sonia:

Dafne: No pienso perder la oportunidad de estar contigo. Soy un desastre. Ni siquiera te he comprado nada. Pero el mejor regalo quiero dártelo esta noche. Si quieres, te recojo en quince minutos. Me vas a matar, pero me tienes que acompañar antes al Puesto. Prometo que después de ello, te haré mía toda la noche.

Te quiero, so fea.

Prefiero acompañarte que quedarme de nuevo esperándote. Si cumples tu promesa, entonces yo te prometo que te daré la oportunidad de que volvamos a hablar.

Yo también te quiero. Y te necesito.

No tardes.

Y ten cuidado con la carretera. Está lloviendo muchísimo.

Dafne condujo nerviosa hasta casa de Sonia, que la esperaba bajo un paraguas oscuro, refugiándose de la lluvia, y sujetando en su mano una bolsa blanca que contenía la botella de vino que había pro-metido. Dafne frenó el coche y le hizo luces largas para que se subiera rápido. Sonia dio una carrera y entró con rapidez en el coche blanco de la teniente.

—¡Dios!—¡Cómo llueve!—exclamó Sonia entrando en el coche, sacudiéndose las gotas de agua pegadas a su chaqueta de cuero. No es normal este temporal.

—No te puedes imaginar la que me ha caído a mí al volver de Sevilla.

—¿De Sevilla? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, pero eso no importa ahora. Feliz cumpleaños.

Dafne alargó su brazo hacia la mano de Sonia, que la atrapó pa-ra acariciarla. Le regaló la más mágica de las sonrisas. Luego, se acercó a ella para fundirse en un abrazo. Estuvieron en un abrumador silencio durante más de un segundo. Dafne apoyaba su barbilla en el hombro de Sonia apretando sus ojos hasta que en la emisora de po-licía sonó la voz de un compañero.

—Teniente Robles, soy Salcedo. ¿Me recibe?

—Aquí Robles —respondió la teniente retirándose suavemente del cuerpo de Sonia—. Adelante, sargento.

—Los padres de Federico Montilla están de camino al Puesto Principal. Han sido informados de que su hijo está detenido por el presunto homicidio de Paola Maldonado.

Robles frunció el ceño contrariada. Le habia pedido a la pareja que aguardasen en su casa hasta que ella los avisara desde el Puesto Principal de la Guardia Civil. Había insistido en que necesitaban ac-tuar con extrema cautela pero ellos habían decidido actuar por su cuenta. Dafne contuvo un suspiro.

—Recibido, sargento. Voy de inmediato. Si llegan los padres an-tes que yo, que esperen en la sala de atención. Que nadie les tome de-claración ni les dé información hasta que yo llegue.

Dafne se acercó a Sonia, que callada miraba por la venta cómo

caía la lluvia.

—Prometo que será rápido —afirmó Dafne arrancando el coche y acariciando la pierna de Sonia.

—Dafne, ¿estás llevando el caso de la chica que encontraron en el faro muerta?

—Sí… —asintió sin apartar la vista de la carretera—. Me estoy jugando el ascenso, pero no quiero hablar contigo ahora mismo de trabajo. Esta noche es nuestra. Voy al puesto a poner un poco de orden y te prometo que en menos de una hora estamos las dos en casa tomándonos esa botella de vino.

—Intenta que no se ponga caliente.

—Caliente me tienes tú a mí desde que te he visto entrar por esa puerta —insinuó mordiéndose el labio y mirándola con deseo.

—Dafne… —contestó tímida Sonia.

Barrull volvía a irrumpir en la vida privada de la teniente con una nueva llamada a su móvil personal. Dafne respondió al instante, sin ocultar el cansancio en su voz.

—Dime, Curro —respondió en cuanto oyó su respiración al otro lado—. Ya estoy al tanto de lo que me vas a decir. No me ha dado tiempo de llamarte. Me acaba de llamar Salcedo.

—Sí, yo le pedí que te avisara —respondió Barrull—. Te llamo para insistirte en que tengas mucho cuidado con Mario. Ese desgracia-do va a intentar hundir al crío como sea.

—No te preocupes más por eso —contestó Dafne, manteniendo la vista fija al frente mientras miraba de reojo a Sonia —. Sé por dónde me muevo.

—Dafne, en serio, ten mucho cuidado —advirtió Barrull, seco y cortante. Hay muchas cosas que no encajan. Muchos sospechosos, creo yo. Cuando tengas el informe completo, me lo envías por el canal seguro. Y descansa, por favor. Te necesito fuerte.

Dafne asintió en silencio antes de responder.

—Cuídate. Mañana hablamos.

—Dafne, ¿qué pasa? —preguntó Sonia preocupada—. No quiero que te pongas en peligro. Demasiado te has jugado a lo largo de estos

años. En las noticias han dicho justo eso: que Paola tenía muchos frentes abiertos.

—¿La prensa sabe más que la Guardia Civil? —preguntó Dafne con media sonrisa.

—La prensa, no lo sé. Pero la gente del pueblo a quienes preguntan, puede ser que sí sepan más que ustedes —respondió Sonia —. Dicen que la mujer del pastelero está loca porque su marido era el amante de la madre de la niña. También han dicho que Paola les hacía la vida imposible a compañeras suyas que le tenían envidia porque

ella era *influencer*.

Dafne, callada, sin responder a la información que le daba, aparcó su coche en la puerta del Puesto Principal de la Guardia Civil. Miró a Sonia seria y decidida. Sabía que llevaba razón, pero no podía decirle nada.

—Espérame aquí. No tardo. Te lo prometo.

Sonia le regaló una sonrisa llena de amor. Observó cómo Dafne caminaba bajo la ya débil lluvia. Dudó un segundo… ¿Pero a qué espe-rar?

—¡Shhhh, Shhhh! —la llamó Sonia, desde el coche. Dafne se dio media vuelta.

—Te quiero —dijo decidida Sonia.

Dafne quedó por un segundo paralizada. Su mundo también quedó parado al escuchar esas dos palabras. Entonces no dudó en vol-ver hacia el coche, abrir la puerta del copiloto y, sin pensarlo, tomó con sus finas manos el rostro de Sonia y besó sus labios. Con ganas. Con deseo. Con la misma pasión que siempre había sentido por ella, y que ya no podía apaciguar en su interior.

En el Puesto, se podía cortar la tensión con un cuchillo. Los ros-tros serios de algunos policías esperaban que la teniente cruzara el umbral de la puerta.

—Mi teniente… ¡Menos mal que llega!

El sargento Salcedo salió a su encuentro limpiándose los restos

de migas de pan de la comisura de sus labios.

—Ya veo que me estabas esperando —respondió ella apoyando una de sus manos en el hombro del sargento—. ¿Dónde está Fede?

—Lo tienen en los calabozos.

—Pero… ¿Quién coño se cree que es…?

Robles miró el reloj de pared: las doce menos cinco. Le había prometido a Sonia —que la esperaba en el coche— que antes de que acabara el día estaría con ella. Pero aquella noche, como tantas otras, la promesa quedaría suspendida.

En ese instante, Gracia y Simón entraron en Puesto Principal acompañados de un hombre bien vestido que se presentó como Eze-quiel Torres, su abogado.

—Dafne…—sollozó Gracia, aferrándose al brazo de la teniente —.

Queremos ver a nuestro hijo. Él es nuestro abogado.

—Sargento Salcedo —ordenó Robles, firme—. Acompañe a los padres de Federico Montilla y a su abogado a la sala de entrevistas. Que me esperen allí. Voy a por el chico.

Cuando la teniente bajó a los calabozos, encontró una escena que le encogió el estómago. Fede estaba sentado en el banco metálico, tembloroso, indefenso, con los ojos rojos. En la celda contigua, un jo-ven corpulento seguía con la vista clavada en el suelo. La luz fría hacía el ambiente aún más opresivo.

—¡Fede! —exclamó Robles, arrodillándose—. ¿Estás bien?

—¡Sácame de aquí, por favor! —suplicó él.

—Tranquilo —susurró Dafne, sujetándole el rostro—. ¿Te ha he-cho algo?

Los pasos rápidos en el pasillo interrumpieron la respuesta. El sargento Mario Antúnez apareció en el umbral con una media sonrisa.

—Mira quién está aquí —soltó con tono burlón.

Dafne se puso en pie.

—¿Qué le has hecho al chico? ¿Y con qué derecho lo has deteni-do y trasladado sin comunicarlo?

Mario ignoró la pregunta y señaló a Fede.

—Vamos, chaval. Tus padres están arriba con tu abogado. Pasa-mos a declaración.

—Usted, sargento, no va a interrogar a nadie —respondió la teniente Robles, con un tono tan firme que el aire se tensó. Ha solici-tado una orden irregular y está vulnerando procedimiento. Eso que-dará reflejado.

El sargento adoptó un gesto desafiante.

—He actuado porque alguien tenía que hacerlo —respondió con desdén. Usted estaba ocupada… y la investigación no podía esperar.

La respuesta de Robles fue casi un susurro helado.

—Sargento, ahora mismo podría llamar a la Comandancia y pe-dir que lo apartaran del caso. Pero no lo voy a hacer… aún.

Mario parpadeó, desconcertado.

—¿Ah, no? —preguntó con sorna.

—No. Y usted sabe perfectamente el motivo —continuó Dafne —. Me haré con cada una de sus irregularidades. Si lo aparto sin un infor-me completo, podría alegar represalias o interferencias. Pero sí dejo constancia por escrito de lo que ha hecho hoy, con fechas, horas y tes-tigos… Entonces habrá terminado su carrera.

El sargento apretó la mandíbula.

—Otra vez el viejo metiendo las narices. No se entera de que está de baja…

—No es él —le cortó Robles—. Es usted. Y esta noche ha cruzado una línea que no debía cruzar. Yo haré las cosas bien. Usted, en cam-bio, lleva días cavando su propia tumba profesional.

Se giró hacia Fede.

—Vámonos.

—¿Qué va a pasar conmigo? —preguntó él, temblando.

—Vamos a tomarte declaración —respondió Dafne mientras ayudaba a levantarse—. Con tu abogado presente, como debe ser. Cuenta exactamente lo mismo que me dijiste en Sevilla. Si dices la

verdad y él no tiene pruebas válidas, esta misma noche vuelves a casa.

El reloj de la sala de entrevistas ya marcaba las doce y cuarto de

la noche. Sonia debía de estar molesta y la botella de vino empezando a calentarse.

Dafne miró su móvil, ni rastro de mensajes. Suspiró aliviada.

Fede, sus padres y el abogado estaban sentados frente a ella. El sargento Salcedo activó la cámara de la sala de entrevistas, indicando con un pitido que la grabación quedaba registrada.

Antúnez, deseoso por enseñar las imágenes que tenía en su po-der, se situó a la derecha de la teniente, hojeando una carpeta azul con una sonrisa torcida.

—Bien —comenzó Robles, abriendo su libreta de notas—. Fede, ¿puedes explicar qué ocurrió la noche del uno de marzo?

El chico comenzó a relatar la misma versión que había expuesto horas antes en Sevilla, con la voz quebrada, pero sin titubeos. Sus pa-dres lo observaban con respiración contenida; el abogado anotaba en silencio.

A mitad del interrogatorio, Antúnez abrió la carpeta y deslizó sobre la mesa unas fotografías de las cámaras de seguridad del hotel. No mostraban a Fede junto a Paola; solo confirmaban que ambos habían estado alojados allí en momentos diferentes.

—También debería aparecer en esas fotos tu amigo Antonio, sargento… —murmuró Fede con firmeza.

—¿Antonio? —preguntó Dafne, arqueando una ceja.

¿Qué Antonio?

—Antonio Azogue, el padre de Carolina. El pastelero, vecino de este —dijo señalando con la barbilla al sargento Antúnez—. Paola me dijo que la esperaba en la puerta del hotel.

Robles tomó nota con gesto neutro, como si lo oyera por prime-ra vez.

—¿Podrías demostrar eso, Fede?

—Sí —afirmó con dureza, respaldado por la teniente—. Tengo la conversación en mi móvil. Paola me escribió diciéndome que tenía que salir porque él la esperaba fuera.

Quizás fue él quien la vio por última vez, no yo.

El silencio cayó como una losa.

Dafne sostuvo su mirada un instante antes de asentir.

—Fede, vamos a necesitar tu móvil.

El chico se lo entregó. Salcedo se acercó para recogerlo. No era el mismo terminal que Dafne ya tenía a buen recaudo.

Antúnez frunció el ceño, desconcertado.

—Hemos terminado por hoy —anunció Robles, comprobando que eran la una menos veinte. Esperen aquí unos minutos.

—Teniente —la detuvo Antúnez con una falsa cordialidad —.

¿Está segura de que ese móvil es el suyo? ¿Ha comprobado si encien-de?

Dafne se giró hacia él, sonriendo con educación.

—Buena observación, sargento. No había caído.

Regresó a la mesa.

—Fede, dime el PIN, por favor. Está apagado.

El chico lo recitó sin dudar. La teniente introdujo los números, mostró a cámara que el móvil encendía y lo devolvió a Salcedo dentro de una bolsa azul sellada.

—Sargento Salcedo —ordenó—, precíntelo correctamente y envíelo a Informática Forense en cuanto termine su turno.

Antúnez no dijo nada, pero su mandíbula apretada lo delataba: había entendido el mensaje.

Minutos después, fue él mismo quien tuvo que gestionar la documentación para la puesta en libertad con cargos. El abogado explicó a Fede que permanecería como investigado y no podría salir de la ciu-dad.

Dafne salió del puesto antes que la familia Montilla Salas. Por primera vez en mucho tiempo, decidió delegar el acta final del interro-gatorio en Salcedo. Él lo haría bien. Ella ya había hecho lo esencial.

En el aparcamiento, viendo que Sonia seguía esperándola con una sonrisa luminosa incluso a esas horas, grabó un mensaje de

audio para Barrull:

Dafne:

«…Y Curro. Quería comentarte—antes de que me digas que descanse— que ya es oficial-mente mi día libre. Que quizás esta mañana ni me hubiera planteado descansar, pero después del día de hoy, y por motivos más que personales, quiero avisarte de que justo cuando te mande este audio apagaré el teléfono. Por lo que cualquier respuesta que no sea de vida o muerte, estaré disponible en el móvil de servicio. Que tengas buena noche, Curro. Pronto daremos con el asesino de Paola. Un beso, viejo».

Dafne besó de nuevo a Sonia, que esperó paciente su llegada.

—¿A qué hora llegan mañana las niñas?

—No llegan hasta la noche —respondió Sonia—. ¿Por qué?

—Perfecto entonces —dijo Dafne montándose en el coche y co-locándose bien en el asiento—. Nos vamos de cumpleaños.

—Pero ¡qué dices, loca! —replicó Sonia—. Mira cómo está la no-

che.

—La noche está perfecta para las dos —rio Dafne—. Dame un

segundo.

—Pero… —¿A dónde vas ahora? —preguntó Sonia viendo cómo Dafne volvía a quitarse el cinturón y salía del coche.

Dafne hizo una llamada.

—Compi, lo sé. Yo sabía que me ibas a matar… Pero, cabrón, ¿y la de favores que te he hecho yo? ¡Venga, mamona, no me seas! Muy bien. En media hora estoy allí. Te debo una. Oye… Gracias, de verdad. Sabes que lo necesitábamos, ya en serio.

Dafne subió de nuevo al coche.

—¡Solucionado! —indicó contenta Dafne. Un Burger King y en media hora estamos tomándonos esa botella de vino.

Sonia no dejaba de hacer preguntas. Dafne sonreía ilusionada. Pararon en la hamburguesería. Les cogía de camino hacia Vejer de la Frontera. Allí estaba la casita-cueva de Edgar, un compañero de Dafne que arrendaba el alojamiento. La había invitado a pasar unos días co-mo escapada romántica con Sonia para que solucionaran los asuntos pendientes. Edgar lo sabía todo. Conocía a Dafne a la perfección y, aunque cuando le llamó le pareció tarde para ir lloviendo hasta la casa y dejarle la llave en la cajita con el código de seguridad, no dudó ni un

segundo cuando escuchó la voz ilusionada de su amiga, pues hacía mucho que no la había escuchado así.

Dafne y Sonia llegaron con la comida aún caliente del Burger King y con una botella de vino afrutado que había perdido el frío. Sin embargo, no podían perder ni un segundo más de esa noche. Ambas estaban felices. Pero la felicidad para Dafne solo iba a durar horas.

Y eso, de nuevo, afectaría su relación con su amada Sonia.

CAPÍTULO X

Claudia Espino.
Verano-otoño 2024.

El verano terminaba al igual que el matrimonio de Claudia y Antonio. Llevaban muchos años arrastrando una separa-ción, convencidos de que sus hijos no sabían nada.

Desde que Antonio decidió emprender en su negocio y dejar de ser un simple pastelero de Conil, la relación con su mujer se deterioró por completo.

Hizo muchos viajes para negociar que sus dulces y diferentes ti-pos de pan estuvieran en cafeterías y comercios de toda Andalucía.

Claudia sabía que Ana —la madre de Paola— fue quien le pro-puso esa idea, y también quien le impulsó a llevarla a cabo. Tanto fue así que el ámbito de Paola estaba más latente que nunca en su entorno familiar.

Fue en ese punto, cuando Claudia pasaba más tiempo a solas con sus hijos, que descubrió algo que hizo que su vida comenzara a desenamorarse.

Último viernes de agosto.

Antonio había salido a uno de esos viajes de negocio, dejando el obrador bajo el mando de su hijo Silvio, quien tenía que sacar adelan-te un gran pedido de dulces para una boda que se celebraba al día si-guiente.

Silvio contaba con la ayuda de Nicolás y también de Débora, quien, para ojos de todo el mundo, era su pareja desde hacía años.

Esa mañana, Claudia había estado por el obrador ayudando a los chicos y le sorprendió que Nicolás en ningún momento hablara sobre chicas o planes de futuro.

Tampoco Silvio y Débora contestaban a las preguntas que ella les hacía —una vez más— respecto a una futura boda no muy lejana o

una independencia.

Aquella tarde de verano abrasador, en la que el calor vaciaba las calles obligando a los vecinos a estar en casa bajo el aire acondiciona-do, en piscinas o en la playa, Claudia esperó que Débora saliera del obrador.

Había escuchado que hablaba con alguien por teléfono y creyó que ese día sería el momento para descubrir qué estaba ocurriendo.

Claudia vio cómo su supuesta nuera cruzó la calle acompañada de un chico que no le resultaba familiar.

Débora vestía con ropa sobria y tapada a pesar del calor.

Giró la esquina para retomar el camino junto al chico corpulen-to y rubio.

Fue en aquel momento que observaba Claudia, cuando su móvil sonó y ella apresurada colgó la llamada de su hijo Silvio para que el sonido no rompiera el silencio de una calle bajo cuarenta grados a la sombra.

Silvio:
Mamá, ¿dónde estás?
Te estoy llamando para decirte que he entrado
en casa con Nico. Vamos a almorzar algo y
luego volveremos a bajar al obrador.
¿Cuánto tardas?

En ese momento a Claudia la iluminó el Señor y tuvo una idea.

Claudia: He tenido que salir a poner las flores del paso de la Virgen. Voy a comer algo en la hermandad con las demás mujeres.
Comed tranquilos.

Claudia observó cómo a mitad de la calle, Débora—sin ningún tipo de remordimientos— se bajaba la falda larga gris dejando al des-cubierto un short vaquero que le hacía lucir unas bonitas piernas lar-gas.

Luego, mientras sonreía al muchacho rubio, se subió el chaleco ancho de manga corta y enseñó un top blanco que realzaba sus pechos

redondos y perfectos. Se recogió el pelo con las manos, haciéndose una cola bastante descuidada, y se arrojó a los brazos de aquel joven que la recibió con ilusión. Él le ofreció uno de los cascos.

Se montaron juntos en la vespa y se alejaron por aquella calle larga bañada por un sol resplandeciente.

Apenas Claudia tuvo tiempo de hacer algunas fotos. La mentira de Débora había llegado muy lejos y eso no lo iba a permitir. Tenía que contárselo a su madre.

Agustina era una mujer mayor que siempre fue como una hermana para Claudia. Dios nunca le permitió tener hijos y Débora fue la hija que tanto deseó.

La adoptó gracias a unas monjitas que regentaban un lugar de acogida donde los niños habían sido abandonados por sus padres, o estos habían muerto.

Claudia siempre quiso que su amiga fuera feliz, y había visto crecer a Débora, convencida de que algún día sería la mujer de su hijo Silvio. Ambos tenían la misma edad, y tanto Agustina —viuda— como Claudia querían una vida pura y cristiana para sus descendientes.

Pero esos pensamientos cada vez estaban más alejados de la realidad.

¿Cómo le iba a decir a Agustina —a quien le habían diagnostica-do un cáncer gástrico avanzado con metástasis— que su única hija no seguiría el camino de Dios porque se había convertido en una oveja descarrillada?

No. No se lo iba a decir. Mejor dejaría en el buzón de su casa esas fotos cuando Débora no estuviera. Agustina ni siquiera tenía un móvil inteligente.

Volvió apresurada a su casa. El calor era sofocante, y la angustia en su pecho cada vez le oprimía más. Las niñas la esperaban para co-mer, y ayudaban entre todas a poner la mesa.

—¿Qué te pasa, mamá? —preguntó Eva.

—Nada, cielo. He salido del obrador y entre el trabajo que

tenemos que sacar y este calor tan malo…

—¿Del obrador?

Eva frunció el ceño mientras cogía unos vasos de cristal por en-cima del hombro de su madre.

—Sí, del obrador. ¿De dónde quieres que venga?

—Nos ha dicho Silvio que no ibas a venir porque te quedabas a comer en la hermandad. Que estabas liada con las flores de la Virgen

—dijo Eva, contando los vasos que faltaban en la mesa—. Por eso había decidido comer con las hermanas. Como dijiste esta mañana que dejabas la tortilla de patatas y el gazpacho hecho…

—¡Ah, sí! ¡Qué cabeza la mía! Con toda esta faena que nos ha dejado tu padre no sé ni en qué día vivo, hija —respondió Claudia con agilidad—. Al final me ha dicho Agustina que no hacía falta que fuera y me he dado la vuelta. ¿Dónde está Silvio?

—En el obrador.

—¿No ha comido?

—Sí, mira —respondió Eva señalando la tortilla a la que le falta-ban unas porciones—. Se bajaron el almuerzo porque decían que tenían mucho trabajo.

Claudia quedó ensimismada mirando la tortilla mientras que Eva hablaba y les pedía a sus hermanas que se lavaran las manos para comer.

—Eva, cariño, id comiendo ustedes que ahora vengo —dijo Claudia quitándose el delantal.

—¿A dónde vas ahora, mamá?

—A decirle a tu hermano que descansen un poco y que se suban mientras aquí con nosotros.

—Yo le mando un WhatsApp, espera —intervino Rosa, una de las hermanas, que se sentaba a la mesa.

—No, déjalo, Rosa. Voy a ir yo.

Claudia sonrió a sus cinco hijas y salió de la cocina con el co-razón desatado. Como si los latidos de este le estuvieran avisando de que aquel mediodía cambiaría su vida.

Cruzó el zaguán de la casa y miró el cuadro de la Virgen de los

Dolores que estaba colgado sobre la pared. En silencio, se persignó frente a él y salió a la calle de nuevo.

La tienda estaba cerrada, como era de esperar; los chicos debían de estar abajo en el obrador.

Con pasos suaves, avanzó sin hacer ruido. Pero justo cuando puso un pie en el primer peldaño de la escalera que hizo crujir la ma-dera antigua, unos sonidos la detuvieron: pequeños jadeos quebraban la calma.

El corazón le latía con más intensidad. Una sensación de vergüenza mezclada con ansiedad corría por todo su cuerpo, ocasio-nando que un rubor encendiera su cara.

La escena que observaron sus ojos fue lo más agresivo y violen-to que pudo ver en su vida.

Su hijo Silvio, arrodillado, tenía su rostro clavado en la entre-pierna de Nicolás, que gemía mientras le posaba sus grandes manos en la cabeza.

Claudia, paralizada, no podía parar de mirar.

Silvio se masturbaba a la misma vez que el sexo de Nicolás en-traba y salía de su boca.

El placer de los jóvenes envolvió a Claudia en una estupefacción que hizo que su cuerpo temblara y le pidiera salir de allí como alma que se lleva el diablo.

Salió de la tienda cegada por la ira.

Una ceguera que ni siquiera le permitió darse cuenta de que al-guien más entró tras ella. Sintió tal odio por su hijo, que hasta quiso castigarlo con una correa como hacía cuando de pequeño se portaba mal.

Pero pensó que esta vez el castigo dolería más de otra manera. No cometería el error de pensar en caliente.

Quedaba poco tiempo para entregar el pedido en el que supues-tamente estaban trabajando Silvio y Nicolás. Y por ello, iba a recibir una buena suma de dinero.

Ya se había comprometido con la hermandad en que haría el donativo como todos los meses. Como siempre, su reputación era más

importante que su propia familia.

***

Llegó septiembre. Y con él, llegaron los nuevos propósitos. Los nuevos comienzos. La vuelta de las vacaciones… Para Claudia, septiembre era un mes más. Una consecuencia y una repetición.

De nuevo, su Virgen se vestía de gala para salir en procesión adornada con todas esas flores que los priostes habían comprado con el dinero que ella había donado. Un dinero fruto de mucho trabajo de verano. Trabajo que había ejercido Silvio en el obrador pasando mu-cho calor. Y quizás, también sintiendo placer.

Mucho placer.

Un placer que estaba a punto de desaparecer de su vida, pues con la llegada de septiembre, también la vida de Claudia fue el princi-pio del fin.

Claudia era incapaz de conciliar el sueño por las noches. Ni siquiera comía bien.

Pasaba horas con su amiga Agustina en la hermandad, pero no había tenido fuerzas para contarle lo que sus ojos habían visto hacía días y su corazón callaba.

Agustina cada vez estaba más desmejorada.

La enfermedad también avanzaba sin pedir permiso y la opera-ción seguía en lista de espera.

En soledad, una de las noches en las que Claudia rezaba el rosa-rio, pareció encontrar consuelo en él.

Antonio dormía plácidamente y la luna llena buscaba reflejarse en una de las cuentas de la camándula.

«Ojalá antes de morirme vea a mi hija casándose con Silvio. Con la de años que llevan "hablándose" y todavía no han decidido dar el paso».

Aquella frase que Agustina le confió delante de la Virgen de los Dolores el día de la procesión por las fiestas patronales. Aquella frase que esa noche cambiaba todo.Aquella frase que haría que la venganza

de Claudia comenzara a latir.

Pasaron un par de semanas. El curso había comenzado.

Antonio había vuelto a trabajar en el obrador junto con Silvio. A Claudia le pareció extraño que ya no hiciera tantas salidas de nego-cios, pero le alegraba tener a su marido en casa a pesar de la frialdad entre ellos.

Silvio y Nico mantenían la misma buena relación, y Débora continuaba entrando en casa como si Claudia aquella tarde de verano no hubiese visto nada.

Eran las tres y media de la tarde de un sábado de mediados de octubre. Había pasado el tiempo conveniente para que Claudia prepa-rara su venganza. Una venganza que se había fraguado con muchas noches de rezos y también con muchas horas de iglesia con Agustina, a quien no dejó de cuidar.

Claudia organizó un almuerzo para su familia y amigos más cer-

canos.

Les había pedido que fueran a casa a comer porque tenía una

noticia que compartir con las personas a las que quería. Entre ellos se encontraban Nico y también Débora junto a su madre, que era la úni-ca que sabía lo que estaba a punto de suceder.

Claudia, con las manos en actitud de rezo y sentada en la cabe-cera de la mesa —llena de alimentos que momentos antes habían agradecido a Dios—, pidió atención para dar la noticia que todos espe-raban oír.

Ni siquiera Antonio se las veía venir.

—Bueno, es hora de contaros algo —interrumpió de repente Claudia.

Todos quedaron en silencio y expectantes a lo que iba a decir. Claudia se levantó de la mesa y se acercó hasta donde estaba Agustina. Puso una mano sobre su hombro y, haciéndole una tierna caricia, co-menzó a hablar.

Débora, que miraba de soslayo a Silvio, presentía que algo esta-ba a punto de suceder.

—Familia… —dijo Claudia, fijando su mirada en Nico—, hoy es

un gran día para todos. Por fin Agustina y yo vamos a poder anunciar lo que llevamos meses preparando y que pronto se va a hacer realidad.

Claudia suspiró hondo y, esbozando una sonrisa, dio la noticia.

—Después de pensarlo nosotras más que los protagonistas de esta historia, es un honor anunciaros que don Julián nos ha dado fecha para celebrar el matrimonio de Silvio y de Débora. Así que…

¡Pronto nos iremos de boda!

Las cinco hermanas pequeñas de Silvio fueron las únicas que entre ellas se miraron ilusionadas, y se levantaron a abrazar a su her-mano.

Carolina miró a Silvio sin entender nada de lo que estaba pasando.

Antonio intentaba que su mujer le explicara con la mirada qué estaba ocurriendo allí.

Y Débora calmaba con gestos a Nico, que parecía querer desaparecer de la escena.

—¡Qué calladito lo teníais! —interrumpió Antonio fingiendo humor—. Al parecer, soy el último mono que se entera de las cosas.

—Ni nosotros mismos sabíamos esto, papá —dijo Silvio, señalando a Débora.

—Es verdad que los niños no sabían nada —dijo Agustina, apa-rentemente cansada—. Pero fue cosa mía. Como ya sabéis, mi enfer-medad cada vez avanza más. Yo estoy que no puedo tirar de mi cuerpo y me gustaría ver a mi Débora vestida de blanco. Llevan muchos años siendo novios y, tal como está la vida, deben seguir el camino de Dios y formar un hogar donde reine el respeto.

Agustina cogió a su hija del brazo y le regaló una sonrisa mater-

nal.

—Pero mamá… —interrumpió Débora, aún asombrada—, ya lo

habíamos hablado. Preparar una boda es muy costoso. Silvio y yo que-remos seguir estudiando. Ambos vamos a cursar el máster en

breve. Una boda ahora no.

—Débora lleva razón —admitió Silvio—. Además, mamá, creo que esto nos lo deberías haber consultado antes a nosotros dos, y ya

después reunir a la familia. Me parece indignante.

—¿Comentar el qué? ¿Qué no sabemos el tiempo que le queda a Agustina, y es un deseo que quiere cumplir? —saltó Claudia visible-mente molesta.

—Claudia, no te pongas así… —Intentó apaciguarla Agustina.

—¡Estos niños me sacan de quicio! Encima de que "una" les va a hacer un favor y lo va a pagar todo…

—¿Qué lo vas a pagar tú todo? —preguntó indignado Antonio—.

¡Vamos, esto es lo que me faltaba por oír!

—Sí, claro. Para eso soy su madre.

—¿Qué para eso eres su madre? ¿Ahora? ¿Cuándo tiene treinta y dos años? ¿Por qué no lo has sido antes?

—¡Basta, papá! —intervino Carolina.

—¡Basta, no, Carol! ¡Ya está bien de aguantar las cosas de tu madre!

—¡No te consiento que me hables así delante de tus hijas! —ex-clamó Claudia, muy enfadada—. La boda se va a celebrar queráis o no. Y será el 5 de abril del próximo año.

—Pero si apenas quedan seis meses… —dijo Eva.

—Claudia. ¿Puedes acompañarme a la cocina, por favor? —pidió Débora conteniendo la tensión—. Creo que estamos todos un poco al-terados.

Nico le ofreció un cigarro a Silvio.

Él lo aceptó sin dudar, y ambos salieron de escena ante la mira-da autoritaria de Claudia, que besó a su amiga Agustina en la frente y acompañó a Débora a la cocina.

—¿Se puede saber de qué coño vas, Claudia?

—¿Perdona?

—¡Ni perdona ni pollas! —murmuró furiosa Débora—. Ya está bien de ser falsa con usted. Yo sabía que este día iba a llegar.

—¡Ah, muy bien! —replicó Claudia dándose la vuelta para coger un vaso con agua—. ¿Ahora resulta que después de tantos

años dán-dote familia, trabajo, cariño… eres una falsa conmigo?

—¡La primera falsa eres tú! —respondió Débora, señalándola on

su dedo—. ¿De qué coño vas poniendo una fecha de boda sin consul-tarnos nada?

—Es que no hay nada que consultar. Tú te vas a casar con mi hi-jo. Quieras o no quieras. ¿O es que quieres que tu madre se muera an-tes, pero de pena?

—Mira, mira… —desafió Débora con las manos acercándose a la cara de Claudia—. Ni se te ocurra meter a mi madre en esto. Sé que ella no ha tenido nada que ver.

—¡Por supuesto que no! —admitió—. He sido yo la que he deci-dido que os tenéis que casar. No pienso dejar que mi hijo siga hacien-do cosas…

Claudia anduvo nerviosa y cerró la puerta de la cocina para que nadie pudiera escucharlas.

—¿Qué cosas? —preguntó Débora retándola—. Vamos, dilo. Di lo que ya sabemos que sabes…bruja.

—¡Cállate, desgraciada! —exclamó Claudia agarrando con fuer-za la muñeca de Débora—. Eres una fulana —añadió con odio —. Una furcia sin perdón de Dios, que no agradece que su madre le diera un techo. Venías de una puta que te dio a las monjas, y Agustina, con mi ayuda, te sacó de ahí. Y así se lo pagas…

—¡Para! Me estás haciendo daño —suplicó Débora.

—¡Has engañado a tu madre y tratas de engañar a todos!

—¡Yo no he engañado a nadie! —sollozó Débora, intentando soltarse de las manos de Claudia. Solo he fingido ser alguien que no me pertenecía por no disgustar a mi madre. Porque sabía que estaba enferma y por eso mismo, ya que la quiero y no quiero que sufra.

—¡Menos mal que la pobre no se ha enterado de nada!

—¡Qué zorra eres! ¡Si fuiste tú quien envió esas fotos a mi casa! Claudia enmudeció, pero no soltó el brazo de Débora.

—¿Pensaste que no me iba a dar cuenta de que me perseguiste y que nos hiciste fotos a Alex y a mí como una vieja loca? Solo te estaba esperando…

—¡Te voy a arruinar la vida! —amenazó Claudia, cargada de ira.

—¿Cómo la has arruinado tú a todos los tuyos? ¿Pues sabes

qué? Aunque me obligues a casarme con Silvio mientras mi madre vi-va, seguirás viéndome con otro y a Silvio con Nicolás. Porque también sé que lo sabes todo… porque fuiste tan torpe que no te diste cuenta de que vi cómo disfrutabas viendo a tu hijo teniendo sexo con su no-vio.

do. pared.

—¡Cállate, asquerosa! —gritó soltándola y apartándose de su la-

Ahora fue Débora quien se acercó a Claudia y la acorraló en la

—No. No me callo —dijo Débora con lágrimas e impotencia en

los ojos—. Porque más quisieras tú que Antonio te tocara como nos to-can a Silvio y a mí, las personas que nos quieren. Porque eso es otra, NOS QUIEREN. ¿Te lo repito? Nico ama a Silvio y a mí me ama Alex. Pero a ti no te quiere ni Dios. ¡Anda que es mentira ese refrán!"A Dios rezando y con el mazo dando". ¡Al dedillo te viene!

—¡Cállate, cállate!

—Ojalá Antonio esté haciendo eso que se rumorea por ahí y esté satisfaciendo sus necesidades con otra tía que sea por lo menos buena persona.

Claudia empujó a Débora contra la encimera. Esa frase le dolió más que le hubiese clavado siete puñales en su pecho.

—¿Mamá? ¿Estáis bien? —preguntó Eva desde fuera.

—Sí, ya vamos, Eva. Estamos buscando algo… con qué celebrar que no hay boda. ¿Verdad, suegra?

Claudia no respondió. Ambas quedaron calladas mirándose con

odio.

Sin saber que Eva no fue la única persona que escuchó todo tras

la pared.

Ese fue el detonante que lo cambió todo.

CAPÍTULO XI

Familia Maldonado Juncal.
Residencial Roche.
Miércoles 12 de marzo de 2025.

La teniente Dafne Robles era feliz. Después de mucho tiem-po volvía a serlo. Había podido pasar una noche de amor y plenitud al lado de la mujer que más amaba en la vida.

Aquel cumpleaños de Sonia había sido el motivo para pensar qué es lo que quería en su vida y qué sería capaz de hacer para tenerla al lado de ella. Lo que tanto soñó.

Paseaba por la playa desierta de la cala de Roche.
Aún no habían dado las diez de la mañana.
No había nada.

Solo ella y el ruido de las olas rompiendo en la

orilla. Y el feroz murmullo del viento de esos días.

Se apoyó sobre una roca. Descalza.

Con los vaqueros remangados sobrepasando el tobillo. Le gustaba sentir el tacto frío de la fina arena blanca. Cerró los ojos y respiró hondo.
Meditó.

Necesitaba encontrar las respuestas del universo.

En el caso de Paola Maldonado, todos eran sospechosos. El viento se detuvo.
Las nubes se cerraron.

Y las primeras gotas de agua comenezaron a mojar el pelo de Dafne, que interpretó aquello como una nueva señal. Quizás fuese la que llevaba días esperando. Su teléfono personal sonó. El sargento Juanma Salcedo la llamaba.

—Juanma, dime —respondió, levantándose de la roca y echando

a andar bajo la lluvia.

—Fede tenía razón, Dafne. Los compañeros han recuperado to-das las conversaciones del móvil. Paola, sobre las siete de la tarde del sábado, le escribió un WhatsApp diciéndole que había quedado con Antonio en el hotel.

—Perfecto…

—Teniente…—la voz de Juanma sonó más seria—. Sí, Antonio estuvo en la puerta del hotel Las Torres, aunque fuese solo esperando a Paola; tendría que aparecer en la grabación que pidió el sargento Antúnez para incriminar a Fede, pero no aparece.

Dafne frunció el ceño.

—Exacto.

—Así que… alguien ha manipulado algo.

—O alguien ha decidido qué parte del video debía verse —respondió ella—. Y eso nos lleva directamente a Antúnez.

—Encubrir, encubre. Pero no sé por qué lo haría.

—Yo tampoco, Salcedo. Pero es evidente que su jugada tiene más capas de las que vemos.

La teniente detuvo el paso al llegar a la casa de los Maldonado.

—¿Vas a interrogar a Antonio? —preguntó Salcedo.

—No. Aún no. Primero necesito escuchar a los padres de Paola. Saber cómo lo veían, qué sabían y qué no. Y, sobre todo, que Antúnez no sospeche que estamos tirando del hilo por otro lado. Sigue con tu investigación. Cada uno en su sitio.

—De acuerdo.

Dafne suspiró.

—Y sobre Antonio… aquí dentro —dijo mirando la casa—, creo que no saben que él se vio con Paola la noche de su asesinato. Tampo-co sé si Carlos es consciente de la infidelidad por parte de su mujer. Pero tarde o temprano la verdad saldrá.

La teniente se despidió del sargento y miró su reloj.

Las once y media de la mañana. La hora de conocer a Ana y a Carlos.

La teniente llamó al interfono. Se quedó observando aquella luz

fija de la cámara que grababa su rostro para que en el interior de la ca-sa, Ana o Carlos supieran que era ella. La puerta emitió un sonido metálico al abrirse, y la teniente con firmeza tiró de ella.

Cruzó por un bonito camino de pequeñas piedras blancas ro-deado por césped hasta que llegó al porche principal, donde la espera-ba Ana completamente vestida de luto y con semblante de dolor.

—Buenos días, señora Maldonado —dijo Dafne alargando su mano a la de Ana—. No he tenido oportunidad antes de conocerla a usted. Soy la teniente Dafne Robles del Grupo de Homicidios de la Po-licía Judicial de la Guardia Civil.

—Encantada, teniente.

—Igualmente. No les quitaré mucho tiempo. Siento en el alma lo que están pasando, solo quiero hacerles las preguntas de protocolo.

—Entiendo. Pase, por favor —Ana abrió la puerta y extendió la mano hacia el interior—. Mi marido la espera dentro.

La teniente se quitó la gabardina. Hacía calor en la casa.

Lo primero en lo que se fijó al colgarla en el perchero, fue en un cuadro que había clavado en la pared en el que lucían fotografiados fe-lices el matrimonio, junto con una preciosa Paola de unos ocho o nue-ve años.

Esa estampa le recordó a ella misma.

A sus padres.

El corazón le dio un vuelco, pero lo disipó al instante, tragando saliva.

Sacó la libreta rudimentaria del bolsillo de la gabardina que dejó en aquel perchero. Se dirigió hacia Ana y caminaron juntas por el pasillo blanco adornado con cuadros minimalistas hasta el enorme salón, donde las esperaba Carlos.

El señor Maldonado era un hombre alto, corpulento, y su alope-cia, lejos de restarle atractivo, le confería un aire distinguido. Sus ojos marrones ahora estaban tristes y opacos, haciendo contraste con la nariz, roja por el constante uso de los clínex en esos duros días.

—La estaba esperando, teniente—dijo Carlos saludando con una

sonrisa tímida, tendiéndole la mano.

—Buenos días, señor.

—Siéntese, por favor —le invitó a tomar asiento en el sofá —.

Marina, ¿puedes traerle lo que quiera la teniente, por favor?

—Ah, no. No se preocupe —contestó la teniente mirando a la asistenta—. Solo un vaso de agua.

—¿No prefiere un café? —preguntó Carlos.

—Llevo ya dos. El tercero, hasta después de comer no me toca. Respondió con una sonrisa agradecida la teniente.

—Como prefiera.

Carlos hizo un gesto suave con la mano y se sentó al lado de su mujer, que permanecía en silencio frente a la teniente.

—Pues bien —suspiró la teniente abriendo su libreta—. Ya le he comentado a su señora que no les quitaré mucho tiempo…

—El que sea para dar con los asesinos de nuestra hija — inte-rrumpió Carlos.

—¿Tienen sospechas?

—Seguro que está de acuerdo conmigo, teniente, que a mi hija no la ha podido lanzar una persona sola por el acantilado — afirmó Carlos, contundente.

—Verás, señor Maldonado…

—No, por Dios, tutéame —la interrumpió otra vez.

—Está bien, Carlos.

Marina dejó el agua en la mesa. Un café para Carlos y una tila doble para Ana, que le regaló una sonrisa.

—Como ya saben, su hija murió ahogada. Con la autopsia se descartó la primera hipótesis. Pensábamos que alguien la asesinó y la arrojó al acantilado. Pero no. Paola estaba viva cuando fue empujada al mar.

Ana sollozó.

Dafne automáticamente intentó consolarla acercando su mano a la suya. Le dolía tener que recordarles todo lo sucedido.

A pesar de su trayectoria, había veces que seguía sin entender cómo había sido capaz de elegir aquella profesión. Quizás si su amiga

alguna vez hubiese aparecido, hoy en día sería la cirujana que siempre quiso ser y seguro que Noelia estaría orgullosa de ella.

—Paola era una niña alta y fuerte. Tendría que estar muy in-consciente para no darse cuenta de que alguien la estaba moviendo…
—dijo Ana con la voz entrecortada.

—El impacto que recibió en la cabeza fue muy fuerte —explicó la teniente—. Posiblemente quedó en coma.

—Pero, ¿quién iba a querer hacerle daño a nuestra hija? Ella se llevaba muy bien con todo el mundo… —dijo Carlos, ofendido.

Ana agachó la cabeza. Gesto que no pasó desapercibido por la teniente.

—¿Por qué no denunciaron su desaparición? —preguntó Dafne.

—Pensamos que iba a volver —contestó Carlos, cabizbajo.

—Siempre volvía —añadió Ana.

—¿Os comentó algo sobre ese día? ¿Sí había quedado con al-guien…?

Ambos guardaron silencio por unos instantes, mirando al suelo.
Ninguno de los dos se atrevió a hablar.

—Por favor, necesito saber qué pasó con vuestra hija.

—Su madre y ella tuvieron una discusión días antes.

—¿Qué pasó en esa discusión? —preguntó la teniente con el bolígrafo entre sus dedos.

—¡Eso quisiera saber yo! —exclamó Carlos levantándose del sofá. Porque pasan los días y sé que Ana me está mintiendo.

—¡No te estoy mintiendo! Ya te he dicho la verdad. Le dije que no quería que estuviera con ese chico. Ella, como siempre, con sus ca-prichos, me dijo que iba a seguir viéndolo —respondió Ana elevando el tono de voz.

—¿Te refieres a Federico Montilla?

—A ese mismo.

—¿Qué pasaba con él? —preguntó la teniente.

—Los padres de ese chaval nunca me han caído en gracia. Me enteré de que no tienen ni un amigo. Simón entra y sale de su casa cuando le da la gana, sin dar una sola explicación, y Gracia solo vive

pendiente de él, obsesionada con no perderlo. Es sumisa hasta decir basta. Les gusta el dinero, y Paola… Paola era justo lo que necesitaban para acercarse a una familia bien posicionada —explicó Carlos—. Fede no era mal chico; se pasaba las tardes aquí. Paola se enamoró comple-tamente de él, y como su familia no tenía buena economía —aunque quisieran aparentar lo contrario—, siempre nos pedía dinero para comprarle ropa, invitarlo a buenos restaurantes… incluso quería pa-garle el carné del coche.

Ana, cabizbaja, asentía en silencio.

—Pero hay algo más que no me cuadra, teniente. Y es eso lo que me gustaría que mi mujer dijera.

—Te he dicho por activa y por pasiva que fue eso —dijo Ana, en-fadada—. Yo le pedí a Paola que dejara de ver a ese chico porque pen-saba que se estaba aprovechando de nosotros. Y sospechaba que Gracia estaba detrás de todo.

La teniente tomó nota en su libreta.

Fijó su mirada en Ana, buscando más respuestas. A ella también se le escapaba algo.

—Y respecto a las amistades de Paola… ¿Sabéis si había algún compañero o compañera con quien no tuviera buena relación?

—Desde que llegamos a Conil, con quien más amistad tuvo fue con Carolina. Esa chica… pobrecita, la familia que le ha tocado. Paola la ayudó para que plantara cara a la bruja de madre que tenía. Incluso ayudamos a su padre a que creciera con su negocio. Todo lo que tiene esa familia es gracias a nosotros —explicó Carlos.

—Algo pasó entre ellas, cuando Paola empezó a salir con Fede, Carolina no volvió por aquí. Se juntó con la exnovia del chico, que también le tenía ganas a mi hija… —soltó Ana, aferrando la taza de tila entre sus manos.

—¿Andrea Antúnez? —preguntó la teniente.

—Sí —asintió Ana—. La hija de ese guardia civil que siempre tenía las narices metidas en los asuntos de los chavales.

—¿Sabéis si Paola tuvo algún problema con él? —insistió Dafne.

—¿Con el guardia? —Carlos alzó la mirada, sorprendido—. Ni

idea…

Ana no levantó los ojos de la taza humeante, como si el calor

que desprendía fuese lo único a lo que aferrarse.

—¿Y con algún vecino del pueblo? ¿O con otros padres? Me habéis dicho que ayudasteis a la familia de Carolina con el negocio…

—Mi hija no tenía relación con la madre de Carolina. Decía de ella que era muy católica y muy mala persona. Nunca le permitió la entrada en su casa —respondió Carlos.

Ana dio un sorbo de la tila. No añadió nada; parecía que cualquier palabra pudiese quebrársele en la boca.

—¿Y con Antonio? —preguntó la teniente Robles, lanzando una mirada de soslayo hacia Ana—. ¿Alguna vez os comentó algo de él?

—No —contestó Carlos, rotundo—. Ese hombre era el mejor de aquella familia. Siempre agradecido con nosotros. Acompañaba a Ana a algunas reuniones con proveedores que ella les presentaba, y rara vez entraba en casa. Si venía a por su hija, la esperaba fuera. Trataba bien a Paola. La única vez que más hablé con él fue en el cumpleaños de Paola, el año pasado, cuando lo conocimos. Se quedó a dormir con Carolina porque la fiesta se alargó y estuvimos bebiendo. Desde en-tonces, es una relación normal de padres de amigas. Bueno… amigas…

—Veréis…

La teniente cerró la libreta. Inclinó su cuerpo hacia delante y cerró los ojos para tomar aire antes de continuar.

—Hemos rescatado los mensajes del móvil de Fede. Como sabéis, fue puesto en libertad al no encontrar pruebas contra él. Paola le escribió la noche de los carnavales. Habían reservado un hotel para pasar la noche juntos. Ella llegó antes, cuando fede estaba a punto de llegar, vuestra hija le avisó de que Antonio —el padre de Carolina—quería hablar con ella, y para ello fue hasta el hotel donde estaba.

Después de ese momento, no sabemos qué pasó. Fede la llamó varias veces y le escribió, pero Paola no atendió los mensajes

ni las lla-madas. Su móvil se apagó a las 01.40. Creemos que esa fue la hora en la que todo sucedió. Ojalá hubiésemos localizado su teléfono.

El rostro de Carlos se puso pálido.

—¿Qué coño estás diciendo, teniente? ¿Qué la última persona que vio a mi hija con vida fue Antonio? —rugió Carlos, levantándose de golpe del sofá.

Ana rompió a llorar.

—¿Tú has escuchado eso? —le preguntó a Ana, dándole en el hombro—. ¡¿Lo has escuchado bien?! Porque yo no puedo más, Ana. Me estás haciendo hablar.

Carlos estalló con la voz rota.

—Me he callado porque no quería líos. Porque no tenía pruebas.

Porque ese hombre me parecía correcto… pero yo lo vi, Ana. Lo vi.

Robles hizo ademán de hablar para calmar a Carlos, pero este se acercó a Ana y, con los ojos llenos de ira, le siguió reprochando.

—¡Cuenta la puta verdad, ya! ¿Te piensas, de verdad, que no me daba cuenta de cómo te miraba Antonio? Que soy hombre, por favor, Ana. Te lo pregunté cuando nos fuimos a solas el puto fin de semana de los carnavales, y te lo sigo preguntando. Como hayas tenido que ver con la muerte de mi hija, te juro que…

La teniente lo había conseguido. Había puesto a Ana sobre las cuerdas.

—Creo que deberíamos mantener la calma —dijo Robles, sepa-rando a Carlos de Ana—. Primero tenemos que verificar, mediante las cámaras de seguridad del hotel, que Antonio estuvo con Paola. Des-pués de eso, ya veremos. Por eso, es muy importante que, si conocéis la relación que mantenía Paola con Antonio Azogue, me digáis todo.

La teniente Robles miró de nuevo a Ana pidiéndole con la mira-da que dijera la verdad.

—Ana, te lo pido, por favor —imploró Carlos, arrodillándose y llorando ante su mujer—. ¿Qué le hicieron a nuestra niña? Joder, Ana…

Ana seguía llorando sin consuelo y se abrazó a Carlos. Pero él la apartó.

—Perdóname, Carlos. Perdóname… Todo es culpa mía…

Marina apareció tímidamente en el salón. No se atrevía a interrumpir.

—Ponga tres vasos de agua más —pidió Dafne.

—¿Qué hiciste, Ana…? —suplicó con llanto incesante Carlos.

—Me enamoré…

CAPÍTULO XII

Silvio Azogue.
Viernes 14 de marzo de 2025. Pastelería Obrador Azogue.
Mediodía.

Habían pasado cuatro meses desde aquel mediodía en el que Claudia comunicó la noticia de la boda sorpresa de Silvio y Débora.

Desde entonces, Nico no había vuelto a trabajar en el obrador. Débora tampoco había aparecido por la casa familiar, y se había dedi-cado a cuidar a su madre, a quien le quedaba poco tiempo de vida.

Silvio se encontraba en el obrador amasando. Estaba solo.

Recordaba lo diferente que era su vida en ese momento desde que su madre decidiera cambiarla para siempre. Pensaba en todo lo vivido con Nico en ese obrador. Y sintió unas inmensas ganas de vol-ver a abrazarle.

No era capaz de llamarle de nuevo, pues evitaba protagonizar una nueva discusión con su madre ahora que se encontraba en esa si-tuación tan delicada en la que tenía idas y venidas.

Se sentía tan muerto en vida que, rebobinando sus treinta y dos años, una agüita cristalina recorrió sus mejillas.

Claudia no había sido mala madre.

Los había cuidado y les había dado una buena educación. Siem-pre se había dedicado a ello. Pero su dependencia de Dios le había pa-sado factura. Estaba muy alejada de la mentalidad de hoy en día, y se había quedado atrapada en un pasado machista y conservador.

Mientras daba forma al pan, recordó cuál fue el detonante de que su madre estuviera así. Solo habían pasado unas semanas. Pero

desde entonces, su madre cada día estaba peor.

Una tarde de Navidad, después de que Silvio le hubiera confesa-do a su madre —muy a pesar de ella— que estaba enamorado de Nico, y que tendría que aceptar que fueran pareja, Claudia pareció enloque-cer.

Habían tenido en casa una gran discusión por la confesión de Silvio, y Antonio aprovechó para comunicar que quería el divorcio.

Claudia salió de casa y estuvo un día sin aparecer. Estuvieron preguntando por ella. Buscándola en todos los lugares que ella fre-cuentaba, pero nadie conocía el paradero de la matriarca de la familia Azogue.

Veinte y cuatro horas después, todos se sorprendieron cuando Débora la llevó de vuelta a casa.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Antonio observando el aspecto que traía su todavía mujer.

—Es mejor que descanse —aconsejó Débora, mirando de sosla-yo a Silvio.

—¿Qué ha pasado, Debo? —intervino Carolina, preocupada —.

No habla. Está blanca…

Eva y las otras cuatro hermanas llevaron a la madre al dormito-rio de matrimonio para ayudarla a darse una ducha y que descansara. Entonces, Débora pidió a Silvio, Carolina y a Antonio que la acom-pañaran al salón.

—Encontré a Claudia en la sacristía de la iglesia. El día que se fue de casa, don Julián le dijo que podía quedarse allí. Esta mañana el Padre llamó a mi madre para decirle que alguien fuera a por ella. Se había encerrado y no lograba que le abriera la puerta. Mi madre me pidió que fuera porque, debido al avanzado estado de su enfermedad, no tenía fuerzas para andar. Claudia estaba tan mal cuando la hemos encontrado…

—¿Cómo mal…? ¿A qué te refieres? —preguntó Silvio.

—Cuando abrí la puerta de la sacristía, me encontré a Claudia sentada en el suelo con los brazos en cruz. Tenía la mirada perdida

en

un punto elevado de la habitación. La cara completamente desfigura-da. Pensé que podría estar deshidratada. Desde que se encerró, habían pasado más de doce horas…

—Dios mío… —dijo Antonio pasando las manos por su cara —.

¿Qué le habrá pasado a esta mujer por la cabeza?

—No lo sé —dijo Carolina visiblemente preocupada—. Voy a ha-blar con ella.

—No —saltó Débora—. Antes de traerla, llamamos al médico. La vimos tan mal que nos asustamos. Nos informó de que pudo haber su-frido un shock.

Débora les mostró el informe.

—Muchas gracias, amiga —dijo agradecido Silvio—. Por cierto, estás guapísima con ese cambio de look.

—Gracias, mi vida. Al final voy a tener que agradecerle a tu ma-dre que la liara aquel día —sonrió con una mezcla de pena y alivio.

—Ya verás cómo pronto las cosas se solucionan —animó Caroli-na—. Mi madre te quiere mucho. Solo que ella es así de…

El timbre sonó interrumpiendo que Carolina terminara de cali-ficar a su madre. Los gritos de las hermanas, impidiendo que Claudia bajara desquiciada las escaleras, asustaron a Silvio, Carolina, Antonio y a Débora.

—¿Qué está pasando? —preguntó Antonio levantándose rápido del sofá.

—¡Es el demonio! ¡Viene a por mí! —gritó Claudia con la cara desencajada bajando las escaleras—. ¡No abráis la puerta!

—Mamá…por favor… —susurró Silvio.

—¡Tú sabes quién es! —espetó Claudia clavando los ojos en Débora—. Dile que no abran. Tú también quieres hacerme daño…

—Claudia, tranquila… —dijo Débora intentando calmar un poco la situación.

Carolina abrió la puerta. Y entonces, se hizo el silencio.

—Vengo a hablar con tu padre. Y contigo también —dijo Paola. Claudia chilló señalando a la chica como si hubiera

visto a la

misma muerte.

—¡Es ella! ¡Es el demonio!

Paola quedó atónita en el umbral de la puerta. Claudia se fue di-recta para ella, pero Antonio la detuvo.

—Paola, creo que no es un buen momento —dijo Silvio, palide-ciendo.

Pero ya era tarde.

—¿Qué está pasando aquí?

Adela —la madre de Andrea—, junto con su hija Salma, habían llegado para preguntar qué estaba pasando.

Habían escuchado las voces desde su casa, y Salma, que estaba fumando en el balcón, había informado a su madre que Claudia ya había aparecido. Salma miraba la escena con terror.

—¡Fuera de mi casa! —gritó Claudia desatada, lanzándole al cuerpo unas tijeras desde la cocina—. ¡Quieres arruinar mi familia!
¡Tú eres el demonio!

—¡Vete de aquí, Paola! —Carolina, sollozando por ver a su madre así, echó a la chica —que no daba crédito— de su casa.

Lo último que Silvio recordó de ese día, mientras sacaba el pan del horno, fue que la única persona que se preocupó por aquella chica
—por Paola— fue Salma, la vecina de toda la vida.

Una chica callada.

Discreta.

Siempre alejada del ruido de su familia.

Pero esa tarde, cuando todos gritaban y miraban hacia otro lado, fue Salma la única que se acercó y le preguntó si estaba bien.

Antonio apareció en el obrador rompiendo los recuerdos de su

hijo.

—Silvio… ¿Todo bien?

—Sí, papá. No te había escuchado llegar.
—Ya veo —contestó Antonio, apagando el horno—. Estás tan ensimismado en tus pensamientos, que ni te has dado cuenta de que

dejaste el horno encendido sin meter la siguiente tirada de pan.

—¡Joder! Perdón. No me he dado cuenta. Estoy con mis cosas… Mamá me tiene muy preocupado. Esta noche he vuelto a escuchar los gritos, papá. Tenemos que llevarla al médico. Está obsesionada con esa niña. Podemos meternos en un problema si la gente la escucha. Pueden pensar que tenemos algo que ver con la muerte de Paola.

—Silvio, tranquilo. Estamos a la espera de que nos llegue la cita con psiquiatría. De momento, tenemos que seguir dándole las pasti-llas que recetó el médico. Llevaba días bastante bien. Además, si noso-tros no hemos hecho nada… ¿Qué tiene que ver que escuchen a tu madre?

—No sé, papá. Me agobia mucho verla así. Hay días que da mie-do. Esas pastillas no le hacen nada —dijo Silvio con tristeza—. Tene-mos que obligarla a salir, a pasear. Le vendría bien ir a la iglesia o estar con Agustina.

—Agustina está cada día peor, Silvio.

—Pues algo tenemos que hacer, no podemos tenerla así. Te lo repito: podemos meternos en un problema —sentenció Silvio.

—¿Qué problema se van a buscar los mejores pasteleros de todo
Conil?

—Papá, aquí en el pueblo nos conocemos todos. Hay vecinas
que saben que mamá no está bien. Y la prensa siempre está olisquean-do por aquí…

—¡A la paz de Dios!

El sargento Mario Antúnez sorprendió en el obrador.

—¿Qué haces aquí, Mario? —preguntó Antonio—. ¿Por qué no esperaste arriba?

—La tienda estaba abierta. He preguntado si había alguien, y al oíros, decidí bajar. Al fin y al cabo, somos como familia, ¿no? No hay nada que me pueda llegar a asustar si os escucho hablar.

—Sí… —respondió Antonio bajando la cabeza—. Silvio, sube a la tienda, por si entra alguien.

Silvio obedeció.

Pero cuando subía los peldaños de la escalera, decidió detenerse

justo en el mismo escalón donde su madre, meses antes, también fue conocedora de una verdad.

—¿A qué has venido, Mario? Tus visitas así…

—Quería preguntarte por Claudia. Llevamos noches escuchándola.

—Ya lo sé. Estamos esperando que nos llegue la cita del hospital para que la valoren —respondió Antonio.

—Si esa teniente os llega a interrogar, y ve cómo está Claudia, podéis meteros en un lío. Hay noches en las que Adela, las niñas y yo escuchamos cómo dice que Paola es el demonio y que va a volver a por ella. A la vista de un guardia, eso puede ser muy sospechoso. Y te re-cuerdo que la teniente Robles y el gilipollas de Salcedo nos están vigi-lando de cerca.

—Ya lo sé. Silvio piensa lo mismo —confesó Antonio—. También está preocupado. Pero, ¿por qué íbamos a tener nosotros algo que ver con ese caso? Claudia empezó con esas alucinaciones antes de que muriera Paola. Además, por la parte que me incumbe, tú ya hicis-te tu trabajo, ¿no?

—Ha sucedido algo… —le abroncó Mario sin rodeos acercándo-se a él.

Antonio lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo que ha pasado algo?

—No logré borrar las conversaciones del móvil de Fede. La policía ha recuperado los mensajes que le mandó Paola esa noche, donde ella le dice que ha quedado contigo. Si la teniente ha solicitado las cá-maras de seguridad del hotel, van a saber que yo también mentí. Me hice con las imágenes porque tengo amenazado por otros temas al juez. Te recuerdo que las manipulé para salvarte el culo, pero el sar-gento Salcedo me tiene cogido por los huevos. Estoy metido en un buen problema.

—¡Joder! ¡Joder!

Antonio golpeó la mesa metálica del obrador con el puño.

—Necesito que me digas la verdad, amigo —dijo Mario con ros-tro preocupado—. ¿Fuiste tú quien mató a la chica? Si es así, es hora

de que me lo digas. Si no, no podré protegerte mucho más tiempo.

—No. Te dije que no. Solo fui a hablar con ella. Me parece increíble que seas tú quien me pregunte eso, cuando yo soy el primero que sospecho de ti por lo que sé y he callado desde hace mucho tiem-po.

Una voz en la tienda sorprendió a Silvio que, muy preocupado por aquella conversación que estaba escuchando, subió de nuevo las escaleras y saludó a la mujer que acababa de entrar.

Estaba muy nervioso e incluso titubeó al saludar.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Buenas tardes. Soy la teniente Dafne Robles, de la Unidad de Homicidios de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Me gustaría ha-blar con Antonio Azogue.

—Es mi padre —respondió Silvio, bastante inquieto—. Pero ahora mismo no se encuentra. Ha salido a hacer un reparto.

—Ah… Su hermana me dijo que podía encontrarlo aquí.

—Sí, pero ahora no está.

Silvio mintió sin que su padre se lo hubiera pedido.

Sabía que Mario y Antonio los estaban escuchando desde el obrador.

El tono de su voz había cambiado como señal de protección ha-cia su padre.

—Perfecto —respondió la teniente con una sonrisa—. Lo espe-raré aquí. ¿Me pone ese croissant de ahí?

—¿El de jamón york y queso?

Silvio estaba temblando. La teniente se dio cuenta.

—Sí, ese.

—Tome. Son dos con cincuenta.

—Con tarjeta —dijo ella, mostrando su móvil.

Carolina entró en la tienda saludando a la teniente.

—Silvio, llama a papá. La teniente quiere hablar con él.

—Papá no está. Ha ido a hacer un reparto —repitió titubeando.

—¿Cómo que ha salido a hacer un reparto? Sí, la furgoneta y su

coche están ahí fuera.

La teniente comía el croissant tranquilamente, escuchando la conversación entre los dos hermanos.

—Ya te dije que ha salido —insistió Silvio dándole la espalda a su hermana.

—¿Qué está pasando, hermano? —le preguntó Carolina en voz baja, apoyando una mano en su espalda.

—No lo sé, Carol. Pero creo que debemos proteger a papá.

—¿Protegerlo de qué? ¿Qué estás diciendo? Papá no ha hecho nada. Si es por mamá, todos sabemos que está mal. La teniente solo hace su trabajo. Tiene que encontrar al asesino de Paola.

—Chicos. A ver… —intervino la teniente—. Tengo todo el tiempo del mundo. Pero es inútil que me mintáis. No sé por qué queréis encu-brir a vuestro padre. Solo quiero hacerle unas preguntas.

—La teniente tiene razón.

Antonio apareció en la escena con el delantal lleno de harina, acompañado del sargento Antúnez.

—Buenas, teniente Robles. Me encuentro con usted en todos lados —dijo Mario, burlón.

—Es lo que tiene investigar el mismo caso, ¿no? Porque entien-do que ha venido a preguntarle a Antonio lo mismo que yo. Ya que dispone de las grabaciones del hotel, imagino que habrá visto que An-tonio aparece en ellas.

Antonio quedó paralizado.

El sargento Mario no supo qué decir.

—Antonio Azogue. Queda usted detenido, está acusado de ser el presunto asesino de Paola Maldonado. Tiene usted derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser usado en su contra.

—¿Cómo, papá?

Silvio no salió de su asombro.

O de su decepción.

Carolina no se sorprendió de nada.

El clic de las esposas retumbó en el obrador.

Antonio no opuso resistencia.

Solo miró a sus dos hijos con lágrimas en los ojos.

En ese momento, en la tienda entraron el sargento Salcedo, Adela, Salma y Eva.

—Sargento Mario Antúnez —anunció Salcedo, con voz firme—. Hemos cotejado los metadatos de las grabaciones del hotel que usted mismo solicitó el día después de que apareciera el cuerpo de Paola Maldonado, bajo una orden ilegal. Las imágenes presentan manipula-ciones. Dos cortes, para ser exactos.

—¿En serio me habéis seguido hasta aquí para esto? —bufó Antúnez—. Por unos fallos de una puta cámara de un hotelucho barato de pueblo…

—¿Qué está pasando, mi vida? —preguntó Adela, asustada, viendo cómo el sargento Salcedo comenzaba a ponerle las esposas a su marido.

—Sargento, no me toque los cojones —replicó Salcedo, imperturbable—. También hemos descubierto que, junto con sus hombres de confianza, accedió al sistema VioGén para seguir a Federico sin una orden judicial. Lo rastreó durante varias semanas. Manipuló el teléfo-no del chico para que su hija supiera si el chaval se veía con Paola Maldonado.

—¿En serio, papá? —estalló furiosa Salma—. Estás muy mal de la cabeza. Ya sé a quién sale tu hija. Por Dios… ¿Cómo has podido ha-cer eso? ¡Eso no es darle otro capricho a esa niñata que tengo por her-mana! ¿Tú sabes, de verdad, el significado de ese sistema? ¡Yo lo flipo de verdad!

—Cálmate, hija. Esto lo van a tener que demostrar ante un juez.

—Por supuesto que lo vamos a demostrar, sargento —intervino Robles, dando un paso al frente—. Hasta entonces, queda detenido por encubrimiento, acceso indebido a sistemas policiales y obstrucción a la justicia. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

—Llama a Márquez —le dijo Mario a su mujer, mientras salía

detenido de la pastelería.

Silvio corrió hacia su padre.

—Papá, confío plenamente en ti. Contesta todo lo que te pregunten. Sé que no has hecho nada. Te voy a sacar de ahí. Te quiero.

—Cuida de tu madre, Silvio. Todo va a estar bien —le respondió Antonio.

Eva rompió a llorar al ver que se llevaban a su padre. Salma la abrazó. Carolina, desconcertada, buscó respuestas en la mirada de la teniente, que acompañaba a Antonio hacia el coche.

Muchos vecinos salieron a la calle a preguntar qué ocurría.

Claudia también salió, tranquila, como si la pasada noche no hubiese pasado nada.

—¡Antonio! —corrió hacia el coche de la teniente al ver a su ma-rido esposado—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada, Claudia. Tranquiliza a las niñas. Quiero que estés fuerte. Todo se va a aclarar.

—Mamá, vamos dentro —dijo Silvio, acariciándole el hombro —.

Vamos a llamar a un abogado. Papá es inocente.

Claudia apartó el brazo de su hijo y se acercó a Antonio.

Silvio la siguió y alcanzó a escuchar lo que murmuró a su mari-

do: salvo.

—Vas a estar bien. El demonio está aquí en casa. Allí estarás a

Claudia le sonrió. Le besó con una sonrisa diabólica. Antonio

enmudeció. Silvio miró a la teniente que había observado aquella es-cena y, antes de montar en el coche, sacó su libreta y anotó algo en ella.

CAPÍTULO XIII

Juan Manuel Salcedo.
Cuartel de la Guardia Civil de Chiclana de la Frontera.
Viernes 14 de marzo de 2025.
Por la tarde.

Juan Manuel Salcedo nunca quiso ser guardia civil. Quizás le habría bastado ser periodista, pero el peso de la sangre tira-ba más fuerte: su padre, su abuelo y su bisabuelo, todos con placas y uniforme. Siempre al servicio del Estado español. A los cuarenta años, había momentos en los que se preguntaba si ese destino era suyo o heredado.

Había estado al borde de dejarlo en muchas ocasiones. En mu-chos de los casos que lo vaciaban por dentro. Pero cuando estaba a punto de rendirse, volvía a escuchar la voz de su abuelo:

"Recuerda quién eres".

Como Mufasa a Simba desde las estrellas.

Se había tatuado esa frase en la espalda, junto a un león. Y sí: todavía lloraba con esa escena de El Rey León.

Tenía cuarenta años, pero un corazón noble. Frágil. Humano como él solo.

Por eso lo querían.

Por eso lo respetaban en la comisaría. Y desde ese viernes, más aún.

Llevaba meses tras los pasos del sargento Mario Antúnez. Investigarlo había sido uno de los mayores casos de riesgo de su carrera: había demasiadas puertas cerradas y mucho silencio.

Pero lo logró.

El caso de Paola Maldonado fue el resquicio que lo cambió todo.

Hasta entonces, Antúnez había sido intocable.

Y no caería solo. Pues también, varios nombres de la Guardia Civil estaban a punto de salir a la luz. El comandante Barrull había ayudado en todos esos meses al sargento Salcedo y le había autorizado para que investigara a Antúnez. Seguramente, ya tenía la noticia, y aunque no lo había llamado aún para felicitarlo, estaría muy orgulloso de él.

El sargento Salcedo cruzó el umbral de la sala de entrevistas con paso firme. Antonio Azogue lo esperaba dentro junto con la teniente Robles. Había decidido dejar al sargento Mario Antúnez para el final.

Dentro, el aire era denso. El único sonido era el leve roce de los papeles que hojeaba la teniente Robles, apoyada contra la pared de aquel habitáculo rectangular sin ventanas. La silla emitió un crujido cuando Antonio se intentó poner cómodo en ella al ver entrar en la sa-la al sargento con una carpeta azul entre sus manos.

Antonio se mostraba visiblemente agotado.

La camisa que vestía de cuadros marrones, mal abotonada, de-jaba entrever su pecho sudoroso.

—Antonio Azogue —dijo Salcedo, sin rodeos—. Por si no me co-noce, soy el sargento Juan Manuel Salcedo, pertenezco a la Unidad de Asuntos Interiores de la Guardia Civil. Llevamos tiempo investigando a su amigo el sargento Mario Antúnez, así que imagino también que sabe por qué estoy aquí. Tenemos una prueba bastante sólida que lo sitúa como sospechoso de la muerte de Paola Maldonado, y además, hay indicios de que podría estar relacionado con algunas de las activi-dades corruptas de Antúnez.

—Yo no maté a la chica, y mucho menos tengo que ver con todas esas cosas de las que se le acusa a Mario —saltó Antonio, con la voz ruda—. Lo juro donde haga falta. Y se van a arrepentir de todo es-to. Se lo aseguro.

—Muy bien —dijo Robles, acercándose a la mesa—. Pero estará

de acuerdo conmigo en que hay demasiadas sombras sobre usted.

—¿Sombras? —replicó, con una media sonrisa—. La única som-bra que recae sobre mí es esa niña.

—Se refiere a Paola, ¿verdad?

Salcedo depositó sobre la mesa una serie de fotografías.

Las primeras mostraban a Paola ya sin vida. Luego, sacó las imágenes captadas por la cámara de seguridad del hotel. Antonio las observó con detenimiento.

Tenía los ojos encharcados en lágrimas.

—Lo situamos a las siete de la tarde en la puerta del Hotel Las Torres.

Antonio suspiró.

—Les seré sincero. Sí, fui yo quien fue a buscarla. Pero, vamos… Mario lleva razón: menuda mierda de cámara… Ese podría ser cual-quiera.

—Antonio, no me toque los mismísimos cojones. Es tarde, llevo más de doce horas de turno y ni he merendado. Así que, por su bien, ahórrese las tonterías.

Robles estuvo a punto de escupir una carcajada, pero la contu-vo. Pocas veces había dejado al mando de un interrogatorio al sargen-to Salcedo, pero ya se lo merecía.

—¿Pueden darme agua?

El sargento Salcedo dirigió su mirada hacia el doble cristal de la sala y levantó su brazo chasqueando sus dedos.

—Traedle agua, hombre, que va a echar toda la tarde para con-tarnos qué le hizo a la cría.

—¡Que no le hice nada! —gritó Antonio, con la cara desencaja-
da.

—A ver… —intervino Robles mirando a Salcedo, que empezaba
a ponerse nervioso—. Enciende la cámara, anda.

Un oficial llamó a la puerta. Entró en la sala y dejó tres botelli-nes de agua sobre la mesa gris.

—Gracias, Fernández —dijo Salcedo mientras forcejeaba con la

cámara—. Me cago en diez con esto…

La teniente se acercó, abrió una de las botellas y se la ofreció a Antonio. Luego, se dirigió al sargento en voz baja.

—¿Te quieres tranquilizar? —murmuró—. Te estás viniendo muy arriba. O te relajas con Antonio o te vas a merendar y después vuelves. Porque a este paso, le das de hostias a Antúnez cuando llegue su turno.

—Mira, no estaría mal… —dijo Salcedo—. Con las ganas que le tengo… ¡Me cago en los muertos de la puta cámara!

La teniente lo fulminó con la mirada. Le señaló el botón y el ob-

jetivo.

—Solo tienes que centrarla en Antonio y darle a este botoncito

pequeñito que pone "on" —señaló—. ¿Ves? Ya estaría…

Salcedo le guiñó un ojo. Carraspeó y volvió a sentarse frente al sospechoso.

—¿Qué fue lo que pasó el sábado uno de marzo a las siete de la tarde, Antonio? —preguntó ya más calmado, mirándolo fijamente a los ojos.

Luego, bebió un trago de agua mientras Antonio comenzaba a hablar.

—Empezaré desde el principio de todo…

—Por ejemplo —ironizó Robles.

—Pero no me vayas a contar tu vida, que no te hemos detenido para eso —añadió Salcedo con sorna.

—¿Empezamos? —zanjó Robles, ya visiblemente molesta.

—Conocí a Paola por mediación de mi hija Carolina. Iban al mismo instituto. Paola había llegado nueva al pueblo y no conocía a nadie. Se hicieron inseparables. Tan amigas, que mi hija cambió de la noche a la mañana. Nosotros siempre fuimos una familia muy católi-ca. Bueno… en realidad, mi mujer. Ella es quien ha educado dentro de la iglesia a nuestros hijos. Algunas de nuestras hijas han

seguido ese camino…otras, como Carolina, eligieron ser libres. Al igual que Silvio, mi hijo mayor.

Antonio bajó la mirada un instante.

—Carolina desafiaba a mi mujer. Claudia no quería que mi hija tuviera relación con Paola ni con su familia, y como tenía muy buena relación conmigo, porque yo siempre la he defendido y le he dado li-bertad, me pidió que conociera a su amiga y comprobara con mis pro-pios ojos el buen trato que recibía por parte de la familia Maldonado.

Hizo una pausa para beber agua.

Salcedo y Robles lo observaban en silencio; la teniente tomaba notas en su libreta con rapidez y precisión.

—Todo empezó realmente cuando Paola cumplió dieciocho

años.

—¿Cuándo fue eso? —interrumpió Robles, atenta.

—A finales de marzo del año pasado —respondió Antonio—. Sus

padres: Ana y Carlos organizaron una fiesta. Invitaron también a los padres de los compañeros de clases. Por eso estaba yo allí. Pero la ver-dad… Ana y Carlos no caían bien. Entre nosotros, los padres, ya nos conocíamos desde hacía tiempo, y los comentarios sobre ellos no eran buenos. Muchos fueron solo por el convite, para comer, beber y luego criticar. Yo los conocí esa noche y me parecieron buenas personas. Cercanas y atentas. En especial, Ana.

—Ana… —dijo la teniente, apretando los labios—. Ella fue el de-tonante de todo, ¿no es así, Antonio?

—Sí —afirmó él, bajando la mirada—. Aquella noche, Ana y yo comenzamos a hablar largo y tendido de nuestras vidas. Le conté que era pastelero, que tenía mi propio obrador, pero que estaba cansado de tanto trabajo para tan poco dinero. Ella es representante de marcas y organizadora de eventos. Me propuso presentarme a empresarios in-teresados en mis productos, para distribuirlos por toda la comunidad. Aunque tardé unos días en decidirme, acepté. La primera vez que coincidí con Ana fue cuando me presenté por sorpresa en Málaga. Llevábamos un tiempo

hablando por WhatsApp y sabía que estaría hospedada en un hotel de la capital, donde mismo se celebraba el evento que ella había organizado.

Desde aquel fin de semana… no pude separarme de ella.

—¿Y cómo hacía para que su mujer no se diera cuenta? —pre-guntó Salcedo.

A Antonio se le escapó una leve sonrisa. A Robles, le dieron ga-nas de matar a su compañero por indiscreto.

—Claudia y yo éramos un matrimonio roto desde hacía mucho tiempo. Yo trabajaba sin parar, llevando el dinero a casa. Ella se dedi-caba a cuidar de los niños y a pasar su tiempo libre en la iglesia con sus amigas. Ni siquiera dormíamos juntos. Sé que, al final, Claudia ha terminado descubriendo la verdad… y puede que eso también haya si-do uno de los factores por los que ha perdido la cabeza.

—Vayamos por partes, Antonio —puntualizó Robles—. Quiero que me siga contando todo para no perdernos nada.

—Mi relación con Ana cada vez era más sólida. Nos enamora-mos. Yo… nunca me había enamorado de verdad. Ana lo era todo para mí. Estaba dispuesto a dejarlo todo: la tienda, mi familia, el pueblo… por marcharme con ella. Ana me dijo que iba a hablar con su marido y con Paola, para contarles la verdad. Pero sucedió algo que lo cambió todo.

breta.

—¿Qué sucedió? —preguntó Robles sin levantar la vista de su li-

—Después de aquel inolvidable verano, Paola y mi hija se dis-

tanciaron. Carolina me contó que Paola había pasado las vacaciones con Fede… y que Andrea lo pasó fatal. Paola le pidió a Carolina que no dejara a Andrea de lado, ni que le contara que ella era la que se estaba viendo con Fede. Eso a mi hija le molestó. Pensaba que Paola no era trigo limpio, que había jugado sucio. Sabía que su amiga Andrea esta-ba coladísima—yo diría que obsesionada— por ese chaval. Y, siendo sincero, había muchos otros tíos para que Paola se hubiera fijado en él. Fede parecía un crío al lado de ella.

Antonio hizo una pausa. Apretó las esposas contra la mesa, incómodo.

—Una tarde, ya en casa de Ana… Carlos no estaba. Pensábamos que Paola tampoco. Ana y yo estuvimos juntos en su habitación. Los

dos estábamos… ya sabes —dijo, moviendo levemente sus manos es-posadas.

—Follando —soltó Salcedo.

La teniente Robles levantó su cabeza de la libreta y lo fulminó con la mirada.

—Siga sin más detalles, por favor, Antonio —ordenó Robles, con voz firme.

—Escuchamos voces en la casa. Era Paola con Fede. También los acompañaba Gracia, la madre de Fede. Aquella tarde intenté esca-par por el balcón de la habitación de Ana, que daba al patio trasero del chalé. Las voces de Paola buscando a su madre en el piso superior cada vez eran más claras. Ana se metió en la ducha y yo salté por el balcón, como había planeado. Sabía que me la estaba jugando. Y efec-tivamente, así fue. Me sorprendió Gracia, que estaba curioseando por todo el chalé junto con Marina, la asistenta. Esa mujer sabe más que las paredes de la casa.

—¿Marina, la asistenta, entonces sabía lo vuestro? —preguntó sorprendida Robles.

—Sí… —afirmó Antonio—. Ya le digo que Marina sabe más que las propias paredes.

—¡Vaya!

La teniente también anotó su nombre en la libreta.

—Marina se dio media vuelta cuando me vio aparecer en el pa-tio, sin camiseta, en calzoncillos y con mi ropa en las manos. No pudo esconderme como en otras ocasiones. Tampoco tuvo tiempo de avisar-nos: Paola esa vez llegó más temprano que de costumbre. Gracia esta-ba en el porche, mirándome fijamente. Aquella mirada… entendió todo lo que Ana y yo llevábamos meses tratando de ocultar.

—Y Gracia entonces fue quien usó esa revelación para chanta-jear a Ana y a Paola —afirmó Robles.

—Correcto. A los pocos días, Ana comenzó a recibir mensajes de un número que le obligaba a hacerle transferencias de dinero. Obvia-mente, cuando me lo contó, supimos que era ella.

—¿Y por qué no la denunció? —preguntó Salcedo.

—Es justo lo que quería: convencer a Ana para que hablara con Carlos y yo con Claudia. Que ambos supieran lo que había pasado en-tre nosotros dos. Poder cerrar esa etapa. Así Ana podría denunciar a Gracia y fin al problema. Pero Ana estaba obsesionada con que Paola no se enterara de nuestra relación. Decía que, si se enteraba, no la perdonaría en la vida y rompería esa relación tan bonita de madre e hija. Yo le hacía ver que el tiempo cura las heridas, y que Paola era so-lo una cría que tendría que aprender de la vida. Pero no. Ella posicio-naba a Paola antes que a sus propias decisiones. Hasta el día que marcó el principio del fin.

—¿A qué se refiere? —preguntó la teniente, intrigada.

—Al día que supe que Mario también quiso aprovecharse de Paola. Y cuando digo aprovecharse… ¡Joder, no quiero ni recordarlo!
¡Gracias a Dios no lo logró!

—¿Ese hijo de puta intentó abusar de Paola sexualmente? —
¿Eso quiere decirnos? —Salcedo estalló, levantándose bruscamente, encarando a Antonio.

—Sí…

—¡Por eso manipuló las imágenes! ¡Por eso intentó encubrirte! Porque sabía que tú conocías eso. Menudo hijo de la grandísima puta… Te juro que después se va a cagar…

—Salcedo, por favor —pidió Robles, firme—. Siéntate. Vamos a terminar con este interrogatorio. Sigue, Antonio, por favor.

Antonio respiró hondo.

—Era finales de noviembre. Estábamos en casa de Ana, reuni-dos por Skype con un empresario de Almería interesado en mis panes para su cafetería —contó Antonio, con la voz quebrada—. Los gritos de Marina al ver a Paola tirada en el pasillo, llorando desconsoladamen-te, nos asustaron. Salimos corriendo para ver qué ocurría. Paola se abrazó a su madre, rota, deshecha. Ana le preguntaba sin parar qué le pasaba, y yo pedí a Marina que trajera un vaso de agua. Cuando logra-mos tranquilizarla, nos confesó lo

sucedido… pero nos suplicó que no se lo contáramos a su padre. No quería más problemas. Solo quería

irse del pueblo.

—Y ese fue vuestro error —dijo Salcedo, con el ceño fruncido.

—Lo sé —asintió Antonio, mirando al suelo—. Miramos hacia otro lado. Tendríamos que haberle contado todo a Carlos. Haber bus-cado una solución… Y denunciar también a Mario.

—Entre todos matasteis a esa chica —masculló Salcedo lleno de rabia—. Esa chica que solo quería vivir. ¡Joder!

Antonio comenzó a llorar.

—No hay día que pase que no me arrepienta —sollozó—. Por eso, el día que murió fui a buscarla. Quería convencerla de que tenía que solucionar las cosas con su madre. Le dije que yo estaba de su la-do. Que entendía su dolor y decepción y que la iba a ayudar… Que íba-mos a salir de todo eso.

—¿Qué pasó después de aquel día en el que os contó lo que había tratado de hacerle Mario? —preguntó Robles sin dejar de tomar notas.

—Esa misma noche, cuando Carlos llegó a casa, yo me fui. Ana habló conmigo días más tarde y me pidió tiempo. Fue mi hija quien me contó que la familia Maldonado había pasado las vacaciones de Navidad fuera del pueblo, en familia.

Robles y Salcedo no quisieron interrumpir. La tensión se palpa-ba en el aire. Como si este mismo esperara también saber la verdad.

—A comienzo de año, conseguí contactar con Ana y me explicó lo que había pasado: Paola le pidió tiempo a Fede durante las vacacio-nes porque no quería seguir soportando el acoso de Mario.

Además, había decidido no enviarle más dinero a Gracia. Pero la madre de Fede, al ver que Ana no le transfería dinero y que su hijo estaba hundido por la ruptura, cumplió su amenaza: le contó a Paola que su madre le era infiel a Carlos conmigo, y que, si no volvía con su hijo, se lo contaría directamente a su padre.

Paola, una vez más protegiendo a Carlos de conflictos y de su-frimiento, decidió actuar a su manera. Rompió con su madre tras sen-tirse engañada y decepcionada por ella. Fingió volver con Fede,

aparentando ser la pareja más envidiable del instituto.

A mí me declaró la guerra. Se presentó en mi casa justo el día en que mi mujer reapareció, tras haber estado un día desaparecida.

Poco después, le contó a Carolina que su madre y yo éramos amantes. A raíz de eso, las dos rompieron completamente la amistad, y Paola comenzó a relacionarse con otros compañeros de clase.

—¿Recuerdas los nombres de esos compañeros? —interrumpió Robles.

—Olivia, Abril…

—Sí, los tengo.

—¿Qué le pasó a su mujer? —preguntó Salcedo, con curiosidad.

—No lo sabemos. La hemos llevado al médico varias veces y es-tamos esperando que la valore un psiquiatra.

—He escuchado lo que hoy le ha dicho —confesó Robles.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Salcedo.

—Que el diablo estaba en casa. Que aquí estaría bien —afirmó Antonio.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Robles.

—No lo sé, teniente. Desde que desapareciera ese día de casa por una discusión familiar, está así. Se encerró en la sacristía de la iglesia.

Una amiga de la familia se la encontró desorientada y deshidra-tada. Dijo que había visto al demonio, y desde ese día tiene pesadillas, alucinaciones… Se levanta por las noches gritando que el demonio está en casa y viene a por ella.

—¿Cómo se llama esa amiga de la familia que la encontró? Robles buscó un hueco en la hoja escrita de la libreta para ano-
tar ese nombre.

—Débora. Débora Carmona —respondió Antonio.

—Ahora entiendo por qué Mario manipuló las cámaras de segu-ridad del hotel. Estaba en deuda contigo porque ambos

conocíais vuestros secretos más oscuros, ¿no es así? —dijo Salcedo, ensimisma-do.

—Nunca conté lo que Paola nos confesó a su madre y a mí.

Le había dado mi palabra. Pero una tarde en la que salí a pasear, vi a Mario forcejeando con Paola cerca de la playa. No había nadie más por allí. Fui el único testigo. Le pedí a Paola que subiera a mi coche y la llevé a casa.

Durante el trayecto no dijo ni una sola palabra. Solo lloraba. Me pidió, una vez más, que no le contara nada a su padre. Tampoco a su madre. Pero yo ya no podía seguir callando. Aquella misma noche fui a buscar a Mario a su casa. Somos vecinos de toda la vida. Más que eso: somos familia.

Le dije que sabía que lo que había visto no era la primera vez que ocurría. Que hacía tiempo que estaba al tanto de que molestaba a Paola, que había intentado abusar de ella. Él, muy tranquilo, me respondió que eso no era cierto.

—Obviamente —interrumpió Salcedo.

—Le amenacé. Le dije que conocía la gasolinera en la que intentó abusar de Paola aquella tarde porque sabía que él paraba ahí. Y que, si Paola se atrevía a denunciarlo, yo estaba decidido a ir como testigo.

Entonces Mario se rio. Me dijo que él también llevaba meses sabiendo de mi relación con Ana, y que, como amigo, ni siquiera me había pedido explicaciones.

Sabía que mi matrimonio estaba roto, que Claudia ya no era la misma y que me tenía atado. Entendió que buscara fuera lo que no tenía dentro de casa, y por no hacerle daño a mi familia —que era como la suya—, jamás dijo nada.

Luego, me miró a los ojos y me juró que, si yo apoyaba a Paola y me enfrentaba a él, le contaría todo a Claudia. Mi mujer ya estaba completamente perdida; incluso había intentado suicidarse. Mis hijas pequeñas estaban —y están— pasándolo muy mal. Así que decidí anteponer mi familia y callar, una vez más.

Antonio hizo una pausa para beber agua. Robles y Salcedo escuchaban atentamente el relato, absortos en la gravedad de sus palabras.

—El día que encontraron muerta a Paola, yo estaba con Claudia

en el centro de salud para cambiarle la medicación. La habíamos con-vencido para ir todos juntos a la misa de imposición de las cenizas. Es-taba tan ilusionada… Al llegar a casa, Carolina le escribió a su madre primero para decirle que no venía a casa a comer porque iba a comer con Andrea y, un rato más tarde, le escribió que habían encontrado el cuerpo sin vida de Paola.

Mi mundo se vino abajo —sollozó de nuevo—. Llamé a Ana a es-condidas, pero no atendió mis llamadas.

Entonces fui a buscar a Mario a su casa. Salma, su hija mayor, me abrió la puerta y me contó lo sucedido. Cogí el coche y me presenté en el faro. Todo estaba rodeado de policías. Carolina y Andrea estaban siendo atendidas por los sanitarios, y yo solo quería hablar con Mario. No conseguí hablar con él; me esquivaba.

Estaba preocupado por estar con mi hija. Nos fuimos a casa. Esa misma noche, lo esperé en el balcón hasta que llegó del turno. Nos fuimos a dar un paseo con nuestros perros, como hacíamos a menudo. Le pregunté si había sido él.

Me juró que no. Dijo estar completamente convencido de que era Fede. Andrea le contó que llevaba desaparecido los mismos días que Paola, y sabía que había estado con ella en el Hotel Las Torres la noche de su muerte.

Fue entonces cuando yo le dije que yo también vi a Paola en ese hotel la misma noche. Mario se sorprendió.

—Entonces, chantaje por chantaje. Tú jamás contarías todo lo que acabas de decir si Mario manipulaba las cámaras de seguridad del hotel, haciendo que no aparecieras como sospechoso cuando la policía empezara a investigar. Así, Ana nunca sabría que su amante podría haber matado a su hija —explicó Salcedo, con tono pensativo.

—Efectivamente —confirmó Robles, golpeando su bolígrafo contra la mesa y cerrando su libreta—. Pero me gustaría saber qué ocurrió con Paola esa noche, cuando fuiste a buscarla al hotel. Nos has dicho que querías protegerla.

—Días antes de la muerte de Paola, mi cabeza iba a explotar. En casa, todo era aterrador. Mi mujer tenía la cabeza completamente ida.

Intentaba localizar a Ana para decirle que le echaba de menos y que no quería perderla.

Estaba dispuesto a todo por estar con ella. Además, quería decirle que tenía que proteger a Paola de Mario.

Lo conocía bien, sabía que abusaba de su poder y que iba a seguir molestándola si ella seguía callándose solo por mantener la fachada de tener una familia perfecta.

Como Ana no atendía mis llamadas, decidí llamar a Paola rogándole que hablara conmigo. Sentía que estaba en peligro y necesitaba advertirle. Pero ella no me creyó; me veía también como un enemigo por haberme acostado con su madre.

Llegué al Hotel Las Torres alrededor de las siete de la tarde. Le dije que tuviera cuidado esa noche. Que no se quedara sola en ningún momento. Me ignoró. Me gritó, culpándome de todo lo malo que le estaba pasando. Yo le respondí que estaba decidido a perder todo, si ella daba su brazo a torcer y hablaba con su madre.

Ana me amaba, merecíamos ser felices. Ya hacía mucho que su madre dejó de amar a su padre, y Paola tenía que entenderlo.

Le dije que sabía que ella también estaba enamorada de Fede y que también estaba bajo los chantajes de Gracia. Que podía entenderme mejor que nadie. Todo lo que hacía era engañar a Carlos, y yo, como padre, podía ponerme en su lugar y sentir esa decepción.

Le aconsejé que lo mejor era decir la verdad y contarle a su padre todo lo que estaba pasando. Si estábamos juntos en eso, podríamos denunciar a los que le hacían la vida imposible y quizás así, su padre la podría cambiar de instituto.

Yo entendería su situación y estaría esperando a Ana el tiempo que fuera necesario.

Paola lloró. Me abrazó, y me prometió que me haría caso, que cuando pasaran los carnavales, hablaría con sus padres y les contaría todo. Fue en ese preciso momento cuando recibió un mensaje en su móvil que la puso muy nerviosa.

Fede le había llamado varias veces, pero no lo había atendido

porque estaba hablando conmigo.

Sin embargo, el mensaje no era de Fede.

—¿Quién era? —preguntó Salcedo con la voz quebrada al escu-char la confesión de Antonio.

—Era Andrea. Le había enviado una imagen de una ecografía y le decía algo así como "Te presento a tu hijastro".

—¡Madre de Dios! —exclamó la teniente.

—Me mostró el mensaje, con lágrimas en los ojos. Le pedí que no hiciera ninguna tontería, que Mario podía estar detrás de todo eso

—hizo una pausa para beber agua—. Yo he visto crecer a Andrea.

Esa niña es igual de miserable que el padre. Paola se levantó de aquel banco donde estábamos sentados en el paseo marítimo. Me dio un beso, agradecida. Fue la última vez que la vi.

Antonio rompió a llorar, desconsolado.

Salcedo también lloró.

De impotencia.

De rabia.

La teniente tragó saliva, se levantó y cortó la grabación.

—El interrogatorio ha terminado.

CAPÍTULO XIV

Carlos Maldonado.
Faro de Roche.
Sábado 15 de marzo de 2025.



arlos llevaba dos días fuera del domicilio familiar. Había aceptado la propuesta de un compañero de trabajo tras confesarle todo lo que su mujer le había revelado la mañana en que la teniente Robles los interrogó.

Jamás pensó que aquella breve entrevista en la que la teniente no iba a tardar mucho, acabara con su matrimonio de una vez por to-das.

Hacía dos días que todo se rompió como debería haberse roto hace años. Pero por su hija —por su Paola—, había confiado en Ana. Pensó que aquella vez todo sería distinto. Que el traslado a Conil de la Frontera todo lo había cambiado, y que por fin eran una familia feliz. Pero no. Conil no trajo paz, sino la ruina. Se llevó a su hija y destrozó su matrimonio.

Ese sábado en el que estaba de descanso, Paola hacía quince días que había fallecido.

Carlos amaneció temprano en esa habitación modesta.

Desde la ventana se divisaba la playa de los Bateles. Su compañero vivía solo y ese día estaba de turno, así que decidió hacer algo que su corazón le pedía.

Salió del piso, dejando las fachadas blancas atrás. Caminó hasta el centro del pueblo para desayunar. Luego, entró en una floristería y pidió a la dependienta que le hiciera un bonito ramo, con rosas rojas y blancas. Después buscó su coche y puso rumbo hasta el faro.

Aparcó el vehículo a un lado de la carretera y contempló desde abajo la torre con la pintura desconchada. El chillido de las gaviotas

sobre su cabeza le transmitía cierta paz.

Caminó por el mirador, observando el mar, respirando el aire salino. Agradeció los rayos de sol en su rostro mientras se sentaba en un banco. Miró a su alrededor. No había nadie. El temporal de los días anteriores había obligado a los vecinos a no pasear por allí; podía ser peligroso.

Con el ramo de flores entre las manos, se incorporó y decidió cruzar la baranda envejecida por el tiempo.

Anduvo con cautela por la orilla del acantilado.

Necesitaba estar cerca del lugar donde rescataron el cuerpo de su hija. Necesitaba hablar con su alma por primera vez. Llorarle.

Ofrecerle flores al mar.

Pedirle perdón.

Carlos se detuvo en seco cuando una ráfaga de viento fuerte le golpeó la espalda. Desde lo alto, pudo ver aquella piedra donde las olas del mar cristalino rompían con fuerza. Allí, entre dos grandes ro-cas formadas por restos de conchas marinas, había aparecido el cuer-po de su hija. Se sentó con cuidado sobre la arena rojiza del acantilado, y mientras observaba el mar, fue arrojando una a una las rosas.

—Hija —dijo con la voz quebrada—. Te amo. Quiero que sepas que te amo, y siempre serás lo más importante que me ha pasado en la vida. Todo lo que hice, lo hice por ti, por tu felicidad. Ojalá te hubiera escuchado más. Ojalá hubiera pasado más tiempo a tu lado. Debí sa-ber lo que necesitabas. No lo vi. Dejé que crecieras sin darme cuenta, y cuando lo hiciste, te traté como si ya no necesitaras a tu padre.

Un padre se necesita siempre. Igual que una madre.

Hizo una breve pausa para secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Quién te mató, Paola? ¿Quién te hizo eso? Estuve tan cerca de ese hijo de puta… y no me di cuenta de nada. Dejé que entraran en casa Carolina, Fede y su puta madre… Y todos ellos te mataron. Todos. Y están en la puta calle.

Bajó la cabeza y apretó los puños, temblando.

—No voy a perdonar a tu madre jamás, ¿sabes? Ya me confesó todo. Jamás pude imaginar que estuvieras sufriendo todo eso por su culpa. Por culpa de todos esos hijos de puta.

Levantó la mirada hacia el horizonte.

—¿Por qué no me contaste que tu madre me estaba engañando con Antonio?

¿Por qué no me dijiste que la cabrona de Gracia los había visto en casa cuando yo no estaba, y te chantajeaba para que siguieras lle-nando de caprichos a su hijo?

¿Por qué no me contaste que Carolina te amenazó porque te culpaba de que su madre estuviera perdiendo la cabeza?

¿Que Antonio presionaba a tu madre para que te plantara cara, solo porque no querías que siguieran viéndose a escondidas?

¿Y por qué no me dijiste que ese sargento asqueroso también sabía todo, que te presionaba para que dejaras a Fede, para que su hija pudiera volver con él?

Carlos terminó de arrojar todas aquellas rosas rojas y blancas al acantilado donde habían empujado a su querida hija, cuando una voz femenina lo sacó de sus pensamientos. Al volverse, vio una pequeña Yorkshire corriendo sin freno hacia el borde del precipicio.

—¡Bimba, no! —gritó angustiada la dueña desde lejos.

Carlos se levantó de inmediato al ver cómo la perrita estaba a punto de resbalar por el acantilado. La alcanzó al vuelo. Justo al tiem-po.

La chica llegó al lugar jadeando, con el corazón en un puño y llorando por la perrita.

—¿Está bien? —preguntó preocupada, al ver a su perrita en los brazos de Carlos.

—Mmm… —miró Carlos a Bimba con ternura—. Sí, yo creo que sí. Pero por poco.

—Es usted un ángel —respondió agradecida—. Si no llega a ser

por usted, mi perrita habría muerto.

—Ojalá hubiese estado aquí hace quince días para haber sido otro ángel.

—¿Por qué dice eso?

—Por nada —repuso él, acariciando a Bimba—. Salga de aquí, chica. Hace mucho viento y este no es un buen sitio.

—Sí, ya… Crucé solo porque esta sinvergonzona se me escapó. Suelo venir por aquí cuando necesito desconectar. Hoy decidí dar un paseo en bici y traerme a Bimba. Normalmente la saca mi padre, pero a partir de ahora la sacaré yo con la bici, ¿verdad, bebé precioso? —le habló a la perrita—. Así que vendré más a menudo. Me gusta este sitio. Me sana.

—Sí. Es un sitio muy bonito. Da mucha paz.

—Pues espero verte otro día por aquí —dijo, regalándole una sonrisa.

—Yo ya me voy, así que le acompaño si también se va con la pe-rrita —se ofreció Carlos.

Caminó junto a ella hasta el faro, donde la chica tenía apoyada su bicicleta con una cestita para Bimba.

—Muchas gracias otra vez por salvar a mi perrita —le dijo ella.

—De nada, chica —respondió él con una sonrisa paternal.

Le recordaba tanto a su hija… No debía tener muchos años más que Paola.

—Me llamo Carlos, por cierto. Trabajo en el Consorcio de Bomberos de Cádiz. Si alguna vez necesitas algo, puedes buscarme en El Colorado.

—¡Encantada, Carlos! Yo soy Salma, vecina de Conil.

—Pues ten cuidado con la carretera, Salma. Hay mucho loco suelto. De hecho, voy hacia Conil, así que iré detrás de ti con el coche.

—No hace falta.

—Sí, sí que hace. Tengo la necesidad de hacerlo —dijo con tris-

teza.

Salma le dedicó una sonrisa y se despidió haciendo un gesto con

la mano.

Se quedó pensativa al montarse en su bici.

La cara de ese hombre le resultaba familiar.

Pero no fue hasta días después, cuando supo el verdadero moti-vo por el que ese buen hombre quiso acompañarla esa tarde nublada desde su coche al pueblo.

CAPÍTULO XV

Débora Carmona.
Iglesia Santa María del Amor. Domingo 16 de marzo de 2025.
Mediodía.

No sabía con certeza por qué estaba allí, junto a las cama-reras de la Virgen que supervisaban que a la sagrada ima-gen no le faltara nada para el culto.

Tal vez fuera porque su madre se lo había pedido al quedar pos-trada por la enfermedad.

O quizás porque su conciencia no la dejaba dormir desde hacía semanas.

Observaba la figura de la Virgen, ataviada de hebrea, el atuendo habitual con el que la engalanaban al llegar la Cuaresma.

Estaba muy bonita.

Desde abajo, donde Débora la contemplaba, le pareció que le sonreía.

Y no tenía por qué.

Al contrario, si aquella figura sagrada sabía todo lo que había hecho, tendría que fulminarla con la mirada.

¿Cómo pudo haber llegado a ese punto? ¿Cómo había sido ca-paz de mentir, de manipular, hasta causar tanto daño?

Lustraba el altar, limpiando con esmero los candelabros y los objetos religiosos.

Virtudes y Adoración, las camareras, ya se habían ido y ella se había quedado allí preparando todo para la misa de la tarde.

Una mujer cruzó el umbral de la gran puerta de madera de ro-ble de la iglesia y preguntó por ella.

—Sí, soy yo —dijo Débora, volviéndose despacio.

—Perdona que te moleste. Soy la teniente Dafne Robles, de la

Unidad de Homicidios de la Policía Judicial de la Guardia Civil. Me gustaría poder hacerte unas preguntas.

—Hola, teniente—saludó Débora—. Sí, sé quién eres. Te vi el otro día. Cuando se llevaron a Mario y a Antonio.

—Precisamente por ese motivo estoy aquí. En la declaración de Antonio, salió tu nombre, y me gustaría poder hablar contigo un rati-to. ¿Te apetece que salgamos fuera? Me da mucho repelús estar aquí…

—Sí, claro —respondió Débora con una media sonrisa—. A mí tampoco me gusta demasiado estar aquí. Pero hoy… No sé por qué, sentí que debía venir. Dame un segundo, dejo este trapo ahí dentro y estoy contigo.

Débora se dio media vuelta y caminó hacia la sacristía, con el trapo lleno de polvo aún en la mano, mientras sentía como una punza-da de ansiedad le empezaba a comprimir el pecho. El recuerdo apare-ció en su mente sin previo aviso: aquel día en el que abrió la puerta a Claudia, delante de Virtudes, Adoración y del padre Julián.

¿Y si había dejado huellas?

¿Y si la teniente Robles había descubierto algo?

¿Y si Antonio había declarado algo que le hacía culpable? Sintió miedo por primera vez.

Miedo real.

Lo que empezó como un simple juego, solo para vengarse de la mujer que le había robado parte de su vida, se había convertido en una pesadilla. Una mancha oscura que estaba ensuciando su concien-cia. Y ahora, por más que lo intentara, limpiar aquello no era tan fácil como pasar el trapo por el altar.

Volvió más tranquila a la iglesia. La teniente seguía allí. De pie.

—¿Vamos? —susurró Robles.

—Vamos —respondió Débora—. Justo enfrente hay un bar. Po-demos tomarnos algo, tranquilas.

Juntas cruzaron la plaza dejando atrás la iglesia, bajo un cielo gris encapotado que parecía no decidirse entre la amenaza o la tregua.

Se acomodaron en una de las mesas de la terraza. Dentro, el bar

estaba lleno de personas y prefirieron que nadie las escuchara.

Las sillas aún estaban humedecidas por la reciente llovizna de esa misma mañana. Se sentaron una vez que la atenta camarera salió para secarlas con una bayeta.

—¿Fumas? —preguntó Débora, ofreciéndole un cigarro a la te-niente.

—No, gracias. Hace ya diez años que lo dejé.

—¡Qué suerte! Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Cada vez que me lo propongo, tardo dos días en volver a caer.

—Todo está aquí —Robles señaló su cabeza—. Eres muy joven.

Y eso, al final, te resta vida.

—Lo sé.

La camarera llegó para anotar en la comanda qué querían. Am-bas pidieron una Coca-Cola con bastante hielo.

Eran casi las doce del mediodía.

La lluvia había dado una tregua aquel lunes.

Hacía tiempo que no se recordaba un temporal tan persistente en la provincia. Ni en toda Andalucía.

La camarera, simpática y dispuesta, depositó sobre la mesa las dos latas de Coca-Cola junto con los vasos con hielo.

—Gracias —dijo Débora, sonriendo.

—Débora, he venido a verte porque Antonio te nombró en el in-terrogatorio, y me llamó la atención.

—¿Y por qué a mí? —preguntó Débora, sorprendida. No entien-do, teniente.

Robles suspiró.

—¿Qué viste el día que encontraste a Claudia en la sacristía?

Débora pareció incómoda. Apagó el cigarro y bebió de su Coca-

Cola.

—¿A qué te refieres?

—Fácil. Te lo repito: el día en que supuestamente te llamó el cu-

ra para que fueras a abrirle a Claudia, porque estaba encerrada y no quería salir… ¿Cómo te la encontraste?

—¡Ah! —levantó un poco el mentón—. Estaba tirada en el suelo

con los brazos en cruz. Tenía muy mal aspecto. Gritaba que el diablo estaba allí.

La teniente la escuchaba en silencio, con los brazos apoyados sobre la mesa. No había sacado la libreta.

—¿Qué hora era?

—Mmm… —pensó—. Creo que las once de la mañana.

—¿Y desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde estu-viste con Claudia, que aparentemente estaba mal, sin llevarla a casa?

—A las once de la mañana llamó el padre Julián a mi madre.

—Ah, vale. Es que no te he hecho la pregunta bien. Perdona, fa-llo mío.

Débora empezaba a ponerse bastante nerviosa.

Presionaba la pantalla de su móvil, que estaba encima de la me-sa, comprobando la hora.

—¿Tienes prisa?

—He quedado con mi chico —respondió rápido.

—Tu chico ya no es Silvio, ¿verdad?

—No. Ya no —respondió cortante—. Bueno… en realidad nunca lo fue. ¿Eso también te lo dijo Antonio en el interrogatorio?

—No. Eso me lo dijo Carolina cuando la interrogué —respondió Robles—. Me contó que llevabais mucho tiempo Silvio y tú engañando a Claudia. Que ella os obligaba a casaros, y los dos hacíais como que seguíais juntos para estar cerca de Nicolás y de Alex.

Débora bajó la mirada.

—Sí. Eso es verdad.

—También me contó Carolina que Claudia presionaba a tu ma-dre a no dejarte salir vestida como estás ahora.

—También es verdad.

—Podríamos decir que Claudia te hizo la vida imposible. Te borró años de libertad. Tiempo que no pudiste disfrutar con Alex.

Débora cambió el semblante. Se encendió otro cigarro nerviosa.

La teniente Robles estaba tocando en las cicatrices de su alma.

—Tenías motivos suficientes para dejarla encerrada en aquella

sacristía. Para darle de su propia medicina. Tal vez, drogarla.

—No sé de qué me hablas.

—Mira, Débora… —murmuró la teniente, inclinándose hacia ella por encima de la mesa—. Eres una niñata a mi lado. Y con solo una llamada puedo saber hasta de qué color llevas las putas bragas. Así que no me tomes por tonta. Porque de eso no tengo un pelo.

Débora desvió la mirada, exhalando el humo del cigarro.

—¿Estás haciendo que Claudia enloquezca metiendo a Paola Maldonado por medio? ¿Te estás aprovechando del asesinato de esa pobre chica para hundirla?

Robles logró lo que buscaba: la confesión. Hasta ese momento todo había sido intuiciones, pero los años de experiencia le habían en-señado a confiar en su instinto. Y a menudo, acertaba.

Débora asustada, rompió a llorar.

—¡Yo no quería, teniente! ¡Te juro que no quería! Solo quería asustarla…

La teniente se recostó en el asiento, satisfecha.

No necesitaba más presión: ahora solo tenía que esperar a que Débora se sintiera lo bastante cómoda para contarle qué sucedió real-mente aquel día con Claudia e intentar buscar más pistas sobre el ase-sinato de Paola.

—Tengo veintiocho años, teniente —empezó a decir Débora, mientras se limpiaba las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas rosadas—. Pasé diez años en un orfanato, criada por las monjas. Nun-ca conocí a mis padres. Me dijeron que me abandonaron porque no se pudieron hacer cargo de mí. Al parecer, mi madre biológica se dedica-ba a la prostitución y me dijeron que mi padre era un yonqui. No sé si sigue vivo.

—¿Alguna vez intentaste buscarlos? —interrumpió Robles, cu-riosa, sin poder ocultar cierta conmoción.

—No —respondió Débora, tajante—. Agustina y Bosco siempre me dieron todo el amor que una niña podía necesitar. No me faltó na-da a su lado. Y por respeto hacia ellos, nunca quise saber de mis pa-dres biológicos. Ellos también podrían haberme buscado y nunca lo

hicieron. Sé que Agustina dejó sus datos a las monjas, por si alguna vez querían encontrarme. Pero nunca apareció nadie.

—Vaya…

—Bosco murió cuando yo tenía veinte años. Aún me cuesta ha-blar de él —añadió secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Mi madre lo pasó fatal. Se cerró en sí misma. Dejó de salir. Su único refugio fue la iglesia. Y ahí, se estrechó aún más el vínculo casi fami-liar que teníamos con esa bruja… Claudia.

Robles sacó su libreta del bolsillo de la gabardina y, tras abrir una página en blanco, empezó a tomar notas mientras Débora conti-nuó hablando.

—Conocíamos a Claudia de toda la vida. Mis padres siempre es-tuvieron vinculados a la iglesia. De hecho, Claudia y mi madre se cria-ron juntas. Fue por ella que mis padres llegaron a mí. Los padres de Claudia —que, según me contaron, eran incluso peores que ella—tenían una relación muy oscura con las monjas del orfanato donde yo estaba. Fueron ellos quienes llevaron a mis padres hasta allí, para que me conocieran.

Débora soltó una risa leve, amarga.

—Mi padre decía que fue amor a primera vista. Ojalá lo hubiera conocido de verdad, ¿sabe? Todo lo que soy, se lo debo a él. Nunca me sentí cómoda con Claudia, aunque mi madre insistía en que la viera como una tía. Pero yo siempre noté algo extraño en ella.

Antonio, en cambio, es un cielo de hombre. Se llevaba genial con mi padre y sé que sufrió muchísimo cuando él murió. Mi padre siempre supo cómo era Claudia. Mi madre también. Pero sentía que por aquella adopción debía estar de por vida agradecida con ella.

Oí muchas veces a mi padre aconsejar a Antonio que se separa-ra de Claudia, que a los niños no les iba a faltar nada, que ellos —mis padres— estarían ahí para ayudarle. Pero Antonio solo pensaba en montar su negocio, dejar el bar donde trabajaba y tener más tiempo para estar con sus hijos. Decía que, si encima se separaba, los vería aún menos. Mi padre murió sin llegar a ver el negocio de Antonio fun-cionando. Pero estoy segura de que, donde sea que esté, debe sentirse

orgulloso de él.

Hizo una pausa para encender otro cigarro. Robles, sin levantar la vista de la libreta, le ofreció un pañuelo. Débora lo aceptó con un gesto de agradecimiento.

—Mi relación con Silvio y Carolina —exhaló el humo lentamente— siempre fue extraordinaria. Esos dos —bueno, y también Eva— han salido a su padre. No tienen nada que ver con Claudia. Nos veían siempre juntos. Fueron mi refugio cuando murió mi padre.

Hizo una pausa. El cigarro se consumía entre sus dedos.

—Fue entonces cuando esa mujer obligó a mi madre a que vis-tiera de riguroso luto por la muerte de mi padre. En mi casa no se podía escuchar música, ni ver televisión, ni siquiera sonreír. Claudia era para mi madre como una hermana. Su único apoyo.

Y empezó todo… Hasta las prohibiciones. Nada de salir con otro chico que no fuera Silvio. Nada de peluquerías, ni ropa atrevida. Y por supuesto, había que seguir "la senda de Dios". Claudia le hizo creer a mi madre que la muerte de mi padre era un castigo divino y nosotras, las penitentes.

—¿En serio? —preguntó incrédula la teniente—. Esa mujer esta-ba ya desquiciada antes de que tú… Bueno, perdona, sigue. Por favor.

—Y tanto que en serio —respondió Débora, apagando el cigarro con firmeza—. Pasaron los años y yo me sentía perdida. No me contra-taban en ningún trabajo cuando veían esas pintas que me obligaban a llevar.

—¿Qué estudiaste?

—Un grado medio de farmacia. Pero cuando murió mi padre, ni siquiera hice las prácticas. Mi madre me mantuvo siempre. Económi-camente, siempre hemos estado muy bien. Eso también le gustaba a Claudia: sacarle dinero a mi madre con las famosas "donaciones a la iglesia" —añadió con una mueca amarga.

Hizo otra pausa, como recordando algo con una sonrisa.

—Un día, Carolina tuvo LA IDEA. Fue algo brillante. Silvio ya no aguantaba más sin poder estar con Nicolás. Necesitaba verlo y

salir con él. Entonces Carolina propuso decir que Silvio y yo nos habíamos

enamorado. Nuestras madres se lo creyeron todo, en el fondo era algo que siempre habían esperado que ocurriese. Como Antonio conocía la verdad, nos ayudó a sostener la mentira.

Se encendió otro cigarro. Fumaba más por ansiedad que por costumbre.

—Meses después, Carolina entró en primero de Bachillerato y conoció a Paola Maldonado. Al poco, nos la presentó. Carolina empezó a cambiar, por dentro y por fuera. Y como Paola descubrió nuestro se-creto —porque coincidía con nosotros cuando estaba con Carolina—, me ayudó. Y me liberé. ¿Quién lo iba a decir?

Dio una calada larga. Sus ojos brillaban ahora con ilusión.

—Yo también empecé a cambiar. Y, gracias a ella, conocí a Alex. La pastelería de Antonio comenzó a ir muy bien, y necesitaban ayuda así que, decidí trabajar en ella. Antonio contrató también a Nico para que Silvio pudiera estar junto a él. Lo pasábamos muy bien juntos. Fui muy feliz en esa época.

Sonrió con cierta nostalgia.

—Claudia y yo, sorprendentemente, nos llevábamos bien. Leí una vez que cuando te encuentras bien contigo misma, todo lo demás está bien. Me adoraba. Me veía como la nuera perfecta. Ayudaba a Sil-vio en la panadería. Estaba al tanto de mi madre, que empezó con los síntomas del cáncer. Y, además, colaboraba con ella en la iglesia. La tenía tan contenta, que podía pasar las noches con Alex sin que nadie se diera cuenta.

—¿Tu madre tampoco se daba cuenta?

Débora suspiró. Bajó la cabeza. El relato comenzaba a pesarle cada vez más.

—Mi madre tenía dolores muy grandes. Tomaba morfina por las noches y, cuando dormía, no se enteraba de nada. Alex venía a casa y estábamos a solas en el salón. Muchas noches las pasaba conmigo en mi cuarto, por si mi madre me necesitaba… Así estaba cerca. La ver-dad, Alex siempre ha sido un amor conmigo. Respetándome siempre. Ayudándome y apoyándome en todo. Aguantando en la sombra para no causar un disgusto a mi madre, porque entendía que estaba muy

enferma y le podía quedar poco tiempo de vida.

—¿Y qué puedes decirme de Paola? ¿Cómo era su relación con la familia Azogue? ¿Alguna vez viste que le hicieran daño… que la tra-taran mal?

—Paola era muy buena persona. A ver… tenía dieciocho años. Podría haber sido mi hermana pequeña, como Carolina. Eran insepa-rables. Y te diré algo: Paola ayudó mucho a Carolina, igual que a mí. Sobre todo, emocionalmente… Ella ni siquiera sabía lo que era besar a un chico, y esa misma noche en la que yo conocí a Alex, Carolina man-tuvo relaciones por primera vez con un chico de su misma edad. A partir de ahí, comenzó a conocer a otros más. Paola siempre cuidaba de ella.

—¿Y de Andrea Antúnez qué puedes decirme? —preguntó Ro-bles, con un gesto de interés.

—Conozco también a Andrea de toda la vida. Siempre ha sido una niña caprichosa, mentirosa y manipuladora. Vive pegada a la figu-ra de su padre. Lo necesita como el aire. Andrea tiene una hermana mayor: Salma. Tiene la misma edad que yo, y hemos salido juntas en pandilla.

Tenemos muy buena relación y por ella supe que cuando Fede le dijo a Andrea que ya no estaba enamorado y que quería vivir sus dieciocho años, la niña amenazó a sus padres con suicidarse. A Salma siempre la han visto como la oveja negra de la familia y, por mucho que intentó ayudar psicológicamente a su hermana, sus padres siem-pre han mirado para otro lado.

Pero ese es otro tema que a mí no me incumbe. Y a usted creo que tampoco, teniente.

—¿Salma me ha dicho? —interrumpió la teniente anotando el nombre en su libreta.

—Sí. Salma Antúnez. Una chica prudente que siempre está estu-diando o haciendo deporte. Quiere ser psiquiatra.

La teniente frunció el ceño mientras anotaba ese detalle.

—Quiero que sepas, teniente, que Salma está cansada de estar en aquella casa viendo cómo sus propios padres hunden a Andrea en

una oscura depresión por un chiquillo que quiere vivir su vida. Yo le conté a Salma que ese crío había dejado a su hermana porque se ena-moró de Paola. Y fue ahí cuando Salma pensó algo para que su herma-na volviera a ser feliz.

—¿Fuiste tú quien aconsejó a Paola que hablara con Carolina para que recuperara su amistad con Andrea y le ayudara a salir del trance en el que estaba por Fede?

—Sí… —admitió Débora, observando cómo Robles anotaba cada detalle en su libreta—. Pero eso fue después del verano. Paola había pasado las vacaciones en Ibiza. Carolina descubrió que invitó a Fede cuando este rompió completamente con Andrea. Salma pasó algunas noches de verano conmigo y con Alex. Le aconsejamos que saliera más, que conociera gente. Que desconectara de aquella vida que la oprimía. Pero ella solo encontraba paz a solas en el faro, su lugar pre-ferido. Mi verano transcurrió trabajando en el obrador. Claudia seguía sin sospechar de mí. Por las mañanas era una beata ejemplar: ni si-quiera iba a la piscina o a la playa para no enseñar mi cuerpo. Pero por las tardes, cuando el sol se escondía… me convertía en mi mejor ver-sión.

—¿Andrea, en ese tiempo, estuvo mejor?

—Sí. Andrea imaginaba que Fede estaría con otras chicas, pero no podía hacer nada. Carolina siempre ha sido muy buena persona. No se separó de ella. Incluso salieron juntas en las noches veraniegas. Por lo que escuchaba en las conversaciones entre Carolina y su madre, supe que Andrea conoció a chicos con los que distraerse. Usted me en-tiende…

—Sí, ya… —respondió Robles.

—Los comentarios sobre Paola en casa de Claudia cada vez eran más frecuentes. Carolina intentaba no hablar de ella porque aún con-servaban su amistad, pero se sentía entre la espada y la pared. Claudia sospechaba que su marido tenía una aventura con Ana, la madre de Paola. Llevaba todo el verano haciendo viajes "de negocios" con ella. Claudia las tachaba de golfas, busconas… Y Andrea, que también du-daba si Fede la había dejado por Paola porque vio que empezó seguirla

en las redes sociales y le daba *like* a sus publicaciones, le seguía el jue-go. Así transcurrió todo hasta que terminó el verano. Fue el principio del fin.

—¿Qué pasó?

—Yo siempre estaré agradecida con Paola, teniente —dijo ape-nada, sacando otro cigarrillo del paquete. Tragó saliva tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y que le quebró la voz—. Antes que Paola se distanciara de Carolina, de mí, de Alex… A finales de verano ella volvió de Ibiza… Me dijo que iba a pa-sarse por casa de Carolina para verla. También quería vernos a noso-tros. Nos había comprado unos detallitos y quería dárnoslos. Yo ese día estaba en el obrador con Silvio y Nico preparando un pedido enor-me que nos habían encargado para una boda.

Alex solía recogerme al mediodía con su vespa para irnos a la playa. Siempre quedábamos en la calle de atrás de donde vivía Caroli-na para que no nos viera nadie. Supuestamente, yo era la pareja de Silvio. Paola sabía que íbamos a estar en el obrador trabajando, pero cuando llegó a buscarnos, justo yo me estaba marchando, y la tienda ya se había cerrado.

Entonces, vio que Claudia salía tras de mí con pasos decididos. Eso le llamó la atención y la puso en alerta. Caminó tras ella sin que se diera cuenta. Desde lejos, nos vio a Alex y a mí. Cómo nos besábamos. Cómo me cambié de ropa convirtiéndome en lo que soy ahora… Y vio también cómo Claudia sacaba su móvil del bolsillo de su pantalón hortera para contestar una llamada.

—Luego, colgó con prisa… y nos fotografió, escondida tras un póster de la luz, justo cuando Alex y yo nos alejábamos en la moto.

—¡Os descubrió! —exclamó la teniente, boquiabierta.

—Pero la cosa no acaba ahí. Todo lo contrario, teniente. Ahora es cuando la historia se pone interesante —añadió, apagando el ciga-rro con parsimonia—. Paola me llamó de inmediato. Tardé en contes-tar porque iba en la Vespa. Así que llamó a Alex. Tampoco le atendió la llamada. Tardamos unos diez minutos en llegar a la Cala del Aceite. Siempre vamos ahí. A Paola le encantaba esa calita. Era su preferida.

A pesar de vivir en Roche —sonrió con ternura al recordarla—. Alex y yo vimos las llamadas perdidas de Paola y, sabiendo que había dicho que quería pasar por la tienda, nos preocupamos. Le devolvimos las llamadas de inmediato.

Estaba nerviosa. Nos dijo que volviéramos a Conil, que Claudia me había seguido al salir de la tienda e incluso logró hacerme una foto con el móvil montada en la vespa con Alex. Volvimos a toda prisa. Paola había intentado también localizar a Silvio, pero la tienda estaba cerrada con llaves y ni él ni Nico atendieron las llamadas.

Durante el camino en la Vespa, intenté localizarles yo también, pero nada. Al llegar a la pastelería, vi a Paola en la acera de enfrente. Me hacía gestos, señalando que Claudia había entrado en la tienda. Yo también tenía llaves. Pude abrir. Seguí sus pasos. Y entonces…, lo vi todo: se quedó petrificada en aquel escalón viendo cómo Silvio y Nico mantenían relaciones en el obrador. Como tantas veces, vaya…

—¡Hostias! —exclamó sorprendida Robles—. ¿Y qué le dijiste?

—Nada —sonrió—. Salí huyendo de allí. Ya no podía hacer nada. Me fui con Paola y con Alex a la playa. Nos reímos imaginando lo que aquella bruja habría sentido al ver a su hijo así, pero también tuvimos que pensar en cómo evitar que no le dijera nada a mi madre. Estaba muy delicada y no quería que le pasara nada. Esa tarde, Paola me contó su verano en Ibiza con Fede.

Me dijo que estaba muy ilusionada y que ningún chico la había tratado así. Entonces hablé con ella. Le conté que Salma, la hermana de Andrea, estaba muy preocupada por ella. Que Andrea seguía muy obsesionada por Fede e incluso por Paola. Además, Claudia hablaba muy mal de su madre.

A Paola no le hizo ninguna gracia escuchar aquello. Aunque siempre supo que la madre de Carolina no quería que se juntaran, ya era hora de poner distancia. No quería que nadie dañara la relación que tenía con Fede. Había pasado el mejor verano de su vida junto a él.

Le aconsejé que tenía que retirarse de aquel entorno y lo mejor era que, aprovechando que la relación con Carolina se había

enfriado,

que hablara con ella. Que le dijera que estaba conociendo a Fede y que, para no hacerle daño a Andrea, lo mejor era que Carolina la apo-yara. Paola no quería hacerle daño a Andrea. Es más, quiso hablar con ella para decirle que no tenía nada en su contra, y que no tenía culpa de lo que había pasado. Fede ya no estaba con ella cuando empezaron a hablar y, anteriormente, siempre pasó de él porque no se quería meter en esa relación.

Ese día, teniente, Paola se sinceró con nosotros. Nos dijo que sabía lo que era el dolor. Que conoció la soledad siendo hija y teniendo a sus padres vivos. Me recordó tanto a lo que vivía Salma, que le hablé de ella. Nos dijo que ojalá ella hubiese podido tener una hermana ma-yor como Salma. Que la protegiera. Me agradeció que le hubiese dado esos consejos, porque en ese tiempo, me había visto como una herma-na a mí. Le dije que era muy pequeña. Que lo de Fede sería pasajero y que tendría todo el tiempo del mundo para seguir conociendo y dis-frutando de la vida. Pero que fuera feliz. Que viviera su vida como le diera la gana. Como ella me había enseñado a mí.

Débora se limpió las lágrimas. La teniente Robles se volvió a convertir en Dafne. Sus ojos comenzaron a humedecerse, dejando ver un océano de sentimientos ocultos.

—Después de ese día, pasaron otros sin más novedades. Claudia estaba conmigo mejor que nunca. Yo sabía que en cualquier momento podía soltar la bomba y hacernos daño, y tenía que estar preparada. Vigilaba el buzón de mi casa a diario por si recibía algo por parte de Claudia, y también controlaba las visitas que le hacía. Fue muy torpe. Le envió un ramo de flores a mi madre a casa, junto con un sobre que contenía las fotos que nos hizo a Alex y a mí, impresas. Pero yo siem-pre iba un paso por delante de ella. Como mi madre necesitaba que al-guien la cuidara porque yo tenía que trabajar, le ofrecí a Salma que lo hiciera.

Así ella, que estaba al tanto de todo, estaría pendiente de cual-quier conversación que tuviera Claudia en las visitas, o si mi madre re-cibía algo sospechoso. Obviamente, Salma destruyó el

sobre. Claudia nunca supo si mi madre recibió las flores; le dijimos que el cartero

nunca llegó con ellas. Entonces se sacó de la manga el as que tenía es-condido y le dio por hablar de boda. Su venganza había empezado a latir.

Mi madre se emocionó tanto con la boda que llevaba esperando años, que supo que, si me ponía en contra de eso, le haría daño. Le queda poco tiempo de vida y eso era su máxima ilusión: verme vestida de blanco al lado del hombre de quien supuestamente llevaba toda mi vida enamorada. Claudia nos reunió a todos en un almuerzo —inclui-do Nico, para hacerle daño también a él—, y comunicó que Silvio y yo teníamos ya la fecha para la boda. Que a mi madre le quedaba poco tiempo y quería verme casar. ¡Menuda la que se formó!

—¡No me lo puedo creer!

—¡Pues créetelo! —sonrió.

—Pero…obviamente no os casasteis —dijo Robles.

—Obviamente no. Mírame —se señaló con una leve sonrisa—. Pero ahí comenzó mi venganza. Que, llegados a este momento, es lo que venías a saber, ¿no?

—Déjame decirte, Débora, que después de todo lo que me has contado, me has ayudado muchísimo —confesó Robles—. Si consegui-mos que Mario confiese que mató a Paola, ella tendrá que estar muy orgullosa de ti. Por cierto, me imagino que ya te habrás enterado por las noticias que han sido filtradas por la prensa, pero quiero pregun-tarte si Paola —con la confianza que ambas teníais— ¿nunca te contó lo que Mario intentó hacerle? ¿Nunca se desahogó contigo para decir-te que la presionaba o que intentó abusar de ella?

—Ya le digo que desde que Paola se comenzó a distanciar de la familia Azogue, también se alejó de mí. Hablaba con ella por What-sApp. La seguía en las redes y le comentaba las publicaciones. Es cier-to que siempre me decía que teníamos que vernos, pero nunca llegó el día. Cuando la volví a ver, fue en esa caja de pino.

Solo espero que ese hijo de puta se pudra en la cárcel. Todos sabíamos que Andrea tenía totalmente anulado a su padre como hom-bre, y que él la defendía siempre. Por eso le hice eso a Claudia.

Para vengar todo el daño que estaba haciendo. Ella también envenenó a

Andrea y sembró más odio. Y me jode que Carolina no hiciera nada. Que después de la amistad que había creado con Paola, no la defendie-ra.

La teniente cayó en la cuenta de que a Débora se le escapaba un detalle en esa confesión. No sabía el verdadero motivo por el que Carolina y Paola se distanciaron.

—¿Qué fue lo que hiciste, Débora? —preguntó la teniente impresionada por el relato.

—Desde aquel día en el que Claudia intentó casarnos a Silvio y a mí, todo se volvió diferente. Antonio ya llevaba tiempo sin hacer ningún viaje de negocios. Y pasaba más tiempo en casa. Es cierto que estaba como ido. Perdido. Como si por su vida pasara algo que no quería compartir. Algo que le comprimía el pecho. Lo conozco. Y supe que algo le pasaba. Después comprendí el qué.

Nicolás no volvió a trabajar en el obrador. Mi madre, al enterar-se de la verdad, estuvo días sin hablar conmigo y empeoró tanto que tuvimos que ingresarla en el hospital. Es cierto que Claudia y yo discu-timos en la cocina aquel mediodía. Le confesé que supe que me siguió aquella tarde y que yo misma la vi cómo observaba a su hijo con Ni-colás. Eso le hizo arder por dentro. Me echó en cara todas las cosas que había hecho por mí. Me amenazó. Y yo a ella.

Eva —una de sus hijas— fue con su toque en la puerta, quien paró la discusión. Después dije que no había boda y no volví más por aquella casa. Semanas más tarde, estaba en casa de Salma. Necesitaba hablar con ella y hacer terapia. No estaba muy convencida de ir, por-que su casa estaba justo al lado de la de Claudia y no quería encontrár-mela, pero Salma estaba sola y también quería estar conmigo. Había empezado el 2025. Salma me daba consejos sobre cómo tratar la en-fermedad de mi madre y me preparaba para el momento de la despe-dida. Escuchamos unas fuertes voces que provenían de la pared.

Aquellas paredes eran de papel de fumar.

Entonces me di cuenta de que Salma sabía más de lo que todos pensábamos. Siempre encerrada en ese cuarto escuchando la

casa de los horrores de al lado. Silvio discutía fuertemente con su madre. Le

dijo que iba a empezar una relación formal con Nicolás y que se iban a casar, porque a su edad quería formar una familia. Claudia entró en cólera.

Creemos que incluso le pegó a Silvio. Lo maltrató varias veces hasta que su padre paró el castigo diciéndole a Claudia que quería el divorcio y que no aguantaba más. Ahí comprendí que Antonio, esas últimas semanas, se estaba convirtiendo en una bomba de relojería. Y fue en ese momento cuando explotó.

Claudia se marchó, dejando a su hijo mayor llorando. A sus treinta y dos años, nunca fue capaz de parar a esa puta loca. Mucho menos de plantarle cara.

—Antonio y Silvio dejaron que se marchara de la casa y no se supo nada de ella hasta veinticuatro horas más tarde. Eran las cinco de la tarde, aproximadamente, cuando escuchamos —Salma y yo— to-da la discusión. Y desde el balcón, mientras fumábamos, vimos cómo salía de aquella casa, una tarde invernal envuelta en su abrigo, cabiz-baja y con pasos firmes.

—Y ahí entras en el juego tú.

—Afirmativo, teniente— respondió con humor, agarrando otro cigarro del paquete—. Obviamente, los Azogue pensaron que Claudia se había ido a desfogar su furia con la Virgen, que era la única que la escuchaba. Pero no. No fue a la iglesia.

Aun hoy, no sabemos a dónde fue. Yo me fui a mi casa por si le daba por aparecer por allí. De camino, recordé todo lo que había escu-chado tras esas paredes en la habitación de mi amiga Salma, y enton-ces, me vino a la mente —porque tengo memoria fotográfica — los apuntes subrayados que estaban sobre el escritorio de Salma:

La psicosis paranoide.

Algunos pacientes que ingerían cierto tipo de droga podían su-frir alucinaciones terroríficas. Algo así leí. Y claro, mi cabeza automá-ticamente ideó la venganza. Lo primero que tuve que hacer fue localizar a Claudia, y para ello busqué al padre Julián en la sacristía, donde siempre estaba.

Le mentí. Le conté que la familia de Claudia me había llamado

para decirme que habían tenido una fuerte discusión y que salió muy nerviosa sin saber adónde iba. Le dije que, como lo que había sucedido era demasiado delicado, lo mejor era que se quedara con él esa tarde, hasta que se tranquilizara. Estaba convencida de que el padre Julián daría con ella y la convencería.

Horas después, el padre me informó que Claudia estaba con él en la sacristía, pero que no quería hablar con nadie. Ni siquiera con él. Su fiel confesor. Le pedí que se quedara con ella hasta que yo misma fuera a buscarla para llevarla a casa. Así me daría tiempo de conseguir lo que buscaba.

Llamé a mi chico. No quería hacerle cómplice de nada, así que le pedí, por favor, que me pasara el número de un chico que él conocía, uno que se dedicaba a mover droga por Conil. Droga fuerte. Llamé a ese chico de apenas unos veinte años.

—Al principio no estaba por la labor, pero gracias a que le ofrecí la cantidad suficiente como para no vender en dos meses, me consi-guió lo que buscaba: estramonio.

—Datura… —dijo Robles, escribiendo muy sorprendida en la libreta—. ¡Eso es fuertísimo!

—El chaval me trajo bastante. De hecho, ni me explicó cómo tenía que usarla. Yo estaba nerviosa porque nunca había hecho algo así, y él estaba ansioso por contar los dos mil euros que había en el so-bre y marcharse del paseo marítimo de Los Bateles.

Me guié por mi instinto y por las ganas que tenía de hacerle pa-gar a esa bruja todo el daño que me había hecho. Me presenté sobre las ocho de la tarde en la sacristía. Mi madre ese miércoles estaba al cuidado de Mabel. Una joven médica recomendada por Alex. Era ami-ga suya. Así mi madre estaba en buenas manos mientras yo no estaba con ella.

El padre Julián me esperaba. Tenía que irse a un responso y no quiso dejar a Claudia sola. Él pensó que la iba a llevar a casa.

Yo pensé que iba a pasar la mejor noche de mi vida vengándo-me, al fin, de Claudia. Al verme cruzar el umbral de la puerta de la sa-cristía, se sorprendió. Tuve que actuar: que si vengo a hablar contigo

porque tus hijos me han llamado preocupados, que si yo también me he preocupado por ti, que si quiero aprovechar que estamos solas en la casa de Dios para pedirte perdón… Una cosa llevó a la otra, y en po-co más de media hora, le ofrecí una tila para que se calmara y que vol-viéramos juntas a casa.

La infusión hizo efecto rápido.

Débora hizo una nueva pausa. Tragó saliva. Intentó coger otro cigarro, pero la teniente la frenó.

—No fumes más, anda.

—Créame que lo necesito —dijo Débora—. Lo que voy a contarle ahora todavía me da pánico. Sueño con ello todas las noches.

—¿Qué pasó en la sacristía?

—Pocos minutos después de tomarse la infusión, Claudia se quedó tranquila, sentada en el butacón marrón y viejo donde el padre Julián pasaba las horas escribiendo. Se quedó callada. Me pidió que matara la cucaracha que había al lado de mi zapatilla deportiva, y en-tonces entendí que todo estaba haciendo efecto. Me alejé un poco de ella hacia la puerta.

Debo reconocer que estaba muerta de miedo. La iglesia estaba cerrada. Era de noche y allí solo estábamos ella y yo. Bueno… y todos los fantasmas de su mente, que estaban a punto de salir.

Observé cómo Claudia comenzó a retorcerse en el butacón. Movía bruscamente la cabeza y gritaba una y otra vez: "¡Vete!". Se arrojó al suelo y empezó a arañarse el cuerpo.

Intentó arrancarse la ropa con fuerza y sus gritos se volvieron aterradores. No podía detenerla. Ya era tarde para hacerlo.

Fue la única recomendación de aquel chaval: "Cuando empie-cen las alucinaciones, no debes frenar. Tienes que dejar que fluyan". Como los sonámbulos: si los despiertas, puedes provocar un paro car-diaco y la muerte.

A Claudia se le revirtieron los ojos, causando en mí una auténti-ca sensación de terror. Nunca vi una lengua tan larga pasearse por la comisura de unos labios. Su cuerpo rodaba por el

suelo. Lo que con-templaba era una mujer completamente poseída. Empecé a llorar,

tapándome los ojos.

Y en ese momento, Claudia se dio cuenta de que no estaba sola. De que había alguien más allí. Entonces se giró lentamente, me miró fijamente y gritando: "¡Paola, tú eres el demonio!", vino hacia mí. Cerré la puerta de la sacristía y la dejé allí, gritando como una loca. Su voz era siniestra. Pedía una y otra vez que abriera la puerta, que me iba a matar.

—¿Ella pensó que eras Paola?

—Sí. Pero también pronunció mi nombre y el de Ana. Creo que por su mente pasaban todas aquellas personas a las que quería hacer daño —dijo Débora, aún con miedo al recordarlo—. Estuvo durante unos minutos callada. Pensé que todo había terminado. Pero cuando me acerqué, muy despacio, para abrir la puerta y comprobar que se-guía viva, vi que solo estaba escondida… esperando hacerme algo. Gritó de nuevo y volvió a correr hacia mí. Esta vez, comprobé que en una de sus manos tenía un objeto punzante. Me temí lo peor.

Pensé que, cuando pasara el efecto de la droga, me la iba a en-contrar muerta, y que yo terminaría pagando condena. Gracias a Dios y a las veces que le recé, Claudia se limitó a gritar, a maldecir a Paola, a hablar cosas satánicas… Así que no abrí la puerta y pasé toda la no-che en el banco de la iglesia. Hasta que me venció el sueño.

Por la mañana, Virtudes y Adoración me despertaron. Me asusté. No quería que supieran que Claudia estaba dentro. Esas po-bres señoras no entendían por qué yo pasé la noche en la iglesia. Lla-maron al padre Julián.

Cuando él llegó y me vio pálida, muerta de miedo y sin saber qué le había pasado a Claudia durante la noche —porque me había quedado dormida, y la había dejado encerrada—, me abracé a él.

Entonces le mentí. Le dije que Claudia se puso muy nerviosa y me echó de la sacristía. Que se encerró, y que yo, por buena persona, decidí quedarme cerca por si necesitaba ayuda. Estaba aterrada, te-niente.

Si alguien de fuera abría aquella puerta y descubría que Claudia estaba drogada —o peor aún, que había muerto por una

sobredosis—,

yo era la última persona que había estado con ella. Le eché valor al asunto e hice como que encontré una llave de la puerta de la sacristía, escondida en el altar.

Les recé a todos los santos del cielo que me ampararan y, al abrir la puerta, encontramos a Claudia postrada en el suelo, con las piernas abiertas, el crucifijo entre sus piernas y las manos en cruz, pe-gadas a la pared.

—Ni Virtudes ni Adoración ni tampoco el padre Julián daban crédito a lo que estaban viendo. Reaccioné rápido: que me la llevaba al hospital y, por el camino, llamaría a su familia. Pero no hice eso. Re-cordé que Mabel seguía en casa, tal como había acordado con ella. Me tenía que ayudar.

Débora hizo una pausa. Arrojó el cigarro, esta vez al suelo moja-do, y acercándose a la teniente le suplicó:

—Por favor, teniente… Lo que le voy a decir ahora… ¡Tiene que guardarme el secreto! Le estoy contando toda la verdad, pero no pue-do meterla a ella en nada.

La teniente arrugó la frente.

—Mabel, la médica que cuidaba a mi madre me ayudó. No tuve de otra. Ni ella, que aceptó cuando le dije que le iba a pagar el triple que le había pagado aquella noche si me ayudaba. Además, le prometí que jamás nadie se enteraría de aquello.

Ella pasaba consulta en una clínica privada mientras se especia-lizaba en pediatría. En su maletín guardaba algunas hojas de interven-ción médica, que había olvidado —supuestamente— devolver cuando trabajó en el hospital. Las conservó "por si acaso", sin imaginar que las volvería a utilizar para algo así.

Mabel me preguntó qué le había dado a Claudia. Se lo confié. Se tapó la boca con sus manos. Me dijo que podría haberle causado la muerte. Me aconsejó llevarla al hospital, pero terminó cediendo ante mis súplicas y se vio obligada a practicarles unos primeros auxilios domésticos.

Llevamos a Claudia a mi habitación, para que mi madre no se diera cuenta de nada. La acostamos en la cama y Mabel le puso una

vía por la que le administró suero. Le colocó compresas frías para que le bajara la fiebre y observó que seguía completamente desorientada, con sus pupilas dilatadas.

Claudia seguía dando mucho miedo. Pero tenía que llevarla a casa antes de que el padre Julián llamara a la familia preguntando si había llegado.

Entonces, Mabel me dio una hoja de intervención médica ya re-llenada, firmando que Claudia había sufrido un fuerte shock pos-traumático. Ese fue el papel de urgencias que le entregué a los Azogue cuando llegué por la tarde.

Claudia no se acordaba de nada. Ni siquiera de que Mabel la había atendido. Justo ese día, cuando estaba hablando con Antonio, Silvio y Carolina —inventándome que el padre me llamó porque era la única que quizás podía hacer que Claudia abriera la puerta de la sa-cristía, y que, al abrir la puerta, nos la encontramos con los brazos en cruz y totalmente ida—, Paola fue a casa de los Azogue a hablar con Carolina y con Antonio. No pude hablar con ella porque no me quise separar de Claudia, pero Salma, que estaba allí, fue la única persona que se preocupó por ella cuando Claudia le lanzó unas tijeras.

—¿Claudia le lanzó unas tijeras a Paola?

—Claro, teniente. Seguía drogada. Además, veía a Paola como el demonio. Disfruté tanto de la locura de Claudia, que me encargué de divertirme todas las noches. Pero ya no necesité ninguna droga. Sabía que Antonio no dormía con ella. Yo aún conservaba las llaves de la pastelería. Y desde el obrador, se podía entrar en casa de los Azogue. Solo tenía que desactivar la alarma de la tienda y entrar despacio para que nadie me escuchara. Siempre entraba a la misma hora: a las tres de la mañana. La hora del demonio. Cruzaba la cocina, llegaba a la ha-bitación de Claudia. Abría ventanas, puertas de armarios… Me ponía una careta con la cara de Satanás y murmuraba su nombre hasta que se despertaba.

Cuando comenzaba a gritar, me marchaba de allí apresurada para que nadie me viera. Frecuentaba la casa todas las noches hasta

que mi madre volvió a estar hospitalizada.

Claudia empezó con unas pastillas que la dejaban dormida toda la noche y retomé las visitas justo cuando me enteré de que estaba mejor, coincidiendo con los días previos al asesinato de Paola. Y volví a hacerlo hace unos días. Ha sido la última vez. Me he asustado de verdad —confesó.

—¿Qué día fue? —preguntó Robles.

—El miércoles pasado, dos días antes que detuvieran a Antonio y a Mario. Claudia vino a ver a mi madre. Le había dado el alta la se-mana pasada. Vino sola. Le ofrecí un café y le puse un poco de estra-monio.

Mi relación con ella seguía siendo muy tensa. A eso de la media hora, comenzó a delirar. Mi madre se asustó porque obviamente no sabía lo que yo le había administrado.

Me llevé a Claudia en mi coche a dar un paseo hasta que se le pasara el efecto. Ese día, mientras conducía, Claudia saltó desde el asiento del copiloto y me agarró el volante. Me mordió. Sus ojos se lle-naron de sangre. Estaba completamente endemoniada.

Perdí el control del coche. Tuve que llamar a Antonio. Él llegó junto a Mario. Desde ese día, Claudia nunca más ha salido de casa hasta la detención de su marido el otro día. Y desde entonces, llevo sin conciliar el sueño.

La teniente Robles tenía el vello de punta. Estuvo a punto de decirle a Débora que le pasara el cigarro.

La camarera se acercó a la mesa. La teniente dio un respingo.

—¡Joder! —gritó.

—Lo siento —dijo la camarera riéndose—. Venía a deciros que vamos a meter las mesas dentro; se prevé que a partir de las dos llegue una borrasca. Estamos en alerta naranja. Mirad el cielo.

De repente, un rayo desgarró el cielo gris.

—Gracias. —Ya nos vamos —respondió Débora.

—¿Ya? —pregunto Robles mirando la hora en su reloj.

—Ya lo sabe todo, teniente.

—No. No lo sé todo. ¿Qué pasó en esa familia después de la muerte de Paola? —contestó.

—Las Coca-Colas son tres euros. ¿Con tarjeta o efectivo? —dijo la camarera, apurada, comenzando a recoger el velador.

Comenzaba a llover.

—Efectivo —respondió la teniente contando las monedas que había sacado del bolsillo de su gabardina.

—Gracias, teniente, por invitarme. Mi chico lleva media hora esperándome —dijo Débora, señalando hacia la plaza, donde un chico esperaba recostado en una vespa azul, con la capucha puesta por la lluvia.

—Débora, es muy importante que sigamos hablando —aconsejó la teniente—. Este es mi teléfono.

La teniente entregó una tarjeta a Débora que guardó en la funda de su móvil.

—Las paredes, teniente.

—¿Cómo?

Otro trueno retumbó más cerca aún.

—Nos vemos, teniente.

Robles quedó allí parada, bajo la lluvia, viendo cómo Débora se dirigía sonriente hacia el chico que la esperaba. Observó que una chica saludó a Débora desde lejos.

Caminaba rápido bajo un paraguas, con un perrito yorkshire al
lado.

—¡Adiós, muchacha! Últimamente estás perdida… Te vas a que-
dar cogidísima con tanta psiquiatría.

—Salma… —murmuró la teniente, observando cómo Débora se alejaba bajo la fuerte lluvia en la Vespa.

Cuando buscó con su mirada a Salma, también había desapare-cido del lugar.

CAPÍTULO XVI

El comandante Francisco Barrull. Domingo 16 de marzo de 2025. 18.00 horas.

Francisco Barrull se encontraba en el despacho de su casa, ensimismado frente a la ventana que daba al jardín, senta-do en su odiosa silla de ruedas.

Aquella misma mañana, había acudido a una revisión médica. El doctor le había insistido en que tenía que seguir con el reposo. Su brazo aún se encontraba muy inflamado como para retirarle la escayo-la, y la herida de la pierna, tras la operación, seguía fresca. Por eso, tenía que seguir usando la silla de ruedas para moverse con cierta au-tonomía.

Además, le había dado los resultados de aquella prueba que se hizo tras el dolor en el pecho: tenía que cuidar su corazón y tener tran-quilidad en su vida. Ya no era aquel guardia que no temía nada.

Francisco no llevaba nada bien la dependencia.

No le gustaba necesitar a su mujer para asearse o para que le llevara o le trajera de un sitio a otro.

Esa sensación de sentirse inútil le ponía nervioso, como si la impaciencia por no estar en la comandancia fuera algo que también tenía que curar.

Olvidó su móvil en casa y, al llegar del médico, Juani —la asistenta— le informó que la teniente Robles lo había llamado varias veces y, al no obtener respuestas, había recurrido a llamar al teléfono fijo.

—¡Madre mía, mira cómo llueve! —dijo Mari, acercándole el móvil a su marido. No sé yo cuándo dejará de llover.

—A ver qué habrá pasado para que me llame tanto Dafne…

—Toma —dijo entregándole el móvil—. No te entretengas mucho hablando, que quiero que me ayudes con el cambio de armario.

Aprovechando que este año estás en casa, puedes decirme qué ropa ya no quieres.

—¿Qué cambio de armario, Mari? ¿Tú has visto cómo está el tiempo?

—Curro, en cuanto se vaya la lluvia, estamos a veinticinco grados. Y me voy a volver a comer yo, como siempre, todo el zafarrancho.

—¿Y para qué está Juani?

—Juani está para ayudarme con la limpieza —respondió Mari, visiblemente molesta—. No para que organice tu ropa. Además, la niña el mes que viene termina la baja maternal y Rodrigo seguramen-te se quede con nosotros.

—Será contigo —contestó Curro, sin apartar la vista de la panta-lla de su móvil—. Yo el mes que viene vuelvo a la comisaría.

—Mira… Me voy porque acabas con mi paciencia.

Mari salió del despacho de Curro pegando un fuerte golpe al ce-rrar la puerta corredera. Lo dejó solo, refunfuñando y hablando consi-go mismo.

Leyó entonces los mensajes de la teniente Robles:

11.24 h.
Voy a buscar a Débora
Carmona. Es la exnuera
de Antonio Azogue.
Creo que puede darnos alguna
pista sobre Paola. En cuanto hable
con ella, te llamo.

13.38 h.
Curro, te he llamado
varias veces. He llamado
también a tu casa.
Necesito que hablemos.

14.16 h.

Te paso el informe de la declaración de Débora. No tiene desperdicio.

Justo cuando Curro empezaba a leer el informe que Robles le había enviado al correo, el móvil vibró sobre la mesa.

El nombre de Salcedo apareció en la pantalla. Su hombre de confianza.

—¡Hombre, amigo mío! —saludó el comandante al descolgar —. Llevo desde ayer queriendo llamarte. Enhorabuena, joder. Sabía que no me ibas a fallar.

—Lo sé, jefe. Pero ahora no toca felicitar a nadie. Ya tendremos tiempo de tomarnos unas cervezas. Estoy intentando localizar a la te-niente y no consigo dar con ella. Te llamo por si tú sabías algo.

Curro frunció el ceño.

—Me ha dejado varias llamadas perdidas, pero estaba en el mé-dico. Justo estaba leyendo lo que me ha mandado. Esta mañana inte-rrogó a una chica… Débora Carmona. Cree que puede saber algo de Paola Maldonado. ¿Qué ha pasado?

Hubo un silencio breve. Se escuchó el limpiaparabrisas arrastrando la lluvia.

—Jefe… se ha presentado en el puesto una tal Marina Valmori.

—¿Y quién coño es esa? —preguntó Curro, enderezándose en la silla.

—La asistenta de los Maldonado. Robles la conoció cuando interrogó a los padres de la chica.

Ha venido con un audio que Paola le envió la misma noche del asesinato —explicó Salcedo, con la voz tensa—. Acabo de escucharlo. No es una tontería, jefe. Me ha dejado frío.

—¿Qué dice?

—Que Antonio fue a verla para advertirle sobre Antúnez. Para que se cuidara. Y para pedirle que dijera a Ana que hiciera las cosas bien. Paola estaba asustada… pero no por Antonio. Por Mario.

El silencio de Curro se volvió espeso.

—Eso… —dijo al fin—. Lo cambia absolutamente todo.

—Por eso intento localizar a Robles. Si mañana presentamos ese audio ante el juez, Antonio quedaría libre.

El ruido de la lluvia golpeando el techo del coche pareció más fuerte.

Salcedo ajustó el volante, clavando la vista en la carretera.

—¡Joder, la que está cayendo! No se ve ni un carajo…

—Ten cuidado con la carretera, Salcedo.

—Sí, jefe. Bueno, cuéntame. ¿Qué te ha…

La frase quedó interrumpida de golpe. Algo en la carretera lo hizo frenar en seco. Un obstáculo.

—¡Curro! —gritó Salcedo—. ¡Localiza a la teniente, ya! ¡Mánda-me una patrulla a kilómetro 7,5 de la A-2233! Estoy en el tramo entre Conil y Roche.

—¿Pero qué cojones pasa, Salcedo? —preguntó Barrull, muy preocupado, mientras también escuchaba tras la llamada cómo llovía con ímpetu.

—Hay una vespa tirada en la carretera. Creo que alguien se ha salido en la curva. Está lloviendo mucho y puede haber heridos. Te de-jo, tengo que llamar al 112.

Barrull colgó la llamada de inmediatos y comenzó a gritar.

—¡Mari! ¡Mari!

Pero Mari no lo oía.

Intentó mover la silla de ruedas hasta la puerta corredera, pero la rueda se quedó atrapada en el pliegue de la alfombra.

—¡Me cago en los muertos de Satanás! —gruñó, enfadado.

—¿Qué pasa? —preguntó Mari, abriendo la puerta con calma—.

¿Tú ves normal todo esto, Curro? Estoy tan harta… ¡Que te vas a bus-car lo que no tienes! Que sufres del corazón. Mira lo que te ha dicho el cardiólogo…

—Shhhh… eso no lo repitas más —ordenó Curro—. Vamos, ayú-

dame.

—Pero, ¿qué quieres?

—Llama al Puesto Principal de la Guardia Civil de Conil. A

quien te coja el teléfono, ordenas de mi parte una patrulla al kilómetro 7,5 de la A-2233. Salcedo está en medio de un accidente y puede haber víctimas.

—¿Y la teniente?

—De eso me encargo yo. Cuando cuelgues, vístete de nuevo, que

nos vamos.

—¿Qué nos vamos? ¿Tú has visto cómo está el tiempo? —dijo Mari marcando el número del puesto, que se sabía de memoria.

—Vamos a la cárcel. Tengo que hacer una visita.

Mari no dijo nada. Solo suspiró y habló con el guardia de puertas que atendió la llamada, obedeciendo la orden de su marido.

Barrull, mientras tanto, marcó el número de Dafne.

Saludó preguntando si había leído el informe, pero Barrull, ner-vioso, la interrumpió.

—Dafne, Salcedo te necesita. Ha encontrado una vespa tirada entre el tramo de Conil y Roche. Puede haber heridos.

—Débora… —dijo la teniente, como si aún necesitara enfatizar algo.

—Sí, el informe de Débora lo he recibido. Pero ocúpate del acci-dente y ya después hablamos.

La teniente ya había colgado.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando el inspector Barrull llegaba, acompañado de su mujer, al Centro Penitenciario Puerto II.

Allí se encontraba recluido el sargento Mario Antúnez, detenido por manipular pruebas en el caso de Paola Maldonado.También se le culpaba por utilizar el sistema VioGén para seguir a Fede sin orden ju-dicial, solo por complacer los caprichos de su hija Andrea. Además, había abusado de su autoridad e intentó agredir sexualmente a Paola aquel día en la gasolinera.

Gracias a la declaración de Antonio, Robles obtuvo la orden judicial para revisar las cámaras de seguridad de la gasolinera que le nombró Antonio. Las imágenes captaron lo que todos temían: si Paola no llega a defenderse, Antúnez habría consumado el abuso.

Mari acompañó a su marido hasta la sala de espera, donde dos funcionarios que conocían bien al veterano comandante lo llevaron hasta la estancia donde se encontraría con Antúnez. La

lluvia repique-teaba contra los ventanales altos y opacos que daban al patio interior. La puerta metálica chirrió al abrirse, empujada por dos funcionarios

que entraron con Mario esposado.

Hacía meses que Barrull no veía a Mario. Tal vez desde aquella noche en que sufrió un accidente durante la persecución de un narco colombiano responsable del asesinato de su esposa. Un narco de quien Barrull siempre sospechó que tenía vínculos con Antúnez, aunque nunca pudo demostrarlo. Aún se preguntaba si aquel accidente fue fortuito…, o si en realidad, Antúnez quiso quitárselo de encima. Can-sado de que siempre lo tuviera en el punto de mira.

—Pero, ¿qué ven mis ojos? —dijo Antúnez, con tono burlón, sentándose frente a él—. No esperaba esta visita.

—Tampoco esperabas la de nadie…

—Bueno, no se crea, viejo. Aún hay gente ahí fuera que me quie-re —sonrió con cinismo.

—Tu familia, desde luego que no. Tengo entendido que en estos días no han venido ni tu mujer ni tus hijas. Ni siquiera tú Andreíta…

Mario bajó la mirada y guardó silencio.

—Mira, Mario… Solo he venido porque tenía muchas ganas de verte así… acabado.

Mario rio.

—¿Acabado yo?

—Mírate. ¿Cuánto te va a caer? ¿Quince? ¿Veinte años?

—Yo no maté a Paola. El puto culpable está ahí fuera —dijo con dureza—. No sé cómo cojones lo tengo que decir.

—Las cámaras te muestran intentado abusar de la niña. Tene-mos el testimonio de su madre, de Antonio…

—Pero no la maté —insistió.

Mario estaba más delgado, con una barba descuidada. El uni-forme gris le quedaba grande. Ya no era nadie. Ni esposo ni padre.

—¿Y quién mató a Paola? —preguntó Barrull, directo. ¿A quién estás encubriendo?

—Te juro por Dios que no encubro a nadie. Si supiera quién mató a la niña, ya lo hubiera dicho. Me estoy comiendo un marrón que no es mío. ¿Sabes? —dijo inclinándose hacia él, con las manos

es-posadas sobre la mesa—. He tenido tiempo de pensar. Me equivoqué

con mi hija, lo reconozco. Pagaré por lo que hice. Solo quise proteger-la… Andrea nació a las veinticuatro semanas. Fue muy prematura y se llevó mucho tiempo en una incubadora. Siempre fue mi debilidad. Pensamos que no saldría de aquella maldita UCI. Daba un paso ade-lante y tres atrás.

Me distancié de mi hija mayor porque siempre pensé que la que me necesitaba era Andrea. Siempre la colmé de caprichos. Siempre me dio miedo que creciera. Que se fuera de mi lado… Por eso hice las co-sas que hice. Una cosa llevó a la otra, y me vi envuelto en asuntos por devolver los favores a otros compañeros que ya sabéis los nombres.

—Sí… —dijo Barrull—. Todo un acierto por tu parte. En vez de aprender de un error. Fuiste tapándolos con otros hasta que la mierda te ha salpicado en la cara. Y lo de abusar de Paola… ¿También te lo di-jo tu hija?

—No —contestó rotundo, sin levantar la cabeza, frotándose los pulgares—. Me convertí en un monstruo. No sé qué se me pasó por la cabeza, pero esa niña me volvió loco. Desde la primera vez que la vi por casa de Carolina, me atrajo. Comencé a seguirla a escondidas. Pri-mero saliendo del instituto con la excusa de recoger a Andrea. Luego, mi hija me habló de ella; la odiaba. Y yo lo entendí. Eran tan diferen-tes… Cuando cayó en depresión por Fede, empecé a vigilarla más. Hasta que la tuve delante… Y no me pude resistir. Esos pechos perfec-tos. Sus labios carnosos. El brillo de sus ojos marrones. Su piel, que parecía terciopelo…

Mario hizo una pausa, mordiéndose los labios. Sus pensamien-tos hacia Paola le excitaban.

—¡Hijo de puta! —gritó Barrull, intentando levantarse de la silla de ruedas—. ¡Era una niña! Me voy a encargar de que no salgas de aquí.

—Pero no la maté —repitió recostándose, cómodo, en la silla con cinismo.

—Intentaste matarme a mí, ¿verdad? Lo que me pasó aquella noche cuando perseguí a ese puto narco, no fue un accidente —dijo

Barrull señalándose.

Mario rio.

—¡Contéstame, cabrón!

—Sí… —afirmó—. Y si saliera de aquí, lo volvería a intentar. Porque contraté a un sicario torpe que no supo cortar bien los frenos de tu coche. Sin embargo, tu querido capitán Bermúdez no tuvo la misma suerte que tú.

Barrull consiguió levantarse de su silla, e intentó echarse encima de Mario, pero un dolor en el pecho le frenó.

Los funcionarios entraron al oír los gritos. Dos de ellos sacaron a Barrull de la sala, empujando la silla de ruedas ante la mirada victo-riosa de Mario, mientras otros dos levantaron con fuerza al sargento y lo empujaron fuera de aquella sala gris y fría.

Mari, al ver a su marido visiblemente abatido, con un fuerte do-lor en el pecho, corrió hacia él preocupada.

—¿Qué ha pasado, Curro? —preguntó angustiada, tocándole la cara—. Yo lo sabía… Si es que no te debería de haber traído. No sé por qué te hago caso.

—Comandante, hemos llamado al médico de la prisión —informó uno de los funcionarios.

—No, no hache falta. —Estoy bien —respondió testarudo—. Vá-monos, Mari.

—Sí. Nos vamos, pero al hospital.

En ese momento, el médico de la prisión llegó a la sala. Observó a Barrull, que le dijo que esa misma mañana su médico le comentó que tenía arritmia y debía cuidarse. Ante lo sucedido, el doctor insistió en que lo mejor sería que fuese al hospital para hacerle pruebas.

Durante el trayecto, Mari guardó silencio. No quiso discutir para no ponerle más nervioso. Curro sabía que sus irresponsabilidades tendrían consecuencias en su matrimonio.

Mari no podía más. Se lo había advertido muchas veces.

Al llegar a la puerta de Urgencias del Hospital Universitario de

Puerto Real, ni Mari ni Barrull podían creer lo que estaban viendo.

La teniente Robles, junto con el sargento Salcedo, se encontra-ban allí, apoyados en un coche de la Guardia Civil. Mari paró el coche justo detrás y obligó a Barrull a esperar dentro.

—Creo que no hace falta que te lo diga —le advirtió Mari, mirándolo fijamente—. Te quedas en el coche hasta que lleguen los ce-ladores. Voy a dar tus datos. No eres ahora guardia, te lo recuerdo.

A Barrull no le dio tiempo de contestar.

Salcedo ya estaba tocando el cristal de su
coche. Mari suspiró, cansada.

—¡Comandante!

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la teniente viendo que Mari se bajaba del coche.

—No lo sabemos. Esta mañana, en revisión, nos comentó el mé-dico que tiene arritmia. No es grave, pero debe cuidarse. No se le ha ocurrido otra cosa que pedirme que lo llevara a la cárcel. *Quedarse* con él un momento. Voy a entrar a dar los datos y pedir que traigan una silla de ruedas.

—¿Problemas de corazón? —frunció el ceño Salcedo—. ¿Por qué no me dijiste nada antes cuando hablamos?

—¡Coño, si no me dio tiempo! —saltó Barrull, haciendo aspa-vientos desde el asiento—. Me dijiste que te mandara refuerzos. Que, por cierto… ¿Qué fue lo que pasó?

Robles y Salcedo se miraron.

—No, espera —interrumpió la teniente moviendo sus manos —.

¿Qué cojones hacías tú en la cárcel? No me jodas, Curro… ¿Has ido a verlo?

—Te juro que lo iba a matar…

Mari llegó con las celadoras.

—Venga, anda, vamos a que te vean —dijo Mari con firmeza.

—Pero, ¿me vais a decir qué hacéis aquí?

Barrull se puso nervioso. Intuía que le ocultaban algo y que, por lo que Mari les había dicho, no querían informarle de nada.

—En el accidente de vespa que vi esta mañana… han fallecido

dos chicos —explicó cabizbajo Salcedo—. La pareja resbaló con el as-falto. Llovía mucho. Salieron volando.

—Alex murió en el acto. Débora acaba de fallecer —añadió con tristeza—. Hemos llamado a su madre. Está muy delicada de salud y hemos preferido que sea el personal sanitario quien le cuente lo suce-dido. Este mediodía, cuando interrogué a Débora, me habló de su ma-dre…

La teniente se limpió las lágrimas con el dorso de su mano. Salcedo la rodeó con su brazo.

—Ay, Dafne… —suspiró Mari, apoyada en la silla de ruedas de Barrull—. Esta puta vocación.

—¿Has podido sacar algo del interrogatorio que nos acerque a la muerte de Paola? —preguntó Barrull.

—No te preocupes por eso ahora —contestó la teniente—. Anda, tira para dentro…

—Este hombre, de verdad… Va a acabar conmigo —dijo Mari, al lado de las celadoras que empujaban la silla—. Desde luego, qué poco corazón tienes, hijo.

—¡Tú sí que vas a acabar conmigo! —protestó Barrull—. El tra-bajo es el trabajo. Estos jóvenes no pueden estar llorando por cada persona que se muere. ¿Tú te crees que yo he llorado para llegar don-de he llegado? ¡NUNCA!

Robles y Salcedo se quedaron en la puerta de urgencias, viendo cómo su jefe —al que ellos seguían llamando Curro— refunfuñaba con su Mari. Aquella vieja compañera de vida que había aguantado, en si-lencio, no una carrera cualquiera.

—¡Qué pena llegar a viejo! —dijo Salcedo.

—Este Curro… —contestó Dafne sonriendo.

—¿Pero has sacado algo del interrogatorio? —preguntó Salcedo encendiéndose un cigarro.

—Más o menos…

CAPÍTULO XVII

Marina Valmori.
Primera quincena de marzo de 2025.

Desde la visita de la teniente Robles a casa de sus jefes, Marina Valmori no pudo conciliar el sueño. Nunca fue una simple asistenta. Durante casi cinco años cuidó de Paola como a una hija.

Conocía cada rincón del hogar, cada secreto de la familia, y siempre había sido una mujer prudente.

También sufría la muerte de la niña, pero nadie pareció notarlo. Ni siquiera Ana, con quien mantenía una estrecha relación.

Calló el día del interrogatorio, y lo hizo por varias razones. Primero, por la memoria de Paola; luego, porque sentía que no tenía de-recho a intervenir. Pero ya habían pasado varios días, y su

conciencia no le permitía seguir actuando como si nada hubiera ocurrido.

La marcha de Carlos, aquel mismo día, después de que Ana re-velara su verdad, la dejó vulnerable.

La teniente Robles conoció la misma verdad que Marina llevaba meses callando. No fue capaz de mirar a don Carlos a la cara.

Ana le había hecho partícipe de su traición, y él, que siempre se comportó con tanta dignidad, no merecía su silencio ni su neutralidad. Ya era tarde para ahorrarle el disgusto a don Carlos, pero no a otra persona.

Marina pasó unos días cuidando a Ana.

—Vamos, Ana, tienes que levantarte de la cama —le decía, aca-riciándole el pelo, mientras ella lloraba sin cesar—. Ahora es cuando más fuerte tienes que ser.

—Yo maté a mi hija, Marina.

—¡No digas eso, señora! Usted no sabía nada…

—Sí lo supe, Marina. Y miré hacia otro lado. Viví mi historia con Antonio como si fuera lo último que hiciera en la vida.

¡Engañé a Carlos en mi propia casa! ¡Y le fallé a Paola!

Marina se sentó en la esquina de la cama y acarició el cuerpo de Ana que yacía tumbada.

—Usted sabe cuánto quiero a esta familia y todo lo que he visto… y callado. Le advertí que esto se le iría de las manos. Se expuso demasiado con ese hombre. Lo trajo a casa con excusas del trabajo. Esos viajes todos los fines de semana… Paola siempre estaba sola. Carlos trabajaba, usted se iba…

—Pero ella también salía, entraba…

—Sí, pero no tenía a su madre. Hasta aquella noche cuando la encontré en el pasillo llorando… ¡Tú no supiste ver lo que le pasaba a tu hija!

Ana la miró, con los ojos enrojecidos:

—¿Tú sabías lo que le pasaba, Marina? Dímelo.

—Si Paola me hubiera contado por lo que estaba pasando, créa-me, que hubiera hablado con ustedes. Pero yo también me enteré esa noche. Confié en que hablarías con don Carlos.

—No lo hice por miedo —confesó Ana—. Antonio me dijo que lo dejara en sus manos. Que Mario era amigo y vecino de toda la vida. Sabía bien de qué pie cojeaba. Temí que ese guardia destapara que Antonio y yo éramos amantes.

—¿Y qué, Ana? Quizás Paola seguiría viva. Quizás usted sería feliz con Antonio.

—Eso hubiese sido imposible… Mira cómo se puso la niña cuan-do se enteró.

—Porque no lo supo por su madre —dijo Marina—. Lo supo por una alcahueta que solo buscaba dinero y hacerles daño. Si usted le hu-biese sido sincera, si le hubiera contado lo que sentía por ese hombre, todo habría sido distinto.

—¿Y Carlos…?

—Carlos, con el tiempo, también habría sido feliz. Ustedes no lo

fueron nunca. Cuando yo llegué a esta familia hace casi cinco años, pensé que lo eran. Pero pronto vi que no. Su matrimonio estaba roto. El traslado a este pueblo solo fue maquillaje para cubrir la herida.

Ana se incorporó lentamente y pidió un abrazo. Marina era lo más parecido a una madre que tenía en ese momento a su lado.

—Perdóname, Marina. Perdona por haberte causado tanto do-lor… Sé cuánto querías a mi niña…

—Lucharemos por encontrar a quién la mató.

Una semana después de aquella conversación sucedió lo que la familia Maldonado llevaba tiempo esperando. Minutos después de que la teniente Robles llamara a Ana para comunicar que Antonio Azogue y el sargento Mario Antúnez habían sido detenidos por ser sospechosos de la muerte de Paola, el residencial donde vivía Ana se llenó de periodistas.

—¿Qué está pasando ahí fuera, Marina? —preguntó Ana, ner-viosa, viendo cómo Marina entraba apurada de la calle.

—Ay, señora… —respondió Marina—. Está todo lleno de prensa. Me ha costado muchísimo entrar. Me aporreaban la puerta del coche. Ni siquiera me han dejado meterlo en el garaje.

—¡Madre mía…!

El teléfono de Ana volvió a sonar. Esta vez era Carlos.

—Me ha llamado la teniente.

—Ya lo sé —contestó Ana—. Han captado en las imágenes de las cámaras de seguridad del hotel a Antonio Azogue.

—¿Tú lo sabías y te has callado?

—Carlos, yo no tenía ni puta idea de eso. Ya te lo dije el otro día.

—Yo de ti no me creo nada, Ana.

—Haz lo que te dé la gana. Tengo a toda la prensa metida en mi

casa…

—En tu casa… —respondió con ironía Carlos—. Dirás nuestra casa. Sigue siendo mía, aunque sea yo quien me haya ido porque no soporto mirarte.

Marina escuchaba la conversación que mantenía Ana con su

marido en manos libres y le hacía gestos para que se tranquilizara.

El timbre de la casa sonaba. Marina vio que un periodista logró saltar por el jardín.

—Pero qué coño… ¡Eh, fuera!

—¿Qué pasa, Ana? ¿Por qué grita Marina? —preguntó Carlos.

—Carlos, joder, tengo la puerta llena de periodistas. Se acaban de saltar al patio.

—Llama a la policía. Voy para allá.

Carlos colgó la llamada. Marina y Ana bajaron las persianas y ambas se abrazaron llorando. Cuando Carlos llegó a la vez que la po-licía, todo quedó resuelto.

El día siguiente fue clave y el detonante para que Ana y Carlos rompieran para siempre.

Él había pasado la noche en casa para no dejar a Marina y a Ana

solas.

También una pareja de agentes custodiaba la vivienda.

Marina preparaba el desayuno en la cocina oyendo las noticias.

"*Tenemos una última hora sobre el caso de la chica del faro. El*

sargento Mario Antúnez fue detenido ayer por la tarde junto con su vecino y amigo Antonio Azogue, amante de la madre de la víctima. Al parecer, el pastelero de Conil podría haber sido la última persona que vio con vida a Paola. Después de que los investigadores obtuvie-rna las imágenes de la cámara de seguridad del hotel donde la chica había estado con el que era su pareja, han podido verificar la presencia del sargento Mario Antúnez junto a Paola Maldonado. Al sargento también se le acusa por encubrimiento, coacción, amenazas y obstrucción a la justicia. Aún la investigación está en secreto de su-mario. Seguiremos informando".

Marina se puso muy nerviosa. Antonio estaba detenido por ser el supuesto asesino de Paola. Ella conoció a Antonio en ese

tiempo. Era imposible que hubiera sido él. Además, ella tenía la prueba. Y tenía que sacarlo de allí. Tenía que hacerlo por Paola.

Puso las tostadas sobre el plato y echó la leche sobre los vasos

con el café.

Justo cuando colocaba las cosas en la bandeja para servirles el desayuno a Ana y a Carlos, lo oyó a él dando voces. Pero no era algo propio de las discusiones normal. Esta vez la disputa fue peor.

—¿Cómo has podido, Ana? ¿Cómo cojones me ocultaste algo así?

Carlos lloraba desesperado. Marina escuchaba desde las escaleras. No se atrevió a subir a la segunda planta.

—Carlos… —Lloraba Ana, desesperada—. Callé porque Paola te amaba, porque no quería que ella viera esto.

—¡Y ahora no nos verá nunca! ¡Tú eres cómplice de todo! Voy a matar a esos dos hijos de putas…

—¡Carlos, por favor! Vamos a esperar a que la teniente nos vuelva a llamar. Ya la has escuchado. Antonio parece inocente según Robles.

—Tú sabías que ese hijo de puta de Mario quiso violar a nuestra hija y solo me contaste el otro día que la molestaba.

Carlos se acercó a ella y le agarró del brazo.

—Carlos, que me haces daño…

—Si el otro día me hubieras dicho esto, yo mismo hubiera ido a detenerle. No hubiera esperado que lo hiciera Robles. Eres una hija de puta que ha matado a mi hija…

Marina no pudo aguantar más y subió a la habitación.

—¡Carlos, para! ¡Por favor, señor…! Tranquilícese.

—¿Cómo quieres que me tranquilice, Marina?

—Acabo de escuchar las noticias, dice que Antonio y el puto guardia civil podrían haber matado a Paola.

—Antonio no mató a Paola —contestó tajante Marina mirando a Antonio a los ojos y cogiéndolo de los brazos—. Cálmese, señor.

Antonio no mató a Paola. Solo trató de protegerla.

—¿Por qué dices eso, Marina?

—Porque Paola me lo dijo antes de morir.

La mañana del domingo 16 de marzo, Marina se presentó en el

Puesto Principal de la Guardia Civil.

Había salido sola.

Ni Ana ni Carlos —que ya habían escuchado el audio de Paola —tuvieron fuerzas para enfrentarse al mundo.

Los medios los acorralaban a las puertas del residencial, y ambos estaban demasiado rotos para soportar más preguntas, más flas-hes, más dolor.

Marina, caminaba temblorosa.

Entró en el puesto, y pidió hablar con la teniente Robles, pero le informaron de que había salido.

Fue entonces cuando apareció el sargento Salcedo, que también estaba ligado al caso y al seguimiento de las presuntas corrupciones de Mario Antúnez.

Al verla tan alterada, se acercó de inmediato.

—Soy el sargento Salcedo —se presentó con la calma que le daba su profesionalidad—. La teniente no está, pero puedo atenderla yo. ¿Qué ocurre?

Marina tragó saliva.

Le temblaban las manos.

—Vengo… vengo a entregar algo. Algo que Paola me envió la noche que… —No fue capaz de terminar la frase.

Salcedo entendió de inmediato la gravedad.

La condujo a la sala de entrevistas y la dejó sentarse. Le ofreció agua.

Luego encendió la grabadora.

Marina le explicó cómo había recibido el mensaje, por qué no se había atrevido a darlo antes y por qué ahora sí.

Cuando por fin reprodujo el audio, Salcedo sintió un vuelco en el estómago.

La voz de Paola llenó la sala: temblorosa, sincera, rota… Y entre las palabras, la verdad:

Antonio no había ido a amenazarla, sino a protegerla. El peligro venía de otra parte. Muy concreta.

Muy cercana.

Cuando el audio terminó, Salcedo permaneció un instante inmóvil, clavando la mirada en la mesa.

—Madre mía… —susurró al final, pasandose una mano por la cara—. Esto cambió todo.

Marina asintió, con los ojos vidriosos.

Ella ya lo sabía.

Por eso había ido.

Y Salcedo, aún con la piel helada, se levantó para activar el pro-tocolo.

Ese audio era dinamita.

Y acababa de mover el eje entero de la investigación.

Esa misma tarde, Marina y Ana, aprovechando que Carlos esta-ba de turno, decidieron quedar con los amigos de Paola —Olivia, Abril, Marta, Guille y Raúl—, para verlos y para poner el plan que habían trazado, en marcha. Por su cuenta, iban a vengarse de todos los que hicieron daño a Paola.

Todos los amigos de Paola coincidían en lo mismo: Paola era una excelente niña que ayudaba a todo el mundo. No les añadieron más de lo mismo que le habían contado a la teniente cuando los entre-vistó.

También, en confianza con Ana y con Marina, coincidieron en algo más: todo cambió cuando comenzó una relación con Fede.

Desde que Marina le enseñó la prueba que sacaría a Antonio de la cárcel, la hizo más fuerte que nunca. Y con la ayuda de Marina, to-maron la decisión de vengarse de Gracia por el daño que le había cau-sado a Paola.

Después de que Ana les hiciera todas aquellas preguntas a los chicos que estaban reunidos en su jardín —de las que no sacó nada nuevo—, hablaron de Paola y la recordaron con ternura.

Luego, fue Marina la que contó lo que había planeado con Ana.

—Chicos—interrumpió Marina—. Primero queríamos agradece-ros que hayáis venido hasta aquí. Nos habéis dicho, al igual que a

la

teniente que investiga el caso de Paola, que Fede no sabía que su ma-dre la increpaba.

—Paola nunca os contó por qué no le dijo nada a Fede, y como a mí me da igual ya todo, quería que lo supierais. Por si pasa algo, que *ustedes conozcáis* la verdad.

—No entiendo… —dijo Guille mirando a sus amigos.

—Gracia, la madre de Fede descubrió que Antonio —el padre de Carolina— y yo manteníamos una relación.

Marta abrió los ojos.

Olivia bajó la mirada.

Raúl se dio cuenta.

—¿Tú sí lo sabías?

—¡Sí lo sabía! —señaló Abril—. Te conozco. Esa cara es que sí lo sabías.

—¿Y no has dicho nada, maricón? —preguntó Guille, visiblemente molesto—. Se lo tendrías que haber dicho a la Guardia Civil.

—Ni muerta —respondió Olivia—. Juré a Paola que no le iba a contar a nadie nada. ¡Qué *ibais a saber ustedes*! Siempre hablabais con ella de fiesta, de colaboraciones…Ella era una persona, ¿sabéis? Paola estaba mal, Ana. Muy mal.

—¿Qué te contó, Olivia? —preguntó Marina mientras le pasaba el brazo a Ana consolándola. Había roto a llorar.

—Paola no solía contar sus problemas. Pero un día, mientras preparábamos el disfraz de carnavales, se desahogó conmigo —contó con un nudo en la garganta—. Me dijo que confiaba en mí. Que le transmitía paz. Quizás, lo que necesitaba en ese momento. Me contó que se enamoró de Fede, que era un chico noble y respetuoso, quien ni siquiera se atrevió a pedirle que mantuvieran relaciones. Que fue ella quien dio el paso… Fede no sabía que su madre tenía chantajeada a Paola, mucho menos que Mario intentó… ya sabéis.

Olivia hizo una pausa y tragó saliva.

—Continúa, Olivia —dijo Marina—. Nosotras sabemos lo que in-tentó hacer ese hijo de puta.

—¿Qué me estáis contando? —preguntó Raúl visiblemente emo-

cionado.

—Sí —contestó Ana con la voz quebrada—. Paola nos lo contó a nosotras dos y a Antonio. Fue la primera vez que le ocurrió. Estaba en una gasolinera y él la siguió. Pero ella se defendió. Desde ahí, no paró de perseguirla. Después comenzaron las amenazas para que dejara a Fede porque su hija estaba muy mal.

—La puta loca de Andrea… —contestó Marta.

—Lo que no entiendo… ¿Por qué no nos dijo nada? La podría-mos haber ayudado, joder. Y si *ustedes lo sabíais*… ¡Hasta Antonio!
¿Cómo os pudisteis callar algo así? No me entra en la cabeza.

Abril estaba muy molesta y con los ojos llenos de lágrimas.

—Podríamos haber evitado su muerte… —dijo apenado Guille.

—Bueno, ninguno le cogimos el teléfono cuando nos llamó tan-tas veces —dijo Olivia.

—¿Y si en ese momento estaba con Mario y la estaba molestan-do? —preguntó angustiado Raúl.

—Ya lamentarnos es para nada —respondió muy emocionada Marina.

—Pero si podemos devolver todo el daño que le han hecho —di-jo Ana—. Por eso os he llamado. Porque me tenéis que ayudar. Yo no puedo hacerlo, pero vosotros sí. Probablemente en unos días, la Guardia Civil obtendrá las imágenes de la cámara de seguridad de la gasolinera. Si es cierto todo lo que contó Paola, Mario quedará im-putado por algo más. Y seguramente sea el culpable de la muerte de mi hija. Pero hay algo que se me escapa…

Ana hizo una pausa rozando los dedos de sus manos.

—Yo creo que no es él quien mató a Paola —dijo Olivia.

—Fue Andrea y él la está encubriendo —contestó Raúl.

—Yo sí pienso que ha sido él —dijo Abril—. Ese hombre era muy oscuro.

—Nosotras nos vamos a encargar de que quien haya sido no vuelva a pisar la calle. Pero también van a caer uno por uno las

perso-nas que le han hecho daño a mi niña. Porque todos son cómplices

delasesinato de Paola —incluida yo—. Y terminaremos pagando.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Guille.

—Ir a por Gracia. Hacerla sufrir —contestó Marina.

—¿Y cómo?

—Traedme a Fede. De lo demás me encargo yo —sentenció Ana.

A la mañana siguiente, la familia Maldonado llegó al juzgado junto a Marina bajo un sol tibio, de esos que parecen querer devolver la calma por unas horas, aunque ninguno de ellos pudiera sentirla de verdad.

La teniente Robles llegó prácticamente a la vez.

—Buenos días, teniente Robles. —Estoy muy nerviosa —murmuró Marina.

—No te preocupes, Marina. Cuando el juez te llame, entrarás en la sala, responderás a lo que te pregunte y ya está —aseguró Robles con una seriedad que no encajaba con el cansancio de su rostro.

Cuando se quitó las gafas, Marina se dio cuenta.

—Tiene mala cara… ¿Ha dormido bien?

—Nada. He tenido que madrugar para ir a un tanatorio. Una co-nocida de Paola, por cierto.

Ana levantó la vista.

—¿Quién…?

—Débora Carmona.

—¿Qué?

Marina se llevó las manos a la cabeza.

—Madre de Dios… la vi hace dos tardes. ¿Cómo ha sido?

—Un accidente de moto. Iba con su chico. Con la lluvia, perdie-ron el control.

—Joder… —exhaló Carlos, incrédulo.

En ese momento, llegó Salcedo prácticamente corriendo.

—Pufff… casi no llego.

—¿Traes el expediente? —preguntó Robles.
—Sí, teniente. Aquí está.

narse.

Le entregó un sobre transcrito, sellado y listo para el juez.

—Perfecto. A ver si terminamos rápido… La antesala se sumió en un silencio tenso.

Ana apretaba el bolso contra el pecho como si temiera desmoro-

Carlos se mordía el labio, conteniendo una furia muda. Marina

sujetaba el móvil con la misma fuerza con la que llevaba semanas su-jetándose a sí misma.

Un funcionario abrió la puerta.

El juez había permitido que Marina y los padres de Paola pre-senciaran la diligencia. Dijo que aquel audio no era una simple prue-ba, sino la última voz de una hija, y que nadie tenía más derecho que ellos a escucharla.

Al entrar, Marina vio a Antonio en el lateral derecho de la sala. No llevaba ya esposas; un agente lo había conducido momentos antes y lo había sentado junto a su abogado. Estaba abatido, hundido en sí mismo, como si su cuerpo ya no le perteneciera.

Robles avanzó hacia la mesa del juez y le entregó el sobre. Él lo abrió, revisó brevemente los documentos y asintió.

—Señora Valmori —dijo con seriedad—. ¿Es usted quien en-tregó este material de forma voluntaria a la Guardia Civil?

—Sí, señoría —respondió Marina, firme.

—¿Confirma que este audio le fue enviado por la víctima la no-che de los hechos?

—Sí, señoría.

El juez hojeó la transcripción, y tras un silencio breve, anunció:

—Procedemos a escuchar el audio en presencia del investigado y de su defensa.

Ana contuvo el aliento.

Iba a escuchar la voz de su hija. Esa voz que ya solo vivía en el teléfono de Marina.

Carlos no apartaba la mirada de Antonio.

Marina, sin embargo, respiró hondo. Ya no lloraba. Había oido

tantas veces ese mensaje escondido que el dolor se había transforma-do en determinación.

El audio comenzó:

«Marina… —Se escuchaba el sonido fuerte del viento y las olas del mar—. En realidad no sé por qué te mando este audio. Quizás por-que eres la única persona en la que más confío en estos momentos de mi vida. Tengo un mal presagio. Me enseñaste a creer en ello.

»Sé que esta noche va a cambiar mi vida y algo me dice que tengo que decirte que te quiero. No te lo digo nunca.

»Siempre voy como las locas, pero desde hace casi cinco años, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Cuando murió mi tata Remedios, pensé que jamás podría querer a nadie igual, y aunque nunca has tratado de reemplazarla, para mí eres mucho más que la persona que me cuida.

»Haces de amiga, madre, abuela… Y además, mi fiel confiden-te. Por eso quiero decirte que me he vuelto a equivocar. Entiendo, co-mo tantas veces me dices tú, que será la edad, pero he metido la pata hasta el fondo. Llevo meses aguantando el acoso del puto sargento ese por los caprichos de su hija, dejando de estar con el chico que más he querido en mi vida.

»Y todo, por obligar a mi madre a que no le cuente nada a mi padre. Es que mi padre es tan bueno y ha sufrido tanto por mi madre que, si se entera de que ella lo ha vuelto a hacer, no la perdonaría. La verdad es que nunca hemos sido una familia feliz. Siempre hemos aparentado lo que no somos. No he dejado nunca que mis padres sean felices y, por hacerme feliz a mí, se han jodido ellos.

»Mi padre estaba muy bien en Salamanca. Su familia, sus amigos de toda la vida, su puesto…, y se vino a este pueblo solo para que yo cambiara de aires. Un año y medio después, daría lo que fue-ra por no haber pisado Conil. Aunque todo pasa por algo en la vida, y quizás mi destino era conocer a Fede.

»Mi madre se ha enamorado de verdad. Sé que ama a Anto-nio, y lo mejor de todo es que Antonio la ama a ella. Me he dado

cuenta hoy. Cuando ha venido a buscarme al hotel para pedirme que

tuviera cuidado esta noche.

»Piensa que Mario es capaz de hacerme algo y me ha pedido que no me descuide de mis amigos. Sin embargo, tengo que alejarme un momento. He recibido un mensaje de Andrea con una ecografía y quiero hablar con Carolina, y que me diga si eso es verdad o también son cosas de su amiga para hacerme daño.

»Carolina no es mala a pesar de todas las cosas que nos hemos dicho. Hemos vivido muy buenos momentos y ella no me haría daño. Te prometo que después de esta noche, todo va a cambiar.

»Hablaré con mis padres. Le contaré todo a mi padre para que denunciemos a Mario.

»Le diré a mi madre que luche por ser feliz y yo le plantaré cara a Gracia, a Andrea y a quien haga falta por estar con Fede. Incluso le voy a proponer esta noche que nos vayamos a estudiar la carrera fuera. Es la ilusión de su vida. Y es lo que mejor nos puede pasar.

»Pero antes, tengo que descubrir si esto que me envía Andrea es cierto o me la está jugando.

»Te quiero mucho, mi nani. Por favor, diles a mis padres que me llamen si hablas con ellos. Y si hablas con mamá a solas, dile que le atienda a Antonio las llamadas; solo quiere pedirle que me proteja y que no me deje sola. Es un buen tipo. Carolina tiene mucha suerte».

El audio se cortó.

El llanto desgarrador de Ana sonó al unísono con el de Antonio.

Carlos se levantó y salió de la sala.

Marina había escuchado tantas veces ese audio durante esas se-manas que lo tuvo escondido, que ya no lloró. Respiró tranquila.

Alzando su mirada hacia el cielo.

Como si notara que Paola estaba allí. Que había cumplido lo que ella quería.

Marina observó cómo Salcedo se limpió las lágrimas con el dor-so de su mano y también cómo Robles tragó saliva al escuchar

la voz de Paola por primera vez.

—¿Está autentificado? —preguntó el juez con voz tensa.

—Sí, señoría —respondió Salcedo—. Confirmado por el análisis técnico.

El juez firmó el auto.

—Queda usted en libertad sin cargos, señor Azogue.

Antonio no reaccionó. Sus lágrimas siguieron cayendo en el suelo. Robles le retiró las esposas. Él le sonrió y ella le dio la enhora-buena. Marina sabía que había sorprendido a Antonio, pero siempre supo que él no era ningún monstruo y que nunca se mereció pasar esos días detenido.

Al salir de la sala, Ana buscó a Carlos, pero ya no estaba.

La puerta del juzgado número 2 de instrucciones estaba llena de periodistas que esperaban, ansiosos por tener el reportaje de Antonio saliendo en libertad.

Marina escuchó que nadie había ido a por él.

—Ana, creo que deberíamos llevarle a casa —dijo Marina—. To-do está lleno de prensa. Hemos vivido durante estas semanas la pre-sión de los periodistas, y a mí me da mucha pena verle así.

Ana quedó mirándolo por un segundo, mientras Antonio termi-naba de firmar los últimos documentos.

—Sí. Yo también lo creo —respondió Ana.

—Tengo una idea —propuso Marina—. Hablaré con la teniente para que podamos salir por alguna puerta de atrás.

Ana asintió.

Esperó a que saliera Antonio mientras que Marina le pedía el favor a Robles.

Antonio se acercó a ella para darle las gracias por lo que había hecho. No sabía si estaba más agradecido por llevar esa prueba o por escuchar a Paola hablar bien de él.

Ana no fue capaz de intercambiar ninguna palabra con Antonio. Simplemente, se acercó a él y buscó sus brazos. Unos brazos que la re-cibieron sin miedos, sin rencor, con amor.

Robles y Salcedo acompañaron a Marina, Ana y Antonio para que pudieran salir por la puerta de atrás y llevarlos con el coche de

la

policía hasta el de Ana.

Durante el trayecto a Conil, ninguno de los tres habló. Marina estaba tranquila. Ana, avergonzada, y Antonio, necesitaba descansar.

Cuando llegaron a la casa de Antonio, Ana se bajó del coche pa-ra despedirse de él. Marina también se bajó para darle un abrazo.

—Bueno, te espero dentro del coche —dijo Marina.

—No, Marina, quédate. Quiero que seas testigo de lo que quiero decirle a Antonio.

Ana se atrevió a cogerle las manos a Antonio.

—Te amo, Antoñito —sonrió—. Te amo como nunca amé a ningún hombre. Te debo tanto… Me hiciste volver a creer en el amor. Pero más en mí. Hiciste que me volviera a sentir bien conmigo. Que me riera del mundo… Tanto fue así que me olvidé incluso de que tam-bién era madre. Cuando Marina me enseñó ese audio de Paola, me di cuenta de que yo también tuve la culpa. Que debí hacerte caso cuantas veces me dijiste que hiciéramos las cosas bien. Pero preferí esconder-me. Ya no, Antonio. Ya no me tengo que esconder de nada. Ni de na-die…

Ana miró hacia la casa de Antonio. De repente, una sombra blanca se dibujó en uno de los cristales de la planta de arriba, inte-rrumpiendo lo que Ana estaba confesándole.

—¿Esa era tu mujer?

—Creo que sí. Es mejor que no hablemos aquí —dijo Antonio apurado.

—Antonio lleva razón. Es mejor que nos vayamos. No vaya a ve-nir la prensa. Además, él necesita descansar —aconsejó Marina, que también había visto lo mismo que Ana.

Antonio no pudo controlar sus ganas y se acercó a Ana para darle un beso justo cuando Claudia, vestida con el traje que llevó hacía treinta y dos años el día de su boda, cruzó la carretera gritando con un cuchillo en la mano.

—¡Ha vuelto a por mí! ¡Paola ha vuelto a por mí!

Claudia gritaba en medio de la calle.

Marina tiró del brazo de Ana para meterla en el coche y Antonio se dirigió hacia ella para intentar quitarle el cuchillo de la mano.

Gritó el nombre de sus hijos pidiendo ayuda, pero no hubo tiempo. En ese momento, un coche frenó en seco encima de Claudia antes de que Silvio —quien salía apresurado— pudiera tirar de su ma-dre hacia él para salvarla.

CAPÍTULO XVIII

Sonia González.
Jerez de la Frontera.
Viernes 21 de marzo de 2025.

Sonia estaba feliz. Tenía lo que siempre había soñado. A pe-sar de lo mucho que le había costado llegar hasta ahí. Su vi-da nunca fue fácil.

Se divorció del hombre más maravilloso del mundo cuando sus hijas tenían nueve y doce años.

Lo más difícil fue decirle a Lucas que se había enamorado de Dafne. Aquella policía que la había acompañado durante toda su vida, y siempre los estaba protegiendo.

Ella también se había enamorado de Sonia, y trataba a Lourdes y a Lucía como si fueran sus propias hijas.

Lucas lo entendió y, con el tiempo, lograron mantener la buena comunicación y familiaridad que siempre habían mantenido por sus hijas.

Cuando Dafne desapareció, Lucas trató de recuperar a Sonia, pero ella estaba completamente enamorada de Dafne y nadie podría ocupar ese lugar. Sin embargo, consiguió tener con el padre de sus hi-jas una buena amistad y tener su hombro para desahogarse.

Aquel viernes, Dafne le había prometido que pasarían el fin de semana en familia. Lucía tenía muchas ganas de estar con Dafne y ju-gar con Kyra, Weke, Dina y Kion, los perros de ella. Sonia llegó junto a las niñas a casa de Dafne.

—Perdón por la hora, mi vida —saludó Sonia dándole un beso en los labios. Hasta que no he recogido a Lu de la universidad…

—No pasa nada, gordi. Ya he echado en la barbacoa la carne.

¿Y mis niñas?

Las niñas salieron del coche con su pequeño equipaje.

Estaban

discutiendo como siempre.

—¡Vaya camino me habéis dado! *Bajarse ya*…

—¿Qué os pasa? —preguntó Dafne asomándose al coche.

—¡Qué esta es una bocazas! —dijo Lucía.

—¿Yo una bocazas? —se señaló Lourdes —. ¿Por qué no le cuen-tas a Dafne que lo único que quiero es que tengas cuidado con las putas redes sociales? Mira lo que le ha pasado a esa niña…

Sonia miró a Dafne, cansada de escuchar a sus hijas pelear.

—*Bajarse ya*. No os quiero escuchar más discutir. —Os dije que venía a estar tranquila y relajarme —replicó Sonia terminando de ba-jar el equipaje del coche.

—Chicas, ¿qué os parece si dejáis los móviles, os bajáis del co-che y empezamos a disfrutar del fin de semana? —propuso Dafne.

—Sí… —contestó Lourdes.

Lucía se bajó la primera del coche y abrazó a Dafne. Después lo hizo Lourdes.

Pasaron una tarde de viernes espectacular. Rieron.

Salieron a merendar al paseo marítimo disfrutando del sol, ha-blaron de un futuro cercano…

Sonia tenía mucho miedo de que Dafne se la volviera a jugar. La última vez que decidieron empezar una relación formal, ella se asustó y estuvieron más de un año sin hablarse. Aunque jamás Dafne perdió la relación con las niñas. Incluso Lourdes y Lucía pedían irse con ella algunos días, igual que lo hacían con su padre.

Desde que estuvieron juntas por su cumpleaños en aquella casi-ta de Vejer, todo había cambiado.

Dafne le prometió que cuando cerrara el caso de Paola sería di-ferente.

Le prometió también que vivirían juntas y que el trabajo ya no sería prioridad.

Dafne se había cansado de buscar a Noelia.

Sonia también fue compañera de instituto de Noelia y sufrió

aquella desaparición tanto o igual que ella. Fue la primera que la apoyó cuando anunció que iba a estudiar las oposiciones para la Guar-dia Civil.

Sonia lo entendió todo antes que nadie. La búsqueda de Noelia era una herida abierta que empujaba a Dafne mucho más allá de la amistad. Se veía en la forma en que se miraban ella y Noelia, en cómo se hablaban…

Estaban enamoradas, pero veintisiete años atrás, las cosas no eran tan sencillas.

Sonia empezó a trabajar en una farmacia al terminar el grado superior.

Se independizó con Lucas, se casaron a los años y llegó Lourdes. Solo un año después, cuando la niña apenas sabía caminar,

Dafne ingresó oficialmente como Guardia Civil, después de la academia y las prácticas.

Fue en el bautizo de Lourdes, tras todo un día de celebración, cuando Sonia y Dafne se dijeron lo que tres años antes no se pudieron decir.

Sonia le confesó que siempre estuvo enamorada de ella y que lo de Lucas había sido puro despecho.

Dafne, sin embargo, no pudo corresponderla. Sonia era importante para ella, por supuesto, pero no estaba en posición de abrir nin-guna grieta nueva: lo único que quería era reabrir el caso de Noelia.

Los años pasaron.

Dafne siguió avanzando: ascendió a Cabo, luego a Sargento, y logró entrar en el equipo de la Policía Judicial, donde empezó a traba-jar en desapariciones y homicidios. Esa especialidad no la había elegi-do; la empujó el deseo de hacerle justicia a Noelia.

Después llegó la promoción de ingeniera a oficial: aprobó y volvió a formarse para salir como teniente.

Fue entonces cuando solicitó destino en la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de Cádiz, con sede en Jerez. La tierra donde había

nacido.

Regresar fue un golpe suave y duro a la vez: volver a casa y, al mismo tiempo, volver al lugar donde todo se rompió.

Mientras tanto, Sonia cuidaba de las niñas y trataba de sostener un matrimonio inventado. Cuando le dijo a Dafne que se divorciaba, lo que había entre ella resurgió con una fuerza que no esperaba.

Una tarde, en uno de los cumpleaños de las niñas, con el alcohol aflojándoles la vergüenza, se confesaron lo que llevaba años queriendo salir.

Entre caricias, juegos y palabras, se dejaron llevar.

Sonia cumplió su deseo: entregarse a Dafne, aunque creyera que sería solo esa vez. Pero no lo fue.

Vinieron muchas más. Dafne se sentía tan en paz con ella que un día le dijo que quería estar a su lado siempre. No como amiga. Ni como compañera. Como parte de su familia.

Hablaron con Lourdes y con Lucía. Les explicaron que se querían, y que Dafne sería la pareja de su madre.

A las niñas les costó digerirlo; era un cambio de golpe, y además, su padre lo estaba pasando muy mal porque todavía amaba a Sonia.

Pese a todo, con el tiempo, las niñas terminaron aceptándola. Y después de todo aquello, ya no la cambiaban por nada.

Sufrieron cuando Dafne y Sonia se separaron. La obsesión por encontrar a Noelia acabó por desgastar lo que tenían.

Y aun así, años después, todo parecía —por fin— ser diferente.

—¿Qué haces aquí solita?

Dafne llegó al porche del patio donde estaba sentada Sonia en soledad. Ensimismada en esos pensamientos.

—Acabo de hablar con las niñas… Las dos estaban peleandose otra vez —rio acercándose a Sonia y besando sus labios.

—¡Ay qué edad más mala! Me tienen muy desesperada, de ver-

dad.

—Venga voy a quitarte ese estrés, anda…

Dafne puso sus manos sobre los hombros de Sonia y las movió haciéndole un masaje.

—¿Cómo me voy a desestresar, si desde que he llegado no han parado de pelear, y ni siquiera he tenido un momento para estar con-tigo?

—¿Y qué quieres tú conmigo…?

Dafne, insinuante, deslizó una de sus manos hasta llegar al pe-cho de Sonia. Lo abrazó con sus dedos y vio cómo Sonia se contrajo en la silla. Luego, empezó a pasar la lengua por su cuello desnudo, mien-tras escuchaba un suspiro ahogado de Sonia.

—¡Dafne, mira lo que ha encontrado Lucía! ¡Corre!

—¡Me cago en la madre que parió a las niñas que soy yo! Dafne se rio.

—¡Dafne, ven, que te vas a enfadar tela! —vociferó de nuevo Lourdes desde dentro de la casa.

—Anda, ve —dijo Sonia abanicándose con su mano. Voy a fu-marme un cigarro a ver si se me baja el calentón.

—Prometo que esta noche echo el pestillo y te follo como la últi-ma vez —dijo Dafne acercándose a su cuerpo cuando Sonia se levantó de la silla.

—Eso es imposible. Tenemos dos adolescentes que la lían.

—¡Dafne!

—¡Voy!

Dafne esperó que Sonia terminara de fumar.

—¿Cuándo lo vas a dejar? —preguntó señalando el cigarro de Sonia.

—Quiero, pero, ¿de verdad piensas que con el estrés de vida que tengo, puedo dejarlo?

—Excusas… —respondió Dafne, regalándole una sonrisa.

—¡Dafne, que te estoy llamando!

Lourdes se asomó al porche donde estaba su madre fumando junto a Dafne.

—Venga, vamos, anda. A ver qué ha hecho Lucía… —dijo Dafne.

Sonia apagó el cigarro en el cenicero que había sobre la mesa de plástico verde desgastado en el porche, y fue junto a Dafne y sus hijas.

—¿Tenéis que estar siempre dando por culo? —preguntó Sonia entrando en la casa.

Sonia y las niñas vieron cómo Dafne enmudeció.

—Lu, dime que no has tocado nada…

—¡Joder! Que solo es una pared llena de fotos… —contestó Lucía sintiéndose culpable por lo que había encontrado en una de las habitaciones cerradas.

Sonia contempló que no solo era una pared llena de fotos.

—Lu… —volvió a decir Dafne tragando saliva—. Por favor, dime que no has tocado nada.

—No —contestó mirando aquella pared—. ¿Pero qué es todo

eso?

Sonia no daba crédito.

Pensó que Dafne ya no guardaba eso. Que había pasado página,

y que Noelia ya era cosa del pasado.

Era lo que le prometió hacía días.

—¿Qué hace una foto tuya y de mi madre de cuando erais jóve-nes? —preguntó Lourdes. ¿Quién es esta chica que sale con *ustedes*?

Sonia, visiblemente molesta, intentó mirar hacia otro lado. No quiso contestar.

Dafne suspiró.

—Venid las dos —contestó Dafne abriendo sus brazos—. Ya es hora de que sepáis algo. Le he prometido a mamá que no habrá menti-ras a partir de ahora. Y no las va a ver. Quiero contaros una cosa.

Sonia escuchó atenta cómo Dafne les contaba a sus hijas la his-toria de su vida.

Se emocionó varias veces cuando la escuchó hablar de Noelia. También de lo mucho que se querían las tres, y de la buena relación que tenían.

No se alegraba de la desaparición de Noelia. Pero quizás, si esa noche alguien no se la hubiera llevado, Dafne y ella nunca hubiesen

estado juntas.

—¿Y crees que está muerta? —preguntó Lourdes cuando Dafne terminó de contar la historia.

—Sí —dijo contundente.

Sonia se limpió las lágrimas y se sorprendió al escuchar aquello

—por fin— de la boca de Dafne.

—Ya sí, cariño. Han pasado veintisiete años. Mi conclusión es que el hijo de puta que se la llevó esa noche hizo con ella lo que le dio la gana. La asesinó y la quemó.

Lucía se acurrucó junto a su madre.

—¿Ves por qué te riñe tanto tu hermana cuando ve que hablas con tíos mayores a los que no conoces de nada? —preguntó Sonia.

—Perdóname, hermana.

Lucía abrazó a Lourdes.

Sonia, agradecida, miró a Dafne.

—Chicas, tengo una idea —dijo Dafne—. ¿Queréis ayudarme a cerrar el caso de Noelia para siempre? Después podríamos pedir unas pizzas y ver una peli.

—Pues… —respondió Sonia moviendo su cabeza—. Me parece un plan bastante guay.

—Pedimos las pizzas. La peli la ves tú con Dafne, que siempre nos ponéis algo ñoño.

Dafne sonrió.

—Venga, vamos a ponernos manos a la obra. Sonia agarró el brazo de Dafne y tiró de ella.

—Gracias —dijo algo apenada—. Por lo que has hecho, por lo que vas a hacer y por decir lo de la peli.

—Lo de la peli en realidad es para que nos dejen después tran-quilas.

Se volvieron a besar y entraron dentro de la casa.

Lucía y Lourdes ya estaban frente a la pared observando todo lo relacionado con el caso de Noelia, que durante veintisiete años

Dafne había estado construyendo sin conseguir ni una sola pista.

Sonia encontró una caja vacía y comenzaron a guardar todos los

recortes de periódicos, las primeras anotaciones en folios amarillos…

—Amor… —dijo Sonia guardando las cosas que le iba dando Lucía—. ¿Tú estás segura de que quieres hacerlo?

—Gorda, te dije que todo iba a cambiar, y este es el primer paso que tenía que dar. Ahora solo me falta cerrar el caso de Paola.

—Esta foto no se guarda —abroncó con añoranza Sonia—. Ya se acabó el haber estado veintisiete años guardada. Mañana compramos un marco bonito y le buscamos un lugar en el salón. ¿Te parece?

—Me parece —contestó Dafne dándole un beso en la cara.

Kyra, una de las labradoras, entró en la casa después de haber pisado uno de los charcos llenos de barro.

—¡Kyra, no! —gritó Sonia—. ¡Madre mía, cómo está poniendo el

salón!

Kyra, contenta, se subió al sofá revolcándose por todos los coji-

nes, ensuciándolos.

—Joder —dijo Dafne—. Ocúpate tú de eso con las niñas. Voy yo a limpiar el sofá y el suelo.

Minutos después, el teléfono de Dafne sonó en la misma habita-ción donde estaban las niñas y Sonia.

—Dafne, te llaman —vociferó Lourdes.

—Cógelo, por favor.

—No, no lo cojas —dijo Sonia—. Puede ser del trabajo. Dáselo a Dafne.

—Tengo las manos mojadas, cógelo y ponlo en manos libres, por favor —ordenó a Lourdes.

Sonia resopló y le acercó el móvil a Dafne, que limpiaba el sofá.

—¿Sí? —preguntó atendiendo la llamada.

—Teniente Robles, soy Ana Juncal.

Sonia y Dafne se miraron y les hicieron un gesto con las manos a las niñas para que no hablaran en ese momento.

—Dime, Ana.

—Perdone la hora. Llamé varias veces a su móvil, pero me salía apagado, y tomándome la confianza que deposito en mí, me he toma-do el atrevimiento de llamarle a su número personal. ¿Le pillo en

buen momento, teniente? Seré breve…

—Estoy de descanso con mi familia. Pero dígame. ¿Ha pasado algo, Ana? —preguntó Dafne, pasando su mano por su frente sudorosa tras haber frotado el barro del sofá—. Todavía no tengo noticias sobre el juicio. Si es eso de lo que quiere saber.

—No es eso, teniente. Sé que Mario terminará declarando que fue él quien mató a mi niña. Lo que le tengo que decir es que hace unos días ocurrió algo que me resultó curioso.

—¿En el juicio de Antonio?

—No. En su casa —respondió Ana.

—¿Qué hacías en su casa, Ana?

—Marina y yo llevamos a Antonio hasta su casa tal como nos vio usted. Al despedirme de él, quise sincerarme y pedirle disculpas. Justo cuando nos despedíamos, su mujer nos vio. Yo no sabía que Claudia estaba tan mal. Salió de casa desatada, con un cuchillo en su mano. Comenzó a gritar que Paola había llegado a por ella.

—Sí, Ana —admitió Dafne—. Claudia tiene la cabeza perdida…

—¿Y qué tiene que ver mi hija? ¿No le parece eso raro?

—No me parece raro porque el mismo día en el que Débora murió, yo la interrogué esa misma mañana. Me confesó que se quiso vengar de Claudia por motivos personales.

Durante semanas, estuvo dándole una droga muy fuerte que le provocaba alucinaciones, y tuvo varias experiencias terroríficas. Hasta que Claudia se enloqueció con sus propios fantasmas, e incluso usted estaba en su punto de mira porque sabía que era la amante de su marido.

—¿Cómo supo eso?

—Un día en el que Claudia llegó a su casa ya drogada por lo que Débora le había hecho, Paola también estuvo allí. Quería contarle a Carolina que su padre y usted mantenían una relación secreta. Claudia estaba mal, y también se acercó a ella diciendo que era el demonio y quiso atacar a Paola.

—Pero Débora ya está muerta. ¿Quién la está drogando ahora?

—preguntó Ana, sorprendida.

—Que yo sepa, nadie. Toma unas pastillas muy fuertes —respondió Ana mirando a Sonia, que a su misma vez miraba a Lourdes, que ya terminaba, junto a su hermana, de recoger toda la pared del ca-so de Noelia.

—Dafne… —dijo Ana, con la voz quebrada—. Hay algo más que se nos escapa… Estoy segura de que falta alguien por investigar.

Si mi hija fue a buscar a Carolina la noche en la que murió…

¿Nadie las vio juntas? Mario vive al lado. He sabido que esa noche no trabajó.

—Las paredes escuchan…

La voz de Débora pronunciando esa frase al despedirse de ella antes de montar en la moto se le vino a la mente cuando la murmuró mirando a Sonia.

—¿Qué dice, teniente? —preguntó Ana.

—Nada, Ana. Estoy ahora mismo en mi día libre y me pillas fae-nada limpiando un sofá. Llevas razón. Hay algo que se nos escapa. El lunes le devuelvo la llamada. Tranquilícese. Y gracias por contarme lo que vio.

—Mario no mató a mi hija, teniente.

—¿Cómo dice?

—Que no fue Mario. Que quien mató a mi hija sigue en la calle.

Y se está riendo de todos nosotros. Buenas noches, teniente.

Ana colgó la llamada dejando a Dafne con la palabra en la boca. Soltó el trapo sucio de haber limpiado el sofá sobre la mesa del salón.

Se hizo una cola malhecha con sus dedos.

—Niñas…, ¿queréis jugar a los polis?

—¿Qué dices, Dafne? —preguntó Sonia extrañada.

—¿Por fin un caso práctico? —preguntó contenta Lourdes dando unas palmadas.

—Sí. A ver si me demuestras que vales para esto.

—Lu, coge folios de aquel cajón —ordenó Dafne—. Sonia, mi vi-da, trae los rotuladores rojos que están en el cajón de mi escritorio.

Lucía trajo los folios y comenzó a escribir en ellos todos los

puntos del caso de Paola desde la noche en la que murió. Cada interrogatorio. Cada nombre sospechoso… Lucía iba anotando todo lo que Dafne le iba dictando al lado de las flechitas que Lourdes iba dibujan-do, relacionando todas las personas sospechosas en el caso.

Sonia miraba desde la cocina, mientras bebía una copa de vino, todo lo que Dafne estaba haciendo con sus hijas. La admiró.

Le encantó el plan.

Se sintió orgullosa de ella. También de aquella miniversión de Dafne que intentaba aprender de ella.

Después de poco más de una hora, las cuatro miraban la nueva pared de Dafne: La chica del faro de Roche.

—Toma —dijo Sonia ofreciéndole una copa de vino a Dafne —.

Ya me he tomado tres.

—Gracias, gordi —respondió Dafne, recibiendo la copa—. Te prometo que después te lo compenso.

—¡Qué asco! —saltó con humor Lucía.

—Dafne…

Lourdes no se separó de aquella pared, mirando cada detalle que habían anotado con precisión.

—Ana lleva razón. Hay algo que se escapa… Es cierto que Mario tiene todas las papeletas para ser quien mató a Paola.

Todo cuadra: Paola salió del hotel a las siete de la tarde para en-contrarse con Antonio. Lo descartamos a él por las pruebas aportadas. Fede ya la había llamado, pero ella no quiso atenderle. A las ocho y media de la tarde, aproximadamente, es cuando Fede vuelve a inten-tar localizarla, pero ya ella ha recibido el mensaje de Andrea.

Entonces es cuando Antonio se va. Paola a las nueve de la noche le manda el audio a Marina diciéndole que tiene que averiguar si es cierto lo que Andrea le ha enviado. Queda con Carolina.

En su declaración, ella dice que se vieron a las nueve y media. Que discutieron y que después, Paola se marchó. Carolina no salió de casa porque tuvo que darle la medicación a su madre. Antonio

llegó a las doce y media de la noche borracho. Y se durmió… Pero, según la

declaración de Débora…

Lourdes puso el boli sobre sus labios y se acercó a la pared.

—Teniente Dafne Robles… —dijo seria Lourdes, tomándose en serio aquel rol—. Se le ha olvidado interrogar a alguien.

—Las paredes escuchan… —volvió a murmurar Dafne, fruncien-do el ceño, y mirando detenidamente aquella pared.

—¿Qué coño quiere decir que las paredes escuchan, Dafne? Ya lo has dicho dos veces —preguntó Sonia, que se encontraba a su lado.

—Su otra hija estudia psiquiatría, escucha todo lo que pasa en esa casa… Pasó el otro día por mi lado, no lo vi… ¡Claro!

—¡Efectivamente, teniente! —respondió Lourdes, mirándola, sabiendo que había descubierto mucho más de lo que podían imagi-nar.

—¿Apunto algo? —preguntó Lucía, que se empezaba a aburrir de aquel plan—. Quiero cenar ya. Son las nueve de la noche…

—¡Apunta! —ordenó Lourdes a su hermana chasqueando sus dedos.

Dafne miró a Lourdes. Chocaron las palmas de sus manos. Y a la misma vez pronunciaron el nombre:

—Salma Antúnez.

CAPÍTULO XIX

Adela Franco.
Hospital Universitario Puerto Real.
12.00 horas - Lunes 24 de marzo de 2025

Adela no se separó de su hija Andrea en todas esas semanas. Cada día que pasaba veía a su hija más decaída.

Aquel embarazo que decidió seguir adelante, solo por vengarse de un chico —que no quiso responsabilizarse de una criatura que no pidió venir al mundo—, más la detención de Mario, hizo que su hija quedara postrada en una cama y no acudiera a clases. La depresión que arrastraba desde hacía meses se acentuó con los primeros sínto-mas del embarazo.

Adela tampoco salía de casa.

La prensa estaba día y noche en la puerta de la vivienda familiar esperando que alguien entrara o saliera de allí para preguntarles sobre el presunto asesinato que había cometido su marido. Desde que Mario fue detenido por el sargento Salcedo, no hubo un solo día que no se preguntara el porqué.

¿Cómo podría haber llegado tan lejos Mario?

Mario y ella se habían querido desde el primer momento en el que se conocieron. Habían compartido momentos que eran muy difíciles de olvidar. A pesar del trabajo tan difícil que tenía Mario, jamás la descuidó. Siempre la colmó de cariño, de besos, de protección. Eran, a los ojos de todo el mundo, el matrimonio perfecto.

Adela siempre se dedicó a la moda flamenca. Siempre soñó con ser diseñadora, y cuando Mario consiguió ascender, ella logró su sueño: abrir su propio negocio.

Diseñaba trajes con los que las modelos desfilaban en diferentes

pasarelas andaluzas, y eso fue siempre la mayor satisfacción de Adela.

Salma tardó tiempo en llegar al mundo.

Pero cuando lo hizo, fue una niña mimada a la que no le faltó de nada. Mario redujo su jornada laboral para estar con ella. Era la niña de sus ojos. Siempre estaban juntos. Adela no necesitaba de nadie que se quedara con su hija cuando tenía que viajar, pues su padre se que-daba encantado con ella. Salma creció feliz.

Rodeada de cariño y de muchísimo amor.

Adela y Mario nunca contemplaron la idea de darle una herma-na a Salma.

A Mario le propusieron un buen puesto de trabajo, y el negocio de Adela iba viento en popa.

Salma cumplió seis años.

Una mañana de mayo, Adela acudió al ginecólogo.

Llevaba dos meses en los que el periodo no le aparecía, pero es-taba tranquila porque hacía años que tenía el DIU. Pensó que quizás, a sus treinta y ocho años, podría ser un síntoma premenopáusico. A su madre se le retiró el período bastante pronto y pensó que a ella le es-taba ocurriendo lo mismo.

Llevaba algunas semanas en las que no se sentía bien, y por eso quiso acudir. Su sorpresa llegó cuando su ginecólogo de toda la vida le comunicó que estaba embarazada de trece semanas. Ana se puso a llo-rar.

No entraba en sus planes otro bebé. No tenía tiempo para otra crianza. Y Mario en ese entonces tenía una posición importante en la que no podía reducir jornada.

Ese día llegó a casa pensando en cómo les iba a explicar a Mario y a Salma que una nueva vida estaba latiendo dentro de ella. Porque, además, ya había escuchado el corazón de ese bebé. Y eso era algo que cambiaba el rumbo de todo.

El corazón de Andrea.

Mario la abrazó.

Le dijo que eso era una noticia para celebrar. Que a ese bebé

tampoco le faltaría de nada. Salma se abrazó a su barriga llorando. Siempre fue una niña aprensiva, cariñosa, generosa, risueña…

Salma era especial.

"Te quiero, bebé". Aquella frase que pronunció su hija mayor fue lo que hizo que Adela olvidara todo. Empezó a asumir que, en siete meses en casa, serían uno más.

Su vecina Claudia también estaba embarazada. Ya sabía que era una niña y que se llamaría Carolina.

Todos los días Adela y Claudia salían a andar. Hablaban de carros, de cunas, de ropas de bebés… Ambas serían madres por segunda vez, y compartían los mismos miedos. Porque si algo aprendió Adela en esos meses, es que los miedos —a pesar de ser un segundo embara-zo— nunca se irían. Todo lo contrario, al conocerlos, aterraban más.

Pero a diferencia de Claudia, Adela tuvo un embarazo muy complicado.

Comenzó a sangrar a las dieciséis semanas, justo cuando le dije-ron que Salma tendría una hermana. De hecho, fue ella quien eligió su nombre. Su ginecólogo le pidió hacer reposo absoluto, pero era impo-sible. Las clientas de confianza empezaron a llamarla para encargarle el diseño de los vestidos. Acababa de pasar las Navidades, y nombres reconocidos querían ya saber cómo iba a ser el traje de flamenca que llevarían a la feria de abril de Sevilla, o a la feria del caballo de Jerez.

También estaba Salma.

Tenía que llevarla al colegio, a las extraescolares, ayudarle con los deberes… Era imposible dedicarle al bebé en la barriga el tiempo que reclamaba.

A la semana veintidós de gestación, rompió aguas. Tuvo que in-gresar. Fue la época más dura de su vida. Aunque los médicos intenta-ron frenar el parto, la pequeña Andrea quería nacer.

Andrea nació con 600 gramos de peso. Con los pulmones sin madurar. Con los ventrículos del corazón sin desarrollar…

Los médicos no daban esperanzas. Les dijeron que se esperaran lo peor. Había días en los que Andrea evolucionaba muy

bien y otros

en los que no
respondía. Adela
dejó todo. Dejó de
ser.

No quería separarse de aquella pequeña que vivía en una incu-badora, pero tampoco podía dejar a su princesa. Aquella niña que le dio el título de madre. La que le dijo por primera vez mamá. La que hizo que el mundo se parara cuando corrió a sus brazos por primera vez dando los primeros pasos. Aquella a la que llevaba meses sin con-tarle el cuento que no falló ninguna noche. Aquella a la que acom-pañaba al colegio con su música preferida en el coche para que entrara feliz en clases. Aquella a la que le enseñó a respirar, a contar diez cuando algo no le gustara o alguien le molestara. Aquella niña a la que llevaba días sin abrazar porque tuvo que dejarla al cuidado de las abuelas, incluso de su vecina Claudia, que lucía una barriga preciosa.

Mario tampoco se separó de Andrea durante el tiempo que es-tuvo en la UCI. Se pasaba las noches allí para que Adela estuviera con Salma. Cuando salía del hospital, entraba a trabajar. Los días libres los pasaba hablando con médicos y rezando por la salud de Andrea.

Salma creció en ese tiempo.

Cuando Andrea salió de la UCI, ya tenía treinta semanas. Des-pués pasó a estar en otra incubadora.

Desde un cristal, Salma pudo conocer a esa pequeña que ya tenía un kilo y medio, y se alimentaba mediante sondas.

Y así, Andrea también creció, apuntando maneras desde bien pequeña.

Pero con esa llegada, todo cambió.

Y Salma nunca más fue la misma. Se convirtió en la hermana mayor y se hizo independiente. Adela y Mario nunca se dieron cuenta. La atención fue para Andrea.

Pensaron que era ella quien lo necesitaba. Pero no.

Salma se quedó huérfana con sus padres en vida. Se refugió en los libros. En sus diarios. Y en sus pocas amigas.

Salma se volvió una niña sigilosa. Prudente. Observadora… Cuando Adela quiso poner remedio, fue demasiado tarde. Mario también se olvidó de su pequeña princesa.

En aquel momento, fue Andrea quien se convirtió en su ojito derecho.

Adela, arrepentida y sintiéndose culpable de haber perdido el amor de su hija, le restaba autoridad a Mario cuando reñía a Salma por culpa de Andrea. Pero los años pasaron, las hermanas crecieron y el amor que sentía Andrea por su padre se convirtió, en el terreno de la psicología, en el complejo de Edipo.

Salma estudió medicina.

El día en el que se graduó, Adela acudió sola con Andrea. Mario tenía mucho trabajo y no fue. Sin embargo, al día siguiente, Adela se dio cuenta de que Salma la había escuchado hablar con su marido re-gañándole porque había pedido un día libre para llevar a Andrea a la playa junto con Fede y unos amigos más. Fue la primera vez que Adela vio llorar a su hija desde que era una cría.

Desde ese momento, Adela y Salma quisieron recuperar el tiem-po perdido. Pero ya habían pasado los años, y el problema de Andrea iba *in crescendo*.

Comenzaron los chantajes a su padre. El odio hacia Adela. No soportaba verla cerca de su padre. Tanto fue así que Mario y Adela de-jaron de ser un matrimonio. Adela intentó refugiarse de nuevo en lo que le apasionaba: sus diseños.

Volvió a diseñar. Dejó la educación de Andrea en manos de Ma-rio y se centró en ayudar a Salma, quien había decidido especializarse en psiquiatría.

Salma le pidió a su madre que llevaran a su hermana a un espe-cialista. Y también a su padre, con quien apenas tenía relación.

A pesar de todo, Salma quería a Andrea, y sabía que ese proble-ma no la dejaría ser feliz. Pero la autoridad de Mario predominaba por encima de todo.

Cuando Andrea cayó en una terrible depresión y comenzó a en-trar y salir con otros chicos, Adela pensó que ya no necesitaba

ver a

ningún psicólogo.

Sin embargo, cuando todo parecía que estaba mejorando, Andrea los reunió para contarles que estaba embarazada, y que quería seguir adelante para arruinar la vida de Fede, que había empezado una relación con aquella chiquilla de la que todos hablaban, pero que muy pocos conocían.

Salma conoció a Paola. Coincidió con ella en varias ocasiones, y siempre le contó a su madre que era una buena niña, y que valía más por lo que callaba que por cómo actuaba. Su hija Salma, de hecho, la defendió el día que Claudia perdió la cabeza e intentó atacarle.

A Adela nunca le gustó que Andrea conversara con Claudia sobre Paola. Además, Claudia le contó delante de Andrea que creía que Antonio le estaba siendo infiel con Ana, y eso acentuó más el odio en-tre Claudia y la familia Maldonado. Y Andrea se aprovechó de eso para meter más baza en la cabeza de su vecina.

Adela nunca quiso que su hija Andrea siguiera adelante con el embarazo.

No eran sus casi dieciocho años.

Tampoco que la familia de Fede no quisiera que Andrea tuviera relación con su hijo.

Ni mucho menos que el chico no quisiera ser padre, y viera esa noche como un error.

Era la cabeza de Andrea. Si no se quería a sí misma, ¿cómo iba a querer a alguien que iba a depender de ella?

A alguien que iba a ser su vida. Alguien que, cuando escuchara cómo latía dentro de ella, le cambiaría el mundo.

Y esa era la única esperanza que tenían Adela y de Salma. Que, si Andrea había decidido —por puro capricho— seguir adelante, que cuando viera la carita al bebé, le hiciera ser la persona que se merecía ser: aquella niña feliz que alegraba la vida a los demás.

Aquella Andrea a la que tanto echaban de menos y que, por cul-pa, en parte, de su padre, nunca pudieron recuperar.

El sábado 1 de marzo, Andrea puso a funcionar su plan.

Obligó a Mario y a Adela para que fueran a buscar a Fede a su casa antes de que se fuera a los carnavales.

El día anterior, Andrea fue al ginecólogo con su padre. Ni siquiera quiso que fuera su madre. Tampoco se lo comunicó en ningún momento.

Aquella tarde, en la que Mario la obligó a ir a casa de Gracia y Simón, nunca la olvidaría en la vida.

Fue bochornoso.

Era incapaz de articular palabras.

Le dolió el pecho al ver las caras de esos padres. Aunque nunca fueron de su agrado.

Pero ella también era madre y los entendía. Sobre todo, cuando Mario pronunció aquella frase de amenaza: si Fede no se hacía cargo del bebé, lo denunciaba por haber abusado de Andrea.

Los caprichos de Andrea habían llegado muy lejos.

No consiguieron hablar con Fede. Por eso, Andrea tuvo la brillante idea de mandarle un mensaje a Paola con una foto de la ecografía.

La chica nunca contestó.

Pero esa noche, Andrea no estaba dispuesta a quedarse con los brazos cruzados.

Mario no trabajaba.

Decidió acompañarla al carnaval.

Quería buscar a Fede.

Adela tuvo una gran discusión con Mario para frenar que saliera con Andrea, pero una vez más, fue ella la que salió perdiendo. Nue-vamente se metió sola en su cama para abrazar la almohada llorando.

Salma, que había escuchado esa discusión, apoyó a su madre, y fue ella quien la abrazó y la convenció para que salieran juntas a ce-nar.

Cuando volvieron sobre las doce y media, Mario y Andrea dormían juntos en el cuarto de ella. Al ver la escena, volvió a hacer

lo mismo que llevaba ya tiempo haciendo: se tomó un diazepam que le

dejó profundamente dormida en la cama. Ni siquiera le dio las buenas noches a su Salma.

Los días pasaron.

Cuando Adela conoció la noticia de la muerte de Paola, se le heló el cuerpo pensando que su marido y su hija tuvieran que ver. Habían salido aquella noche juntos.

Andrea la odiaba.

Y como madre, sabía que su hija era capaz de hacer cualquier cosa, si su padre la protegía como tantas veces lo había hecho.

Sin embargo, era su hija y no podía dejarla sola.

El día que encontró el cuerpo, junto con Carolina, llegó a casa muy mal. A solas, le preguntó si ella tuvo algo que ver con el asesina-to, pero Andrea juró que no. Además, saltó la noticia de que Fede tam-bién estaba desaparecido, y eso hizo que Andrea se metiera en la cama. Desde entonces, cada día se fue debilitando más.

Era como una muñeca de trapo. Frágil y deshilachada.

La mañana en la que detuvieron a Mario, el mundo de Andrea se desmoronó. Ella solo pidió protección. Nunca quiso que su padre se manchara las manos por ella.

Deseó con todas sus fuerzas que hubiera sido Antonio, pero cuando salió libre, y a Mario le cayeron todos aquellos cargos, la de-cepción de Andrea fue más grande.

La prensa filtró la noticia:

"El sargento Mario Antúnez también habia sido detenido por intentar abusar de Paola Maldonado. Es el principal sospechoso de la muerte de la chica del faro de Roche".

Andrea comenzó a sangrar.

Adela y Salma la llevaron al ginecólogo. Tenía una amenaza de aborto, y tenía que guardar reposo. Pero por mucho tiempo que pasa-ba en la cama, su cabeza siempre estaba en otro lugar.

Fue así como, con el paso de los días, Adela intentó que Andrea no viera ni escuchara noticias. Salma trató de que saliera a pasear con

ella, pero la prensa no dejaba de molestarla.

Adela nunca quiso visitar a Mario.

Cada noticia que filtraban los medios de comunicación era una nueva decepción. Su prioridad en ese momento era su hija pequeña. Incluso Fede quiso hablar con ella, pero Adela y Salma se lo impidieron.

La mañana del lunes 24 de marzo fue otro punto de inflexión en la vida de Adela y de sus hijas.

Andrea se había levantado muy dolorida.

Apenas podía andar. Cuando Adela ayudó a Andrea a levantarse de la cama, se dio cuenta de que las sábanas estaban manchadas de sangre.

—No te asustes, Andrea —dijo Adela evitando que su hija se die-ra la vuelta.

—¿Qué pasa, mamá?

—Estás sangrando. Es mejor que vayamos al hospital.

—¿Salir de aquí? Con todos los periodistas ahí afuera…

—Tenemos que ir, Andrea. Estás de reposo por amenaza de aborto —aconsejó Adela con voz quebrada.

—¡Mamá, no quiero perderlo!

Andrea comenzó a llorar.

Su madre la abrazó contra su pecho.

—Ya lo sé, cariño. Por eso vamos a ir. Mira, siéntate… —contestó suave Adela, agarrando la cara de su hija—. ¿Sabes que cuando yo me quedé embarazada de ti, tuve una hemorragia enorme? Tuvo que venir la ambulancia a por mí. Me corría la sangre por toda la pier-na… Y aquí estás. Siempre has sido una guerrera… Mi guerrera.

—Perdóname, mamá.

—Yo no tengo que perdonarte nada, mi vida. Solo quiero que estés bien.

—¿Dónde está Salma? Quiero que venga con nosotras.

—Salma ha salido temprano.

—¿A dónde? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ha ido a verlo. Decía que tenía que ir…

—¿Para qué, mamá? Es un asesino, un violador… Mi padre… Era mi todo.

—Ya está —respondió Adela, tratando de consolarla—. Todo va a pasar. Papá tendrá que pagar todas aquellas cosas que ha hecho.

—Pero muchas han sido por mi culpa, yo puedo declarar…

—Tú no vas a declarar nada. Tú te vas a vestir y nos vamos a ir juntas al hospital. Ya nos contará Salma cuando llegue. Ella, mejor que nadie, sabe tratar la situación.

Adela salió de casa junto con su hija Andrea esquivando a todos los periodistas que se encontraban en su puerta esperando captar al-guna imagen para tener la exclusiva.

Ambas llevaban puestas gafas de sol y ropa apagada y ancha. Llegaron al hospital sobre las dos de la tarde.

Aún no le habían contado a Salma lo que le estaba ocurriendo a su hermana.

Cuando llegaron al hospital, Andrea recibió la noticia que más temía. Después de que la viera el ginecólogo de urgencias, el bebé había dejado de tener latido.

Adela abrazó a su hija. Intentó entender su dolor, pero ella nun-ca lo había vivido. Porque ella siempre la tuvo a su lado. A pesar del miedo, Andrea siempre quiso vivir. Por eso, supo en ese instante que aquel desenlace sería el punto de inflexión en la vida de su hija pe-queña. Ya nada le ataba a Fede ni a esa familia. En ese momento, ella podría sanarse y recuperar todo el tiempo perdido.

Era hora de que tanto ella como Salma se unieran con fuerzas para afrontar todas las cosas que vendrían respecto a Mario.

No quiso verlo.

Jamás le podría perdonar tanto dolor.

Jamás le podría perdonar que intentara abusar de una niña que podría ser su hija.

Mucho menos que, presuntamente, la matara.

Andrea tuvo que ingresar inmediatamente para que le hicieran un legrado. Aquella intervención apenas duró media hora.

Todo salió bien.

Adela esperaba las dos horas de despertar de Andrea en la sala de familiares del hospital.

Había llamado a Salma, pero no le atendía el móvil. Pensó que aún no había terminado la visita.

—¡Adela!

Una voz bastante conocida la llamaba.

—¡Hola, Antonio! ¡Qué alegría verte, por Dios!

Adela se levantó de la silla azul donde estaba sentada, cabizbaja, y abrazó al que era su vecino y amigo de toda la vida.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a la niña?

—Sí…

—Andrea…

—Ha tenido un aborto —admitió Adela, con tristeza—. Llevaba varios días sangrando y con amenaza. Todo esto no le ha beneficiado en absoluto.

—Bueno… —dijo apenado Antonio, acariciando el brazo de su amiga Adela—. Yo pienso que todo en la vida pasa por algo, y quizás ese bebé no venía en el mejor momento para tu niña. Andrea es un to-doterreno, se pondrá bien.

—Lo sé —asintió Adela—. Pensarás que no tengo vergüenza por no haber ido a ver a Claudia, pero con los periodistas en la puerta de casa a todas horas y con Andrea así… ¿Cómo sigue?

—No te preocupes, Adela. Salma habla con Silvio y sabemos que estáis al tanto. Los médicos decidieron dejarla ingresada. Sufrió un golpe muy fuerte cuando se cruzó delante de aquel coche que, gracias a Dios, frenó a tiempo. Su cabeza cada vez está peor y lo más seguro es que cuando se recupere de la caída, ingrese en psiquiatría.

—¡Joder…! Para lo que hemos quedado, Antonio —murmuró

Adela—. Tengo muchas ganas de que todo esto pase.

—Siento no haberte contado nada, Adela —dijo Antonio apena-do, excusándose—. Perdóname, debí haberte contado lo que supe de Mario.

—Antonio, yo lo tenía en casa y no lo vi. Yo he sido la primera culpable. No lo frené a tiempo.

Los gritos del personal sanitario interrumpieron la conversación. Antonio y Adela se miraron asustados y extrañados.

—¡Vamos, rápido! La paciente de la 306 no está en su habitación. ¡Llamad a seguridad!

Adela miró el reloj de la sala de espera; aún quedaba más de una hora para que su hija saliera de la sala de despertar.

Luego, observó la cara de preocupación de Antonio, que echó a correr y salió tras él.

CAPÍTULO XX

Salma Antúnez.
Centro Penitenciario El Puerto II.
14.20 horas - Lunes 24 de marzo de 2025

Semanas habían pasado desde que Salma no veía a su padre. Por su mente, solo habitaban bonitos recuerdos al lado de ese hombre que una vez fue el amor de su vida.

Ese hombre que dividió en vez de multiplicar cuando se convir-tió de nuevo en padre.

Ese hombre que la hizo invisible. Que la encerró en ella misma.

Que nunca la besó.

Ni le dijo si estaba orgulloso de ella o, simplemente, si la quería. Había crecido viendo cómo Mario se pasaba los días y las noches pen-diente de su hermana Andrea.

Observando cómo era ella a quien le contaba los cuentos que una vez fueron suyos.

Los días libres eran para Andrea y los días de servicio, también. Ni siquiera le preguntó qué iba a estudiar cuando se preparó para la EVAU.

Supo que estudiaba medicina en el segundo año y, por supues-to, la tomó por loca cuando decidió especializarse en psiquiatría.

Con el tiempo, Salma entendió que su padre tenía miedo a esos libros que eran fuente de conocimientos. Que gracias a la información que de ellos obtenía, supo que Andrea sufría una enfermedad mental, y que tenían que ponerle remedio.

Ella intentó ayudarla. Pero claro, Mario la tachaba de loca, y Andrea a su vez, también.

Lo que Mario no supo nunca es que Salma estudió psiquiatría para encontrar una explicación a por qué el hombre que ella más amó

en su vida la dejó de querer.

Una carencia que arrastraba a pesar de que los años pasaban, y que sacaba matrícula de honor.

Una carencia que persistía a pesar de ella saberse la teoría de memoria.

Que podía poner en práctica en todas las personas de su alrede-dor, pero que, en su vida, era imposible hacerlo.

Quizás, porque no lo había perdonado. Y ese día estaba decidi-do a hacerlo.

Se encontraba sentada en un banco oscuro de la antesala del centro penitenciario.

No estaba nerviosa.

Eso era para los que tuvieran la conciencia sucia.

Ella la tenía demasiado limpia. Su padre en unos días iba a ser juzgado, y quería verle la cara antes de que lo trasladaran de prisión.

Sabía que su madre todavía no podría ir.

Le quedaba mucho tiempo para aceptar lo que su marido había hecho.

La situación de Andrea no le había permitido estar enfadada con Mario ni preguntarse por qué dejó de amarla.

Respecto a su hermana, ni siquiera sabría cuándo podría perdo-nar a Mario. Primero tendría que perdonarse ella misma. Sanar y que-rerse.

Salma había tenido ya mucho tiempo para superar cada etapa.

Quería irse lejos. Ser feliz de una vez.

Abrir una clínica fuera del pueblo. Y para cumplir todos sus propósitos, ya era hora de ir cerrando capítulos de su historia.

—Señora Antúnez —dijo un funcionario—. Ya puede pasar.

Salma cogió aire y se levantó del asiento. El funcionario le abrió la puerta de aquel habitáculo frío. Mario la esperaba sentado en la si-lla. Vestido con el mismo uniforme gris que dejaba entrever su pecho.

—Hija…Mario se sorprendió al verla entrar.
La fria luz de neón iluminaba la mesa metálica que separaba a

padre e hija.

—No pensé que vinieras a verme. ¿Cómo estáis? Os echo tanto de menos.

Salma contuvo las lágrimas aún de pie. En su corazón se produ-jo un resquicio de culpa.

—No iba a venir. Solo quería despedirme de ti.

—¿Despedirte?

Los ojos de Mario estaban inundados en lágrimas. Se inclinó hacia delante, con las manos esposadas apoyándolas sobre la mesa fría metálica.

—Ven, Salma. Siéntate, cariño. Necesito hablar contigo…

Salma miró a su alrededor. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en su garganta. Luego, tomó asiento frente a la moribunda mirada de su padre.

—Lo más seguro es que te caigan, como mínimo, veinte años por lo que le hiciste a esa chica. Más todas las cosas que tienes a tus espaldas por culpa de tu princesita…

—Salma…

Mario acercó sus manos a las de su hija intentando que no ha-

blara.

Tenía miedo.

—No, papá. Espera tú. Ya es hora de que me escuches. Me has

tenido callada durante dieciocho años. Nunca te he dicho nada, pero…

¿Sabes que el día en el que mamá nos dijo que estaba embarazada fue el día más feliz de mi vida? Mira —Salma abrió su bolso y sacó un pe-queño cuaderno—. Escribí esto con tan solo diez años.

Mario observó esa página del diario de su hija mayor y rompió a

llorar.

—¿Sabes, papá, que cuando supimos que era una niña y me di-

jisteis que eligiera yo el nombre, me sentí la hermana mayor más afor-tunada del mundo? Me prometí que nunca le pasaría nada a la pequeña Andrea conmigo. Mira, puedes leerlo en esta página.

Salma localizó en ese diario que le llevaba a su padre el día en el que supo que su pequeña hermana se llamaría Andrea, tal como ella

había decidido.

—El día que vi a mamá sangrar, me asusté mucho. Tuve mucho miedo. Pensé que a Andrea le pasaría algo. Tal como sentía cada vez que se caía al suelo en sus primeros pasos, o cuando se atragantaba las primeras veces en las que comía porque me encantaba darle de co-mer… Cómo me he preocupado por ella tantas veces cuando tú me has tachado de loca. La peor etapa de mi vida fue cuando no os veía ni a mamá ni a ti. Pero no me importaba, porque sabía que estabais cui-dando a mi hermanita y os necesitaba para ponerse bien. Pero ella llegó a casa convirtiéndome en la hermana más feliz del mundo, y sin embargo tú me empezaste a apagar la luz.

Salma se limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano. A la vez que también lo hacía Mario.

—No soy madre. Pero estoy completamente convencida de que lo seré, y tendré dos hijos, y a los dos los amaré como si no tuviera que hacer otra cosa en la vida. Ninguno de ellos sufrirá odio por el otro y siempre se respetarán. Porque les haré ver que ellos son lo más im-portante que tienen en su vida. Porque yo sé lo que es mi hermana pa-ra mí, aunque tú te hayas encargado de que ella no lo vea. Y mira, con dieciocho años, has arruinado su vida.

Mario seguía llorando como un niño pequeño. No podía mirar a la cara a Salma. Ya no era su niña.

Era una mujer completamente segura de sí misma y firme en cada palabra que pronunciaba.

—Salma, yo te amo, mi vida —admitió Mario entre sollozos—. Te juro que antes de que se produjera esta conversación, yo me he da-do cuenta de todo el daño que te he hecho. Tanto a ti como a mamá. Las tres, sois mi vida.

—No, papá. Tu vida siempre fue Andrea.

—No lo vi, Salma. Tu hermana nació tan pequeña… Tuve tanto miedo que le pasara algo…

—Andrea siempre fue una niña normal, papá. Tú te encerraste en ella y dejaste de ver el mundo tan bonito que tenías. Ahora, ya

no lo podrás ver jamás. Mamá no va a venir a verte, al menos de momento.

Y Andrea tiene que ponerse bien.

Antes de entrar, leí un mensaje de mamá. Me había llamado pa-ra decirme que se ha ido al hospital con Andrea; estaba sangrando y ha tenido un aborto. Le han hecho un legrado y todo ha salido bien. Ahora voy para el hospital.

—¡Joder, ha perdido al bebé!

Mario pasó sus manos esposadas por sus ojos.

—Sí. El bebé que tú apoyaste a tener por vengarse de un crío que pasaba de ella y que solo quería vivir su vida.

Salma se levantó de la silla y lo observó con lástima.

—Papá, solo espero que estés bien. Que aquí dentro consigas perdonarte a ti mismo, y que, si alguna vez nos volvemos a ver, hayas aprendido algo de todo esto.

—Salma, espera —gritó Mario—. Tienes que ayudarme, prince-

sa.

Salma quedó petrificada. Aquella
palabra.
Aquella puta palabra que hizo que su mente abriera el cajoncito

del recuerdo donde Mario estaba disfrazado de Bestia y ella era Bella. La esperaba en el salón de casa y ella bajaba las escaleras de la planta superior, mientras Adela ponía la canción que daba banda sonora a la película preferida de Salma. Una película que dejó de ver porque le re-cordaba a su padre.

A ese padre que dejó de existir estando vivo.

—Salma, me tienes que ayudar. Yo no maté a Paola. He hecho muchas cosas mal. Las reconozco todas. Aceptaré los años que me cai-gan, pero no puedo quedarme parado sabiendo que a esa niña la mató otra persona.

Salma se limpió las lágrimas de nuevo con el dorso de sus ma-nos. Respiró hondo. Se volvió de nuevo hacia su padre e, inclinándose frente a su cara, le preguntó segura y firme:

—¿Intentaste abusar de ella, papá? Mario bajó la cabeza.

Dejó que sus lágrimas cayeran con fuerza sobre la mesa.

—¡Mírame! ¡Dime la verdad! —gritó Salma, exigiendole una respuesta.

—¡Sí! —reconoció Mario con la voz totalmente rota—. Sí intenté abusar de ella. Esa niña me gustaba, Salma, y no supe controlarme. Yo también sentí celos de Fede. Que él pudiera tocarla… La situación de tu hermana también me descontrolaba. Ella quería que Fede fuese igual que yo. No quería que tu madre se acostara en la cama conmigo ni que me diera un beso…

—Te dije que Andrea tenía el síndrome de Edipo. Me dejaste por loca. Y en vez de ayudarla, alimentaste más su enfermedad.

—Lo sé, lo sé… —admitió Mario—. Le pedí un favor a unos com-pañeros corruptos para poder ponerle un localizador a Fede utilizando el sistema VioGén. Ese sistema es el que utiliza la policía cuando hay una orden judicial para proteger a las mujeres en caso de violencia de género.

Esos compañeros se cobraron el favor y me vi enredado en uno de los casos más importantes de narcotráfico. Tuve que tapar a uno de los narcos más peligrosos porque asesinó a su mujer, y se escondió junto al cadáver para que no lo encontraran. El comandante Barrull y yo nunca fuimos amigos. Sospechó que yo intentaba encubrir cosas del caso y me mandaron también a quitar del medio al comandante. No tuve más cojones que ir también por el capitán Bermúdez. Lo demás, ya lo conoces.

—¡Joder, papá!

Salma estaba sorprendida. No podía creer que su padre hubiera llegado tan lejos.

—Cuando Paola apareció en la vida de todo el mundo, Andrea me obligó a buscar información sobre ella. Sobre su familia… Descubrí que Antonio y la madre de Paola eran amantes. Chantajee a Paola. Le amenacé pidiéndole que dejara de ser la pareja de Fede o le diría a to-do el mundo que su madre y Antonio se veían a escondidas.

Supe que Paola y su padre tenían una relación muy buena, y que ella no quería que su padre supiera la verdad. Por eso, calló

las

dos veces que intenté abusar de ella. La primera vez, en la gasolinera, cuando esas cámaras me grabaron. La segunda vez fue en el paseo marítimo de Los Bateles. Fue Antonio quien nos vio. Él ya lo sabía porque Paola se lo contó a él y a su madre. También amenacé a Anto-nio…

—No me lo puedo creer, papá —interrumpió Salma—. Antonio es amigo de la familia de toda la vida. Tú sabías que él estaba amarga-do con Claudia, que no era feliz. ¿Qué más te daba a ti si ese hombre era feliz con Ana?

—¿Y tú qué sabes?

—Porque yo sé más de lo que todos pensáis —contestó contun-dente y fría Salma—. ¿Qué más me tienes que contar?

Mario quedó enmudecido.

—La noche en la que Paola murió, Andrea le mandó un mensaje con la ecografía. La había llamado, pero Paola no quiso atenderle. Esa misma noche, salí con tu hermana a dar una vuelta. Estaba obsesiona-da con ver a Fede, pero no lo encontramos.

Al volver a casa, sobre las diez, Andrea se dio una ducha mien-tras yo sacaba a Bimba. Mamá y tú también habíais salido. Vi a Paola discutiendo con Carolina y ambas se alejaron por la calle. Yo me volví a casa porque Andrea comenzó a llamarme.

El día que Carolina y Andrea encontraron el cuerpo de Paola, tu hermana me llamó para decírmelo. Organicé el dispositivo, y tú ya sa-bes lo que vino después. La primera hipótesis fue que se había resba-lado por el acantilado, pero la teniente Robles se puso al frente del caso, y el forense descubrió que Paola no murió por el golpe que tenía en la sien. Si no, ahogada. Por lo tanto, alguien la había golpeado y tirado al mar.

Fede estaba desaparecido. Andrea me contó que se había ente-rado de que Paola y Fede reservaron un hotel la noche de los carnava-les. Era la oportunidad perfecta para, por fin, quitar de en medio a ese niño y que dejara de hacerle daño a Andrea.

Conseguí, ilegalmente —porque también tenía chantajeado al juez—, antes que la teniente, las grabaciones de la cámara del hotel, y

vi que en ellas salía Antonio. Entonces fui a hablar con él. Le pregunté si fue él quien la mató y me dijo que no. Que solo fue a hablar con ella para pedirle que se cuidara y que le dijera a su madre que necesitaba hablar con ella.

Antonio y yo estábamos cogidos por los cojones. El teléfono de Paola no había aparecido y la última persona en verla con vida podía ser Antonio. Eso le inculparía a él. Pero si no borraba esas imágenes, Antonio le diría a la policía que yo amenacé a Paola e intenté abusar de ella.

—¡Vamos, lo que ya sabemos! Solo que Antonio actuó por mie-do, y tú por ti mismo. Porque iban a tirar de la cuerda e iban a sacar todas tus mierdas.

—Pero no la maté, Salma —dijo Mario—. Por eso tienes que ayudarme. Yo voy a colaborar con la Guardia Civil. Declararé todo es-to que te he contado a ti, pero tienes que ayudarme.

—¿Y por qué yo?

—Porque antes de que me dijeras que tú lo sabes todo, yo ya sabía que tú conocías la verdad. Por eso te estoy pidiendo ayuda. Aun-que creas que no te quiero, te amo más que a mi vida. Y al igual que me he manchado por tu hermana, lo haría por ti las veces que fuera.

Salma no pudo decir nada más.

Llamó al funcionario y salió de aquella habitación dejando a su padre solo, devastado y con confesiones llenas de verdad.

Cuando Salma cruzaba el pasillo para salir de la prisión, no pu-do creerse con quién se acababa de encontrar.

—¿Salma? ¡Qué casualidad!

Carlos le dio dos besos con alegría.

Él no sabía quién era realmente esa chica con quien se cruzó en el faro hacía unos días, pero Salma sí supo quién era él cuando los me-dios de comunicación lo sacaron en televisión y dijeron que era el pa-dre de Paola Maldonado. Desde entonces, en su mente habitaba una idea que no la dejaba vivir.

Que le presionaba el pecho.

Una idea que cada vez está más cerca de convertirse en un plan.

El plan que esa misma tarde iba a llevar a cabo.

—¿Qué haces aquí?

—Pues acabo… —Señaló hacia atrás—. Nada, mi pareja es fun-cionario y había olvidado el móvil en casa.

—Ah, bien.

—¿Y tú? —preguntó Salma frunciendo el ceño.

—He venido a ver… bueno, da igual.

—Sí… —respondió Salma haciendo una mueca con sus labios —. Te vi hace unos días en la televisión. Aquella tarde no sabía aún quién eras.

—Entonces ya entenderás por qué estaba allí y por qué no quise que te fueras sola. En fin, bonita. Me alegro de verte. ¿Bimba bien? — sonrió.

—Sí, genial. Desde ese día no la he vuelto a llevar al faro — res-pondió Salma, devolviéndole la sonrisa—. Por cierto, Carlos, ¿te ape-tece que nos veamos esta tarde allí? Me gustaría poder hablar con alguien y pasear a Bimba.

—Claro que sí. ¿Nos vemos a las cuatro?

—Allí nos veremos.

CAPÍTULO XXI

Hospital Universitario Puerto Real.
16.00 horas - Lunes 24 de marzo de 2025



ndrea había despertado bien. Cansada y apenada. Ya den-tro de ella no había nada que tuviera que ver con Fede.

En esas dos horas en las que había estado sola en la sala de despertar, mientras observaba el vaivén del equipo médico, había tenido tiempo para recapacitar.

Viéndose más vulnerable que nunca, entendió que hacía mucho tiempo que necesitaba ayuda. Que su hermana Salma llevaba razón, y que ahora más que nunca, tenía que ser feliz y centrarse en ella. Se culpó de que su padre hubiese fracasado como profesional y como pa-dre por culpa de ella y de sus caprichos.

También entendió que Paola nunca quiso hacerle daño.

Que solo se enamoró de Fede, y que era él quien tuvo que haber sido más claro con ella y no haberle ocultado las verdades.

Fue consciente de que se perdió momentos de amistad con su amiga Carolina.

Primero, por haberla alejado de su lado cuando salía con Fede, y después por celos hacia Paola. Siempre la vio como una chica inalcanzable y tuvo envidia de no ser como ella.

También manipuló a Carolina para que se desplazara de ella y avivó más el odio que Claudia sentía por Paola y por su madre al sos-pechar que Antonio le era infiel con Ana.

Intentaba confiar en que su padre no era el asesino de Paola, pero si finalmente Mario confesaba el crimen, ella sería también la culpable por haber arrastrado a su padre.

Adela no se había separado del lado de su hija desde que salió del despertar e ingresó en la tercera planta.

Allí había coincidido con Claudia.

La separaban algunas habitaciones.

Esa misma mañana, Claudia se escapó de la habitación porque quiso ir a visitar a Agustina.

Agustina había tenido una recaída el día que murió Débora.

Ya su vida no tenía sentido y pedía una y otra vez a los médicos que acabaran con sus insoportables dolores.

Mabel la visitaba algunas veces, pero no estaba con ella a diario. Desde que Claudia ingresó por aquel accidente que tuvo el día que vio a su marido con Ana, no había podido ver a su amiga.

Claudia seguía sufriendo delirios por la droga que le había suministrado Débora durante todo ese tiempo.

Y eso también hizo que tampoco pudiera estar al lado de quien para ella era como su hermana.

Ese día, como Claudia sabía que su amiga Agustina estaba ingresada en la planta de oncología, quiso verla.

Finalmente, el equipo médico consiguió encontrar a Claudia, que solo fue a visitar a su amiga a la habitación.

Agustina estaba mal.

Luchando más por la muerte que por la vida. Apenas pudieron hablar.

Sobre las cuatro de la tarde, el hospital dormía. Andrea también. Los médicos le iban a dar el alta en cuanto despertara y todo es-tuviera bien.

Adela había esperado a Salma todo el tiempo a que llegara, pero esta, después de decirle que había hablado con su padre, y que ya ha-blarían en casa, le mandó un WhatsApp:

Salma:
Mamá, como me has comentado que a la hermana le darán el alta esta misma tarde, os espero en casa.
Bimba lleva todo el día sola y voy a aprovechar para pasear con ella. Necesito que me dé el aire.

Antonio llamó con suavidad a la puerta de la habitación donde

estaba Andrea.

—Adela, ¿se puede?

—Sí, adelante —contestó.

—¿Qué tal está?

—Bien —respondió Adela susurrando para no despertar a su hija Andrea—. Mentalmente, iremos viendo estos días. Pero la opera-ción ha salido bien y cuando despierte nos darán el alta.

—¡Me alegro! —contestó Antonio con una sonrisa—. Voy a salir a por un café ahora que está Claudia dormida. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

—No creo que venga nadie, pero si viene un médico o algo…

¿Me avisas al móvil?

—Vete tranquilo, yo me quedo pendiente en el pasillo — dijo

Adela.

Adela salió al pasillo para estar pendiente de la habitación de

Claudia. Le daba mucha pena que su amiga hubiera quedado así. La ginecóloga llegó a la habitación con el informe de alta.

Adela tuvo que entrar y dejar de hacer guardia para que la doc-tora viera cómo se encontraba su hija.

Justo en ese momento, una celadora empujaba una silla de rue-das con una mujer mayor por el pasillo. Adela volvió la mirada a la doctora que le explicó la medicina que le dejaba prescrita a Andrea.

La ginecóloga revisó a su hija, que ya se encontraba despierta.

Unos minutos más tarde, una de las máquinas comenzó a pitar fuera de aquella habitación.

El sonido cada vez era más fuerte y puso en alerta a Adela, que, pensando en la imagen de la celadora que había visto hacía unos mi-nutos, hizo que dejara a la ginecóloga hablando con

Andrea y saliera como alma que se lleva el diablo a la habitación de Claudia.

La puerta estaba cerrada.

Entonces cayó en la cuenta de que la mujer que había visto em-pujada en una silla de ruedas por una celadora era Agustina.

—¡Agustina, abre!

Adela golpeó la puerta varias veces.

El personal de planta acudió a las voces de esta.

—¿Quién está ahí dentro con Claudia? ¿Por qué han atrancado la puerta? —preguntó una enfermera, preocupada.

—La señora de oncología que Claudia ha ido a visitar esta mañana cuando se escapó.

—¿Se debían la visita o qué es esto?

—Creo que esto no es una visita —respondió nerviosa Adela, buscando en su bolsillo el móvil para llamar a Antonio.

CAPÍTULO XXII

Faro de Roche.
16.15 horas - Lunes 24 de marzo de 2025

Mientras tanto, Salma se reencontraba con Carlos en el faro. La tarde era apetecible y bonita. El sol brillaba con mucha fuerza.

Ambos andaban por la orilla del acantilado. Bimba paseaba amarrada a su correa.

—Y bien… —rompió el silencio Carlos—. ¿De qué te apetece hablar?

Salma se mantuvo cabizbaja unos instantes.

—¿Sabes, Carlos? A mis veintiocho años, me he dado cuenta de que quiero una vida totalmente diferente, y que quiero cumplir varias cosas que me he propuesto.

—Eso está genial —dijo Carlos.

—Estoy a punto de graduarme en psiquiatría. Nada me hace más ilusión que poder trabajar ayudando a personas que lo necesitan. Me gustaría poder abrir mi propia clínica. Pero fuera de aquí. No quie-ro nada con este pueblo.

—Ojalá yo pudiera irme de aquí. El pueblo es precioso. Y me da una paz enorme. A mi hija le encantaba este lugar, pero ya sin ella… Sin embargo, no puedo irme. Pedí una permuta y ahora no puedo vol-verlo a pedirla. Estoy amarrado aquí.

—Como le dije antes, supe después de conocernos que eras el padre de Paola, la chica que murió aquí —dijo Salma con tono suave.

—¡Cómo para no saberlo! Esos putos medios de comunicación se llevan todo el día detrás de nosotros. Jamás pensé que mi casa es-taría en todos los telediarios de España. Me han llamado diferentes programas para hacerme entrevistas, ofreciéndome dinero que no ne-cesito. Me han llamado incluso personas que dicen saber quién es el

asesino de mi hija. Otros que me quieren contar cómo el sargento mató a Paola…

—Debe de ser horrible, Carlos. Te vi en la televisión espantando a unos *paparazzis* en tu casa y me dio mucho sentimiento.

—El día en que nos conocimos, vine a pedirle perdón a mi hija. Me acababa de enterar por su madre de que me era infiel con Antonio. Que aquel puto sargento de la guardia civil la amenazaba, que si la madre de Fede también la tenía chantajeada… Y resulta que mi hija no abrió la boca por no hacerme daño. Para que su madre y yo no nos se-paráramos…

—Conocía a Paola, Mario —interrumpió Salma tajante dando un suspiro. —Por eso te he dicho que quería verte aquí. Esta mañana cuando nos hemos cruzado en la prisión, yo no iba a llevarle el móvil a ningún funcionario. No tengo siquiera novio. Fui a ver a mi padre.

—¿Cómo que a tu padre? —preguntó Carlos, frunciendo el

ceño.

—Mi padre es el sargento Mario Antúnez. Yo soy su hija mayor.

La hermana de Andrea. El día en que nos conocimos, yo no supe quién era usted, por eso no le dije nada. Le he dicho antes que quiero darle un giro a mi vida, y quiero empezar por usted.

—¿De qué estás hablando, Salma?

Carlos se puso bastante serio, y visiblemente nervioso. Incluso con ganas de no estar allí y de irse del lugar. Miró a Salma, tal vez, con algo de desprecio. Como si el saber que, era hija de ese sargento, le obligara a meterla en un mismo saco.

—Mi padre no mató a Paola —dijo Salma directa. Carlos se rio.

—Este es otro jueguecito, ¿no? Hazte amiga de Carlos, sácale in-formación y vamos a volverle loco.

—¡No, Carlos, por Dios! ¿Por quién me toma? Yo no tengo nada que ver con mi padre. Tampoco con mi hermana. Por eso he

venido, porque tengo que enseñarle una cosa…

Salma abrió el bolsillo de su chaqueta y extrajo su móvil.

Le pidió unos segundos y le alargó la mano.

—Carlos, esto va a ser lo más duro que ha visto en su vida, pero ahí verá quién mató a su hija Paola. Lo podrá entregar a la policía. Es-to no lo hago por mi padre. Lo hago por Paola, porque sé que era una buena chica que amaba a su familia por encima de todas las cosas. Y que necesitó mucho amor, mucha escucha y mucha protección. Lo ha-go por usted. Para que pueda descansar en paz. Y también por Ana. Ya es hora.

Salma se levantó de la piedra donde estaba sentada y se retiró con Bimba entre sus brazos. Quiso dejar a Carlos viendo en su soledad el contenido de aquel vídeo.

Sábado 1 de marzo de 2025:

Salma llegó a casa después de haber cenado con su madre. Su padre y su hermana ya dormían.

Eran las once y media de la noche cuando dejó a su madre en la ducha y decidió salir a pasear a Bimba sin saber que ya su padre la había sacado.

Escuchó unas voces cerca de donde ella estaba. Se encontraba en el parque. Se aproximó en búsqueda de esas voces que le resulta-ban familiares.

Y sí.

Eran Carolina y Paola.

Ambas discutían fuertemente. Salma decidió entonces grabar con su móvil lo que veía detrás de un matorral.

Paola le echaba en cara a Carolina que le hubiera fallado y se hubiera puesto en contra de ella. Nunca tuvo la culpa de que sus padres fueran amantes. Mucho menos haberse enamorado del ex de su amiga.

Ella solo quiso ayudar a Andrea para que comprendiera que no quería ser su enemiga, por eso le pidió que se distanciaran un poco. Después se enteró de que sus padres eran amantes y se lo contó para que ambas pudieran hablar con ellos. Para que hicieran bien las cosas, ya que Claudia y Carlos no sabían nada. Pero Carolina se empeñó en

ser su enemiga y en jurarle la guerra.

Carolina no dejaba de gritarle que desde su llegada al pueblo había destrozado la vida de todo el mundo. Paola también le gritaba.

Pero ella se marchó de ahí diciéndole que no iba a desaparecer. Que ahora más que nunca iba a tener fuerzas para dar la cara. Que de-seaba que Antonio y Ana comenzaran una relación para que la loca de su madre lo dejara en paz. Porque supo esa tarde que Antonio era un buen hombre y que ella tenía mucha suerte de tenerlo como padre. También le confesó que iba a ser feliz con Fede, aunque Andrea dijera que estaba embarazada de él.

Cuando Paola caminaba dándole la espalda, intentando contes-tar una llamada, Carolina la sorprendió con un fuerte golpe en la sien con una gran piedra. Paola cayó al suelo y Carolina permaneció en shock por unos minutos. Se arrodilló a sus pies llamándola y golpeán-dole la cara, pero Paola no reaccionaba. Comenzó a llorar pidiéndole que abriera los ojos. Que no le gastara ninguna broma.

Le pedía perdón.

Cuando Salma, con el móvil en sus manos, grabando la escena aún detrás del matorral, iba a socorrer a Paola, apareció Claudia con un camisón blanco y un cuchillo en la mano. De nuevo, sus delirios de la noche. Carolina, muy nerviosa, empezó a gritarle a su madre que no se acercara, pero Claudia, totalmente ida, comenzó a reírse cuando vio la escena.

Carolina seguía llorando, suplicándole que no se acercara, in-tentando proteger de su madre el cuerpo aparentemente inconsciente de Paola.

Salma tuvo miedo de salir. Es de lo que se arrepentirá siempre. Pero pensó que, si salía, Claudia, que estaba fuera de sí, podría hacerle algo. También creyó que lo que iba a ocurrir no pasaría. Por eso, si-guió grabando.

Pero no.

Se equivocó.

Claudia soltó el cuchillo en el suelo. Salma pensó que iba a so-correr a Paola y que iba a pedir ayuda, pero le dijo a Carolina que

se

marchara de allí, que Paola estaba muerta. Comenzó a gritarle que ella la había matado. Carolina marchó de allí llevándose el cuchillo que le arrebató a su madre cuando esta se acercó a comprobar el pulso de Paola. Tuvo un ataque de ansiedad.

Salma cortó el video y, como alma que se lleva el diablo, fue a buscar a su padre. Si se apuraba, tardaría como mucho cinco minutos en llegar y su padre podría llevar a la chica al hospital, y a Carolina a la policía con el video que ella ya había guardado en la galería de su mó-vil.

Cuando llegó a casa, escuchó detrás de la pared cómo Carolina era consolada por su padre, que había llegado borracho. Le estaba di-ciendo que había discutido con Paola porque le había vuelto a echar en cara que él y Ana eran amantes. Salma sabía que eso era una coar-tada.

Despertó a Mario. No le dijo nada. Solo que tenía que acompañarla al parque. Cuando llegaron, ya no había nadie. Mario la miró mal. Le riñó. Salma no quiso contarle nada. Solo le dijo que un hombre la había perseguido. Y ese fue su error: callarse. Pero pensó que Paola había despertado, y que quizás era Claudia la que no iba a regre-sar a casa. Si era así, no iba a fallarle a Paola.

A la una y media de la madrugada, salió al balcón a fumar.

No pudo dormir.

Y entonces vio cómo Claudia regresaba a su

casa. Salma tenía el móvil en su mano.

Volvió a grabar.

Esta vez, a Claudia, entrado en su casa con el mismo camisón blanco, pero lleno de arena rojiza mezclada con sangre. Aguardó un poco más, y al cabo de diez minutos, Claudia volvió a salir de casa con una bolsa de basura y vestida con un pijama. Miró hacia el balcón con cara desquiciada donde estaba ella grabando. Inmediatamente cortó la grabación.

La había visto.

Carlos se derrumbó en el suelo.

Comenzó a llorar como no lo había hecho desde que murió su

hija. Salma lo abrazó tirándose encima de él.

—Te voy a ayudar, Carlos. Te juro que te voy a ayudar —dijo Salma llorando, agarrándole la cara.

—¿Por qué no le enseñaste esto antes a la Guardia Civil?

—Porque he tenido mucho miedo, Carlos. Claudia me había vis-to y pensé que podría hacerme algo. Pero sé que ahora no puede por-que está en el hospital. Y porque, al fin y al cabo, mi padre no lo hizo.

—¡Pero quiso abusar de mi hija!

—Lo sé, lo sé. Y no lo justificaré jamás.

Unos gritos sorprendieron por detrás.

—¡Salma!

—¡Aquí! —vociferó Salma desde la orilla del acantilado.

La teniente Robles llegó al faro junto con el sargento Salcedo y un refuerzo de guardias.

—La teniente Robles me llamó esta mañana, quería verme. La cité aquí porque quería enseñarte el video. Estoy dispuesta a enfren-tarme a lo que sea.

—¿Estáis bien? —preguntó Robles, acercándose a Carlos, intu-yendo que ya conocía el final de su hija. Llamad a una ambulancia — ordenó gritando al ver el estado en que se encontraba Carlos.

—Tiene que detener a esa mujer y a la hija de puta de Carolina.

Mataron a mi hija.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo el ceño el sargento Salcedo.

—Aquí tiene, teniente —dijo Carlos con los ojos enrojecidos y llenos de rabia.

La teniente agarró el móvil de Salma para ver el video.

El sargento Salcedo se retiró para atender la llamada que le en-traba en su móvil.

—¿Cómo?… ¿Cuándo ha sido?…Vamos para allá —dijo el sar-gento con tono preocupante.

Cuando el sargento Salcedo volvió al lugar donde estaba Robles junto con Salma, la vio llorando.

—¿Qué pasa, teniente?
—Manda una patrulla a detener a Carolina Azogue y a su madre

Claudia Espino —ordenó la teniente con tono autoritario—. Salma se va a comisaría. Tú y yo…

—Tú y yo nos vamos al hospital —interrumpió serio Salcedo—. Claudia está ingresada en el hospital desde hace unos días. Bueno, está…

—¿Qué ha pasado?

—¡Vamos! —abroncó Salcedo ladeando su cabeza—. Te lo cuen-to por el camino.

CAPÍTULO XXIII

Hospital Universitario Puerto Real.
17.00 horas - Lunes 24 de marzo de 2025

Robles cruzó el umbral de la puerta de la habitación 306 sin hablar, seguida del juez instructor, el forense y el sar-gento Salcedo. Las persianas estaban a medio bajar y los rayos de sol proyectaban en las paredes figuras irregulares.

Olía a sangre fresca.

Claudia yacía muerta en la cama sobre un charco espeso de san-gre, con el cuerpo torcido y los ojos abiertos mirando hacia el techo de aquella habitación. Había muerto a causa de puñaladas con unas tije-ras.

Agustina estaba a su lado. Sentada en la silla de ruedas con los ojos también abiertos. Con las mismas tijeras que había utilizado para matar a Claudia clavada en la yugular.

El forense miraba la escena sin decir palabra.

La teniente Robles hacía fotografías mientras el juez dictaba ob-servaciones con voz imparcial.

El sargento Salcedo quedó mudo ante la escena que estaba pre-senciando.

Adela lloraba sin consuelo en una de las sillas que había al final del pasillo. Ella lo había presenciado todo.

Cuando el personal de seguridad abrió la puerta, nada pudieron hacer. Adela intentó ayudar a Agustina presionándole la herida, pero ella le pidió que la dejara morir. Agonizando, le confesó que hizo justi-cia por Paola y por el daño que le había hecho a su hija Débora. Tuvo que morir vengando esas muertes.

—¿Le dijo algo más? —preguntó Robles anotando en su libreta.

—No —contestó Adela, sollozando.

—Es decir… que Agustina sabía que Claudia era la asesina de

Paola y que le había hecho la vida imposible a Débora… —murmuró Robles.

—¿Perdón? —preguntó Adela sin entender bien qué decía la teniente Robles para ella misma.

—Nada, Adela. Gracias —contestó Robles—. Tendrás que venir con nosotros a declarar. Tengo que informarle de que su hija Salma también está en el Puesto Principal de la Guardia Civil.

—¿Cómo?

—Es mejor que lo sepa cuando se tranquilice. Todo va a estar bien —dijo Robles, pasando su mano por su hombro—. Los compañe-ros le llevarán al puesto.

—¿Y Andrea? Ha tenido hoy un legrado, por eso me encontraba yo aquí.

—¿Andrea ha perdido al bebé?

—Sí… —asintió Adela.

—Lo siento…

El sargento Salcedo interrumpió la conversación.

—Teniente, tenemos que irnos al puesto. Carolina Azogue se acaba de enterar de lo sucedido.

—Adela, hablamos. No se preocupe por Andrea. Se quedará hoy también aquí en el hospital. Yo me ocupo de todo.

Robles y Salcedo salieron juntos del hospital y se montaron en el coche.

—Han encontrado esto en la habitación.

El sargento le enseñó la foto de una nota que había junto al cadáver de Agustina: "No hay redención para quien calla sabiendo".

—Adela va a declarar que Agustina le confesó que ella supo que Claudia era la asesina de Paola. Se lo dijo antes de morir. Le pidió que la dejara morir en paz. La declaración de Adela junto con el video que Salma va a aportar…

—¿Caso cerrado, teniente? —preguntó Salcedo satisfecho.

Dafne lo observó con mirada cómplice. Respiró hondo, abrió la puerta del copiloto y entró en un coche patulla de la Guardia Civil.

EPÍLOGO

El juicio por la muerte de Paola Maldonado se celebrará en unos meses.

El juez de instrucción ha dado por concluida la fase de investigación tras incorporar las declaraciones de Carolina Azogue, Adela Franco y Salma Antúnez junto con el video que aportó, donde se aprueba que Claudia Espino fue la autora material del crimen.

Carolina colaboró con la policía. Reconoció que golpeó a Paola con una piedra fuertemente tras una discusión. Que cayó al suelo y que su madre, que llegaba nerviosa en ese momento a la escena, fue quien le dijo que Paola estaba muerta y que se fuera de allí. Que ella se encargaría de todo.

Confesó que Claudia siempre le echó en cara lo que había hecho por ella. Y que, en ocasiones, la amenazaba. Siempre pensó que ella era la autora de la muerte de Paola. Su madre nunca le confesó que Paola seguía viva cuando se la llevó al faro inconsciente para desha-cerse de su cuerpo.

Robles informó a los Azogue que Débora confesó que durante un tiempo drogó a Claudia, y que quizás la noche en la que mató a Paola, se dejó llevar por las alucinaciones que sufría.

Sin embargo, Débora nunca pensó que Claudia hubiese podido matar a Paola.

Salma ha sido eximida de cualquier responsabilidad penal. Su testimonio fue clave para esclarecer los hechos. Visita a Carlos con fre-cuencia y pasean por el faro. Con Salma, intenta llenar el vacío que siente como padre, y Salma intenta curar sus heridas del pasado con

Mario.

Mario Antúnez sigue esperando la visita de su mujer y de su hi-ja Andrea, pero ninguna se atreve a dar el paso.

Andrea prefiere sanarse. Se ha puesto en manos de psicólogos con la ayuda de su hermana Salma, con quien está más unida que nunca.

Fede le ha pedido perdón a Andrea.

Tras conocer por Ana y Marina lo que su madre había hecho con Paola y con la madre de esta, decidió irse a estudiar fuera cuando terminara el bachiller y así poner tierra de por medio.

Ana ha tomado una decisión. Ha abandonado el domicilio fami-liar dejando a Carlos intentando sanar su dolor. Le ha pedido desde el corazón perdón, aunque sabe que su exmarido nunca la perdonará.

Antonio sí ha perdonado a Ana. La respetó cuando ella le dijo que necesitaba tiempo. Él también lo necesitaba.

Silvio no se esconde con Nico y, gracias a él, Antonio ha tomado la decisión de cerrar temporalmente la pastelería. Necesita calma y es-tar al margen de la población, que solo acude al negocio a alcahuetear.

El comandante Francisco Barrull ha decidido jubilarse. Su co-razón también se lo ha pedido. Ama a Mari por encima de todas las cosas y sus dos nietos le llenan el alma. Ya había conseguido lo que tanto tiempo había buscado: conocer si aquel accidente que lo dejó fuera del caso de Paola Maldonado tuvo algo que ver con el sargento Mario Antúnez, y hacer justicia por su amigo el capitán Bermúdez.

El sargento Mario Antúnez también será juzgado. Además, ha colaborado y ha confesado que fue él quien estuvo detrás del accidente

del comandante y del capitán Bermúdez que falleció en la persecución.

Curro había puesto a su amiga Dafne Robles al frente del caso, porque supo desde el primer momento que el sargento Mario Antúnez fue el primero en saber que el cuerpo de la chica había aparecido. No dudó de que algo tendría que ver. Y necesitó a alguien de su confianza al mando.

Sabía que su gran amigo el sargento Salcedo tampoco le iba a fallar porque estaba muy cerca de detener a Antúnez; y el caso de Pao-la sería clave, si el sargento tenía que ver con ello.

Curro sabe que Mari ya está cansada y, a sus años, merece una retirada a lo grande. Después de pensarlo durante los días en los que han investigado la muerte de Paola, ha propuesto el ascenso de la te-niente Dafne Robles como capitán a una comandancia de Madrid, y también ha informado de su jubilación. Por lo que alguien pronto ocu-pará su cargo.

Dafne está tardando en pensarse esa proposición que le hizo Curro cuando la puso al mando del caso de Paola Maldonado.

De hecho, no se lo ha contado a Sonia.

Cada día que pasan juntas son más felices.

Lourdes está superilusionada con las oposiciones. Desde la noche en la que le dio la pista de Salma a la teniente, tiene más seguro lo que quiere ser en la vida. Quiere ser como Dafne, a quien ve como una segunda madre.

Cerrar el caso de Paola Maldonado ha implicado que tendrá que cumplir su promesa: priorizar su familia. Ahora, en su vida, tienen prioridad sus tres mujeres.

Pero esta noche todo lo ha cambiado. Dafne ha tenido un sueño.

Un sueño de los que hace mucho tiempo que no tiene. Ha visto por primera vez a Paola Maldonado.

Baila feliz en la playa de la Cala del Aceite, su preferida, como le dijo Débora. Ambas están juntas. Son felices. Visten de blanco. Ra-diantes mientras el sol del atardecer se refleja en sus rostros.

—Gracias —dice Paola, acercándose a ella con una enorme son-risa—. Gracias por no haberte rendido y haber llegado hasta el final.

Dafne quiere decir algo. Pero no puede. Paola la interrumpe agarrándole las manos y la mira a los ojos.

—No puedes perder el ascenso, Dafne. No por mí. No por ninguna de nosotras con quienes has hecho justicia. Necesitas ese ascenso para seguir buscando a Noelia. Noelia no está aquí con nosotras.

—¿Noelia?

—Sigue viva, Dafne. Y está más cerca de lo que crees. Tienes que aceptar el ascenso y buscarla. Ella te necesita. Recuerda por quién de-cidiste hacerte guardia civil.

Dafne se ha despertado sobresaltada. Las noches empiezan a ser calurosas.

Sonia duerme a su lado, pero no escucha que Dafne se está aho-gando.

Duerme con calma.

Dafne se toca el pecho e intenta tranquilizarse. Escucha cómo el mar ruge con fuerzas.

Vuelve a mirar a Sonia. Le aparta un mechón de su cabello mo-reno de la cara.

Calla cuando Sonia le ha preguntado si está bien.

Pero en su interior hay una decisión que ha empezado a tomar forma.

Y vuelve a tener el nombre de Noelia.

AGRADECIMIENTOS

Cuando decidí embarcarme en esta historia, lo último que pensé fue en el poco tiempo del que disponía: dos hijos —uno de ellos, con tres meses—, mi recuperación tras una intervención en la cabeza, una casa que siempre espera, la agenda de una niña que sueña en grande y esa red de padres que, sin esperarlo, se han convertido en una pequeña familia a la que hoy considero amigos.

Tampoco tuve en cuenta algo evidente: nunca había escrito un thriller ni una novela policiaca. Una cosa es disfrutar como lectora de un género que me apasiona; otra muy distinta es documentarse para construir una trama verosímil, llena de giros y de verdad.

Todo empezó en el porche de una casita acogedora que alquila-mos para pasar el puente de febrero con mis cuñados, Rubén y Laura. No pisaba mi paraíso desde mi último cumpleaños, y necesitaba vol-ver a aquella cala, a ese silencio que cura.

Era una promesa entre mi Laura y yo. Nos fuimos con una copa de vino a sentarnos en una piedra rojiza, frente al acantilado donde el mar rugía con fuerza, como si quisiera decirme algo.

Hablábamos de la vida.

Yo llevaba meses bloqueada en mi escritura. Mi última novela se había publicado el año anterior, y por circunstancias que la vida había puesto en mi camino, no estaba sintiendo la ilusión que debería acompañar el cierre de una trilogía que cambió mi rumbo.

Cuando nos dirigíamos al coche, bajo un cielo gris que amena-zaba lluvia, me giré para despedirme del faro… y algo en mí despertó. Entendí el rugido del mar en aquellos segundos de silencio.

A la mañana siguiente, le dije a mi marido:

—He empezado la estructura de mi nueva novela. Creo que voy a escribir sobre el asesinato de una chavala en el faro de Roche.

A Vladi le gustó la idea, aunque sé que también lo asustaba un poco verme renacer así, de golpe, con esa ilusión. Hacía muchísimo que no escribía —mis lectores fieles lo saben— y, además, tenía un bebé de tres meses y una niña de casi seis años que me necesitaban más que nadie en el mundo.

Entonces llamé a mamá.

Mamá siempre está.

Ahora que soy madre, lo entiendo aún mejor.

Aquella estructura, escrita en una casita entre Conil y Chiclana, comenzó a tomar forma mientras en mi cabeza convivían cicatrices, dolores y asuntos pendientes.

Yo escribía cuando mamá venía cada semana a casa.

Sabía —y sigue sabiendo— que leer para evadirme y escribir pa-ra sanar son dos de las pasiones más bonitas de mi vida. Por eso me animaba a aprovechar cada minuto. Otra persona se habría dormido
—ganas no me faltaban—, pero yo necesitaba seguir creando a esos personajes que terminarían enseñándome tanto.

Cuando la novela ya estaba montada, descubrí que me había metido en terrenos donde nunca antes había pisado. No podía avanzar sin ayuda, sin esas personitas que siempre están cuando las necesitas. Y aquí tengo que nombrar a mis primos Ángel y Pedro, pertenecientes al Cuerpo Nacional de Policía y a la Guardia Civil. Sin su conocimien-to, no habría podido construir a Robles ni a Salcedo.

En especial a ti, primo Pedro, por todos esos audios enviados al amanecer, después de turnos agotadores, ayudándome a desentrañar una trama que, cada vez que parecía resolverse, volvía a retorcerse.

Hubo momentos en los que pensé en dejar la novela para más adelante, convertirla en un "ya la terminaré".

Pero en mi manada —como yo digo— nunca caminamos solas.

Y cuando estaba a punto de rendirme, mis leonas rugieron al unísono: "¿Cómo que lo vas a dejar? Tú has nacido para esto. A ti ya no te
da miedo nada".

No solo ellas.

También mi amiga-mariposa, la que aparece siempre que la vi-da se pone del revés, enviándome audios para recordarme a todas esas personas que alcanzaron el éxito tras mil "no".

Ella sabe quién es.

Y sabe cuánto la quiero.

Tampoco puedo olvidarme de mi padre, que jamás creyó que esto de escribir fuera otro de mis caprichos. Que buscaba mis libros en los estantes de El Corte Inglés sin encontrarlos, y yo le decía que tu-viera paciencia, que ya llegarían.

Ni de mi hermana Carmen, que entretenía a Iris para que yo pudiera escribir.

Ni de mi hermano Francisco ni de mis hermanos del alma: mi Sandra y mi Daniel.

Siempre apostando por mí, orgullosos de su hermana mayor "influencer".

Ni del hermano que me dio la vida, que siempre sabe ponerme los pies en el suelo.

Ni de mis segundos padres: mis tíos Jose Antonio y Ana, prime-ros en cada firma y cada presentación.

Ni de la gente del barrio.

Ni de las chicas de mi calle que sueñan a la misma vez que yo con pisar una alfombra roja.

Ni de aquella tarde de un lunes de noviembre, cuando apareció un WhatsApp de un número desconocido y tuve que leer dos veces quién era. Tardé en reaccionar.

Ahora solo puedo darte las gracias por haber confiado en mí y hacer resurgir, mi realidad. Gracias, María José.

Y aquí estás tú.

Con La chica del faro de Roche entre tus manos.

Ya sabes cómo nació.

Esta novela ha sido el primero de muchos retos. Con ella dejé de ser aquella chica que empezó escribiendo romántica. Quizá la vida me ha hecho más fuerte. Quizá sea la maternidad. O quizá simplemente he aprendido que los portazos ya no duelen.

Porque cuando me rendí, él me levantó. Él, a quien va dedicado este libro.

Si no hubiera sido por ti, amigo, mis historias se habrían queda-do en simples posts de Instagram.

Gracias a ti, lector, por insistir, por escribirme, por pedirme que volviera.

Gracias por recordarme que este también es mi mundo.

Gracias a toda mi familia. Y cuando escribo familia, vosotros sabéis quiénes formáis parte de ella.

Y, por supuesto, gracias a ti, mi vida. Te dejo para el final no porque seas el menos importante, sino porque cuando yo no creí en mí, tú me distemotivos para hacerlo. Porque nadie ha visto más que tú. Porque eres el causante de mis dos obras maestras:

Vosotros, mi motor, Iris y Manuel.

@marialuisasancho_autora